

En marzo de 1936, con *El organismo económico de la Revolución*, Diego Abad de Santillán presenta las líneas generales de la economía socializada que pocos meses después va a convertirse en una exigencia práctica tras el proceso de colectivizaciones iniciado en julio, con la victoria sobre el levantamiento militar. Sus ideas se han ido concretando en los dos años anteriores, a través de las dos publicaciones de la F. A. I. por él dirigidas, el semanario *Tierra y Libertad* y la revista *Tiempos Nuevos*. Atrás quedaba su imagen como anarquista intransigente vinculado a la F. O. R. A. argentina, en los años veinte, alentando el sentimiento de ruptura frente al anarcosindicalismo cenetista que precisamente había dado vida en 1927 a la Federación Anarquista Ibérica. Y, en el fondo, casi borrados, sus inicios de militante revolucionario, siendo estudiante, en el Madrid de 1916-17, donde redacta sus primeros escritos, conoce a Salvador Seguí y, en la cárcel, es ganado por el anarquismo. Luego, de 1936 a 1939 sería actor y testigo, organizando el envío de tropas al frente de Aragón en el Comité de Milicias Antifascistas, para desempeñar de diciembre del 36 a marzo del 37 el puesto de Consejero de Economía de la Generalitat y, en fin, a lo largo del conflicto, trazar la línea de la F. A. I. desde su Comité Peninsular. Todo ello, sin olvidar la pluma, que emplea en dejar constancia de la visión anarquista de la guerra y en preparar unas obras completas de Bakunin que la derrota deja suspendidas en las galeradas del séptimo volumen.

En este libro recogemos los escritos más significativos de Abad de Santillán en el período 1930-38, que, de un lado, presentan los aspectos fundamentales de *El organismo económico de la revolución* y, de otro, permiten seguir la trayectoria del anarquismo español en la Segunda República y en la revolución que sigue a julio de 1936.

DIEGO ABAD DE SANTILLAN EL ANARQUISMO Y LA REVOLUCION EN ESPAÑA Escritos 1930/38



Biblioteca de textos socialistas

núm. 10

Diego Abad de Santillán
El anarquismo y la revolución
en España. Escritos 1930 / 38

Selección y estudio preliminar de

Antonio Elorza



Editorial Ayuso

Colección dirigida por Juan J. Trías Vejarano, Antonio Elorza
y Manuel Pérez Ledesma.

Cubierta de César Bobis.

Cartel de Tontseré. 1936

INDICE

Diego Abad de Santillán: anarquismo y utopía, Antonio Elorza	9
---	---

INTRODUCCION

El ideal y la metodología anarquista	55
---	----

1. INTRANSIGENCIA ANARQUISTA. EL VIAJE A ESPAÑA DE 1931

1.a) La propaganda no basta	75
1.b) Ante una revolución inevitable y ante un gran pueblo que va a romper sus cadenas ...	78
1.c) Inciso explicativo	85
1.d) Republicanismo o socialismo	87
1.e) Anarquistas y sindicalistas	90
1.f) Contra la ambigüedad y la doble cara	93
1.g) Dos formas del fascismo	95
1.h) La legislación del porvenir	98
1.i) La ciudad y el campo	101
1.j) Reflexiones de un viaje por España	104

2. LA CRISIS MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

La bancarrota del sistema económico y político del capitalismo	111
---	-----

3. ANARQUISMO Y ORGANIZACION

3.a) La responsabilidad del anarquismo español.	161
3.b) Consideraciones sobre nuestro tiempo. Comprender una época es comenzar a dominarla.	162
3.c) El proceso de la descomposición del mundo capitalista	167
3.d) El organismo económico de la revolución ...	170

4. LAS CONDICIONES DEL ANARQUISMO Y DE LA REVOLUCION. ARTICULOS EN "TIEMPOS NUEVOS" (1934-36)

4.a) De la iniquidad económica y social a la justicia	181
4.b) Una sociedad de productores y de consumidores	189

© Editorial Ayuso
San Bernardo, 34. Madrid
Primera edición - Noviembre, 1976
ISBN: 84-336-0028-1
Depósito legal: M. 39.459 - 1976
Impreso en Ediciones Castilla, S. A.
Maestro Alonso, 21 - Madrid

4.c)	El anarquismo es una solución	194
4.d)	Sobre la anarquía y las condiciones económicas	199
4.e)	La revolución libertaria y sus condiciones.	208
4.f)	Los anarquistas españoles y la insurrección de octubre	214
4.g)	España y el mundo	230
4.h)	Un plan de emergencia	242
4.i)	Ideal y táctica	247
4.j)	La libre experimentación en socialismo ...	255
4.k)	Minorías y mayorías en la revolución social.	260
4.l)	Por un amplio acuerdo para la liquidación social de un régimen	265
4.m)	Mirando al porvenir: libre experimentación social. Mancomunidad proletaria y revolucionaria. La liberación del estatismo	273
4.n)	El Estado y sus cargas	280
4.o)	Comunalismo y comunismo	287
5.	ANTE LAS ELECCIONES DEL FRENTE POPULAR	
5.a)	Los anarquistas y la situación económica española	299
5.b)	Por encima de las elecciones eventuales. Los trabajadores deben prepararse por sus medios propios para salvar a España de un porvenir ruinoso y trágico	304
5.c)	La verdadera solución no está en la democracia ni está en la dictadura	308
5.d)	Unas elecciones más, ¿y ahora qué?	312
5.e)	Serenamente	314
6.	SOBRE EL CONGRESO DE ZARAGOZA	
6.a)	Ante el Congreso de la C. N. T.	319
6.b)	Dictamen presentado por la ponencia del Sindicato de las Artes Gráficas de Barcelona ...	321
6.c)	El Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo	328
6.d)	Mirando al porvenir: organización comunal y organización del trabajo	332
6.e)	La defensa contra el fascismo no puede ser obra del Gobierno, sino de la acción proletaria y revolucionaria	337
6.f)	La revolución hace su camino	341
7.	EL ANARQUISMO, LA GUERRA Y LA REVOLUCION	
7.a)	¿Anarquistas en el Gobierno o anarquismo gubernativo?	347
7.b)	Los anarquistas, la revolución y la pequeña burguesía	354
7.c)	En torno a nuestros objetivos libertarios ...	363

Diego Abad de Santillán: anarquismo y utopía

El nombre de Diego Abad de Santillán suele asociarse a las experiencias colectivistas que el anarquismo revolucionario desarrolla durante nuestra guerra civil. Fue el ensayista francés Daniel Guérin quien por vez primera recordó que el intento de coordinar la economía colectivizada, más que a la línea doctrinal anterior de la Confederación Nacional del Trabajo, respondía al planteamiento de un libro de Abad de Santillán, El organismo económico de la revolución, publicado en la primavera de 1936¹. En el mismo marco de la guerra, Santillán se hallaba presente en las bibliografías con su alegato. Por qué perdimos la guerra, expresión de una perspectiva anarquista, y a título personal, por ser miembro del Comité Peninsular de la F. A. I. en las páginas de la crónica de Peirats, La C. N. T. en la revolución española. Por añadidura, los lectores de libros libertarios se encontraban constantemente con su nombre como traductor de los clásicos, Bakunin, Rocker o Malatesta, y su fecundidad como autor le aseguraba asimismo un puesto entre los hombres representativos del movimiento libertario en nuestro siglo. Como contrapunto, un escrito juvenil titulado Psicología del pueblo español le había procurado el dudoso honor de figurar en el elenco de escritores seleccionados por Ernesto Giménez Caballero en su Genio de España². Pero, en líneas generales, su figura, tanto de pensador como de militante, permanecía rodeada de las mismas brumas en que él mismo la dejara, borrando cuidadosamente las propias actuaciones en sus trabajos de historia del movimiento obrero³.

¹ Daniel Guérin: *L'anarchisme*, París, 1965, págs. 153-155.

² Ernesto Giménez Caballero: *Genio de España* (ediciones anteriores a la guerra).

³ Véanse las referencias a la historia de la C. N. T. y de la F. A. I., en Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, vols. 2.º y 3.º, Puebla (México), 1971.

A esta confusión contribuyó decisivamente el hecho de que la actividad de Diego Abad de Santillán, por una serie de causas que tendremos ocasión de examinar, se distribuyera en largas estancias en España y en Argentina, con un largo paréntesis de los años veinte en Alemania y otro, más breve, en la siguiente década, en Uruguay. Un bosquejo biográfico, por breve que sea, se constituye así en premisa indispensable para la comprensión de una obra esparcida en el espacio y en el tiempo, a lo largo de seis décadas.

Nacido en mayo de 1897 en Reyero (León), en una familia de campesinos pobres, su primera emigración a Argentina tiene lugar por efecto de la crisis agrícola, cuando sólo cuenta ocho años de edad. Trabaja allí desde muy pronto en diversos oficios (peón de albañil, obrero ferroviario) para regresar a España aún adolescente, aprovechando la mejor situación económica de la familia. Es así como, entre 1913 y 1914 estudia bachillerato en León, pasando a continuación a Madrid para matricularse en Filosofía y Letras, si bien asistiendo a las clases de aquellos catedráticos que más le interesaban (Posada, Julio Cebador, Asín Palacios). Todavía no tiene una concepción política definida, pero sí una clara inclinación hacia la escritura, iniciada en sus días de estudiante en León y que ahora, en Madrid, se concreta en la redacción de una revista, Los ciegos, y un libro, Psicología del pueblo español, que dedica al conservador Sánchez de Toca por su actitud regeneracionista⁴. Con la intervención en la huelga de agosto de 1917 le llega el primer encarcelamiento y es en prisión donde el comportamiento de los detenidos anarquistas le hará inclinarse hacia el pensamiento libertario. Llega a conocer personalmente a Seguí, y en 1918, con el fin de evitar el cumplimiento del servicio militar, deja España para reintegrarse a Argentina. Ya no vuelve a residir en Madrid hasta 1976, cuando regresa definitivamente tras el largo exilio argentino determinado por la derrota republicana de 1939.

En 1918 se inicia, pues, el período decisivo de formación intelectual para Abad de Santillán, que se integra en el movimiento libertario argentino encarnado por la Federación Obrera Regional Argentina y su órgano de prensa diario La Protesta. En este último defenderá, al lado de otro emigrado español, Emilio López Arango, un anarquismo intransigente frente a la penetración comunista y a la posible conversión de la F. O. R. A. en una central sindicalista. Su antibolchevismo tiene temporalmente por modelos a Rocker

⁴ Debíó escribir por las mismas fechas otro libro, *El derecho de España a la revolución*, que no hemos llegado a ver.

y a Malatesta, por su actitud crítica contra el carácter autoritario de la revolución rusa. Y la trayectoria no se corta cuando, en 1922, pasa a Alemania tras la gran huelga de la Patagonia. Allí estudia Medicina, que no llegará a terminar, pero sobre todo colabora en la A. I. T. desde su reconstitución en 1922 y mantiene su intervención en La Protesta, marcando al propio tiempo la línea de su «suplemento» doctrinal (1922-1930). Es el tiempo de las campañas contra las desviaciones anarcosindicalistas en el seno de la C. N. T. y de gestación consiguiente de la F. A. I. Las querellas internas de la F. O. R. A. determinan su regreso a Argentina en 1927, reanudando la colaboración en La Protesta hasta el asesinato de L. Arango, en 1929. Un año más tarde se cierra este ciclo, con la dictadura de Uriburu, implantada en septiembre de 1930: Santillán criticará duramente la pasividad anterior de la F. O. R. A. y con grandes dificultades consigue emigrar a Uruguay. Tras algunas vacilaciones, y apartado de la F. O. R. A., su actividad se orienta en lo sucesivo hacia España. Rectifica su línea doctrinal, con una atención creciente hacia los temas económicos, especialmente tras la visita a España de junio-julio de 1931 para asistir en Madrid al Congreso de la A. I. T. Goza de gran prestigio en los medios anarquistas de Barcelona e interviene juzgadamente en alguna polémica, siempre en contra del sindicalismo.

Pero la nueva etapa española sólo se abre a fines de 1933, cuando acaba de fracasar el levantamiento anarquista de diciembre. Su prestigio viene a sumarse a la necesidad de nuevos planteamientos, a la hora de conferirle un papel central en nuestro movimiento anarquista, como director del semanario de la F. A. I., Tierra y Libertad, y miembro principal del Comité Peninsular de la Federación. Entre diciembre de 1933 y enero de 1939 permanece en Barcelona, consagrado a su doble función de dirigente anarquista y de publicista (editor y traductor). Con el apoyo de Juan M. Molina («Juanel») como administrador, consigue elevar la tirada de Tierra y Libertad hasta obtener beneficios y, gracias a ello, situar en la calle en mayo de 1934 la revista Tiempos Nuevos, heredera a un tiempo del suplemento semanal de La Protesta y del suplemento de Tierra y Libertad. A través de frecuentes encarcelamientos, consigue desarrollar en ambas publicaciones una línea de revisión del anarquismo imperante, con el doble resultado de rectificar la táctica insurreccional fracasada en 1933 y hacer intervenir los problemas económicos en las perspectivas del debate anarquista. Este giro teórico se materializa en la publicación, en marzo de 1936, de *El organismo económico de la Revolución*, bien alejado de sus escritos de la década ante-

rior y, por contraste, anticipación de los intentos coordinadores de la economía colectivizada de la C. N. T. durante la guerra. Al llegar ésta participa sucesivamente en el Comité de Milicias Antifascistas (julio), encarnación del poder popular surgido de la victoria sobre las tropas sublevadas, en el Consejo de Economía (agosto) y en el gobierno de la Generalitat, como consejero de Economía, de diciembre de 1936 a marzo de 1937. Casi siempre llenando huecos, al margen de sus posibles deseos y mientras sigue perteneciendo al Comité Peninsular de la F. A. I. El balance pesimista de los acontecimientos se percibe nitidamente en su libro *La revolución y la guerra en España (Barcelona-Buenos Aires, septiembre de 1937)*, que refundirá tres años más tarde en el más conocido *Por qué perdimos la guerra (Buenos Aires, 1940)*. No son tan intensas como antes de julio las colaboraciones, dispersas entre *Solidaridad Obrera*, *Tiempos Nuevos* y su nueva revista *Timón* (desde julio de 1938), pero su actividad se mantiene, teniendo ahora por eje la publicación de las obras completas de Bakunin en castellano. El sexto volumen ve la luz en enero de 1939 y el séptimo queda en galeras cuando entra en Barcelona el ejército de Franco.

El «movimiento obrero anarquista»: los orígenes de la F. A. I.

La etapa de colaboración de Abad de Santillán en *La Protesta* se caracteriza por una defensa intransigente de la hegemonía anarquista dentro del movimiento obrero y, por consiguiente, en los sindicatos. La estancia en Alemania intensificará incluso su actuación ideológica, al favorecer el contacto con los grandes teóricos del anarquismo europeo (en primer término, Rudolf Rocker) y, con ello, la ampliación de las posibilidades de una difusión doctrinal que encuentra su marco en las páginas del suplemento (semanal o quincenal) de *La Protesta*, posiblemente la principal revista teórica libertaria de la década. Su primera entrega había visto la luz en Buenos Aires, el 1 de enero de 1922 y la última, en nuestro conocimiento, corresponderá al número 335, el 15 de septiembre de 1930, coincidiendo con la inauguración de los dieciocho meses de dictadura del general Uriburu, causa asimismo del exilio de Abad de Santillán en Montevideo.

Ahora bien, ¿por qué el movimiento obrero argentino pasa en este período a constituirse en modelo para el sector anarquista de la C. N. T.? Desde luego, no por causas estrictamente ideológicas. Lo fundamental, a nuestro juicio, es que

la Federación Obrera Regional Argentina (F. O. R. A.) ha resuelto ya, a través de una larga serie de crisis que se extienden entre 1915 y 1923, los problemas que en los años veinte se abren ante el anarquismo confederal. Y los ha resuelto además mediante la afirmación del predominio anarquista, liberando a la central de las desviaciones sindicalista y comunista que asimismo se manifiestan en el interior de la C. N. T. en los años que siguen al momento cenital del Congreso de la Comedia, en diciembre de 1919. En efecto, la definición comunista anárquica de la F. O. R. A., comparable a la profesión de fe libertaria de la Comedia, tiene lugar en su V Congreso, reunido en agosto de 1905. A su vez, los enfrentamientos con el sindicalismo «neutro» habían abocado en 1915 al nacimiento de la F. O. R. A. sindicalista (también llamada F. O. R. A. del IX Congreso o F. O. R. A. novenaria), de cuyo Congreso de formación se habían retirado las minorías anarquistas que mantendrán en lo sucesivo la F. O. R. A. del V Congreso. Lo esencial es que, en la crisis de la posguerra, esta F. O. R. A. llegará a ser mayoritaria, forzando tras las reuniones de 1920-1921 el repliegue de los sindicalistas, que acaban renunciando a sus siglas para dar vida a la Unión Sindicalista Argentina, y a la expulsión de los comunistas bolcheviques. Cerró el proceso, en marzo de 1923, el noveno Congreso de la F. O. R. A., reafirmando la profesión de fe en el comunismo anárquico, rechazando la organización por federaciones de industria, así como la pertenencia de todo «elemento político» y, en fin, confirmando la «trabazón» con el anarquismo al dictaminar «que los compañeros anarquistas que se encuentran al margen de la F. O. R. A. tengan derecho a integrar los cuerpos de responsabilidad de la misma»⁵. Es el principio que está en la base de la formación de la F. A. I. Complementariamente, la penuria doctrinal del anarcosindicalismo español de los veinte realizaba aún más las soluciones argentinas. Las coordenadas del problema eran diferentes, salvo en lo concerniente a la presencia comunista, ya que en la C. N. T. la llamada desviación sindicalista consistía en la práctica en una definición anarcosindicalista de dirigentes como Peiró o Pestaña, que al cerrarse la crisis del terrorismo de 1920-1922 intentan restaurar la autonomía de decisión sindical frente al mecanismo que se impuso en la clandestinidad de las «reuniones de militantes» donde tienden a prevalecer las posiciones activistas, y, organizativamente, el anarquismo de grupos. Claro que aquella reac-

⁵ Diego Abad de Santillán: *La F. O. R. A. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1971, pág. 264. Sobre la evolución anterior, ver caps. VII y XIII a XVII.

ción llevaba a poner en cuestión la definición anarquista de la C. N. T. para reforzar su imagen de sindicato independiente y esto a su vez agudizaba la desconfianza de quienes veían en los sindicatos el instrumento de la revolución libertaria⁶. El régimen de excepción a que, desde septiembre de 1923, se hallaba sometida la C. N. T. por el golpe de Estado de Primo de Rivera contribuye a exasperar el desarrollo del debate, que se funde con discusiones paralelas sobre la posibilidad de llevar a cabo un levantamiento exclusivamente libertario contra el régimen dictatorial y sobre la conveniencia de mantener en lo posible la vida legal de los sindicatos (opción anarcosindicalista) o reforzar el enfrentamiento al orden vigente mediante la clandestinidad (preferencia anarquista).

A través de las páginas de *La Protesta*, diario o suplemento, Abad de Santillán mantiene encendida, en unión de Emilio López Arango, la polémica con los que califican de «camaleones» del sindicalismo español (Pestaña, en primer término), los cuales, a su vez, replican desde *Solidaridad Obrera* o *Solidaridad Proletaria* enlazando por su parte con los adversarios argentinos de la F. O. R. A.: la Unión Sindical Argentina y la Alianza Libertaria Argentina (A. L. A.)⁷. El argumento central esgrimido por Santillán consistía en que, a su entender, no sólo vulneraba el sindicalismo los principios acordados en 1919, sino que constituía una traición a toda la historia del movimiento obrero español orientada por el anarquismo. Bajo el título engañoso de «Por el restablecimiento de la cordialidad», Abad de Santillán resumía en junio de 1925 las razones de su oposición a la línea dominante en la C. N. T. española:

En las filas de la Confederación se ha formado una especie de casta de dirigentes: los puestos de los sindicatos y de los comités constituyen un motivo de ambiciones desmesuradas; para muchos es cien veces preferible un puesto rentado en la organización que el trabajo en la fábrica (...). El vicio del funcionarismo nos hace prever una enorme serie de desviaciones y por eso lo combatimos; y como vemos que la voz de la crítica no es admitida en los órganos de la Confederación, es justo que se dé hospitalidad en *La Protesta* a los sanos pensamientos que se quiere sofocar en España (...). Otro de los fenómenos que nunca combatiremos bastan-

te es el surgimiento de una serie de pequeños filósofos y literatos que se empeñan en someter a sus cánones metafísicos y a sus dogmas estéticos el desenvolvimiento del movimiento obrero (...) Sería cosa de enseñarles un poco de historia de España a esas gentes. Aseguran que una organización obrera no puede ser anarquista, porque es una organización económica (...) La infección sindicalista se trasluce en cada frase escrita por los dirigentes perpetuos de la Confederación; no hay más que leer *Solidaridad Proletaria*, para convencerse. Y esa infección sindicalista, que pretende expulsar al anarquismo de la organización obrera, no podemos tolerarla con los brazos cruzados (...)»⁸.

Frente a Pestaña, Carbó y Peiró, Abad de Santillán propone el mantenimiento de una C. N. T. estrictamente anarquista, de acuerdo con la tradición del movimiento obrero español. La única salida reside, pues, en el abandono de la Confederación por parte de aquellos que defienden su transformación en una entidad sindicalista⁹. Por lo demás, tales acusaciones sólo eran una prolongación de la polémica mantenida con Carbó en el II Congreso de la A. I. T., reunido en Amsterdam en marzo de 1925¹⁰.

En relación al movimiento anarcosindicalista español, los planteamientos de Abad de Santillán adquirirían una importancia creciente en los medios peninsulares a partir de la campaña que, en julio de 1922, abre el diario bonaerense *La Protesta* contra la debatida declaración política aprobada por la Confederación en la Conferencia de Zaragoza. «Los sindicalistas que en España hablan de incorporar el movimiento obrero revolucionario a las luchas de orden nacional, y que comienzan por pedir al Gobierno amnistía para los presos por cuestiones sociales y por intervenir en la propaganda pública destinada a normalizar la situación jurídica y constitucional de la nación española, hacen política de oposición y colaboran de hecho con los partidos de izquierda. Porque el politiquerismo no consiste únicamente en formar un partido favoreciendo a un partido pseudorrevolucionario para que desaloje el poder al partido que gobierna»¹¹. A partir de este momento, y por espacio de cuatro

⁸ D. Abad de Santillán: «En torno a la Confederación Nacional del Trabajo. Por el restablecimiento de la cordialidad», *La Protesta* (suplemento semanal), 8-VI-1925.

⁹ Cf. Antonio Elorza, «El sindicalismo de Angel Pestaña», estudio preliminar a la antología de escritos de Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, Madrid, 1974, págs. 19-30.

¹⁰ El resumen de actas se conserva entre los papeles de Abad de Santillán, I. I. S. G. de Amsterdam. Una reproducción abreviada en el Suplemento semanal de *La Protesta*, núms. 179 a 186, 29-VI a 17-VIII-1925.

¹¹ «La política del sindicalismo» (III), *La Protesta*, 27-VII-1922.

⁶ Cf. mi trabajo «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica», en *Revista de Trabajo*, núms. 39-40, 1972, págs. 125-181.

⁷ Ver textos reunidos en *Revista de Trabajo*, 39-40, cit., págs. 318 y siguientes.

años, La Protesta se convertirá en el órgano del anarquismo ortodoxo contra las desviaciones que en España vendrían a introducir los sindicalistas en la C. N. T., y entre ellos, en primer término, Juan Peiró y Angel Pestaña. Correlativamente, sus páginas serán el refugio de los defensores españoles del predominio anarquista en la C. N. T. y, en definitiva, el modelo al que ajustarán éstos sus declaraciones y sus propósitos.^{11 bis}

En estos momentos, la postura de Abad de Santillán es resueltamente crítica frente al anarcosindicalismo (tendencia que intentaría consagrar la autonomía de decisión para los organismos sindicales en cuyo seno se integran, como un sector más, los anarquistas). La revolución social no debe subordinarse a estructura organizativa alguna: admitir esta subordinación equivale a ingresar en la órbita ideológica del marxismo, aceptando incluso nociones como las de periodo de transición, equiparables a conceptos como la dictadura del proletariado. Según resume en un artículo polémico escrito frente a Schapiro:

El concepto de la revolución del anarcosindicalismo es puramente político, es decir, no concede a los pueblos más que el papel de instrumentos subordinados a minorías organizadas en comités o en sindicatos; desconfía profundamente de la acción espontánea de las masas —cosa que se imagina ser una afirmación categórica—. El error principal estriba, según nuestra opinión, en la dependencia de la ideología del anarcosindicalismo de las mixtificaciones pseudorrevolucionarias del marxismo. Para nosotros una revolución social no es la realización de un programa elaborado en nuestros grupos, clubs o periódicos, sino la acción destructiva y libre del pueblo insurreccionado y el establecimiento de nuevas relaciones sociales entre los hombres libertados del autoritarismo y de la violencia estatal.¹²

En los escritos de esta etapa argentina de Abad de Santillán, la asociación de anarquismo e idealismo se contraponen a los planteamientos de raíz marxista o autoritaria que uti-

^{11 bis} La fase más agria de la polémica se desató tras un artículo de Pestaña en *Solidaridad Obrera*, a comienzos de 1924, optando por A. L. A. y U. S. A. frente a *La Protesta*. Resume el conflicto Angel Abella, «De España a la Argentina», *El Libertario*, Buenos Aires, 30-V-1925. Su violencia se refleja en el artículo de Pestaña, «La triste labor», en *El Libertario*, 30-VI-1925.

¹² D. A. de Santillán: «Problemas de hoy y de mañana», *La Protesta* (suplemento semanal), 16-VII-1923. En el mismo sentido, casi diez años después, en «La revolución anarquista», *Cultura Proletaria*, Nueva York, 27-II-1932.

lizan en sus análisis el materialismo histórico. Por lo mismo, rechaza abiertamente la noción de lucha de clases para reivindicar, en cambio, la emancipación de la humanidad frente a toda opresión (lo que, de inmediato, conduce a la equiparación de la opresión económica, del Capital y la política del Estado). Según explica en el artículo titulado «Intereses de clase o intereses humanos»:

La idea marxista de clase es para el anarquismo una fuente de continuas desviaciones e inseguridades; dejándose guiar por ella se corre el peligro de negar los propios fundamentos morales y sociales de nuestras ideas (...). Nosotros no negaremos jamás la oposición que existe entre el poseedor y el desposeído, entre el amo y el esclavo, pero no creemos o no esperamos que la fatalidad histórica lleve al esclavo y al desposeído a luchar contra los amos y los poseedores (...). La batalla entre las fuerzas del porvenir y las defensoras del presente no está precisamente entre ricos y pobres, entre amos y esclavos, entre poseedores y desposeídos, sino entre los que conciben y desean un futuro más equitativo y los que se benefician del régimen presente y aspiran a su perpetuación.¹³

Al anarquismo corresponde, pues, sin adscripción a una clase social determinada, asumir ese ideal que implica la transformación revolucionaria, siendo su objeto la liberación, no de una clase, sino de la humanidad entera. En definitiva, la interpretación del proceso histórico sirve para negar validez a los esquemas de «dominación del proletariado», cuya concreción histórica corresponde ya a «los dictadores de Moscú».

La misma intención de situarse en el punto opuesto al análisis marxista lleva al joven Santillán a rechazar toda elaboración teórica previa del proceso revolucionario y, al mismo tiempo, toda previsión económica respecto al mismo. La opción sirve también para desautorizar al sindicalismo revolucionario: la revolución es vista como un proceso de destrucción-construcción, espontáneo, alentado por los anarquistas e impulsado hacia adelante por medio de la libre experimentación. Es la única forma de evitar la restauración del poder: «Hay que provocar y suscitar la revolución —escribe desde Berlín, en junio de 1923— y no canalizarla y dirigirla. Hay que ser consecuentes con la interpretación libertaria de la vida y no doblegarnos de ningún modo a

¹³ D. A. de Santillán: «Intereses de clase o intereses humanos», *La Protesta* (suplemento semanal), 12-XI-1922. Reproducido en *Revista de Trabajo*, números 39-40, 1972, págs. 344-347.

los fetiches del autoritarismo»¹⁴. Entre ellos se incluiría la «reglamentación económica y social», que en la siguiente década propondrá en sus reflexiones sobre la adaptación del anarquismo a la sociedad industrial¹⁵.

De acuerdo con esta concepción bipolar de la historia, lo esencial es que el anarquismo rechace en todo momento el principio de autoridad, inspirador de la injusticia y de las instituciones opresoras, como el capital o el Estado, incluso cuando las mismas se presentan al servicio de la emancipación de la clase antes oprimida: caso de la dictadura del proletariado. Ahora bien, este planteamiento idealista no desemboca en una reivindicación del anarquismo filosófico, o individualista, desencarnado de toda práctica social. Introduciendo un enfoque finalista, Abad de Santillán advierte que el anarquismo debe ser siempre una ideología aplicada, actuante al servicio de las ideas que defiende. «... Con la historia en la mano —escribe— demostraríamos que el verdadero movimiento anarquista, el que ha merecido siempre ese nombre, ha sido el movimiento obrero encaminado hacia la destrucción del capital y del Estado; las otras manifestaciones, en el arte, en la filosofía, en el cenáculo de café, son influencias, ramificaciones del movimiento madre»¹⁶. Por la misma razón desconfiaba de la eficacia de los grupos de afinidad¹⁷. El anarquismo reencuentra al movimiento obrero por razones estrictamente prácticas, como único instrumento de la acción revolucionaria (de liberación) que aquél debe alentar. «Es nuestra convicción —concluye— que hemos llegado a un momento en que las circunstancias nos imponen la valorización del movimiento sindical y el abandono de esa táctica infantil de crear grupos que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, tienen una vida por completo aparente y efímera (...) hoy ese movimiento (anarquista) no puede vivir en atmósfera tan pobre; necesita la afluencia y la base proletaria, necesita alimentarse en las luchas cotidianas contra el capital y el Estado, necesita inspirar la fuerza que constituye el proletariado organizado, y para ello, la acción de propaganda no debe partir de afuera, de grupos o de capillas diversas, sino del seno mismo de las masas»¹⁸.

¹⁴ D. A. de Santillán: «Los cauces de la revolución», *La Protesta* (suplemento semanal), 9-VII-1923 y *Revista de Trabajo*, cit., pág. 351.

¹⁵ D. A. de Santillán: «Problemas de hoy y de mañana», *La Protesta*, suplemento semanal, 16-VII-1923 y *Revista de Trabajo*, cit., pág. 353.

¹⁶ D. A. de S.: «El anarquismo en los grupos de afinidad», *La Protesta* (suplemento semanal), núm. 139, 15-IX-1924.

¹⁷ De ahí la oposición al anarquismo portugués, por lo demás enfrentado al sindicalismo predominante en la C. G. T. Ver la polémica sobre el «m.o.a.» en *A Aurora*, Porto, 1929.

¹⁸ «El anarquismo en los grupos de afinidad», cit.

Sin embargo, propugnar el «movimiento obrero anarquista» no supone la menor concesión al anarcosindicalismo, al sindicalismo revolucionario o al «frente único» de la Tercera Internacional. El papel del sindicato es, insistimos, sólo instrumental y carece de toda autonomía en el orden revolucionario. Los anarquistas no han de hacer la menor concesión a la coexistencia con otras corrientes doctrinales que, en diversos grados, incorporarían siempre el reformismo o la noción de autoridad. Siguiendo la tradición española hasta 1919 o el ejemplo de la F. O. R. A. tenderán a dominar siempre su movimiento obrero. De ahí la oposición intransigente a una acción sindical desligada de la determinación anarquista (casos de Peiró y Pestaña en la C. N. T. española), e incluso a toda valoración neutral del sindicato como instrumento de defensa de los intereses de clase (polémica con Malatesta y Fabbri).

Las campañas de La Protesta contra el «camaleonismo» de los dirigentes sindicalistas de la C. N. T. surtieron efecto en los meses finales de 1925, cuando aparece irremediable la crisis confederal tras el cierre de sindicatos de mayo de 1924 y el sector sindicalista presiona para volver a la legalidad. Los disconformes con Manuel Buenacasa como principal elemento, decidieron dar vida a un semanario que defendiese la hegemonía anarquista en el seno de la C. N. T. Nace así *El Productor*, publicado semanalmente, primero en Blanes y luego en Barcelona, con el propósito explícito de defender el «movimiento obrero anarquista». El título previsto inicialmente había sido *El Libertario*, pero probablemente razones de censura aconsejaron el cambio¹⁹. El grupo editor,

¹⁹ Nace *El Productor* con un fondo de mil pesetas reunidas entre 16 trabajadores en Blanes, localidad donde sobrevivía un Sindicato Único con cincuenta cotizantes. Tras pensarse en publicarlo en Gerona, se imprimió definitivamente en Barcelona, donde se asienta la redacción en diciembre de 1925. Formaron ésta Manuel Buenacasa (carpintero) como secretario; Ramón Suné (albañil), tesorero; Patricio Navarro (cargador de muelle), administrador; José Alberola (maestro racionalista); Ramón Domínguez (carpintero), y como director en Barcelona, Joaquín Adelantado, mozo de almacén. Estos datos se publicaron en un artículo, «Hablemos nosotros», donde se anota la reproducción de editoriales de *La Protesta*, «por considerar en la redacción de aquel cotidiano una reciedumbre intelectual y de perspectiva moral que nosotros no tenemos» (*El Productor*, núm. 9, 1-I-1926).

Se cumplían así los propósitos que meses antes expusiera Emilio López Arango en carta dirigida a Santillán: «Gracias a nuestra labor crítica en España comienza a agitarse el avispero. Si se lograra hacer apear de la burra a los compañeros que defienden la organización política del anarquismo, sería fácil dar por tierra con la cuadrilla de Pestaña. Pero si los compañeros no cambian de dirección, mucho me temo que se vayan en palabras y no hagan nada práctico en el movimiento obrero. ¿Has leído las aclaraciones y rectificaciones de *Solidaridad Proletaria* a la Carta abierta a los anarquistas? Más que a esa carta, querían responder a la creciente influencia de *La Protesta* entre los anarquistas de Barcelona. Será preciso, pues, continuar hasta hacerles perder los estribos» (Carta de 16-V-1925, en «Correspondencia de Diego Abad de Santillán», Instituto Internacional de Historia Social, Amsterdam).

constituido en Blanes el 2 de octubre de 1925, precisaba en su declaración de principios la identidad de miras con la línea editorial de La Protesta:

Nuestro periódico viene a la vida, y lo repetimos: Primero. Para propagar el ideal anarquista. Segundo. Para revisar la actuación de los ácratas españoles en el sindicalismo en los últimos años. Tercero. Para impulsar un movimiento obrero netamente anarquista²⁰.

Y, para concretar este programa, desde el primer número se creaba una tribuna abierta que, bajo el rótulo de «Revisión de la obra de los anarquistas en el movimiento obrero», apuntaba a resaltar las desviaciones sindicalistas que recientemente habían imperado en la dirección de la C. N. T. La apertura a cargo de Buenacasa no ofrecía en este sentido el menor margen para la duda, lo mismo que la sucesión ulterior de artículos y editoriales, expresando la preferencia por una C. N. T. estrictamente anarquista, aun al precio de la escisión²¹. La correspondencia dirigida por el propio Buenacasa a Santillán confirma estas intenciones. Así, en carta de 8 de diciembre de 1925, puede leerse:

Ya has visto *El Productor*; el sabotaje de que fue objeto en sus comienzos, cuanto que se imprimía en Barcelona y que el grupo editor esté en Blanes (Gerona) hizo posible que el periódico apareciera lleno de lagunas y deficiencias, pero ya habrás adivinado nuestro propósito de conseguir —y ello es un hecho a partir del número 7, puesto que tenemos un grupo de Barcelona responsable de la vida moral del periódico—, de conseguir, repetimos, que *El Productor* sea el mejor periódico anarquista de los que en España vean la luz. Conviene no olvidar que estamos sometidos a la previa censura y que ello puede restarnos medios de expresión en el terreno combativo o crítico.

Desde luego que el periódico es anarquista, y que las dos razones principales de su creación responden a la necesidad de crear en España el movimiento obrero anarquista y hacer una revisión de la obra de ciertos anarquistas en el sindicalismo.

Estas dos cuestiones han interesado profundamente en nuestros medios populares por lo que *El Productor* a pesar, de la consigna de los jefes

²⁰ «Lo que debe ser 'El Productor', *El Productor*, núm. 1, 7-XI-1925.
²¹ Véase nuestro trabajo «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica», en *Revista de Trabajo*, núms. 39-40, 1972, págs. 181-187.

que hasta ayer dirigieron para hundirla a la C. N. T. y que dieron orden de no leerlos, tira ya más de 3.600 ejemplares en su 5:º número²².

Desde entonces, la difusión siguió un continuo ascenso hasta su supresión por la autoridad, que Ramón Suñé comunica a Santillán en carta de 10 de abril de 1926. Habían alcanzado los cinco mil ejemplares y, desde mediados de enero, tenían un contrincante en el semanario barcelonés *Vida Sindical*, «órgano de los pestañistas», según Buenacasa, que seguiría la misma suerte a pesar de su defensa de la legalidad de los sindicatos²³.

La fórmula que, en lo sucesivo, defenderán los hombres de *El Productor* —supervivientes como grupo al fin del semanario, que resucitan por un momento en 1930— es la adaptación al movimiento confederal español de la «trabazón» según el ejemplo de la F. O. R. A., con el fin de conformar el «movimiento obrero anarquista» mediante el enlace orgánico a todos los niveles de las organizaciones sindical, anarquista y cooperativista (fundamentalmente de las dos primeras). De esta forma, el anarquismo velaba, desde el Consejo local al nacional, por la ortodoxia del comportamiento confederal, consiguiéndose al mismo tiempo la convergencia de actuaciones entre organización «universalista» y sindicato. La constitución de la Federación Anarquista Ibérica, en julio de 1927, supone crear la organización encargada de cumplir el proyecto, proponiendo desde su origen la «trabazón» como sistema de funcionamiento a la C. N. T. y rechazando el sindicalismo neutro²⁴. Y el hecho de que el enlace orgánico no respondiera finalmente a la falsilla del «movimiento obrero anarquista» en el plano formal no debe ocultarnos la afirmación progresiva de dicho enlace, con la consiguiente hegemonía anarquista en el marco de la C. N. T. a lo largo del período de luchas internas que se cierra en 1933 con la escisión treintista²⁵. Como anota Peirats: «Las relaciones entre la F. A. I. y la C. N. T. iban más allá de una mera simpatía o afinidad ideológica. La primera había reivindicado siempre una intervención directa en ciertos aspectos comunes de la lucha y obtenido la llamada 'trabazón', que consistía en su participación oficial en determinados comités, tales como los Comités Pro-

²² En «Correspondencia de A. D. de Santillán», cit., I. I. S. G., Amsterdam.

²³ Cartas de Ramón Suñé, 10-IV-1926, y de Buenacasa, 15-I-1926.

²⁴ «Síntesis del acta de la Conferencia nacional celebrada en Valencia los días 24 y 25 de julio de 1927», *La Protesta*, núm. 5.790, 2-XI-1927. Reproducido en *Revista de Trabajo*, 39-40, págs. 450-455.

²⁵ Cf. John Brademas: *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, Barcelona, 1974.

presos y en los Cuadros de Defensa»²⁶. Puede admitirse, siguiendo a Abad de Santillán, que la posición de la F. A. I. respecto a la C. N. T. reproducía el esquema de la Alianza de la Democracia Socialista en la Primera Internacional²⁷. En el proceso concreto de su constitución la influencia del movimiento argentino había resultado decisiva.

Es lo que simboliza la publicación en Barcelona, a fines de 1925, del libro conjunto de Santillán y López Arango, El anarquismo en el movimiento obrero. El volumen, según las cartas conservadas del librero anarquista Tomás Herberos, fue «muy bien recibido» y sólo suscitó el lógico malestar en el sector anarcosindicalista, cuyo órgano, Vida Sindical, se negó a anunciarlo aun pagando. «El libro de Arango y tuyo —insiste dos meses más tarde el mismo Herberos— ha sido muy bien recibido por los compañeros que ya estaban bien preparados por la labor de La Protesta, que aunque sólo recibí cuatro ejemplares, circulaban de mano en mano hasta que se rompían los dobleces»²⁸.

López Arango y Santillán resumían sus posiciones ya conocidas: defensa de la organización obrera estrictamente libertaria, con los anarquistas como vanguardia revolucionaria del proletariado; eliminación de todo vestigio marxista, en el planteamiento filosófico o en la organización (sindicalismo incluido); renuncia a elaborar apriorísticamente, y sobre datos económicos, la fórmula anarquista del porvenir²⁹. El anarquismo debía rechazar conjuntamente al comunismo soviético y a la desviación sindicalista.

Pero la crítica no se dirige sólo a la C. N. T. española. En El anarquismo en el movimiento obrero se integra parcialmente la actitud de López Arango y Abad de Santillán ante las posiciones que sobre la relación entre anarquismo y movimiento obrero explicitaran dos de los principales publicistas libertarios italianos, Errico Malatesta y Luigi Fabbri. La polémica había recorrido anteriormente las páginas de Pensiero y Volontà y del suplemento de La Protesta, y ocuparía nuevamente las de la revista italiana y las de El Productor en los comienzos de 1926³⁰.

²⁶ J. Peirats: *La C. N. T. en la revolución española*, t. II, París, 1971, pág. 242.

²⁷ Contra la asociación entre la F. A. I. y la Alianza de Bakunin, ver César M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, París, 1969, págs. 68-69, nota. Ver también nuestro trabajo citado *supra*, en *Revista de Trabajo*, núms. 39-40, pág. 206, nota 143.

²⁸ Cartas de 3-XI-1925 y 15-I-1926. En «Correspondencia...», cit., I. I. S. G.

²⁹ *El anarquismo en el movimiento obrero*, Barcelona, 1925, pág. 199.

³⁰ Sucesivamente, de Errico Malatesta, «L'unità sindacale», «Sindacalismo e anarchismo», «Movimento operaio e anarchismo» (*Pensiero e Volontà*, 1925, págs. 78-81, 126-128 y 371-372, respectivamente) y «Ancora su Movimento operaio e Anarchismo» (*Pensiero e Volontà*, 1926, págs. 55-57), de Luigi Fabbri, «L'idea anarchica dell'organizzazione» (*P.e.V.*, 1926, pági-

En realidad, en la raíz del enfrentamiento estaba la desigual situación en que se hallaban los movimientos obrero y libertario de los países que servían de referencia al debate. Claramente, la posición de Malatesta y Fabbri refleja la actitud defensiva, y consecuentemente unitaria, de la clase obrera italiana de cara a la consolidación del fascismo en el poder. No se trata, pues, de una definición abstracta, sino del sometimiento táctico a la desfavorable evolución de los acontecimientos. Además, para Malatesta, el sindicato obrero resultaba de la necesidad de atender por parte de los trabajadores a sus necesidades inmediatas, oponiéndose a la explotación capitalista: de ahí la tendencia a la concentración del movimiento obrero frente a la clase propietaria. Malatesta insiste en otorgar la primacía a la organización por encima de la definición anarquista de la misma. El primer objetivo a conseguir consiste en aglutinar a los trabajadores, y la búsqueda de un sindicalismo anarquista podría resultar contraria para tal fin. La labor de los anarquistas en los sindicatos se dirige a evitar las desviaciones política y reformista, no a conseguir a toda costa la hegemonía en su interior:

Gli anarchici nei sindacati dovrebbero lottare perchè essi restino aperti a tutti i lavoratori di qualunque opinione e di qualunque partito alla sola condizione della solidarietà nella lotta contro i padroni; dovrebbero opporsi allo spirito corporativo ed a qualunque pretesa di monopolio di organizzazione e di lavoro; dovrebbero impedire che i sindacati servano di strumento ai politicanti per fini elettorali o altrimenti autoritari, dovrebbero predicare e praticare l'azione diretta, il decentramento, l'autonomia, la libera iniziativa; dovrebbero sforzarsi perchè gli organizzati apprendano a partecipare direttamente alla vita dell'organizzazione ed a non aver bisogno di capi e di funzionari permanenti.

Dovrebbero insomma restare anarchici, tenersi sempre affiatati cogli anarchici e ricordarsi che l'organizzazione operaia non è il fine, ma semplicemente uno dei mezzi, per quanto importante, per preparare l'avvento dell'anarchia³¹.

nas 121-125) y Abad de Santillán, «El movimiento obrero puro» y «De aquí y de allí» (*El Productor*, 29-I y 12-III-1926). «Un problema capital del anarquismo: el movimiento obrero» y «El movimiento obrero y el anarquismo» (suplemento de *La Protesta*, 6-VII-1925 y 10-V-1926).

³¹ Versión castellana, «Sindicalismo y anarquismo», suplemento semanal de *La Protesta*, 26-VI-1925. Original, «Sindacalismo e anarchismo», en *Pensiero e Volontà*, Roma, 1925, págs. 126-128.

Las ideas de Malatesta, muy próximas en su fines a las que en España defendiera Juan Peiró y en Francia Sébastien Faure, tendían a reconocer la imposibilidad de un sindicalismo exclusivamente anarquista y a definir la acción libertaria dentro de las organizaciones como orientación y control de la masa obrera. Por eso Malatesta se ve catalogado por los editores catalanes de *El Productor* como adversario del «movimiento obrero anarquista» sostenido por la F. O. R. A. y propugnado por ellos mismos para la C. N. T. La réplica de Malatesta consistió en una carta abierta, donde trazaba la distinción entre «movimiento obrero con finalidad anarquista», que declaraba defender, y el movimiento obrero estrictamente anarquista, según el módulo de La Protesta, que juzgaba irrealizable. El movimiento obrero surge para Malatesta de la necesidad de autodefensa de los trabajadores, espontáneamente, y tratar de impulsarle desde supuestos únicamente anarquistas equivale a colocar la carreta delante de los bueyes. La obligación anarquista, insiste, es contrarrestar la inclinación progresiva que hacia el reformismo muestran los sindicatos. La diferencia entre Malatesta y sus opositores hispanoargentinos se fundamentaba en la creencia de estos últimos en la posibilidad de controlar por sí mismos la organización sindical, lo que estaba lejos del alcance de los óceratas italianos. Al margen de que para Malatesta el ámbito de la acción libertaria es la organización de grupos anarquistas, y no el sindicato, sólo instrumental.

El debate con *El Productor* y *La Protesta* conduce así a un diálogo de sordos. El propio Malatesta lo reconoce en un artículo titulado «Ancora su Movimento operaio e anarchismo», con que pretende cerrar la discusión³². Malatesta subraya la diferencia entre movimiento obrero y sindicalismo, mostrándose partidario del primero frente al segundo, autoritario y exclusivista, al tiempo que repite argumentos anteriores. En la misma línea intervendría Luigi Fabbri.

Por su parte, Abad de Santillán apoya su contra-argumentación en la inexistencia de ese «movimiento obrero puro», soporte de las recomendaciones de Malatesta, y en el que cabría la coexistencia de diversas tendencias ideológicas. Es viable a su juicio una organización obrera estrictamente contrarrevolucionaria o reformista. La realidad es el fraccionamiento, y la lucha de los anarquistas no debe llevarse sólo contra el fascismo o el capitalismo, sino asimismo, y con especial insistencia, contra las desviaciones sindicalista y comunista. Tampoco es partidario Santillán del «anarquis-

mo de secta», que practican los grupos de afinidad: la definición de esferas autónomas para las respectivas prácticas, de anarquistas y sindicatos, conduce en ambos casos a la deformación de un ideal que, en cambio, puede alcanzarse a través de la orientación de la acción sindical hacia sus verdaderos fines de emancipación social, coincidentes con los de la anarquía. «Cuando nosotros luchamos por la orientación anarquista del movimiento obrero, no lo hacemos en la convicción de imponer un credo político o social a una masa mayor o menor de trabajadores, sino que queremos que esos trabajadores no sean desviados de su objetivo, la conquista de la libertad para todos, la lucha por la anarquía»³³. El objetivo prioritario es, en consecuencia, conseguir la hegemonía del anarquismo sobre socialdemócratas, reformistas o comunistas que en todo caso pretenderán imponer sus voluntades dentro de los sindicatos. «La lucha contra la reacción no puede dejar al margen la lucha contra aquellos movimientos proletarios que son sus más seguros vehículos»³⁴.

En un segundo artículo, se añaden razones suplementarias. Si lo esencial es concebir el sindicato como órgano unitario de lucha contra el capital, ¿por qué no abandonar la C. N. T. e ingresar masivamente en la U. G. T.? El anarquismo aparece, en último término, como solución única, ya que toda lucha contra el capital resulta mutilada si no acomete al propio tiempo al poder político que mantiene y defiende a aquél: el Estado. «El capitalismo no existe como algo substancialmente del Estado; al combatir a uno hay que combatir al otro, o de lo contrario, es mejor obedecer y callar»³⁵.

En las páginas de *El anarquismo* en el movimiento obrero se precisan los rasgos de la cosmovisión que determina esta actitud. En la base figura el intento de regresar a los orígenes, a Bakunin, para restaurar frente a marxistas y reformistas la pureza originaria del movimiento obrero de finalidad libertaria. Para Arango y Santillán, el anarquismo es una aspiración ideal de liberación que resulta como proyección espontánea de la rebeldía contra las condiciones de explotación. Anarquismo y obrerismo están indisolublemente unidos:

Para nosotros, el anarquismo no es un descubrimiento de laboratorio ni fruto de pensadores

³² D. Abad de Santillán: «El movimiento obrero puro», *El Productor*, número 13, 29-1-1926.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ D. Abad de Santillán: «De aquí y de allí», *El Productor*, núm. 19, 12-III-1926.

³² En *Pensiero e Volontà*, Roma, 1926, págs. 55-57.

geniales, sino un movimiento espontáneo de los oprimidos y explotados que llegaron a la comprensión del problema humano, de la nocividad del privilegio y de la inutilidad del Estado y quieren luchar por un orden social que asegure al hombre un radio de desenvolvimiento libre³⁶.

En la base de tales afirmaciones figuran dos ideas centrales: primero, que la evolución de la sociedad es de carácter ideal, frente a todo materialismo histórico, y segundo, que, aunque el proyecto liberador incluya al proletariado, su esencia es humana y se encuentra, consecuentemente, por encima de la lucha de clases. Deliberadamente, se trata de concretar una alternativa radical al marxismo. Aceptar la existencia de la lucha de clases —y no un esquema general de confrontación de explotadores y oprimidos en el marco de la humanidad— equivale a aceptar los supuestos materialistas y su consecuencia lógica: la dictadura del proletariado, según el modelo soviético. La concepción antropológica de Santillán y López Arango recupera los elementos del pensamiento democrático del XIX, con su evolucionismo de base idealista cuya pieza clave es la afirmación de la ley del progreso:

El hombre no sólo tiene necesidades económicas. Es una entidad pensante que, a la vez que está sujeta a la vida por una larga cadena eslabonada en los siglos y responde a la infinidad de factores determinantes —muchas veces ajenos a su propia voluntad—, determina el desarrollo moral y material de la sociedad, impulsa el progreso y elabora con sus ideales su energía, y con su acción consistente, el porvenir anhelado³⁷.

La adopción del concepto de lucha de clases llevaría a borrar las diferencias ideales y a propugnar la unidad de clase frente al capitalismo dentro del sindicato, abriendo así, tanto en la variante comunista como en la sindicalista, el camino de la dictadura. «Una organización obrera única por encima de las tendencias de los miembros componentes es una aberración; equivaldría a desconocer que la razón de ser de la organización es la afinidad de ideas e intereses de sus miembros»³⁸.

En consecuencia, la liberación que representa el anarquismo no se manifiesta sólo en los objetivos o en las tácticas, sino en la elaboración de una cosmovisión diferente,

³⁶ El anarquismo en el movimiento obrero, pág. 106.

³⁷ *Ibid.*, pág. 102.

³⁸ *Ibid.*, pág. 104.

que rechaza el planteamiento materialista, e incluso la subordinación de la práctica revolucionaria a supuestos económicos. Pensar que el movimiento obrero deba tener como punto de referencia esencial la marcha económica del capitalismo —lo que los autores observan esencialmente en la praxis sindicalista de los Industrial World Workers norteamericanos—, entraña de inmediato la subordinación teórica al marxismo: «Los teóricos de ese sindicalismo basado en la concepción materialista de la historia y que sigue a la zaga del capitalismo, copiando sus modalidades y haciendo suyos los 'medios' que éste va creando en su continuo desarrollo industrial, creen que, con afirmar su fe libertaria y rechazar las viejas prácticas del funcionalismo marxista y la acción política de los parlamentaristas, establecen una diferencia esencial entre los sindicatos y los partidos. Pero en realidad, la diferencia es sólo de forma»³⁹. En definitiva, ya que no en cuanto a las tácticas, sí en sus planteamientos globales, el sindicalismo se presenta como un subproducto del marxismo.

La conclusión es clara. Todo intento de subordinar el movimiento obrero a un sindicalismo que surge como reacción y subordinación al orden capitalista, equivale a sancionar los mecanismos de dominación propios del capital. Los anarquistas deben elegir la vía opuesta, privando a los sindicatos de toda sustantividad:

No debemos olvidar que el Sindicato es, como consecuencia económica de la organización capitalista, un fenómeno social hijo de las necesidades de esta época. Conservar su estructura después de la revolución implicaría tanto como conservar la causa que lo determinó: el capitalismo.

Esa supuesta doctrina del sindicalismo revolucionario es una ficción. Los anarquistas aceptamos los Sindicatos como medio de lucha y procuramos que se acerquen en lo posible a nuestras concepciones revolucionarias. Pero de ahí a subordinar nuestras ideas a ese móvil económico, media un abismo profundo que no debemos intentar salvar so pena de que nos neguemos como hombres de ideales superiores y de miras que no se limitan a contemplar el doloroso panorama que nos ofrece la lucha de clases. Es decir: nosotros no queremos ser dominados mentalmente por el Sindicato; queremos dominar el Sindicato. Con otras palabras: hacer servir el Sindicato a la propaganda, la defensa y la afirmación de nuestras ideas en el seno del proletariado⁴⁰.

³⁹ El anarquismo en el movimiento obrero, pág. 63.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 57.

Resulta difícil explicar cómo esta oposición radical de Abad de Santillán al economicismo aboca, pasados unos pocos años, a un cambio en profundidad que tiene por rasgo fundamental la preferencia concedida a las condiciones económicas que deben enmarcar la revolución anarquista. Aunque en su crítica de Orobón Fernández, en 1926, afirmara irónicamente que los manuales de economía le servían únicamente para luchar contra el insomnio y que nada había más opuesto al estilo libertario que los programas económicos, lo cierto es que ya antes de 1930 comienza a prestar alguna atención a temas como la jornada de trabajo o los impuestos, este último como proyección de su actitud anti-estatista⁴¹. Es muy posible que el fracaso del obrerismo anarquista argentino, en 1930, y la crisis mundial iniciada en 1929 sean los dos factores fundamentales que inciden en esta nueva orientación.

En la crisis del anarquismo español

Cuando en 1931 visita España para asistir al IV Congreso de la A. I. T., celebrado en Madrid entre el 15 y el 22 de junio de dicho año, su imagen de marca permanece muy próxima a la del período argentino. En las sesiones séptima y octava desarrolla una intensa oposición a los proyectos organizativos de los franceses Lucien Huart y Pierre Besnard, inspirados en el sindicalismo revolucionario. Frente a la propuesta de Besnard, relativa a la necesidad de una organización sindicalista que respondiera a los procesos de concentración capitalista con el fin de preparar los órganos gestores de la economía post-revolucionaria, mantiene su oposición a todo programa revolucionario preconcebido y niega el valor de la organización «industrialista» porque «no responde a la realidad del país que representa». En realidad, Santillán no habla directamente en nombre de la F. O. R. A., sino de las secciones de catorce países integrados en la Continental Obrera Americana. Una declaración particular leída en la octava sesión afirmaba, en consecuencia, la negativa a aceptar toda regla general en las proposiciones prácticas, dejando a cada organización definir su propia estrategia. La creación proyectada por Besnard de una organi-

⁴¹ Orobón Fernández proponía una economía socializada regida en forma cooperativista con el soporte de las federaciones de industria sindicales. Cf. su artículo «Economía libertaria de la revolución», *Acción*, París, 2.ª ep., 5-6, diciembre 1925. La réplica de Santillán, «El hilo de Ariadna», *La Protesta* (suplemento semanal), 213, 22-II-1926. De la oposición de ambos da idea el artículo de Orobón, «Contumaces en la calumnia», *Tiempos Nuevos*, París, núm. 32, 10-IX-1925.

zación internacional fundamentada en federaciones de industria fue luego definida por Santillán como inútil y simplista, dentro de un ambiente de fuerte tensión⁴².

La delegación española, con Carbó como portavoz, se alineó con los sindicalistas revolucionarios de la C. G. T. S. R. francesa⁴³. Ello explica la acritud de los artículos que publica Santillán entre julio y agosto de 1931 en *Solidaridad Obrera* de Barcelona, con un doble frente: contra la cosmovisión del sindicalismo revolucionario e, indirectamente, contra el nuevo desviacionismo que los medios anarquistas detectaban en el sector que pronto se denominará «treintista» y que por el momento controlaba el diario confederal. Por lo demás, el interés de estos escritos es muy secundario y sirve sólo como punto de referencia para valorar el cambio que entrañan las nuevas posiciones asumidas tras el nuevo regreso a España, al finalizar 1933.

En un extenso artículo aparecido en la primera página de *Tierra y Libertad*, el semanario de la F. A. I., afirma la proximidad del hecho revolucionario. Su título apenas deja ya lugar para la duda: «Ante una revolución inevitable y ante un gran pueblo que va a romper sus cadenas». Pero lo más significativo, por comparación con los textos de 1934-1936, es su pensamiento de que, dada la estructura económica de España, la revolución social habrá de arrancar de los centros agrarios, teniendo como núcleo el municipio libre⁴⁴. En las «Reflexiones de un viaje por España», escritas tras su regreso a Montevideo, volvía a insistir en las mismas ideas, ganado por el espejismo del entusiasmo popular hacia la Confederación: de nuevo «el municipio agrícola» aparece como agente capaz de desterrar en España la doble dominación del capital y del Estado⁴⁵.

Es muy posible que los sucesivos fracasos de la combinatoria revolucionaria anarquista en 1932-1933 fueran la causa de la nueva rectificación. En enero de 1932, enero de 1933 y diciembre del mismo año, la sublevación comunista mostró su capacidad para mantener por unas horas en manos confederales una serie de centros rurales, de An-

⁴² Ver *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 20 y 21-VI-1931. Las reseñas del Congreso de la A. I. T. son del gran brevedad.

⁴³ Pierre Besnard escribe en 1930 su libro *Les syndicats ouvriers et la révolution sociale*, que en España es publicado en el otoño de 1931, con un significativo prólogo de Juan Peiró, portavoz del «industrialismo» en el seno de la C. N. T. y director de *Solidaridad Obrera*. Sobre la Confederación General del Trabajo Sindicalista Revolucionaria, ver Jean Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, t. II, París, 1975, págs. 65-72. Besnard luego concretará su utopía en *Le monde nouveau*, traducido en Argentina y publicado en Buenos Aires, 1935.

⁴⁴ «Ante una revolución inevitable y ante un gran pueblo que va a romper sus cadenas», *Tierra y Libertad*, Barcelona, núm. 25, 8-VIII-1931.

⁴⁵ «Reflexiones de un viaje por España», *Acción Social Obrera*, San Felú de Guixols, núm. 193, 16-IV-1932.

dalucía, Levante o Aragón, al precio de una brutal represión por las fuerzas del orden y el ulterior regreso a la normalidad. Ni el ensayo, algo malapartiano, de enero de 1933 en el área barcelonesa, ni el intento de coordinación en diciembre, con el Comité Nacional Revolucionario, sirvieron para conmover efectivamente el sistema de poder republicano. Pero, en cambio, pusieron en cuestión la validez de los supuestos del anarquismo revolucionario que habían prevalecido en la C. N. T. a partir del Congreso del Conservatorio.

No conocemos bien las circunstancias en que Diego Abad de Santillán, al instalarse en Barcelona en el invierno de 1933-1934, asume las posiciones centrales dentro de la organización específica y de la prensa anarquista vinculada a la misma. Es muy posible que el desgaste de los dirigentes anteriores, su propio prestigio personal y la necesidad de buscar un mediador en el agitado ambiente que denotaban las polémicas sobre la alianza obrera, suscitadas por Orobón Fernández, Santillán apareciese oportunamente como el hombre para efectuar un cambio que conmoviese lo menos posible la susceptibilidad de los dirigentes derrotados, pero todavía influyentes. Se hace cargo de Tierra y Libertad, que reanuda su publicación el 16 de febrero de 1934 tras el fallido «volcán revolucionario» que anunciara el número de 8 de diciembre anterior, y, en fecha que desconocemos, su grupo se hace cargo del Comité Peninsular de la F. A. I. El propio Santillán recuerda borrosamente hoy cómo, a fines de 1934, fue hecha la designación en una Conferencia celebrada no lejos de Barcelona, en la Montaña, tras un viaje en tren, y con asistencia de varios centenares de delegados⁴⁶. No recuerda con precisión las circunstancias; tal vez una más de las reuniones en los bosques próximos a la capital, como Las Planas, buscando la dificultad de localización por la policía o la Guardia Civil. No se llevaban tampoco actas. La F. A. I. se ajustaba a un modelo similar de adaptación a la clandestinidad, con relaciones únicas entre el Comité Peninsular y los Comités Regionales, sin contacto directo con los grupos o con los comités locales⁴⁷. Sobre el significado práctico del Comité Peninsular en que figuraba

⁴⁶ Conversación mantenida en Madrid, julio de 1976.

⁴⁷ Tras los fracasos de 1933, hubo serios intentos de modificar el funcionamiento de la F. A. I. como organización revolucionaria, articulando el cuadro de defensa sobre el grupo de afinidad. Ver el artículo «Premisas revolucionarias. Comité de Defensa», en F. A. I., núm. 4, julio de 1934. La conciencia de crisis, después de octubre, se aprecia en la constatación de que «no ha existido una organización anarquista» y en el proyecto consistente de incrementar el papel de los Comités de relaciones. Ver «Nuevas proposiciones sobre organización anarquista», *Tiempos Nuevos*, II, núm. 6, 21-II-1935.

Santillán disponemos sólo de la anotación realizada por César M. Lorenzo: «... el grupo Nervio, que animaban Diego Abad de Santillán y Pedro Herrera, y su filial el grupo Z, que controlaba las Juventudes Libertarias de Cataluña se distinguieron igualmente por su oposición a los anarco-bolcheviques infiltrados en la F. A. I.»⁴⁸.

La publicación del semanario Tierra y Libertad, desde su reaparición en febrero de 1934, proporciona datos más precisos. Hay una cierta rectificación, con olvido de la guerra anterior al «treintismo» y revisión de las anteriores invocaciones a la espontaneidad revolucionaria, sustituidas ahora por una llamada a la organización:

... Si la propaganda es necesaria y urgente, no lo es menos la organización. La F. A. I. no cuenta con una tercera parte, y es mucho decir, de los anarquistas españoles. Importa poco que las simpatías de la inmensa mayoría de nuestros camaradas vayan hacia ella; se impone la organización, la cohesión orgánica, la labor mancomunada y solidaria.

La revolución no es fruto de improvisaciones ni de espontaneidad milagrosas; no la trae la providencia o el destino: es hija de la voluntad y de la decisión consciente de los revolucionarios⁴⁹.

Por debajo de la retórica, que se reconociera el «adormecimiento» tras los fracasos del año anterior, representaba ya un cambio notable. Según datos del propio Santillán, la tirada subió a 18 ó 20.000 ejemplares, llegando a autofinanciarse con creces, gracias también a la eficaz labor de «Juanel» en la administración. La distribución era también clandestina, jugando con la complicidad de empleados de correos afectos al movimiento libertario: el semanario se despachaba ya antes de presentarlo a la autoridad en Barcelona. Como prescribían las reglas anarquistas, los gestores de la publicación no tenían sueldo por ello, sobreviviendo dentro de una gran penuria. Así, reproduciendo el modelo de La Protesta, fue posible sacar desde mayo, primero quincenal, y luego mensualmente, una revista doctrinal, *Tiempos Nuevos*, órgano del «anarquismo constructivo» ahora propugnado por Abad de Santillán⁵⁰. La publicación alcanzó una difusión cre-

⁴⁸ César M. Lorenzo: *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, París, 1969, pág. 71.

⁴⁹ «Propaganda y organización», *Tierra y Libertad*, 9-VI-1934.

⁵⁰ El primer número se publicó en Barcelona, el 5 de mayo de 1934. De enero a abril de 1935 es semanal, supliendo a *Tierra y Libertad*, suspendida hasta el 26 de abril de dicho año. Desde mayo de 1935, *Tiempos Nuevos* es mensual. En el marco de la F. A. I., su antecedente era el suplemento de *Tierra y Libertad*, cuyo primer número ve la luz en junio de 1932.

ciente, llegando en 1936 a los 17.000 ejemplares, cifra al parecer muy superior a la de la Revista Blanca⁵¹. El único inconveniente para los gestores de esta prensa libertaria en ascenso consistió en las frecuentes detenciones, más o menos prolongadas. A pesar de la neutralidad anarquista, Abad de Santillán fue recluido por un tiempo en la cárcel flotante del «Uruguay» tras los sucesos de octubre y, meses después, tras unos incidentes menores, por iniciativa del comisario Bâguenas, se vio desterrado a doscientos kilómetros de la capital catalana. De ahí que, desde el 20 de agosto de 1935, Tierra y Libertad se publicara en Valencia, o, por lo menos, desde allí se mandaba el material luego impreso en Barcelona. La situación duró hasta 1936.

En todo caso, cabe pensar que, aun contando con la influencia creciente de Tiempos Nuevos en el plano doctrinal, otras corrientes libertarias desconfiaran de las mutaciones impuestas por Santillán sobre el ideario tradicional de nuestros anarquistas. Es lo que puede simbolizar la edición en Valencia de la revista *Ética*⁵². Y, sobre todo, el hecho de que las concepciones expuestas por Santillán en Tiempos Nuevos, recogidas luego por él mismo en *El organismo económico* de la revolución y, finalmente, presentadas en breve como dictamen del Sindicato de Artes Gráficas barcelonés no tuvieran la más mínima repercusión sobre el concepto de comunismo libertario acordado en el Congreso que en Zaragoza celebra la C. N. T., en mayo de 1936.

⁵¹ Testimonio personal de Juan M. Molina («Juanel»), París, 1973.

⁵² La declaración de principios que abre *Ética* nos habla de esta desconformidad, al reivindicar la moral anarquista frente a la organización, la pureza del ideal sin adjetivos que no defendería en esos momentos publicación libertaria alguna en España: «Desde mucho tiempo ha, que unos cuantos compañeros, que por su integridad ideológica son de sobra conocidos en los medios anarquistas de España y de otros países, venimos alimentando la idea de sacar una revista ácrata (...) Hemos creído y seguimos creyendo que hace falta, que no existe actualmente en España una revista íntegramente anarquista, independiente de toda organización (...) Porque constatamos que en el campo anarquista se introdujo un desprecio suicida por la moral, también este aspecto, el más fundamental para las ideas ácratas, quiere *ÉTICA* tratarlo y reivindicar esa moral pura y solidaria (...) *ÉTICA* viene también a divulgar la anarquía sin adjetivos, antiorganizadora, pero sí asociacionista; un asociacionismo voluntario, libremente aceptado y consentido por los que lo quieran». Ver «A los anarquistas, a los trabajadores del esfuerzo puro. Propósitos y finalidad de la revista *Ética*», firmado el 1 de agosto de 1935 por la Redacción de *Ética* (Felipe Alaiz, José Alberola, José Peirats, Gonzalo Vidal, Progreso Fernández y J. Ruiz). El número 1 vio la luz el 1-IX-1935 y el número 4, último que hemos visto, el 1 de enero de 1936. (Hemos consultado *Ética* en la colección particular del profesor Enrique del Moral.)

Hacia «El organismo económico de la Revolución»

En los dos años que preceden a la sublevación militar, Abad de Santillán escribe constantemente en las páginas de *Tiempos Nuevos* y de *Tierra y Libertad*. Su preocupación se dirige hacia dos cuestiones: la revisión de la estrategia revolucionaria anarquista, después de los fracasos de 1933, y el propósito de borrar los residuos arcaizantes de la mentalidad libertaria mediante la difusión de un proyecto anarquista que respondiera a las exigencias técnicas derivadas de la industrialización. En el primer aspecto, será decisiva la influencia de los sucesos revolucionarios de octubre de 1934, mientras que en el segundo se observa la aplicación a España de los supuestos generales ya desarrollados en La bancarrota del capitalismo y en el libro conjunto con Lazarte *Reconstrucción social*. Nueva edificación económica argentina, fechado en Buenos Aires, en septiembre de 1933.

En el cambio de estrategia anarquista, el papel principal corresponde a la recepción de las enseñanzas de octubre de 1934, y concretamente al funcionamiento de la Alianza Obrera en Asturias. Abad de Santillán escribió un largo comentario sobre el tema, a modo de carta-informe al camarada H. Villegas, de Santiago de Chile, que vería la luz en *Tiempos Nuevos*, en enero de 1935, así como en forma de folleto —«Los anarquistas españoles y la insurrección de Octubre»—, editado por el Grupo Comunismo Libertario de Detroit, en Estados Unidos. La interpretación de Santillán presentaba al movimiento de octubre como una amenaza contra la C. N. T., más que para la derecha política, anunciando en Barcelona y en el resto de España una dictadura de partido necesariamente opuesta al anarquismo. Pero la excepción fue Asturias, donde «un complejo de factores había creado el ambiente de una revolución social, eminentemente proletaria»⁵³. Además, la lección principal de octubre era mostrar la inviabilidad de toda revolución española en que no interviniera la C. N. T., cuya abstención era inevitable ante proyectos contrarios a sus ideales: en Madrid, buscando la dictadura de un partido, y en Barcelona, la afirmación de la *Esquerra* que desde su llegada al poder se había propuesto el aplastamiento de la C. N. T. y de la F. A. I.^{53 bis}

⁵³ D. A. de Santillán: «Los anarquistas españoles y la insurrección de octubre», *Tiempos Nuevos*, año II, núm. 1, 10-I-1935, pág. 7.

^{53 bis} Octubre determinaba asimismo una colocación defensiva: «Dígame esto abiertamente —escribe en 1935—, el desenlace de la insurrección de octubre de 1934, en una escala infinitamente más grande que las de enero y diciembre de 1933, ha sido una derrota del proletariado». D. A. de Santillán: «Discurriendo entre compañeros», *Tiempos Nuevos*, 1-V-1935, página 18.

Pero esta visión crítica no borra la presencia positiva de la revolución en Asturias. «Una acción conjunta revolucionaria debe tener por condición sine qua non un acuerdo sobre la obra a realizar. ¿Existía este acuerdo?»⁵⁴. Solamente en Asturias. El ejemplo asturiano parece sancionar una de las concepciones preferidas de Santillán, la libre experimentación en socialismo, que en este caso vendría dada por la coexistencia de formas de poder revolucionario en las diferentes localidades, sin interferencias recíprocas. Es el «pacto de no agresión en socialismo» de que seguirá hablando hasta los hechos de mayo de 1937 y que, a su entender, constituía la única fórmula viable para la revolución española, incluso antes de octubre:

Lo mismo que hoy en la fábrica trabajamos con diversidad de mundos políticos, interesándonos en ella más el buen obrero, el buen compañero de labor, que el compañero de ideas, así mañana nos codearemos en los lugares de trabajo con gentes que no piensan como nosotros, que incluso nos son política o socialmente hostiles, y a los que habremos de vencer por el ejemplo de nuestra obra, por la eficacia de nuestra argumentación. La revolución no rehúsa ningún aporte en ese terreno; luego, fuera de la producción y de la distribución equitativa, obra de todos para todos, cada cual propiciará la forma de convivencia social que mejor le agrade (...). Incluso prevemos que los amigos del modelo ruso podrán tener para su uso particular, fuera del régimen económico que ha de ser fruto de una gran concordancia, sus comisarios del pueblo; prevemos que los socialistas políticos podrán tener su Parlamento, seguir pronunciando sus discursos⁵⁵.

Sobre el denominador común de la socialización de la riqueza y de la abolición consiguiente del régimen de salario, Santillán prevé la libre experimentación, culminando el ideal anarquista del triunfo de la ciencia sobre el ejercicio opresivo del poder. La fórmula parecerá cada vez más probable conforme se observa la radicalización de la clase trabajadora en los primeros meses de 1936: para acabar con el capitalismo sólo haría falta ese amplio acuerdo que liquidase la última resistencia del régimen vigente. Y la práctica de la revolución de julio y de los comienzos de la guerra tampoco altera los datos para semejante estimación. «En lugar de las ideas totalitarias, dictatoriales —escribe a mediados de abril

⁵⁴ «Los anarquistas...», cit., pág. 5.

⁵⁵ «Una sociedad de productores y de consumidores», *Tiempos Nuevos*, año I, núm. 3, 3-VI-1934.

del 37—, hemos sostenido la posibilidad de la cooperación armónica, de la convivencia política y social de todas las corrientes del socialismo. Lo decíamos ayer, y hoy, a la luz del 19 de julio, lo reafirmamos»⁵⁶.

Es el mismo argumento del folleto «¿Colaboración y tolerancia o dictadura? El problema de la armonía revolucionaria», que firma en enero de 1938, pero que con toda probabilidad pertenece al año anterior. «Nuestra revolución —insiste⁵⁷— no es de tipo jacobino o político, sino de cooperación social, de creación de nuevas formas de convivencia, de ensayo y de experimentación, creadora de una nueva cultura en la libertad y para la libertad.» La voluntariedad con que se constituyen las colectividades agrarias es, a su juicio, un ejemplo de esa coexistencia de regímenes económicos diferentes. Y, habida cuenta de la pluralidad de componentes del movimiento antifascista, puede pensarse en la yuxtaposición de prácticas políticas y modelos económicos correspondientes a los distintos grupos sociales implicados en la lucha contra el gran capital y el propietario latifundista. Queda así desplegada la utopía de una coexistencia política y económica que, implícitamente, conlleva la ausencia de un poder político unitario sobre el fondo de una economía sólo parcialmente socializada:

Lo que no podemos consentir es la dirección y el monopolio de toda la vida económica en manos del alto capitalismo, de las altas finanzas antisociales, ni la tierra en manos de los latifundistas.

¿Es que los comunistas del tipo ruso, la pequeña burguesía liberal, los socialdemócratas y los anarquistas no pueden coincidir en la plataforma común de la supresión de las grandes potencias opresoras y dominadoras del capitalismo y de las finanzas capitalistas, y tener todos amplio espacio para desarrollarse de acuerdo a las particulares concepciones? ¿Por qué no puede haber una economía de tipo sindical en manos de la C. N. T. y de la U. G. T., un comercio y una industria libre en manos de la pequeña burguesía liberal, empresas municipalizadas y nacionalizadas bajo la inspiración del comunismo estatal, allí donde los trabajadores lo acepten, y entenderse todas esas formas de producción, de

⁵⁶ «La base legítima de nuestro poder», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 16-IV-1937.

⁵⁷ D. A. de Santillán: *¿Colaboración y tolerancia o dictadura? El problema de la armonía revolucionaria*, Montevideo, 1937, pág. 21. Reproduce aquí el artículo «Minorías y mayorías en la revolución social», de *Tiempos Nuevos*, 1-I-1936.

distribución y de consumo para ayudarse mutuamente, emulando las unas al contacto y en presencia de las otras para demostrar su superioridad?⁵⁸.

A corto plazo, la táctica derivada de estos supuestos era necesariamente posibilista y, en el caso concreto de las elecciones de febrero del 36, aconsejaba renunciar a una campaña abstencionista similar a la efectuada en noviembre de 1933. Claro que no fue fácil a Abad de Santillán, según su propio testimonio personal, conseguir la aprobación para dicha postura de hombres como «Juanel» o Durruti, quedando siempre un grupo de disconformes, encabezado al parecer por José Xena⁵⁹. Es así como en la Conferencia Regional extraordinaria de la C. N. T. de Cataluña, celebrada del 25 al 27 de enero de 1936, se aprueba una ponencia que recomienda una actitud antielectoral, pero «sin estridencias ni demagogias»⁶⁰. Los editoriales de Tierra y Libertad observan un equilibrio similar: los principios abstencionistas quedaban formalmente a salvo, mientras se evocaba la situación de los presos sociales y el peligro fascista. La F. A. I. optaba por una propuesta de acción insurreccional de cara a la revolución social, pero, al mismo tiempo, el hecho de votar no se definía como acto reaccionario⁶¹. Al evocar años más tarde la situación, Abad de Santillán pudo escribir: «Evitamos la repetición de la campaña antielectoral de noviembre de 1933, y con eso hicimos bastante; el buen instinto de las masas populares, en España siempre genial, acudió a depositar la papeleta del sufragio en las urnas, sin otro objetivo que el de contribuir, de este modo, a desalojar del gobierno a las fuerzas políticas de la reacción fascista y el de libertar a los presos. En otras ocasiones se habría podido obtener el mismo resultado con la abstención, en esta ocasión era aconsejable la participación electoral»⁶². En el límite, se había afirmado la neutralidad, tanto del voto como de la abstención.

Formalmente, y mientras ve aproximarse el estallido de julio⁶³, Abad de Santillán proclama en los primeros meses

⁵⁸ D. A. de Santillán: *¿Colaboración...*, págs. 57-58. Era la posición oficialmente adoptada por la F. A. I. en el Pleno de regionales de 31 de enero y 1 de febrero de 1936.

⁵⁹ Conversación mantenida con D. A. de S., el 27 de octubre de 1976. Sobre el tema, ver también C. M. Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*, págs. 90-91; D. A. de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, pág. 53; J. Peirats, *La C. N. T. en la revolución...*, I, pág. 107.

⁶⁰ Confederación Regional del Trabajo de Cataluña: *Memorias de la Conferencia Regional extraordinaria celebrada los días 25, 26 y 27 de enero de 1936*, Barcelona, 1936, págs. 90-101.

⁶¹ «La Federación Anarquista Ibérica define su posición revolucionaria en la hora actual de España», *Tierra y Libertad*, núm. 5, 7-II-1936.

⁶² *Por qué perdimos la guerra*, págs. 53-54.

⁶³ En el primer número de 1936, podía leerse en *Tierra y Libertad*: «El no votar simplemente, es tan estéril como acudir a las urnas. Ni de una

de 1936 que la alternativa en España se sitúa entre la revolución social y el fascismo. Hay que recordar que dentro del vocabulario anarquista de los años treinta «fascismo» es un término de gran amplitud, que se aplica a todo uso autoritario del poder, incluso si el mismo tiene un origen democrático. Fue así de curso común la expresión «fascismo republicano». En la década anterior, Abad de Santillán había abordado el tema en el suplemento de La Protesta con idéntico sentido, de forma que hubiera sido lícita la calificación de fascismo para el comunismo soviético:

Para nosotros, el fascismo no es sólo un fenómeno italiano específico, ni se reduce a las milicias fascistas. Nosotros vemos el fascismo incluso en buena parte del antifascismo, no sólo en el antifascismo de ciertos restos de la burguesía liberal, sino también en el antifascismo proletario. ¿Qué otra cosa que fascismo hay en la idea autoritaria extrema de la dictadura del proletariado?⁶⁴.

Es la misma asimilación que reaparece en los artículos posteriores a 1937. Ahora bien, en la coyuntura pre-bélica del 36 el término lleva consigo una clara connotación que lo identifica con una dictadura derechista. «Antifascista» se contraponen a «monárquico» y a «reaccionario»⁶⁵. En el mapa político, la acusación apuntaba a las veleidades totalitarias de la derecha cedista, contra la que verosímelmente la F. A. I. pensó resucitar la violencia personal a lo largo de 1935. De este modo surge la identidad entre fascismo y Estado totalitario (caracterizado a su vez por «un vasto complejo de ideas y aspiraciones liberticidas, que se manifiestan en la supresión absoluta de todo derecho de crítica y de oposición a todo pensamiento libre, de toda dignidad humana y que tiende además a persistir por la captación de la infancia desde sus primeros días»)⁶⁶. Al mismo tiempo, conforme discurre la primavera del 36, las denuncias del fascismo se identifican con la amenaza creciente de un golpe armado contra la legalidad republicana y, consecuentemente, contra las masas trabajadoras, al que éstas deberían responder con su capacidad para desencadenar la revolución social.

manera ni de otra nos aproximamos a un mundo mejor». Confróntese con el purismo de Germinal Esgleas en *La Revista Blanca*, núms. 368 y 369, 7 y 14-II-1936, págs. 106 y 133.

⁶⁴ D. A. de Santillán: «Sobre el fascismo. Aclaraciones y observaciones», suplemento quincenal de *La Protesta*, núm. 282, 16-IV-1928.

⁶⁵ «La Federación Anarquista Ibérica...», cit., *Tierra y Libertad*, 7-II-1936.

⁶⁶ «Un primer atisbo de esta concepción del fascismo como «reacción capitalista estatal contra la idea de la revolución» se encontraba en «Apostilla polémica en torno a la anarquía y el fascismo», supl. *La Protesta*, número 288, 19-VII-1928.

Es lo que expresa con lucidez el editorial de Tierra y Libertad, de 15 de mayo de 1936, significativamente titulado: «La defensa contra el fascismo no puede ser obra del Gobierno, sino de la acción proletaria y revolucionaria».

El contenido de esa revolución, sin embargo, ha ido cobrando rasgos precisos en los escritos de 1934-36, especialmente si los comparamos con la actitud espontaneísta que predomina en la etapa de La Protesta. Es cierto que los supuestos básicos permanecen: Santillán rechaza el anarquismo o el anarcosindicalismo programado de Besnard o Isaac Puente y sigue fiel a una concepción cientifista de la revolución que confiere a toda previsión sobre el contenido de la misma el carácter de hipótesis. De ahí la insistencia que conocemos en la libre experimentación. Pero progresivamente, a partir de 1926, sus escritos reflejan una mayor atención hacia los temas económicos. Casi coetáneo de sus críticas contra el economicismo de Orobón Fernández es el folleto La jornada de seis horas (Buenos Aires, 1926). En junio de 1928 escribe en el suplemento de La Protesta sobre las causas del paro; insiste en septiembre sobre la relación entre la evolución capitalista y la reducción de la jornada; el 18 de febrero de 1929, en un artículo titulado «El capitalismo moderno», toma en consideración las grandes concentraciones industriales, y en el mismo suplemento, en el número correspondiente al 30 de septiembre de 1929, apunta ya la posible coexistencia de regímenes económicos, su leitmotiv de la década siguiente. Pero es tras su regreso a América en 1931 cuando estas orientaciones cobran forma, dejando una estela de títulos que integran sucesivamente La bancarrota del sistema económico y político del capitalismo (Valencia, 1932), Reconstrucción social. Nueva edificación económica argentina (Buenos Aires, 1933), ya en visperas de su nuevo viaje a España, Las cargas tributarias (Barcelona, 1934) y, finalmente, El organismo económico de la revolución, fechado en marzo del 36, pero parcialmente publicado en Tierra y Libertad y Tiempos Nuevos a lo largo de los dos años anteriores.

En relación a los planteamientos de La Protesta, esta nueva trayectoria representa una serie de cambios. En primer término, resalta la aceptación del marco económico como condicionante de la revolución social: en cuanto tal, la anarquía es compatible con cualquier tipo de sociedad o economía, pero su forma de organización ha de subordinarse a las exigencias técnicas de la misma. En el libro con Lazarte, este nuevo componente de la cosmovisión libertaria impone asimismo la aceptación del término marxista de «superestructura». En segundo lugar, al hacerse cuestión del

condicionamiento económico se incluyen asimismo en el proceso explicativo aquellas referencias que proceden de la experiencia inmediata: las tendencias racionalizadoras del sistema económico, la presencia de la crisis mundial y la puesta en práctica de una economía planificada en la Unión Soviética. La crisis parece ser el signo de una agonía del sistema capitalista que, en sí misma, constituye una llamada a precisar las concepciones económicas que habrán de acompañar a la solución revolucionaria. «La falta de una organización de la economía mundial, al división internacional del trabajo, las contradicciones de las economías nacionales terminan el desbarajuste. Es evidente la necesidad de una economía planeada»⁶⁷. Finalmente, este planteamiento de la revolución libertaria acerca, por un lado, las concepciones de Santillán a las del sindicalismo revolucionario que tantas veces censurara y, por otro, le enfrenta con las concepciones simplificadoras y ruralistas que, sobre la base del municipio libre, prevalecen todavía en los ambientes libertarios españoles. «Sólo en el ensueño del utopismo se puede entrever un mundo libre de la técnica —escribe en La bancarrota del capitalismo— (...) O se reconoce el imperio de la técnica y se acelera la adaptación a ella o se sucumbe. Nosotros creemos que el proletariado comprende mejor y está más preparado para esa adaptación que la burguesía; por eso estamos ante una gran transformación social y ante la entrada en la historia de los desheredados de ayer como fuerza directriz de la economía»⁶⁸. Paradójicamente, esta aceptación del «imperio de la técnica» le llevará a asumir aspectos como la intervención de los sindicatos en la gestión de la economía postrevolucionaria, marcando un claro giro respecto a sus posiciones anteriores.

La fórmula, que más tarde constituirá el eje de El organismo económico de la revolución, había sido establecido en el II Congreso anarquista argentino, celebrado en Rosario, en agosto de 1932: una doble línea que, arrancando de los trabajadores, seguiría por un lado la ordenación cooperativa primero, local más tarde y, en fin, nacional, y por otro, la articulación industrial, para encontrarse de nuevo ambas en el Consejo Nacional de la Economía Socializada, órgano de coordinación y racionalización que haría innecesaria la presencia del poder político⁶⁹.

En realidad, los artículos que sobre el tema aparecen esporádicamente en Tierra y Libertad y de forma continuada

⁶⁷ Santillán-Lazarte: Reconstrucción social. Nueva Edificación económica argentina. Buenos Aires, 1933, pág. 6.

⁶⁸ D. Abad de Santillán: La bancarrota del sistema económico y político del capitalismo, Valencia, 1933, págs. 20-21.

⁶⁹ *Ibidem*, págs. 76-80.

en Tiempos Nuevos son los que en marzo de 1936 pasan a integrar El organismo económico de la revolución. En marzo de 1934 comienza a publicar el semanario de la F. A. I. una serie con este título, cuyo texto pasa luego a constituir el capítulo VI del libro. A partir de mayo, el recién aparecido Tiempos Nuevos toma el relevo, dibujando las líneas de la economía postcapitalista que habrá de servir de marco a este nuevo anarquismo «sincronizado con las exigencias técnicas surgidas de la industria capitalista. Es lo que proclama el ensayo titulado «El anarquismo es una solución»: la proximidad de la coyuntura revolucionaria hace cada vez más necesario un planteamiento científico, estableciendo hipótesis que permitan encauzar la acción sobre la base de un conocimiento de la sociedad en que haya de realizarse la mutación revolucionaria para alcanzar «la sociedad de productores y consumidores libres»⁷⁰.

El programa anarquista consistirá, en consecuencia, en adecuar las exigencias fundamentales del pensamiento libertario —exigencias «espirituales», atemporales— a las coordenadas de una situación social en que, de un lado, aparecen los síntomas de crisis irremediable del orden capitalista y, de otro, los condicionamientos técnicos nacidos del mismo. La anarquía puede coexistir con diversos sistemas económicos; no así el comunismo que requiere la abundancia. La aspiración al comunismo libertario pasa, pues, por la satisfacción de esa precondición que entraña adaptarse a los términos de la técnica moderna. Tal es el límite objetivo de la libre experimentación en la sociedad posrevolucionaria: la técnica obliga a un grado cada vez mayor de coordinación y unidad interna del sistema económico, factores que invalidan todo planteamiento pretendidamente revolucionario que tuviera como eje a las unidades económicas locales. «La industria moderna —resume Santillán—, y lo mismo la agricultura moderna, ponen por sí mismas límites al 'haz lo que quieras' en economía. La industria moderna es un mecanismo que tiene un ritmo propio. El ritmo humano no es el que marca el de la máquina, es el de la máquina el que determina el humano. Se suprime con la revolución la propiedad privada de la fábrica, pero si la fábrica ha de existir y, según nuestra opinión, perfeccionarse, hay que reconocer las condiciones de su funcionamiento. Por el hecho de pasar a ser propiedad social, no cambia la esencia de la producción ni el método productivo (...) Ahora bien, la fábrica no es un organismo aislado, con vida propia; es un eslabón de un complicado engranaje que sale de la fábrica, de la localidad,

⁷⁰ D. A. de Santillán: «El anarquismo es una solución», *Tiempos Nuevos*, I, núm. 6, 5-IX-1934, pág. 186.

de la región, que sale muchas veces de los límites nacionales. La característica de la vida económica moderna es la cohesión por sobre todas las fronteras. El localismo económico ha pasado y debe pasar, donde no lo hizo ya, al museo de antiguallas»⁷¹. La organización de la fábrica, y no la comuna libre —resto de «pasadas visiones de Arcadias felices»—, ni el grupo de afinidad, debe ser el núcleo de la sociedad anarquista futura. Una vez rechazada esta utopía regresiva es como podrán contemplarse las perspectivas abiertas por el desarrollo industrial y negadas por el capitalismo a la humanidad. Tal es el dilema:

O queremos el bienestar, y entonces hemos de aceptar con todas sus consecuencias la máquina económica industrial, o no lo queremos, y entonces podemos enarbolar la comuna libre, es decir, el comunismo económico. La anarquía puede realizarse allí y aquí; pero el bienestar no se realiza más que en un régimen de perfecta cohesión económica y de intensa aplicación de todos los conocimientos técnicos y científicos de que disponemos y que serán multiplicados en un próximo futuro⁷².

Con este planteamiento, Abad de Santillán venía a oponerse a la mayoría de los ensayos utópicos que se difundían en los medios anarquistas españoles a partir de 1931⁷³. En el texto más divulgado del momento, El comunismo libertario, folleto del médico Isaac Puente, la comuna libre aparecía, complementada por el sindicato, como institución fundamental del nuevo orden que había de suponer la sociedad comunista libertaria. Puente sincronizaba a la perfección con las expectativas de la base libertaria, conjugando un cientifismo de base biológica con una concepción armonista de las relaciones sociales asentadas en el marco municipal. Del mismo modo que se articulan entre sí las funciones del ser vivo, lo harían las células municipales de la ordenación libertaria, según el principio general de que «cuando aisladamente cada localidad tiene bien administrada y ordenada su economía, el conjunto ha de ser armónico y perfecto el acuerdo nacional»⁷⁴. De idéntico signo comunista, pero insistiendo

⁷¹ D. A. de Santillán: «Sobre la anarquía y las condiciones económicas», *Tiempos Nuevos*, I, núm. 7, 5-XI-1934, pág. 225.

⁷² *Ibidem*. Reproducido en *Revista de Trabajo*, núm. 32, págs. 266-274.

⁷³ Ver mi estudio citado, «La utopía anarquista...», que hemos seguido de cerca en la reconstrucción del ideario expuesto por Santillán a través de *Tiempos Nuevos*.

⁷⁴ Isaac Puente: *El comunismo libertario*, ed. París, 1969, pág. 25. La primera edición del folleto, con quince mil ejemplares, se agotó en dos meses, según el «Suplemento» de *Tierra y Libertad*, año II, núm. 8, marzo de 1933. Se editó a costa del Sindicato del Vestir de Madrid, el Ateneo de Divulgación Social de Salamanca (ambos de reparto gratuito), así como

aún más en la independencia individual como eje de una nueva sociedad armónica de base rural, son las proposiciones de Federico Urales y, en general, de la línea que utiliza como órgano de expresión La Revista Blanca. Las excepciones a esta orientación dominante, tales como Higinio Noja o el anarcosindicalista bilbaíno Horacio Martínez Prieto, ejercen un influjo mucho menor⁷⁵. Puede decirse que, al mismo tiempo que contemplaba la proximidad de una revolución social conseguida mediante la proclamación en los municipios del comunismo libertario, esta imagen de redención confirmaba la vieja idea de la comuna libre, acompañada de una apología del orden rural y de una visión negativa de la industrialización urbana que, para el trabajador de la tierra, podían significar la superioridad de su medio, habitualmente postergado en los programas socialistas, y para el obrero de la ciudad, en gran proporción de origen campesino, el mito de la vuelta a la tierra, idílicamente concebida. Tras la crisis de 1933, y desde el interior de la F. A. I., Abad de Santillán proponía el abandono de estas «Arcadias felices» basadas en el comunismo; su labor fue eficaz, pero no alcanzó plenamente sus objetivos. Sin duda, al proponer una articulación de Consejos económicos gestores de la economía socializada en el desarrollo de El organismo económico de la revolución atendía a esa pretensión racionaliza-

por «Estudios» (Valencia) y la Agrupación Sindicalista de Santander, dando lugar a una creciente preocupación por el tema del futuro postrevolucionario, solicitando varios militantes desde Soli y C. N. T. que la Confederación se pronunciara al respecto. «Hoy no hay tertulia, conversación o polémica —constataba un anarcosindicalista gallego—, que no tenga un rato para dedicarle al estudio de las posibilidades de la implantación del comunismo libertario». José Villaverde, «Posibilidades para hacer realidad el comunismo libertario», C. N. T., Madrid, núm. 4, 17-XI-1932.

⁷⁵ Noja, crítico de Puente, sumaba factores heterogéneos, tales como la defensa de la comuna, el sindicalismo y la atención a las exigencias de una economía nacional. Ver sus folletos *Hacia una nueva organización social* (Valencia, 1933) y *La revolución actual española* (Valencia, s.a., 1936), reseñados por X. Paniagua en «Introducción a l'obra d'Higinio Noja Ruiz», *Arguments*, Valencia, núm. 1, 1974, págs. 47-58. El antecedente más directo de Noja es el libro de Gaston Leval, *Problemas económicos de la Revolución Social Española* (Rosario, 1932), pionero de este tipo de enfoques.

Pero es posiblemente Horacio Martínez Prieto, entre los escritores libertarios españoles, quien antes subraya la conexión entre anarquismo y orden industrial, si bien con cierta vaguedad: «Tan pronto como el proletariado se adueña de la situación, después de haber eliminado lo posible a la burguesía y a los elementos principales que la sostienen (...), todos los productores en general deben reintegrarse a sus puestos de trabajo y reconstituir así la situación prerrevolucionaria hasta que las estadísticas, el examen sereno de las circunstancias, establezcan normas factibles de empezar el trasiego de los productores, de objetos inútiles de lujo y de coerción, para incorporarlos a las nuevas demandas del trabajo social. Para cumplir este requisito, será menester cambiar la estructura de los actuales Sindicatos que, si hoy cumplen relativamente bien la función de combate al capital, no son la expresión más acertada del Sindicato cooperativo postrevolucionario». Cf. Horacio Martínez Prieto: *Anarco-Sindicalismo. Cómo afianzaremos la revolución*, Bilbao, 1932, pág. 13. El folleto, por lo demás, tuvo escaso eco.

dora, habida cuenta de la preocupación por el tema: «en todas las reuniones de la C. N. T. y de la F. A. I. —escribía en marzo de 1936— se propicia el estudio de las bases generales sobre las cuales ha de ser edificada la nueva sociedad sin capitalismo y sin Estado»⁷⁶.

La incompatibilidad entre ambas concepciones sería visible, tanto a través de los ecos suscitados por El organismo económico de la revolución como en las críticas que Abad de Santillán dirige al dictamen aprobado sobre el concepto de comunismo libertario, cruzando el fuego desde Tierra y Libertad y Tiempos Nuevos.

Fue el propio Federico Urales quien abordó la crítica del libro de Santillán en la Revista Blanca. Para el viejo anarquista, la intervención del razonamiento económico sólo sirve para alterar las esencias tradicionales del pensamiento libertario español:

El anarquismo español es más modesto, quizá porque lo da la topografía del país; quizá porque no creemos en un anarquismo de grandes federaciones de industria.

Nuestro anarquismo es de municipios, primero; de comarcas, después; de naciones, luego. Es un anarquismo federalísticamente constituido, de la base a la cumbre.

(...) No creemos en grandes paradas, ni en grandes stocks, ni en grandes centrales, ni en grandes organismos, ni en numerosos comités directivos. Estamos enamorados de un anarquismo muy sencillo, muy fraternal, muy abierto y muy reconcentrado a la vez⁷⁷.

En la misma línea se mueve el dictamen sobre el comunismo libertario, que presenta al Congreso de Zaragoza el Sindicato de Profesiones Liberales barcelonés, con las firmas del propio Urales, de Eusebio C. Carbó y de Juan Puig. El texto se halla en las antipodas del dictamen de Artes Gráficas que redacta Santillán: los temas económicos son marginados —todo irá bien con la «coacción ambiente»—, mientras pasan a primer término los pedagógicos y, sobre todo, las relaciones sexuales, «el más complejo» problema a resolver por la nueva sociedad⁷⁸.

Sin llegar a estas extremos, los distintos dictámenes que

⁷⁵ Diego Abad de Santillán, «preámbulo» a *El organismo económico de la revolución*. Citamos por la 2.ª ed., Barcelona, 1937, pág. 5. La primera edición es firmada por el autor el 5 de marzo de 1936; la segunda, el 10 de enero de 1937, y la tercera, el 10 de marzo de 1938.

⁷⁷ Federico Urales: «El organismo económico de la revolución», *La Revista Blanca*, núm. 381, 8-V-1936, págs. 367-368.

⁷⁸ «Dictamen que el Sindicato de Profesionales Liberales presenta al tema 'Concepto Confederal del Comunismo Libertario' que se discutirá en

en la segunda quincena de abril publica Solidaridad Obrera de cara al Congreso muestran unas concepciones estrechamente vinculadas a la literatura utópica libertaria de la década. El municipio libre era el denominador común de estas construcciones utópicas, si bien no faltaban casos en que la renovación doctrinal se abría paso, como en el dictamen de Fabril y Textil de Barcelona, que coordinaba la defensa de las comunas como eje de la organización administrativa con un proyecto de «economía dirigida» apoyado en las federaciones de industria⁷⁹. La decisión del Comité Regional de Cataluña de suspender la publicación de estos dictámenes sindicales, tras la mutilación de algunos por la censura, nos priva de mayores elementos de juicio.

En el Congreso de Zaragoza fue nombrada una ponencia compuesta por varias delegaciones con el encargo de sintetizar los ciento cincuenta dictámenes recibidos. Según Peirats, figuraban en ella, entre otros, Eusebio C. Carbó, Juan García Oliver, el treintista Juan López y Federica Montseny⁸⁰. El guión utilizado para la redacción por la ponencia fue el texto antes citado del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, con apartados como el relativo a pedagogía y cultura inspirados en el dictamen previo de Profesiones Liberales y correcciones que, sobre la base general comunalista, reforzaban el sentido individualista y autárquico del texto⁸¹. Es decir, lo situaban más sobre la pauta de Los municipios libres y El ideal y la revolución de Urales y del proyecto de comunismo libertario divulgado por Isaac Puente.

La soberanía individual aparecía como núcleo del orden armónico elaborado mediante el establecimiento de aquellas relaciones indispensables para reforzar la autarquía de cada sujeto. Una valoración antropológica positiva sirve en todo momento para cubrir los posibles conflictos y para evitar, gracias a la mediación pedagógica, las desviaciones y las conductas disfuncionales. El núcleo organizativo sería la comuna, cuyo funcionamiento reproduce el esquema anterior, borrando las previsiones dirigistas que para el orden económico establecía la propuesta de Fabril y Textil: la «economía dirigida» a escala nacional por el Congreso Nacional de

el Congreso de la C. N. T. que ha de celebrarse en Zaragoza el primero de mayo de 1936», *La Revista Blanca*, cit., págs. 371-375.

⁷⁹ Cf. mi trabajo «La utopía anarquista durante la Segunda República española», *Revista de Trabajo*, 1970, núm. 32, págs. 233-236 y 285-319. Entre los dictámenes que reproduzco figura el de Profesiones Liberales citado *supra*.

⁸⁰ J. Peirats: *La C. N. T. en la revolución española*, t. I, pág. 133.

⁸¹ Ver «La utopía anarquista... cit.», pág. 235. Posiblemente fue el maestro racionalista Juan Puig Elías quien redactó el apartado. Sobre el tema, ver Pere Solà: «La escuela y la educación en los medios anarquistas de Cataluña», en *Convivium*, 44-45, Barcelona, 1975.

Producción, Distribución y Derecho dejaba paso a una libre actuación de cada comuna, justificada en los términos clásicos del pensamiento de Urales: «Entendemos que con el tiempo la nueva sociedad conseguirá dotar a cada Comuna de todos los elementos agrícolas e industriales precisos a su autonomía, de acuerdo con el principio biológico que afirma que es más libre el hombre —en este caso la Comuna— que menos necesita de los demás»⁸². Los órganos de relación aparecían así como resultado de una exigencia o de un mal menor superable a largo plazo, mientras en el propio interior de la comuna la afirmación del «individuo como célula, como piedra angular de todas las creaciones sociales, económicas y morales», dejaba en segundo plano el papel de los órganos sindicales de gestión y distribución.

La profesión de fe comunalista de los asistentes al Congreso de Zaragoza había de decepcionar profundamente a Santillán, que dirigió contra el dictamen confederal dos violentas críticas, insistiendo una en la inadecuación del «comunismo» a las exigencias de la sociedad española. «Nos habla —escribe Santillán en *Tiempos Nuevos*, respecto al dictamen de Zaragoza— de todo, y en parte con exceso, de detalles, menos de la organización del trabajo. Hay en el dictamen emitido exceso de declamaciones y un cúmulo de contradicciones y de oscuridades que no esperábamos. Debiendo haber significado la parte mejor y la más práctica del Congreso, ha resultado la concepción más pobre e insostenible. Se habla de la familia, de la delincuencia, de los celos, del desnudismo y de otras muchas cosas, pero apenas se descubren unas palabras sobre el trabajo, sobre los lugares de trabajo, sobre la organización de la producción»⁸³. En particular, la concepción comunalista triunfante era rechazada en el punto de la defensa de la autarquía individual y comunal, expuesta como «principio biológico»; por una parte, respondía al darwinismo social; por otra, denotaba falta de realismo: en la década de 1930 defender la autarquía de las comunas era sólo dar muestras de ignorancia o incurrir en un juego puramente literario. «Se puede sostener la superioridad de la administración local autonómica, del máximo de independencia comunal en cuanto a independencia política frente al Estado, pero desde el punto de vista económico nadie sostendrá que la comuna es aconsejable y viable»⁸⁴. La oposición al capitalismo y al Estado obliga a

⁸² «Concepto confederal del comunismo libertario», en *El Congreso confederal de Zaragoza*, Toulouse, 1955, pág. 193.

⁸³ D. Abad de Santillán: «Comunalismo y comunismo», *Tiempos Nuevos*, III, núm. 6, junio 1936, pág. 261.

⁸⁴ D. Abad de Santillán: «Organización comunal y organización del trabajo», *Tierra y Libertad*, núm. 18, 8-V-1936.

tomar en consideración las exigencias de una economía que desborda incluso el ámbito nacional, partiendo del productor en el lugar de trabajo para llegar a la interdependencia mundial: «Si se parte del lugar de trabajo, están de más las comunas autónomas, porque lo que surge espontáneamente es la asociación local, regional, nacional e internacional de esfuerzos afines, las industrias o funciones socialmente necesarias. En economía hay que desterrar la ilusión del localismo»⁸⁵.

La transformación económica que sigue a los acontecimientos de julio reforzará las tendencias coordinadoras, convirtiendo en cambio en letra muerta el plan general previsto en el dictamen de Zaragoza. Con esto no queremos decir que el proceso colectivizador no siguiera en zonas rurales un patrón comunalista⁸⁶, sino simplemente que la problemática surgida de la colectivización marcó un sentido coincidente con las líneas de El organismo económico de la revolución. Desde muy pronto se enarboló en medios confederales la idea de un Consejo Nacional de Economía y, en enero de 1938, la necesidad de coordinación fue un punto central de las deliberaciones del Pleno Económico Ampliado que se reúne en Valencia.

El acercamiento entre la práctica confederal revolucionaria y las previsiones de Santillán no parecen, empero, haber enriquecido la reflexión de este último. Incluso en su permanencia como consejero de Economía de la Generalitat se observa que la preocupación dominante la constituyen los problemas sectoriales (las fuentes de energía, la falta de materias primas, la creación de industrias de guerra)⁸⁷. Al establecer, en abril de 1937, el balance de su gestión, apenas aparece una indicación muy generalizadora respecto a los problemas de coordinación que antes apuntara: «Una de las cuestiones que hay que llevar a cabo —declara a un rector de Solidaridad Obrera— es la del planeamiento industrial. Es decir, el trabajo según un plan, para que cada esfuerzo y cada iniciativa respondan siempre a una visión de conjunto de los problemas económicos. En Rusia este procedimiento ha dado resultados satisfactorios, sobre todo cuando se trata de creación y no de rutina»⁸⁸.

Lo cierto es que la coordinación nacional aparecía ahora como una condición necesaria, tanto para superar el localismo a que tendían las colectivizaciones hechas a escala

⁸⁵ «Comunalismo y comunismo», cit., pág. 264.

⁸⁶ Ver Gaston Leval: *Espagne libertaire (1936-1939)*, Paris, 1971, pág. 318.

⁸⁷ Sobre la evolución de la economía colectivizada en Cataluña, ver Josep M. Bricall: *Política económica de la Generalitat*, Barcelona, 1970.

⁸⁸ «El problema económico de Cataluña», II, *Solidaridad Obrera*, 23-IV-1937.

municipal como para garantizar la supervivencia del propio proceso colectivizador frente a la presión del Estado central⁸⁹. Este reconocimiento llevará a la adopción en el Pleno de Valencia, a comienzos de 1938, de un proyecto de economía confederal planificada. «La planificación económica y su órgano de ejecución natural —comentaba el portavoz de la C. N. T. en Valencia— constituyen hoy en España una solución impostergable de guerra y de solución de todos los problemas de orden productivo. Ni la guerra puede cimentarse sobre el caos confusionario de las industrias, ni la revolución puede articular sus fuerzas concretas sin el establecimiento previo de las normas que den eficacia a su contenido transformador»⁹⁰. El comunalismo resultaba definitivamente arrumbado. Sin embargo, al presentar la tercera edición de El organismo económico de la revolución, Santillán se detiene en puertas de un examen en profundidad del proceso revolucionario, limitándose a consignar las fórmulas organizativas adoptadas en los diversos sectores y, sobre todo, la reproducción de su propio esquema en el acuerdo sobre la articulación de las Federaciones Nacionales de Industria⁹¹. Quedaba ratificado así su papel de adelantado teórico de la gestión de una economía colectivizada, al propio tiempo que se confirmaban sus limitaciones en cuanto a competencia teórica para ser el economista de la revolución. La economía ocupa sólo un puesto secundario en la producción ideológica de Santillán en los meses de guerra.

La revolución anarquista y el poder

La pieza clave del esquema estratégico propuesto por Abad de Santillán iba a fallar después de los acontecimientos del 19 de julio de 1936. En efecto, la coexistencia y la tolerancia recíprocas entre las organizaciones revolucionarias se desvanecen progresivamente tras la euforia de los primeros días y con ellas las posibilidades de éxito de la «libre experimentación» de las fórmulas socialistas que, efectivamente, tiene lugar, por la fuerza de los hechos, con las colectivizaciones industriales y agrarias que impulsan, especialmente en Aragón, Cataluña y Valencia los militantes de

⁸⁹ Un valioso examen de situación, en la conferencia de M. Cardona Rosell. «Aspectos económicos de nuestra revolución», pronunciada en el cine Coliseum de Barcelona, el 31-I-1937, que publica *Solidaridad Obrera* a partir del 2-II-1937.

⁹⁰ «Nuestro Comité Nacional constituye el Consejo Económico Confederal», *Fragua Social*, Valencia, núm. 454, 5-II-1938.

⁹¹ D. Abad de Santillán: *El organismo económico de la revolución*, 3.ª ed., Barcelona, 1938, pág. 65 n. 1, págs. 177-178 n. 1 y pág. 6.

la Confederación. Desde el momento en que se materializa su victoria sobre la sublevación en Barcelona, la C. N. T. tantea sin éxito el camino de una solución al problema del poder político que ahora, por el simple hecho de la guerra popular, se le plantea según coordenadas radicalmente nuevas. Fracasa, primero, el intento protagonizado por el propio Abad de Santillán de asentar el poder real en Cataluña en el Comité de Milicias Antifascistas, respetando sólo formalmente a un gobierno de la Generalitat, inoperante en la práctica. Más tarde las exigencias de la guerra empujaron a una participación gubernamental incompatible con los principios tradicionales de la Confederación, y para la que ésta carecía de cuadros y de programa⁹². Y, finalmente, las tensiones que acompañan a la pérdida de poder efectivo por parte de la Confederación y al doble ascenso, del poder estatal y del partido comunista, abocan a los hechos de mayo de 1937, de cuyo desenlace saldrá la C. N. T. políticamente anulada. «La siempre latente crisis interna del Movimiento Libertario —ha escrito Peirats— se había agravado a consecuencia de los hechos de mayo de 1937, o más bien de la pacificación de aquellos sucesos. Al 'alto el fuego' había seguido una demolición progresiva de las conquistas populares, y algunos militantes empezaban a darse cuenta de que por este camino lo que quedaba de aquellas conquistas, y la vida misma del movimiento libertario, tenían contados sus días»⁹³. Como en otras ocasiones, la Confederación había fracasado a la hora de resolver el problema político revolucionario, y otro tanto cabía decir, lógicamente, de la F. A. I. Nada tiene, pues, de extraño que la principal aportación confederal en el orden teórico durante la guerra tenga como base a la práctica de las colectivizaciones y corresponda al aludido Pleno Económico Ampliado de enero de 1938.

⁹² La colaboración de Santillán en *Solidaridad Obrera*, en los primeros meses de 1937 denota una honda insatisfacción: «La guerra no está ganada, la nueva organización social no está hecha, los hombres no son mejores que ayer», escribe en uno de sus artículos («Línea de conducta revolucionaria», 31-I-1937). Véanse asimismo «Saber lo que se quiere» (2-II-1937), «Triple solidaridad para ganar la guerra y triunfar en la revolución» (13-II-1937), «La base legítima de nuestro poder» (14-IV-1937). Este artículo marca el punto de inflexión, reafirmando por una parte su fe en «la cooperación armónica» como única salida revolucionaria, y por otra resaltando las desviaciones en que «el gubernamentalismo» hace incurrir al movimiento confederal), «Un pensamiento, una sola voluntad, un solo brazo» (14-IV-1937), las declaraciones sobre su gestión como Consejero de Economía (22 y 23-IV-1937) y, en fin, la visión pesimista de «Complejidad del proceso revolucionario», aparecido el 4-V-1937, en plena crisis de mayo. Tras la misma sólo cabe el balance negativo que establece en el libro *La Revolución y la Guerra en España* (fechado en septiembre del 37 y editado por «Nervio», Barcelona-Buenos Aires, 1937) que fija la posición que tres años más tarde, en *Por qué perdimos la guerra*, se limitará a refundir.

⁹³ José Peirats: *La C. N. T. en la revolución española*, t. 3, 2.ª ed., París, 1971, pág. 98.

Este mismo cuadro de circunstancias determina que los escritos de Abad de Santillán en tiempo de guerra giren constantemente en torno al problema del poder. Por un azar histórico, aunque ocupe temporalmente el puesto de consejero de economía de la Generalitat (diciembre de 1936 a abril de 1937), sus actividades más constantes se desenvuelven en los órdenes, militar primero (en el Comité de Milicias Antifascistas surgido en julio) y, a lo largo de la guerra, en el Comité Peninsular de la F. A. I. La aludida falta de cuadros forzaba a la C. N. T.-F. A. I. a situar sus militantes fuera de sus círculos habituales de actuación: la presencia de Abad de Santillán en la dirección del organismo militar citado responde a dicha exigencia.

En el orden teórico, como apuntábamos, la cuestión central reside, para nuestro autor, en asegurar la presencia anarcosindicalista al frente del proceso revolucionario, evitando al mismo tiempo las tentaciones de una intervención política tradicional y, lógicamente, de forzar mediante una situación de fuerza la salida dictatorial. La conciencia de fracaso que le invade progresivamente queda reflejada en los sucesivos escritos, desde los artículos en *Tiempos Nuevos* o en su sucesora *Timón* al libro-balance *Por qué perdimos la guerra*, que publica apenas exiliado, en 1940. Externamente, Abad de Santillán describe un conjunto de causas que intervinieron en la derrota (la No-intervención de las democracias, la política comunista, los errores republicanos, la supresión total de las milicias al organizar el Ejército Popular), pero esta enumeración del libro deja en la sombra lo que, en cambio, ha presidido sus escritos de 1937-38 y que concierne de modo más directo a la práctica anarquista y confederal: la incapacidad para dirigir eficazmente las masas, la sumisión a las directrices gubernamentales y, por tanto, al funcionamiento en sí mismo opresor del Estado. En suma, la incapacidad para adecuar a las nuevas circunstancias, tras el salto de la colaboración gubernamental, la oposición tradicional a toda vía o procedimiento político para alcanzar o asegurar la revolución social.

Es lo que expresa la crítica del «anarquismo gubernativo», redactada en la primavera de 1937:

Hemos conquistado fácilmente, después del 19 de julio, los puestos más variados y más numerosos en las plantillas burocráticas del Gobierno. Pero no hemos progresado como organización, aunque se haya notado el cambio numéricamente en las mismas proporciones. La conquista del Estado puede ser nuestro desastre mayor si no consideramos a tiempo la línea divisoria entre lo que es circuns-

tancial, efímero y lo que es permanente, entre lo que es precario y lo que es esencial. Para nosotros, todo lo relativo al Estado, al Gobierno, es precario, y todo lo que se refiere a la organización del trabajo, de la producción y de la distribución es fundamental...⁹⁴

Sin embargo, la propia supervivencia de las transformaciones económicas determinadas por la revolución dependía de la capacidad confederal para mantener un cierto control de ese poder político que se rechazaba a priori y en el que, inevitablemente, se veía abocada la C. N. T.-F. A. I. a participar. Las propias observaciones de Por qué perdimos la guerra, lamentando la reinstauración progresiva del poder político de la Generalitat y del Gobierno central, responden al balance negativo que tuvo para la Confederación la solución de aquel dilema. La doble derrota, militar y política, de mayo de 1937 fue sólo la consecuencia inevitable del proceso anteriormente iniciado.

De aquí que Abad de Santillán, aplicando sus esquemas anteriores sobre la relación entre masas y minorías en los procesos revolucionarios, juzgue que en la guerra civil española las minorías dirigentes (del sindicalismo confederal) no estuvieron a la altura del empuje revolucionario de la base obrera: «En todas las revoluciones —escribe—, las minorías avanzadas procuran llegar lo más allá posible en el terreno de las realizaciones, de la destrucción del viejo régimen, de la construcción de las nuevas formas de vida. En la Revolución española esas minorías han hecho posible, no el avance social, sino el retroceso (...) En España había una gran masa que quería la revolución, y unas minorías llamadas dirigentes, entre las cuales estaba también la nuestra, que no sólo no han estimulado, articulado, hecho posible la materialización de ese objetivo, sino que le han cortado las alas por todos los medios»⁹⁵. Abad de Santillán propone, en consecuencia, interpretar la revolución española como una revolución popular frustrada por el fracaso de las organizaciones obreras a la hora de canalizar el impulso y las expectativas de los trabajadores.

El principal acusado, según esta visión crítica de Santillán, resulta ser el Partido Comunista «en su acción nefasta⁹⁶, frente a la cual abrigó temporalmente la esperanza de

⁹⁴ D. A. de Santillán: «¿Anarquistas en el Gobierno o anarquismo gubernativo?», *Tiempos Nuevos*, año IV, 5-6, mayo-junio 1937.

⁹⁵ D. A. de Santillán: «En torno a nuestros objetivos libertarios», *Timón*, 1938, núm. 2, pág. 11.

⁹⁶ D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Madrid, 1975, página 217.

constituir una alianza sindical C. N. T.-U. G. T.⁹⁷. Con el tiempo, la desilusión ante el curso de la guerra le llevará a lamentar su intervención personal para poner término a la lucha, en las jornadas de mayo de 1937⁹⁸. Ello implica que su desacuerdo concernía asimismo a la actuación de la C. N. T., por no haber sabido mantener su identidad ideológica tras la intervención en el Gobierno presidido por Largo Caballero:

Entendíamos el buen acuerdo de todas las fuerzas que se llaman antifascistas, y de cuya esencia y variedad no queremos hablar ahora, como una reunión que respetaba la plena personalidad de cada una, no en base a la supresión de la personalidad política, moral, intelectual y social de nadie. Pero, de un tiempo a esta parte, ¿aportamos más que nuestro número al conglomerado político-social antifascista? (...) Tenemos la impresión, que puede ser confirmada fácilmente, si es que no se ha confirmado ya por mil detalles, que nos hemos desdibujado colectivamente, que no llevamos nuestra bandera en alto más que en las solemnidades, e incluso esto es dudoso, y que en la práctica cotidiana nuestra posición deja cada vez más que desear⁹⁹.

Es la misma estimación que mantendrá un tercio de siglo más tarde, al rememorar la guerra de España: «el anarquismo español fue beligerante y pagó con su sacrificio la deuda de solidaridad que tenía con su pueblo y consigo mismo»¹⁰⁰. De forma recurrente, la explicación del fracaso supone reconocer la quiebra del «amplio acuerdo para la liquidación de un régimen» que propusieran los artículos de 1934-1936. Pero en 1970, si Abad de Santillán mantiene intactos muchos puntos de su ideario (el antiestatismo, la oposición radical a la dictadura del proletariado y al comunismo soviético, la desconfianza ante los paraísos futuros libertarios, la necesidad de que la clase obrera adecue su práctica a los procesos tecnológicos), su planteamiento se ve afectado por una ausencia fundamental: la pérdida del referente que hasta 1938 constituyera el movimiento obrero anarquista. El progreso científico y técnico pasa entonces

⁹⁷ Se trataba de materializar un «perfecto acuerdo en la oposición decidida a toda dictadura totalitaria, de partido o de clase». Ver el prólogo de Santillán al libro *Alianza C. N. T.-U. G. T. Sus bases. Sus objetivos. Sus antecedentes*, Barcelona, 1938, págs. 5-12.

⁹⁸ *Por qué perdimos la guerra*, págs. 164, 166 y 170.

⁹⁹ «En torno a nuestros objetivos libertarios», cit., pág. 5.

¹⁰⁰ Diego Abad de Santillán: *Estrategia y táctica*, Puebla (México), 1971, página 235.

de factor condicionante a protagonista de una eventual liberación de la humanidad. «No es la destrucción del aparato creado por el capitalismo en su afán de lucro lo que hay que pretender, sino la aplicación y actualización y mejoramiento de su dinámica con sentido social, de beneficio para todos (...) La gran revolución es hoy la reforma; la barricada ha cumplido hoy su misión, si es que tuvo una misión (...)»¹⁰¹.

De esta manera, con la derrota del movimiento libertario español en la guerra civil se cierra la etapa decisiva en el pensamiento y en la práctica de Diego Abad de Santillán. Y otro tanto podría decirse de la vinculación entre anarquismo y movimiento obrero revolucionario que iniciara hace un siglo Bakunin con su actuación en el interior de la Primera Internacional.

ANTONIO ELORZA

INTRODUCCION

El ideal y la metodología anarquista *

Nuestros adversarios tienen siempre a flor de labios una definición incisiva, llena de desprecio, de odio o de misericordia para hablar de la anarquía. Es una utopía, dicen unos; es una locura, agregan otros. Es la filosofía del crimen, arguyen los de más allá... Y son definiciones de esa especie o parecidas las que circulan por la Prensa de gran tiraje, las que difunden las gentes de orden, las personas que se tienen por sensatas y juiciosas. No son mucho más exactas las que dan nuestros antiguos parientes, los socialistas de Estado, socialdemócratas y comunistas.

Nos preguntamos a veces: ¿De dónde han podido sacar esos hombres argumentos para justificar sus siniestras definiciones de la anarquía? De nuestros libros, folletos y periódicos no es posible. De nuestros actos, tampoco. Quizá tengan en cuenta las extravagancias inevitables, las truculencias, los disparates de algunos anormales que pueden llamarse hoy anarquistas como mañana serán cualquier otra cosa e irán dondequiera que se permita una cierta expansión a su desequilibrio mental. Pero esos casos aislados, que pueden producirse bajo el manto de la anarquía, porque nosotros no tenemos porteros en nuestro movimiento para evitar la entrada de los indeseables, ni vigilantes y jueces para perseguir a los que, diciéndose anarquistas, denigran a la anarquía; esos casos aislados, decimos, no pueden explotarse con buena fe como expresión de nuestras ideas, de nuestra psicología y de nuestra conducta.

Sin embargo, es lo que se hace comúnmente; nuestros adversarios no quieren beber en las fuentes verdaderas de la anarquía, compenetrarse de sus verdaderos fines, conocerlos a fondo para combatirlos después, si tal es su deseo, con conocimiento de causa. Así se nos hace imposible toda discusión, pues en lugar de hacernos frente con razones de

* *Mañana*, Barcelona, núm. 1, mayo 1930, págs. 9-16.

principio, se nos ataca con insultos, con injurias de toda clase, con interpretaciones caprichosas y absurdas de nuestras aspiraciones.

¿Qué es lo que queremos? Es tan amplio y tan puro nuestro anhelo de renovación, que nos sería más fácil decir lo que no queremos, lo que daña la libertad y el sentido de justicia, lo que no deseamos.

Lo que nosotros queremos es lo que ha querido a través de los siglos la parte más progresiva y digna de la humanidad. En todos los tiempos hubo minorías con una mayor sensibilidad ante la esclavitud y la barbarie, ante la injusticia y la mentira, y esas minorías han ido elaborando las condiciones de una convivencia superior, más acorde con las nociones morales de la dignidad y de la libertad. La anarquía es esa veta roja de rebeldía y de progreso que recorre la historia y que, no obstante el peso muerto de las mayorías sin voluntad y sin comprensión, determina con mayor o menor dificultad los destinos humanos. Hay épocas en que el espíritu de libertad influye más poderosamente la marcha de la historia: son épocas de progreso; hay períodos en que los instintos de dominio, de guerra, de insolidaridad se manifiestan en primer plano: son períodos de regresión o de estancamiento. La historia gira entre esos dos polos, atraída hacia un lado o hacia otro.

Nosotros encarnamos el polo de la libertad, el anhelo tradicional de las minorías que pugnaron siempre por la justicia; somos como el resumen, la síntesis de las diversas tendencias progresivas históricas, que se han ido depurando de errores, de contradicciones y de deficiencias. No decimos con esto que la verdad absoluta está en nuestras manos, pero sí que, habiendo recogido la experiencia de los siglos, sin romper los lazos solidarios y fraternales que nos unen a los hombres de bien, amantes de la libertad y la justicia en todos los tiempos, combatientes de un mundo mejor, rebeldes a toda tiranía, no por nuestro mérito solamente, sino por haber venido al mundo más tarde y haber podido aprovechar el fruto de sus rebeldías, de sus experiencias y de sus afanes.

Nos sentimos hermanos con todos los espíritus progresivos; la diferencia está en que algunos de ellos se encierran por dogmatismo o por error en la ilusión de los progresos parciales, unilaterales, produciendo así un funesto desequilibrio. Por ejemplo, el progreso técnico unilateral, no acompañado por un progreso moral y social equivalente, aporta al mundo más desastres que beneficios. La realidad, por otra parte, ha puesto en evidencia que los progresos políticos sin el progreso económico y social son una piadosa mentira y

que se reducen a simples cambios de nombre. Y también son la realidad y la experiencia las que nos dicen que no hay ninguna revolución externa sin una previa revolución interna, en las conciencias de las minorías de vanguardia, cuando menos.

La anarquía no es negación; es la filosofía más sólida del progreso, la más consecuente, la más armoniosa. Proporciona el avance y el perfeccionamiento de los hombres y las instituciones en todos los órdenes de la vida; eso presupone la afirmación de la libertad, de la libre iniciativa, del pensamiento y de las manos libres, porque un progreso que tiene por delante dogmas, credos cerrados, preconceptos autoritarios, no podrá ser más que parcial y deficiente.

* * *

Una armonía absoluta entre las ideas y los hechos estaría de más pedirle. Es imposible. Pero las ideas existen o no existen en el cerebro de los hombres y en su corazón. Si existen deben ser uno de los principales determinantes de la conducta, el mejor freno de los instintos, el regulador más poderoso del comportamiento cotidiano frente a los hombres, a los hechos, a las cosas.

Y cuando de las ideas hacemos una bandera, cuando las proclamamos con orgullo, cuando representamos para nosotros un ideal que pretendemos que llegue a ser el ideal de todos nuestros semejantes, no sólo deben determinar nuestra conducta, sino que la discrepancia entre ellas y los hechos, entre el ideal y la realidad se torna uno de los más grandes obstáculos para el progreso y el avance de la causa que sintetizan. ¿No estamos cansados de ridiculizar la divergencia entre los curas y su prédica, entre lo que éstos dicen y lo que hacen? Lo que censuramos en otros no podemos aprobarlo y legitimarlo para nosotros, so pena de echar las bases de una nueva valorización ética, en el sentido de aquel salvaje que decía: «Bueno es cuando yo le robo la mujer al vecino, malo es cuando el vecino me roba la mía.»

No cabe duda que hacemos un papel poco airoso siempre que anatematizamos en los demás lo que no hemos conseguido extirpar de nosotros mismos; pues si vemos el mal y lo seguimos practicando, quedamos inhabilitados para seguir combatiéndolo.

De ahí que las ideas y los hechos, el ideal y la conducta de los hombres no puedan escindirse. Cuando se escinden es que el individuo ha cambiado, ha dejado de ser lo que era. Entonces conviene tener la sinceridad de confesar el

cambio y de buscar el medio ambiente más adecuado para los propios actos. No podemos perseguir con el odio a nadie, y menos a los que, por circunstancias o razonamientos singulares, se encuentran un día en desacuerdo con nosotros y se van de nuestro lado. Unos van y otros vienen. Pero lo funesto, lo que ha sido siempre una de las grandes calamidades para nosotros es que muchos individuos que han dejado de ser lo que eran, en ideas, en sentimientos, en hechos; que han cambiado de actitud espiritual y práctica y mantienen errores manifiestos y desarrollan actividades contrarias a las que serían de esperar, las que lógicamente no pueden armonizar con las ideas que dicen sustentar, se empeñan en apoyarse en la anarquía, en cubrirse con el manto de ideas e ideales que no sienten ya. ¡Cuántos disgustos, contrariedades y obstáculos se nos han presentado, se nos presentan y se nos presentarán por eso!

En esto no insistiremos nunca bastante. Nosotros queremos transformar la sociedad en que vivimos, instaurar el mundo un régimen de vida sin leyes ni autoridades, sin coacción estatal (lo cual no quiere decir sin defensa contra los factores antisociales). Eso no es posible más que sobre la base de una moral superior, de la libre convivencia en la solidaridad. Cualquier otra corriente política o social puede mirar despectivamente, de arriba abajo, las concepciones morales, pues, al no rechazar el principio de autoridad, las normas sociales que establezcan no han de variar profundamente de las que establecen los actuales dirigentes del Estado político y económico. Se puede pasar del zarismo al bolchevismo y las condiciones no cambian en lo esencial; el hombre viejo no tendrá que realizar ningún esfuerzo para adaptarse al régimen nuevo. Pero el paso del estatismo a la anarquía exige un hombre nuevo, un individuo renovado, moralmente superado.

Justamente este hombre nuevo es el que tenemos nosotros por misión crear, el que nosotros debemos comenzar por esculpir en nosotros mismos. Al marxismo le basta contar con el materialismo histórico, con la fuerza de las realidades económicas. A nosotros, no. Nosotros no conoceremos la tierra de promisión de la anarquía más que si logramos crear hombres capaces de vivirla. Y no los podremos crear si no estamos nosotros ya espiritualmente en camino, por lo menos, de demostrar que no hacen falta amos ni tiranos, que sabemos vivir como hombres libres y dignos de la libertad.

No puede satisfacernos aquella máxima jesuítica: «Haz lo que yo digo y no lo que hago.» Eso sería condenar nuestra gran causa a su más formidable derrota. Nuestra prédica

tiene que ser tanto de palabras como de hechos, y los hechos deben estar a la altura de las palabras.

Hemos visto muchas desviaciones de compañeros y de grupos, desviaciones de doctrina, desviaciones de táctica, pero ninguna nos ha parecido tan peligrosa como la que denunciarnos de la escisión entre la prédica y la conducta. Pueden ser muy lindas las palabras lanzadas a las multitudes desde la tribuna y la Prensa, pero si a esas bellezas retóricas no corresponde una belleza correspondiente de alma, son gestos de teatro estériles en el surco de nuestros anhelos.

* * *

En todos los tiempos, por encima de las castas y las clases, la sociedad ha tenido una minoría progresiva que arrastra hacia adelante, una minoría regresiva, reaccionaria, que tira hacia atrás, y una mayoría que va hacia la una o la otra, según las circunstancias y las influencias puestas en juego para sugestionarla y moverla. Podemos examinar la historia de los pueblos en cualquiera de sus períodos: siempre observaremos esa estructura.

Los anarquistas somos los herederos y continuadores de la minoría progresiva; la aspiración de ésta a una humanidad feliz coincide con lo que nosotros queremos. Nuestro ideal se ha definido mejor a través de los tiempos, se ha concretado más, se ha despojado de ciertos aspectos ingenuos o místicos de los ideales progresivos y humanitarios del pasado, ha corregido algunos defectos; en una palabra: se ha fortificado teóricamente con los aportes de la experiencia, de la ciencia y de la filosofía, y hoy es inatacable.

Se puede aceptar o rechazar la anarquía, se puede considerarla con indiferencia; los hombres no son todos iguales, no tienen la misma educación y los mismos gustos, y como hay quienes no se apasionan por la verdad, los hay que no comprenden el entusiasmo por la justicia o la libertad. Pero así como no se concibe en hombres sanos una hostilidad doctrinaria abierta contra la verdad, tampoco se concibe una hostilidad teórica abierta hacia la anarquía, el ideal de la humanidad libre y feliz.

El argumento esgrimido por los enemigos es que lo que nosotros queremos es imposible, irrealizable con los hombres actuales; pero no se atreven a decir que no es bello, que no es deseable, que no es una perspectiva superior a cuantas se han presentado hasta aquí a la evolución humana. Se nos llama utopistas y a nuestro ideal se le tacha de utopía. Pero ese, como la historia lo demuestra, no es un argumento: es una escapatoria reaccionaria o conservadora. La

utopía de hoy es la realidad de mañana, y si los investigadores, «pionners», y en general, todas las vanguardias del progreso en sus mil aspectos hubiesen tenido en cuenta ese reproche, viviríamos todavía en las cavernas.

La conquista de la verdad supone el ensayo y el error, y la conquista de la libertad igualmente. Los ensayos y errores de las generaciones pasadas nos sirven a nosotros de caudal experimental y nos ponen en guardia contra las acechanzas del autoritarismo que a veces se echa por la ventana y vuelve a entrar por la puerta.

En una palabra, creemos tener motivos para estar orgullosos de nuestro admirable ideal; se le puede atacar si se le desfigura; se le puede injuriar si se le desconoce; pero no se le hace frente, no se le puede atacar derechamente, en sus principios, en sus aspiraciones, en su contenido.

El contenido de la anarquía no es invención nuestra, es la síntesis de milenios de lucha por la justicia, de brega por la libertad en las minorías de vanguardia. ¿Quién se atreve a sostener la superioridad de la iniquidad y de la esclavitud? El hombre que no es libre no es completo: su desarrollo es irregular; alguna manifestación de su individualidad queda en germen, anquilosada; otras se desvían de su evolución normal y así vemos la vida ética subvertida, el corazón envenenado con las pasiones más bajas y egoístas.

Un hombre libre en una sociedad libre, un hombre justo en una sociedad que practica la justicia, será siempre una aspiración superior a la del esclavismo, a la de la injusticia como sistema y como norma de convivencia. Lo es hoy y lo ha sido siempre, y el fascismo no ha de conseguir que se modifique esa valoración de las cosas, de los sentimientos y de las ideas. Lo bueno es preferible a lo malo, lo bello es superior a lo feo, la verdad es mejor que la mentira, la libertad es más grata que la esclavitud. Y la anarquía interpreta la bondad, la belleza, la verdad, la libertad. Por eso es un ideal insuperado e insuperable, la síntesis de la más alta felicidad humana.

Digamos, pues, que el ideal de la anarquía es la suprema expresión de la libertad y la justicia, y como tal encarna un viejo anhelo social: el anhelo de instaurar el orden y la dicha en el mundo, convertido en fin en el paraíso de los poetas bíblicos.

* * *

¿Por qué tropieza con tantos obstáculos para su realización una idea tan bella? Es un problema al que todos debemos esforzarnos por responder, porque no somos anarquistas por el hecho de reconocer la bondad de la anarquía, sino

porque luchamos por su realización. Es preciso saber cuáles son las causas del lento progreso de nuestra idea, de la lenta penetración de nuestros postulados en la conciencia de los hombres. Aparte de los obstáculos y resistencias naturales, debe haber en alguna parte alguna falla en nuestros esfuerzos, no en el ideal, sobre cuya superioridad no cabe discusión, sino quizá en la táctica, en la metodología, en los procedimientos empleados o propuestos para pasar de la propaganda a la práctica, del ideal a la realidad.

Todo lo que tiene de perfección y de acabamiento el ideal anarquista lo tiene de imperfecto y de insuficiente la metodología. No es que pensemos elaborar un procedimiento único, una herramienta infalible. Pero observamos en cuanto a los medios, no sólo una gran confusión, sino también un poco de ingenuidad, de inconsistencia. Nuestra metodología no es tan sólida como nuestro ideal. Tratemos, por consiguiente, de ver más claro, de discutir mejor, de definir más completamente nuestros métodos, nuestra táctica para que convengan con más facilidad a los escépticos y aceleren las realizaciones libertarias.

Hubo siempre, repetimos, hermosos ideales, no tan acabados y lógicos e integrales como el nuestro; pero, sin embargo, admirables y dignos de todos los esfuerzos para su realización. Fue la metodología lo que no estuvo en concordancia con ellos y la que los malogró del modo más deplorable. Es la metodología la que hizo del socialismo marxista, que tiene en sus orígenes nobles aspiraciones, un vulgar partido de gobierno, sin ninguna otra perspectiva ni otra ambición. Y si los anarquistas no encontramos métodos de realización en armonía con nuestros postulados, podría ocurrir que siguiéramos el mismo camino, cuesta abajo, hasta la anulación o la degeneración de nuestra bella causa.

* * *

Hubo en la historia preciosos movimientos sociales, religiosos, políticos, de rebeldía; la minoría de vanguardia de la humanidad ha pugnado siempre por abrirse un camino hacia un mundo superior; los filósofos y los poetas de todos los tiempos, los mejores, han sabido poner de relieve el contraste entre cómo vivimos y cómo podríamos vivir. Lo que faltó no fue generosidad, nobleza, espíritu de justicia; faltó simplemente el método adecuado para realizar esas ideas superiores.

¿Se ha visto un movimiento más prometedor que el del cristianismo en sus comienzos? Algunos de los nuestros han podido trazar un paralelo entre la revolución cristiana del

pasado y la revolución social del porvenir. Sin embargo, no obstante el gran cambio de la mentalidad del mundo, se ha visto que el ideal cristiano de la igualdad, de la fraternidad y de la justicia ha quedado frustrado por no haber tenido métodos de realización concordantes.

Hay toda una filosofía política en la antigüedad, y también más próximamente a nosotros, que propone la solución del problema de una humanidad feliz a través de la acción de un soberano sabio y virtuoso; se ha propuesto por algunos, para alcanzar la meta anhelada, el gobierno de los sabios en contraposición al gobierno de los políticos. Los cambios de régimen han tenido por razón el deseo de realizar nobles aspiraciones. Se ha sustituido el feudalismo por la monarquía, la monarquía por la república, la república por la dictadura del proletariado, etc., y todo eso expresa el ansia de una vida mejor. El idealismo que nos anima a nosotros animó un tiempo a los republicanos contra la monarquía, a los demócratas contra el absolutismo. No es posible que atribuyamos a los combatientes de otros credos, egoísmos y fines inconfesables. Hay entre ellos quizá la misma sinceridad que entre nosotros, pero su camino es erróneo, su metodología es contraproducente y conspira contra lo que ellos mismos quieren realizar.

No olvidaremos la frase de Edgard Bauer, el precursor libertario alemán, contemporáneo de Stirner, refiriéndose a la revolución francesa: «También ella quería la anarquía, pero la quería por intermedio del Estado, y eso no fue posible.» Lo mismo podríamos decir de muchos pequeños y grandes movimientos y de muchos individuos: quieren para la humanidad, aproximadamente, lo que nosotros queremos: la libertad y la justicia, pero la quieren a través de caminos que en lugar de acercarlos a la meta propuesta les alejan de ella.

De ahí que los anarquistas atribuyamos tanta importancia a la táctica, a la metodología. Pero en esto hemos señalado los escollos, hemos mostrado los peligros de tal o cual método, pero no hemos elaborado métodos afirmativos, de construcción positiva. Nos hemos contentado con gritar a cada paso: ¡Por ahí, no!, pero no hemos avanzado, o lo hicimos con timidez excesiva, hacia la realización de las propias ideas con procedimientos apropiados. Y esa actitud de pura crítica, de falta de audacia para hacer, para realizar es, a nuestro entender, una de las causas del progreso mínimo de nuestro movimiento.

Como premisa digamos que los anarquistas no pueden proponer soluciones únicas y universales; los problemas del progreso individual y social no tienen una, tienen mil solu-

ciones. Al hablar de la insuficiencia de nuestra metodología, no nos proponemos elaborar una herramienta infalible, sin la cual no habrá solución; nuestra ambición es más pequeña: queremos invitar a los anarquistas a reflexionar sobre los propios métodos de acción y sobre el esfuerzo más directo en favor de la revolución emancipadora. La propaganda sola no basta; es necesaria la acción; la inclinación a construir la obra de la anarquía con los mejores materiales humanos que nos sea posible tener.

Lo hemos hecho resaltar otras veces y lo volvemos a hacer resaltar hoy. Hurgando en el fondo del alma y de la conciencia de la mayoría de nuestros compañeros, o bien encontramos la inquietud revolucionaria envuelta en un misticismo providencialista, la creencia en el advenimiento de la revolución por no sabemos qué artes ocultas, o bien falta esa inquietud, y la preocupación por un mañana ideal se diluye en una sofocadora rutina.

En una palabra: advertimos muy poca inclinación a vivir la vida según las propias convicciones, y eso puede explicarse de varios modos: o bien por no sentir hondamente esas convicciones, o bien porque en nosotros puede todavía más la tradición que el espíritu renovador, o bien porque no tenemos mucha confianza en los métodos a emplear.

Y los métodos, sin embargo, tienen para muchas mentalidades casi tanto valor como las ideas que los inspiran. Por eso un movimiento de renovación que carece de métodos bien definidos pierde una gran parte de su eficiencia práctica y una buena cantidad de simpatías.

* * *

¿Cómo queremos avanzar? En primer lugar, según el temperamento y la interpretación de la vida que tengamos, podemos fijar nuestra actitud así: pugnando por favorecer todo progreso, por estimular todo avance de la humanidad, por diluir nuestra acción en el conjunto de las fuerzas humanas progresivas o dedicándonos a elaborar más directamente el proceso revolucionario. Las dos actitudes son buenas, pero falta saber si nos ajustamos íntimamente a la primera o a la segunda.

No somos adversarios de los que, en lugar de formar algo así como una colectividad aparte, piensan que su labor puede ser fecunda en el seno de la vieja sociedad, estando alerta a todo deseo de avance y de renovación y alentándolo. Pero por nuestra parte quisiéramos ir más rápidamente hacia la construcción de nuestro mundo, aun a costa de dejar a una parte de la humanidad, que progresa con demasiada lentitud

y no se rinde más que ante la evidencia de los hechos y no ante la claridad de las doctrinas.

Hasta ahora hemos sido, aun sin pensarlo, más partidarios de la primera interpretación que de esta última. Nos hemos conformado con ser un aliciente de progreso general, temerosos de singularizarnos prácticamente, en los hechos, como colectividad con una concepción propia de la convivencia social.

Pero ese conformismo es sólo aparente. La mayoría, a excepción de algunos espíritus filosóficos, queremos acelerar la revolución de la libertad, provocar los acontecimientos, torcer cuanto antes el rumbo de la historia. La prueba está en los métodos propiciados —la revolución social, por ejemplo— que, aunque sean insuficientes, imperfectos, expresan no obstante una magnífica voluntad de obrar, una voluntad platónica por causa de ciertos dogmas y temores que pesan sobre los espíritus.

* * *

Hasta aquí ha predominado como método o instrumento para llevar a la práctica nuestro ideal una concepción catastrófica de la revolución, vestigio de misticismo y de providencialismo. Para la mayoría de los compañeros la revolución social es realmente una formación mítica, un acontecimiento apocalíptico, pandestructor, que no se sabe cómo ha de producirse, pero que se producirá, gracias, si no a la acción divina, a la espontaneidad popular.

Auscultad los sentimientos generalmente difundidos al respecto. ¿No encontráis un fondo de esperanza mesiánica en el advenimiento de esa revolución? La visión de las revoluciones históricas, de la Revolución francesa, de los levantamientos populares en todos los tiempos, deja un sedimento romántico envuelto en las nebulosas del pasado y contribuye a mantener toda suerte de ilusiones.

La concepción catastrófica de esa revolución social que ha de deshacerlo y de rehacerlo todo de golpe, con la magia milagrosa de su empuje, no responde ni a las complejidades sociales contemporáneas ni a la mentalidad del hombre nuevo. El idealismo no está reñido con el sentido de las posibilidades y de las realidades.

La espontaneidad popular es, puede ser, uno de los tantos factores de la acción constructiva de la revolución, uno entre mil; sería demasiado ingenuo confiar a esa espontaneidad, que se manifestará con más o menos eficiencia, según las condiciones y la labor revolucionaria previas, más de lo que lógicamente conviene.

En cuanto a los levantamientos generales, se olvida que la

sociedad presente, las modernas urbes tienen una estructura más compleja que las pequeñas ciudades de la era precapitalista, donde un toque de tambor bastaba para sublevar una población en momentos favorables. En períodos relativamente normales, es decir, no agitados por conmociones muy fuertes, como una guerra, por ejemplo, difícilmente se logrará tonificar más o menos uniformemente los espíritus para una acción común. Y la relativa uniformidad de la tonificación emotiva de la guerra, si es verdad que puede llevar a insurrecciones desesperadas, es la circunstancia más desfavorable para el éxito de nuestra revolución. Es en ese período cuando hay más perspectivas de levantamientos generales, pero es también cuando menos probabilidades hay de triunfo para la libertad.

No descartamos esa revolución popular grandiosa que soñamos bajo la influencia del tradicionalismo subversivo, aunque, dejando ya a un lado las condiciones psicológicas, faltan para ellas las condiciones materiales y técnicas. Pero es uno entre los tantos factores posibles que, si se produce, trataremos de aprovechar del mejor modo, pero que no debe polarizar todas nuestras esperanzas.

Nuestra revolución no es esa especie de catástrofe que se imaginan tantos compañeros; el choque violento es un incidente muy probable de la transformación social, por más que el ejemplo de la ocupación de las fábricas en Italia en 1920 ha demostrado cómo se podría llegar a un nuevo régimen de la propiedad y a un cambio político y social fundamental sin necesidad de grandes derramamientos de sangre; pero el choque violento es un incidente y no lo básico. El tiroteo, las barricadas, las destrucciones, todo el séquito de la acción violenta moderna es lo que menos puede definir una revolución. Una revolución que no tiene más elementos de éxito que las armas, que lo juega todo en la acción militar, no puede ser una revolución libertaria, no puede ser la revolución que deseamos los anarquistas para la realización de nuestro ideal.

Es verdad que para pasar del régimen actual del capitalismo a la sociedad libre, se requiere una revolución, y una revolución profundísima. Nosotros trabajamos por ella y nada más que por ella. Pero una revolución no implica únicamente la algarada populachera, fuego de paja sin consistencia alguna; sobre todo nuestra revolución supone una labor previa más importante; mejor dicho: nuestra revolución no es el acontecimiento mesiánico pandestructor y pancreador que llegará un día, sino que debe comenzar hoy, ahora mismo, en grande o en pequeño, colectiva e individualmente.

Según la intensidad y la fe con que comencemos hoy, ahora mismo, la revolución de la libertad y la justicia, así se acercará más o menos la hora de los incidentes finales de la violencia callejera entre los últimos restos de la resistencia capitalista y las grandes masas de los simpatizantes de las nuevas concepciones éticas y sociales.

Sin embargo, antes de esas probables revueltas callejeras, la revolución tiene que estar hecha en los espíritus y en infinidad de instituciones, de modalidades de vida, de trabajo y de intercambio.

* * *

Para nosotros, pues, no es lo esencial, sino del todo secundario, la acción violenta de las armas, que suscitará algún episodio más, pero nunca determinante, nunca definitivo en el proceso de la transformación social del mundo.

Resumimos, por tanto, en lo que se refiere a la revolución, que ésta para nosotros no es un acontecimiento del porvenir, sino del momento mismo en que vivimos, que debemos hacerla todos los días, en las ideas y en los hechos, en la conducta y en los focos de vida libre, y que lo que para la gran mayoría es fundamental, la catástrofe apocalíptica, para nosotros es un episodio sin mayor trascendencia, por lo menos inapto para definir el triunfo o el fracaso de nuestras aspiraciones.

Sin entrar aquí en la mención de las excepciones, hablando sólo en un sentido general, podemos decir que la propaganda anarquista se ha hecho corrientemente con la perspectiva de esa revolución catastrófica final, coronamiento de todos los sacrificios y esfuerzos; se ha alentado y nutrido la esperanza en la omnipotencia de esa gran batalla, descuidando infinidad de medios que parecen a primera vista más prosaicos, pero que, sin embargo, son más fecundos en la formación de las nuevas mentalidades.

El tema a discutir es éste: la insuficiencia del método generalmente propiciado para operar la transformación social. Por un lado, tenemos los libertarios que se consagran a ser estimuladores de todo progreso y de todo perfeccionamiento. Cumplen una labor digna del mayor apoyo. Por otro lado, tenemos los que van más directamente a la labor revolucionaria, y entre ellos predominan los que tienen de la revolución una concepción demasiado política y jacobina. Lo que nosotros queremos es una mayor armonía entre nuestro ideal y la concepción de la revolución que ha de realizarlo.

Es un tema de discusión, un motivo de estudio.

* * *

Ya hemos dicho cuán poco nos sugiere la idea de una revolución catastrófica, que no ha sido previamente anunciada por una transmutación de valores éticos y sociales y por una multitud de instituciones y de relaciones libertarias entre los hombres. Si la revolución no se ha hecho efectivamente antes de las incidencias finales de la violencia popular que destruya los últimos obstáculos, los últimos baluartes, aun triunfantes en la batalla saldremos vencidos como anarquistas, porque los acontecimientos de una contienda bélica no tienen la virtud de mejorar, sino, en todo caso, de empeorar a los hombres, despertando en ellos pasiones e instintos ancestrales.

Los hombres esclavos hoy no adquirirían el espíritu de libertad por el arte mágico de una lucha armada de unas semanas o de unos meses contra otros esclavos que defenderían los intereses de los privilegiados. Los insociables de hoy, los elementos antisociales no se convertirían en ángeles al día siguiente de esa revolución soñada como una palingenesis universal. Seguirían siendo aproximadamente los mismos, si no peores.

Por otra parte, las instituciones no se mantienen sólo y siempre por la fuerza: se mantienen también por el hábito, por las costumbres. Un aparato de dominio tiene más base en el sentimiento de obediencia que en las ansias de mando. Muchas instituciones actuales del régimen capitalista y estatal dejarían automáticamente de existir si la desobediencia fuese mayor, si el acatamiento no fuera tan general.

En nuestra impotencia para desobedecer, para resistirnos hoy mismo, con un poco de energía y de voluntad, a las solicitudes e imperativos del régimen en que vivimos, soñamos con el advenimiento de una revolución mesiánica, que nos redimirá hasta de los propios pecados de la cobardía, de la falta de iniciativa y de la servidumbre voluntaria.

Una revolución popular, aun cuando sea política, aun cuando no tenga otra finalidad que la de cambiar un régimen de gobierno por otro, tiene algo de atractivo y de removedor, y no seremos nosotros los que vamos a poner obstáculos a todo movimiento de esa especie; pero tampoco vamos a poner en él ilusiones desmedidas y a soñar despiertos. Una revolución jacobina, la revolución con cuyo advenimiento se sueña, sin preocuparse desde ya de hacer cuanto es posible en preparación y en vida nueva, es más apta para el restablecimiento de una dictadura, la de los triunfadores, que para la organización de una sociedad en la libertad y en la solidaridad.

Por eso, nosotros confiamos más en el esfuerzo revolucionario actual, presente, amplio y multiforme, que en los mi-

lagros del mañana. Sin contar que, materialmente, desde el punto de vista técnico, las revoluciones populares armadas se vuelven cada vez más dificultosas o más fácilmente aniquilables. Las clases privilegiadas, que tienen a su servicio los hombres de ciencia y los técnicos, disponen hoy de posibilidades de destrucción y de una potencia que jamás tuvieron. El proletariado revolucionario no tendrá nunca tantos recursos, y si por una eventualidad particular, una guerra o algún otro acontecimiento de esa especie, los soldados se suman al pueblo, el viejo régimen puede ser destruido, pero el nuevo no podrá corresponder más que al estado de ánimo y a la preparación de las grandes masas. Si no tienen ninguna preparación para la vida libre, no serán instituciones de libertad las que han de crearse por virtud de esa supuesta espontaneidad que nos complacemos en imaginar para la propia satisfacción.

Con todas estas objeciones, que traducen un poco de escepticismo sobre los milagros que tantos compañeros esperan de la gran revolución futura, no queremos sino llamar la atención sobre la urgencia que hay en acelerar esa revolución mediante el trabajo en la hora presente. Cuanto más espíritu de libertad y de justicia hayamos introducido en la vida social, más perspectivas tendrá la revolución anhelada; cuantos más puntos de apoyo le demos ya hoy, más fácilmente se encaminará la historia de acuerdo a nuestros deseos. Constatamos que el gran número de los compañeros lo dejan todo para mañana, mañana lo harán todo, lo posible y lo imposible; pero comienzan por despreciar y desdeñar lo que se puede hacer hoy. La pereza o el hábito de la servidumbre, que rechazamos teóricamente, nos hacen justificar la conducta presente con la grandiosidad de lo que realizaremos un día más o menos lejano, al que de comportarnos siempre así quizá no lleguemos nunca.

Sin perjuicio de lo que podamos avanzar de golpe después de la revolución, es preciso demostrar el revolucionarismo, no en la medida de los pasos que daremos en el futuro, sino en los que damos hoy, en los avances que hacemos todos los días, que debemos hacer, arrancando más y más concesiones a los privilegiados presentes, en lugar de consentir pasivamente en su fortificación progresiva. Porque el capitalismo y el estatismo se fortifican sin cesar y de seguir así ni siquiera nos dejarán el mundo de la fantasía para resarcirnos de las pérdidas y derrotas del presente.

No; el progreso no se hace ni por decretos ni a tiros, aunque puedan contribuir ambos medios; son mil caminos y mil factores los que pueden llevar a un mejoramiento de la situación y acercarnos a la meta de nuestro ideal, de un ideal

que no realizaremos nunca, porque cuando hayamos puesto en la vida práctica lo que hoy nos imaginamos perfecto e insuperable, ya habremos descubierto el horizonte de nuevos perfeccionamientos.

La ambición totalitaria de un cambio completo, de un progreso integral, por el arte de magia de la revolución omnipotente y omnisapiente, traduce un misticismo simpático para las utopías, pero nada tranquilizador cuando no se acompaña de una labor tesonera e incesante en el presente para reformar la vida desde este instante, para arrancar concesiones de libertad y de tolerancia a los privilegiados, para progresar continuamente, aunque sea de modo parcial e incompleto.

No perder de vista el faro lejano hacia el cual marchamos, es decir, la ambición de realizaciones totalizadoras, pero combatir hoy mismo por la fortificación de nuestro movimiento, de nuestras ideas y de nuestras instituciones y por el debilitamiento de las posiciones del adversario. He ahí la mejor manera de flanquear la ambición de totalidad.

Como habíamos llegado a conquistar la libertad de organización, la libertad de expresar nuestro pensamiento, debemos conquistar la libertad de vivir nuestra vida.

Volviendo a la interpretación de la revolución social, nos parece platonismo estéril el anhelo de verla realizarse simultáneamente en todos los países, encendida como un reguero de pólvora por algún hecho o algún triunfo de resonancia. Como hoy mismo, habrá mañana una evolución desigual de los pueblos. De igual modo que existen hoy salvajes y civilizados, no obstante todos los medios de comunicación y de intercambio, habrá mañana, quizá, zonas de vida anarquista y regiones de convivencia capitalista.

Y, probablemente, no sólo habrá esa disparidad en territorios distintos, sino que quizá coexistan en el mismo territorio formas económicas y sociales nuevas junto a restos más o menos importantes de trogloditismo. Ni siquiera el presente régimen ha podido nivelar la vida, a pesar de sus esfuerzos y de su potencia. Con menos razón hay que confiar en un nivelamiento futuro, cuando, por ejemplo, los anarquistas admiten la más vasta escala de variedad y de libre iniciativa.

Se nos plantea esta interrogación: ¿Será una revolución de mayorías o de minorías la nuestra? Probablemente será de minorías; pero en este caso importa poco. Si somos por azar cualquiera mayoría en una revolución, tenemos que respetar a las minorías y consentirles la realización de sus normas de vida, siempre que no lesionen la convivencia de los demás. Si estamos en minoría, deberemos reclamar de

las mayorías el respeto a nuestras ideas y a nuestras instituciones y formas de trabajo, de intercambio y de organización.

Aproximadamente, estaremos en la misma posición que hoy, después de la revolución, si continuamos siendo minoría; estaremos frente a una mayoría de tendencias autoritarias que no respetará en nosotros más que lo que nosotros sepamos hacer respetar.

Es probable que las posibilidades sean mayores, que en los primeros tiempos los lazos del autoritarismo se aflojen, que la remoción espiritual operada por los acontecimientos lleve a nuestras filas numerosos adeptos. Pero todo esto no cambia nada en la esencia misma de la posición nuestra: como mayoría, reconoceremos el derecho a vivir su propia vida a las minorías autoritarias o conservadoras si no lesionan con ello nuestra libertad y la estabilidad de nuestras instituciones; como minoría, pugnaremos porque se nos reconozca a nosotros ese mismo derecho.

Ahora bien: como es demasiado problemático el progreso general y uniforme, no sólo en cuanto se trata de zonas geográficas diversas, sino en cuanto se refiere a la misma sociedad, pensamos que hay un error de método en la postergación de la obra constructiva para un mañana post-revolucionario que tal vez, en líneas generales, nos pondrá por delante los mismos obstáculos que el régimen actual nos opone.

Si hemos de comenzar la nueva vida como minoría, cuanto antes, mejor. La semilla de hoy es el árbol de mañana. Lo que hoy se comienza en pequeño, en circunstancias poco propicias, tendrá más dificultades para desarrollarse, pero si lleva en su seno un germen vital, sano, no será sofocado por la hostilidad ambiente, como no se ha podido sofocar la ideología libertaria, no obstante los ensañamientos feroces de todos los gobiernos.

De ahí nuestro deseo de comenzar, de hacer la revolución desde hoy mismo, en pequeño si no se puede hacer en grande, en la conducta si no puede hacerse en la economía, en un radio de acción cada vez mayor.

Lo importante es oponer al mundo moral vigente un mundo moral nuevo, resistir activamente al estatismo, negándole nuestro concurso, no sólo en el Parlamento, sino en la vida cotidiana, en la obediencia a sus leyes, en la sumisión a su máquina inhumana de opresión; lo importante es restar nuestro concurso al capitalismo lo más posible, eludir sus leyes económicas, no marcar el paso de acuerdo al ritmo de la sociedad actual y tratar de establecer frente al Estado

y al capitalismo nuestra propia vida, la práctica de nuestras aspiraciones en la medida más amplia posible.

Porque si en la labor cotidiana somos buenos obreros, súbditos obedientes del Estado, llegará el momento en que las clases privilegiadas no se asustarán de nuestras palabras; se habituarán a oír hablar de nuestras ideas y perderán toda inquietud respecto a nuestra peligrosidad. La oposición puramente ideológica no es suficiente y a la larga se esteriliza por completo y se vuelve inofensiva. Es preciso encarar una oposición activa, no sólo en las ideas, sino en los hechos, rehuir lo más posible la prestación directa o indirecta de servicios para el capitalismo y el estatismo, emanciparnos más y más de la obligación de trabajar para los amos cuando es más fácil y mejor trabajar para nosotros mismos, según nuestras necesidades y nuestros gustos.

Una vez convencidos en eso, no seremos nosotros los que hayamos de elaborar panaceas, métodos generales y aplicables en todas las circunstancias. Que cada individuo, cada grupo, cada colectividad busque la solución y la ponga en práctica, rectificando los errores, perfeccionando los hábitos y los sentimientos, fortificando las posiciones de defensa y de ataque contra el mundo hostil.

No hay recetas únicas, no hay soluciones exclusivas. La anarquía no es un dogma acabado e intangible; es la vida que se liberta de las coacciones artificiales y se expresa como puede en la libertad.

Lo que nos interesa sobre todo es que el hábito de la obediencia y la rutina, que nos hace inofensivos, se quebrante; lo que hace falta es que se produzca un desequilibrio efectivo entre nuestro movimiento antiestatal y anticapitalista frente al capitalismo y al Estado. El desequilibrio ideológico con la obediencia pasiva a casi todas las prescripciones del régimen presente, no basta. No basta, desde el punto de vista de nuestra propia educación para la vida libre, para la convivencia solidaria, para el fomento de la libre iniciativa.

**1. INTRANSIGENCIA ANARQUISTA.
EL VIAJE A ESPAÑA DE 1931**

1.a) La propaganda no basta *

La verdad es una gran potencia y la fe en la verdad es una de las condiciones fundamentales de todo movimiento social revolucionario. Si falta esa fe, esa convicción, esa aptitud mental, falta el cimiento de todo lo que se construye en el pensamiento y en los hechos. Sin embargo, en lo que se refiere a nuestras luchas y aspiraciones, valdría más hablar de sinceridad que de verdad, porque la verdad es, científicamente hablando, un hecho demostrado, y nuestras ideas, por más argumentos que saquemos de la historia y de la vida individual y colectiva de todos los días, están aún en la esfera de las hipótesis, de las tesis a demostrar con los hechos y con la experimentación.

El ideal de la vida libre es una hipótesis; la verdad social es hoy por hoy la esclavitud total, en el terreno político, en el económico, en el espiritual, en el moral; pero es una hipótesis de una certidumbre tan grande que hasta por sus más encarnizados enemigos se comprende en su indudable practicabilidad. La prueba la tenemos en el odio con que se persigue nuestra propaganda y en la obstaculización de toda preparación para hacer la experiencia práctica de nuestro ideal de vida. Por ahí andan algunos enajenados pretendiendo resolver la cuadratura del círculo y el movimiento continuo, es decir, ciertas hipótesis arraigadas en su cerebro enfermo; nadie se preocupa de ellos y se les contempla con un sentimiento de conmiseración, sin tomarse la molestia de perturbar sus experiencias. Se trata de hipótesis sin posibilidades de realización y cuya sola admisión es ya un síntoma de locura.

La hipótesis de la vida del individuo libre en la sociedad libre se comprende fácilmente hasta por los más acérrimos enemigos, los privilegiados del presente, y como se advierte

* *Acción Social Obrera*, San Feliu de Guixols, núm. 174, 14-XI-1931.

su realizabilidad, se le teme y persigue en la persona de sus propagadores. Nosotros estamos firmemente convencidos del éxito práctico de nuestros postulados, tan convencidos que sólo quisiéramos tener la oportunidad de predicar con el ejemplo y de persuadir con nuestra propia vida a los eventuales reacios.

Ahora bien; ¿basta esa fe en las ideas de libertad y de justicia?, ¿basta incluso la propaganda de esas ideas? Queremos decir, si la verdad, cuya importancia individual y colectiva reconocemos, es suficiente para que los hombres y los pueblos adapten a ella su conducta, si su conocimiento puede transformarse siempre en norma de vida, en brújula moral y práctica. Y, en otras palabras, ¿cuáles son las perspectivas de un movimiento social que cimenta sus aspiraciones revolucionarias tan sólo en la divulgación de sus postulados?

Cuando se conocen un poco los convencionalismos, la gran base de insinceridad a que los individuos y las colectividades se adaptan, con plena conciencia de la falsedad, de la simulación, de la doblez, dudamos que la verdad y la convicción de la veracidad de una idea sean suficientes elementos para asegurar a esa idea el triunfo.

Fue Ricardo Mella uno de los primeros que lo dijo claramente, o al menos uno de los que lo supieron decir con más concisión y más fuerza: «La razón no basta».

¿Se advierte toda la trascendencia de ese aserto? No basta en la vida corriente, y menos en la lucha, tener razón; la victoria no es de los que tienen razón solamente, sino también de los recursos necesarios para que esa razón arraigue y se afirme. La historia nos muestra muchos siglos de triunfo perenne de la mentira en la vida política y económica del mundo, siglos también de oscurecimiento de la verdad por la rutina y el error en el campo científico; nos muestra cómo en la misma ciencia ha sido necesario un prolongado martirio para hacer admitir las verdades más elementales frente al predominio de la metafísica, y si hoy la verdad científica tiene ya un campo libre para su expansión al menos relativamente, porque aún se ofrecen casos de manifiesto medievalismo, es porque ha sabido conquistar justamente aquellas condiciones que nosotros queremos conquistar para el desenvolvimiento de las verdades sociales: las condiciones de la libre experimentación.

Si la razón no basta, es preciso concluir entonces que no basta tampoco la propaganda; si la verdad no es suficiente, entonces hay que investigar cuáles son los medios, los recursos, las palancas y los puntos de apoyo que debemos

usar a fin de dar fuerza a nuestras ideas y pasar de la teoría a la acción, de la propaganda a la vida práctica.

Además, por simple ilación lógica es preciso pensar que el problema de la transformación social no consiste en disponer de una mayoría de convencidos y de adeptos, aunque sería imbécil no esforzarnos por contar con esa mayoría. Mayoría o minoría de convencidos de la practicabilidad y de la veracidad de nuestras hipótesis de vida libre, siempre necesitaremos apoyar, secundar, fortificar la propaganda con algo distinto, que es la «preparación revolucionaria», y no sólo una preparación espiritual y moral, que es lo que hace la propaganda, sino una preparación «material». Si la razón no basta, si la verdad en sí no tiene virtualidad suficiente para afirmarse por su solo peso, la propaganda revolucionaria sin la preparación para pasar de la palabra a los hechos, es como el platonismo estéril de tantos doctrinarios sin alma viviente.

Para los que conocen un poco la historia del anarquismo y su literatura no decimos nada nuevo, naturalmente; pero para muchos de las nuevas generaciones, en cambio, les parecerá esto una herejía y poco menos que el germen de una desviación. Por eso consideramos indispensable la dilucidación de temas de esta naturaleza, a fin de que la idea revolucionaria vuelva a recobrar la vida y la fuerza que todos deseamos que tenga. No podemos concretarnos y adormecernos sólo como partido de propagandistas, de oradores o de escritores; es preciso acompañar las palabras con la tendencia, con el esfuerzo hacia su realización, y para eso no se puede escindir, como se ha hecho en la mentalidad de tantos compañeros, la propaganda de la preparación revolucionaria.

Hoy mismo tenemos muchísimos convencidos de la bondad de la anarquía; centenares de millares de obreros y no obreros pasaron por nuestras filas y si se fueron no ha sido generalmente por haber llegado a conclusiones opuestas, sino por cansancio, por simple decepción, porque la realización del ideal soñado estaba demasiado lejana y no se sentían con bastante fuerza para una vida de sacrificios y privaciones, cuando es tan fácil en el mundo capitalista acomodarse y vivir del trabajo ajeno. En la misma burguesía se encuentran muchas personas inteligentes que no tienen nada fundamental que objetar como argumento sólido contra nuestras ideas, personas que en su fuero íntimo están convencidas de que tenemos razón, lo que no les impide contribuir a que se nos persiga, a que se nos difame, a que se nos desprestigie.

Si la conciencia de la bondad y la veracidad de una causa

fuese una fuerza efectiva determinante, seríamos hoy mismo una de las corrientes sociales de mayor potencia práctica. No es así, porque, como lo hemos repetido, la verdad no se transforma automáticamente en norma de conducta de los que la profesan.

De ahí que, sin negar el valor de la razón, de la verdad, de la justicia, que nosotros creemos firmemente de nuestra parte, no confiemos exclusivamente en ellas, esperando pasivamente su realización espontánea. Sentimos la necesidad de poner en juego la voluntad, de «preparar» las condiciones materiales de su realización.

¿Cómo preparar esas condiciones materiales o reales? Teóricamente —los ensayos prácticos han sido muy reducidos—, el anarquismo ha señalado estos dos caminos, que no sólo no se excluyen, sino que se complementan de un modo maravilloso y armónico: la acción insurreccional y la acción socialista constructiva. Bakunin y Proudhon son la encarnación más típica de esas dos formas. La tragedia está en no haber comprendido que esas dos modalidades de acción no se neutralizan ni se excluyen, sino que se complementan.

1.b) Ante una revolución inevitable y ante un gran pueblo que va a romper sus cadenas *

Ha entrado la historia del mundo en una nueva etapa; la revolución, tantos años anhelada y propagada, está a las puertas, y hasta los menos sensibles y los más incrédulos perciben sus fuertes aldabonazos. Hay que responder al llamado y ser nosotros sus portavoces más entusiastas y abnegados en los últimos cincuenta años, lo primeros en recibirla como se recibe a la amada de los mejores sueños.

Nunca más exacta que hoy la frase famosa: «La revolución está en marcha y nadie ni nada la detendrán».

Urge, pues, que los anarquistas comprendan que ha sonado la hora, y no en el terreno de la literatura, sino en el de los hechos, y que estamos en vísperas de recoger una parte de la cosecha magnífica de libertad, de justicia y de pan para todos. Instante de gravedad y de responsabilidad, si no sabemos situarnos a tono con las circunstancias, correremos el peligro de ver escamotear las esperanzas puestas en las luchas inminentes.

Permitidme, camaradas y hermanos, una palabra por lo menos sincera.

Característica de la presente revolución

No hemos entrado en este período revolucionario, más intenso y universal que ningún otro de los conocidos, por virtud de una mera propaganda subversiva. No quiere decir esto que nuestro esfuerzo propagandista, el sacrificio de tantos de nuestros mártires, el heroísmo de tantas luchas grandiosas, haya sido estéril; muy al contrario, estimamos que todo eso ha contribuido en grado muy superior a nuestras mismas previsiones, a preparar la conciencia popular para la revolución. Pero esta revolución tiene una fuente diversa que la alienta y la nutre más que nuestra propaganda y nuestra acción cotidiana: «es la crisis del sistema capitalista, la bancarrota de un régimen de economía, la quiebra de una forma de propiedad».

Hemos tenido hasta aquí revoluciones de partido, revoluciones preparadas y dirigidas por los revolucionarios; estamos ahora ante una revolución de todos, que surge con los partidos de la revolución o sin ellos, que se propaga por la fuerza de un imperativo económico ineludible. El capitalismo es incapaz de asegurar a los que trabajan y a los que quieren trabajar aquel mínimo de existencia miserable en que han vivido siempre los asalariados. El pueblo, con su buen sentido práctico advierte que no le queda más que este dilema de hierro: o el suicidio colectivo o la revolución, y como ningún pueblo se suicida colectivamente, se irá a la revolución.

El capitalismo agoniza desde hace una quincena de años; ha recurrido en ese período de agonía a las formas fascistas y dictatoriales de gobierno, que no son otra cosa que matones de desesperado. Ahora bien, las dictaduras han fracasado en la solución, en el simple alivio de la crisis económica, y por las mismas razones que fracasan los gobiernos liberales: «porque la crisis y la descomposición a que hemos llegado, no es una cuestión de gobierno, no es una cuestión de fuerza, sino de economía, de reajuste de la máquina de producción y de consumo».

La crisis económica

Hay un desequilibrio insuperable dentro del sistema económico presente entre la capacidad de producción y el régimen del consumo. No se produce para la satisfacción de las necesidades, se produce para obtener ganancias; de ahí el contraste monstruoso entre los depósitos repletos y la

* *Tierra y Libertad*, Barcelona, año II, núm. 25, 8-VIII-1931.

muchedumbre hambrienta y desnuda. El capitalismo se ha desarrollado unilateralmente, en el sentido de la especulación, de la producción intensa, del perfeccionamiento del aparato productivo, de la instalación de industrias inútiles cuando no nocivas para la vida; no se daba cuenta de que rompía con ello una armonía que iba a costarle muy cara: su propia existencia. En un régimen económico normal, sano, lógico, la producción tiene que estar en concordancia con las necesidades del consumo. En cambio el capitalismo montó el aparato más perfecto e ingenioso de producción, olvidándose que había que crear simultáneamente la base de su sostenimiento: el mercado de los consumidores. Pero como el mercado del consumo más importante, el que absorbe la gran mayoría de la producción, es el proletariado, y éste ha sido desplazado de las fábricas y de las tierras por las máquinas, por los perfeccionamientos técnicos, se ha perdido la capacidad más grande de consumo, pues la de los trabajadores está condicionada por el nivel de los salarios y por el salario mismo.

Hay en el mundo cuarenta millones de desocupados, los cuales, con sus familias, representan el equivalente a un continente entero que haya cerrado sus puertas para los productos industriales o por lo menos que haya restringido a un mínimo irrisorio su capacidad de consumo. Además, la industria se ha desarrollado en todos los países en todas las latitudes y cada zona tiende a subvenir a sus propias necesidades, a bastarse a sí misma.

El capitalismo ha entrado así en un callejón sin salida, no puede reparar el desequilibrio que ha producido, no puede reconquistar el mercado de consumo constituido por las necesidades apremiantes del gran número porque no puede volver a recibir en sus fábricas las decenas de millones de obreros sin trabajo.

Suponían los capitalistas que la crisis era un fenómeno pasajero, que el viejo nivel se restablecería, y sólo ahora, después de tantos ensayos para conjurar la catástrofe, se comienza a reconocer, incluso por nuestros enemigos, «que la situación no admite soluciones capitalistas, que la salvación está en los trabajadores mismos, en la instauración por ellos de un régimen de economía en donde la producción tendrá por centro al hombre y sus necesidades», en donde entre el productor y el consumidor no se abrirá el abismo insondable de la especulación.

La situación en España

Por sus características predominantemente agrícolas, España había podido vivir unos años casi al margen de la crisis mundial; pero no podía permanecer en esa situación privilegiada porque, país al fin y al cabo capitalista, tenía que caer en la órbita de la misma crisis en que han caído los demás, comenzando por los más industrializados. Su mercado interno ha mermado por la reducción del nivel de vida de los consumidores; su mercado externo por la misma causa y además por su incapacidad para competir victoriosamente con los países industriales rivales. Se le cerraron, por otra parte, las corrientes emigratorias para los brazos sobrantes, y no sólo eso, sino que los antiguos emigrados, alcanzados por la tragedia de la hora, regresan a España. Las fábricas comienzan a cerrarse, la financiación artificial de los trabajos no puede ser sino pasajera cuando no se presentan compradores para los productos elaborados. «Dentro de muy pocos meses tendrá España de dos a tres millones de obreros sin trabajo». Y ni la República ni los Estatutos regionales pueden modificar en lo más mínimo ese estado de cosas.

En España la crisis será más fulminante que en otros países, pues sus recursos son menores; no tiene que contar más que con el propio mercado interno, invadido también por infinidad de productos del extranjero, más baratos y mejores; y el mercado interior, con la actual economía capitalista, no resuelve ninguno de los problemas planteados. Alemania, Inglaterra, Francia, etc., con sus colonias o su industria poderosa, pueden todavía llevar a otros países sus mercancías y encontrar así algún alivio. España carece de esas soluciones, aleatorias y precarias, es verdad, pero susceptibles de prolongar miseramente un tiempo más la existencia de un sistema que ha fallado por todas sus partes.

Hacia la primera solución

Ni el terror ni las buenas promesas pueden tapar la boca de los que piden pan y trabajo; por muchos proletarios que caigan atravesados por la metralla republicana, el número de los rebeldes crecerá sin cesar. El capitalismo lanza todos los días a la calle ejércitos de obreros sin trabajo y no alcanzará el plomo para todos. La primera etapa de la solución de los grandes problemas de la vida está en la transformación del régimen de la propiedad, en la ocupa-

ción de las fábricas, de los medios de transporte, de las minas por los obreros, en la ocupación de las tierras de los latifundistas por los campesinos, de la vivienda por los que la habitan. El capitalismo es impotente para salir del atolladero en que ha caído por su desenfreno y su codicia; el gobierno, cualquier gobierno, es impotente también. «A los trabajadores les toca ahora decir su palabra y demostrar cómo, con los medios de producción en sus manos, saben convertir este valle de lágrimas y de zozobras en un paraíso en donde todos y cada uno hallarán su cubierto para el banquete de la vida.»

Nuestra misión, de anarquistas y de revolucionarios, consiste en encauzar hacia ese objetivo la rebeldía popular, siendo en medio de esa rebeldía como el fulminante en la carga explosiva. Hay que proporcionar pan a todos los que tienen hambre, techo a los que carecen de él, instrucción a los que vegetan en las tinieblas de la ignorancia, y para ello es preciso romper los privilegios capitalistas y entrar en posesión de la riqueza social.

Se objetará seguramente por los que tienen miedo a la revolución y desconfían del hombre, por los que tienen alma de jefes y ambiciones de caudillos, que no estamos preparados, que tropezaremos con estas o con aquellas dificultades, que no tenemos previstas todas las alternativas en que se quisiera encerrar la revolución como en un lecho de Procusto. Oiremos las eternas previsiones de los bomberos de toda revolución. Digamos, sin embargo, al pueblo que ninguna dificultad, por grande que sea, será mayor que la que tiene actualmente para asegurarse el mendrugo de cada día, que ninguna revolución, por sangrienta que sea, le costará tanta sangre como le cuesta el mantenimiento del orden capitalista en quiebra. Millones son los niños que mueren prematuramente de hambre, millones son los que caen en la flor de la edad vencidos en la lucha por la vida. «Ningún sacrificio ha de costar tanto para llegar a la tierra de promisión del socialismo libre como cuesta hoy el apuntalamiento del edificio en ruinas del régimen presente.»

La rebelión del pueblo

No está en nosotros el elegir el momento de la revolución; la revolución se produce por las causas que hemos dicho y no tenemos más remedio que secundarla y sostenerla. Bien sabemos que períodos como éste, de ruina y de miseria, no son los más apropiados para el triunfo de una gran revolución, como no lo son aquellos períodos en

que se sale de una guerra con la economía descoyuntada y maltrecha. Pero no está en nosotros, repetimos, la determinación del momento más favorable.

El pueblo va a la rebelión; quiere vivir y sabe que tiene derecho a la vida. Si auscultamos sus anhelos, si penetramos en el fondo de sus aspiraciones y de su estado de ánimo, constatamos que es más revolucionario hoy que los revolucionarios, que va más allá que los mismos que deberían ser lógicamente sus mejores inspiradores. Vayamos los anarquistas al pueblo, a vivir sus inquietudes, a alentar sus rebeldías, a sostener sus esperanzas, a predicarle con el ejemplo y a organizar con él la revolución.

La revolución que viene es una revolución del pueblo, no una revolución de partido, contra el capitalismo y contra la opresión. Si nuestras organizaciones tradicionales se ponen a la altura del momento histórico, con su experiencia mayor y su capacidad constructiva, la revolución podrá dar frutos más abundantes; pero si no obran así, serán desbordadas, arrolladas por los acontecimientos, se disgregarán y perderán toda influencia, porque los elementos más sanos y enérgicos del proletariado se sumarán al pueblo rebelde, y se improvisará lo que podría tenerse ya casi en funciones.

El pueblo sabrá destruir el presente régimen; tiene voluntad y fuerza; pero la revolución debe construir también y nosotros, confundidos con los combatientes, deberemos señalar los escollos, prevenir los caminos tortuosos, ayudar a la construcción de los órganos de producción y de las formas de convivencia mejores.

Los órganos de la reconstrucción

Una revolución verdadera es creadora; hace brotar de su seno nuevas formas de vida, nuevas modalidades de convivencia, nuevas orientaciones. Si un movimiento popular no crea nada, si no produce nada nuevo, no es un movimiento revolucionario. Por consiguiente, la revolución que llama a nuestras puertas y agita nuestros espíritus abrirá cauces insospechados hacia el porvenir; pero ese nacimiento de un mundo nuevo no está reñido con el máximo de previsiones y de anticipaciones. Tenemos derecho a llevar cada cual nuestro caudal de ideales y de próximas realizaciones y a valerlos, para entrar en el camino de nuestros ensueños, de los puntos de apoyo que nuestra visión actual nos presenta. Por ejemplo, aun cuando los sindicatos obreros respondan principalmente a una necesidad de defensa contra la explotación capitalista, podrían en un momento

dado convertirse en órganos de transición hacia una nueva economía, lo mismo que las cooperativas de consumo y de producción, lo mismo que las empresas capitalistas de abastecimiento en manos de los trabajadores. Hay en los centros urbanos de población instituciones que deben destruirse, sin ser sustituidas por otras; hay instituciones que deben ser conservadas: digamos, por ejemplo, los correos y telégrafos; hay instituciones que permiten una transición al mundo nuevo con sólo pasar de manos del capitalismo a manos de los que trabajan. El asunto no es tan difícil como parece a los que tienen la pretensión de dirigirlo y preverlo todo. Es verdad, para el pobre mortal que se sintiese llamado a intervenir en todo, a dictaminar sobre todo, a disponer y a legislar sobre todo, el asunto es difícil y quizá nunca, por intensamente que trabajásemos, llegaríamos a estar preparados.

Tiene España, además, una base revolucionaria superior, que es el municipio rural, expresión casi biológica de la comuna libre. La mayor parte de la población española se encuentra en los pequeños municipios y la reorganización de éstos sobre una forma libertaria es de lo más sencillo que imaginarse pueda. Su integración a la revolución se hace automáticamente con sólo quebrantar el centralismo estatal, del cual los municipios no conocen más que las cargas. Quince millones de pobres viven en los municipios españoles, aplastados por los impuestos para el sostén del inmenso parasitismo político, económico y social. La ruptura del estatismo significa su liberación. Si nos apoyamos en esos municipios, la revolución triunfará de todos sus enemigos y de todas sus dificultades.

Una antorcha de luz o un medioevo tenebroso

España puede ser dentro de muy poco tiempo, quizá más bien dentro de meses que de años, una antorcha de luz para el mundo entero, si avanza por el camino que se traza de momento en momento en la consciencia del pueblo, si triunfa en la revolución que alienta en los corazones y en la misma necesidad de vivir de las grandes masas. ¡Que no falten los anarquistas a su deber, que ocupen su puesto de inmediato! No hay que contraer más compromisos que con el pueblo revolucionario. Todos los demás irán en detrimento del pueblo y de la revolución.

Si España no empuña el hacha de las grandes gestas y no se abre paso hacia la libertad, caerá de nuevo ante la reacción más sofocadora. El fascismo, el partido del orden

intentar reafirmar una vez más sus posiciones, instaurar una nueva dictadura en nombre de la república. ¡Alerta, camaradas! Vosotros seréis las primeras víctimas. El enemigo os conoce, conoce vuestra energía y vuestra audacia, y os dará batalla, si no abiertamente, con embozos e hipocresías, comenzando desde el asesinato sistemático para culminar en las matanzas colectivas.

«Los anarquistas españoles se han distinguido siempre por su valor y por su combatividad; que se distingan también por su perspicacia y no dejen a la hidra de mil cabezas de la reacción ponerse en pie, de acuerdo con el proverbio: el que da primero da dos veces, y la mejor manera de defenderse está en atacar.»

¿Es tan difícil la situación que no se comprende el dilema de hierro? España no tiene para el próximo porvenir más que estos dos caminos: o la revolución del pueblo, para volver a la posesión de la riqueza social, o la dictadura republicana o fascista. Hay que disponerse a abrazar la primera o a sucumbir ante la segunda.

A pesar de todo, fe y esperanza

El pueblo de París puso al servicio de la República en 1848 tres meses de miseria, duplicó después el tiempo y recibió al fin, por premio de su ignorancia, la dictadura de Napoleón III. A la altura de los tiempos que corren, esperar de la República otra cosa que plomo ante los pedidos insistentes de pan y de justicia, es el colmo de la ingenuidad y del infantilismo; con despotismo o con liberalidad, es impotente para superar la crisis económica sobre la cual se injerta la revolución que viene.

¡Camaradas y hermanos! A pesar de todas las decepciones, a pesar de todas las tragedias, conservamos en alto como un tesoro la fe en vosotros y la fe en el pueblo. ¡Ni un momento de pausa, ni un minuto de tregua! Ha llegado la hora y la última carta debe ser jugada.

I.c) Inciso explicativo *

Hemos ojeado, sin darles mayor importancia, los artículos que los camaradas franceses Huart y Besnard han creído de su deber dirigirnos desde las columnas de SOLIDARIDAD OBRERA. Se hace en ellos una verdadera caricatura de nues-

* *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 17-VII-1931. Este artículo inicia la serie de críticas al sindicalismo revolucionario, encarnado por el dirigente de

tras ideas y de nuestra actitud. El camarada Huart llegaba a presentarnos a los lectores del diario como antiorganizadores y, en consecuencia, nos echaba un sermón de Pero Grullo, del cual, naturalmente, no podíamos hacernos eco.

No pensábamos, y no pensamos todavía, abrir al respecto la polémica a que se nos incita, pero, ante la insistencia de los ataques, se nos permitirá una breve explicación.

Desde hace diez años, las circunstancias han querido que nos encontrásemos, dentro de la A. I. T., en dos polos divergentes: los sindicalistas franceses y nosotros, de las organizaciones obreras suramericanas. El espectáculo de la oposición y de la divergencia se ha reproducido en todos los congresos, y el ánimo de los camaradas franceses ha llegado a sentir, agriamente, la incomodidad de la situación; de ahí su actual belicosidad.

En el Congreso constituyente de la A. I. T. se presentó, por parte de la delegación francesa, un proyecto de alta diplomacia sindical, que hacía depender nuestra Internacional de negociaciones de fusión que habrían de iniciarse con las Internacionales de Amsterdam y de Moscú. No recordamos ahora los detalles de aquellas sesiones, lo único que podemos decir es que, de haber escuchado a los camaradas de Francia, no habríamos constituido la A. I. T. De más está decir que nosotros, que en cuestiones que afectan el porvenir de las ideas y del movimiento, no reconocemos ni amistades ni compromisos, hubimos de destacarnos defendiendo el punto de vista opuesto al sostenido por Besnard y compañía. Primer cuadro.

Nos encontramos, unos años después, en Amsterdam, en el Segundo Congreso de la Internacional. Nuevamente hemos tenido que enfrentarnos con motivo de la *charte d'Amiens*. Besnard llegó a la hermosa ciudad holandesa con el firme propósito de hacernos comulgar con la *charte d'Amiens*, la cima de la ciencia sindicalista. Tocar a la *charte d'Amiens* era tocar la fibra más sensible de Besnard. Fuimos, también, nosotros, en nombre de países que la mentalidad de las metrópolis imperialistas consideran dignos sólo para la esclavitud, la sumisión pasiva y la explotación, fuimos nosotros, repetimos, los que tuvimos que empujar más fuerte para que la A. I. T. echase por la borda la panacea de Besnard. Segundo cuadro.

Pero Besnard es un hombre de gran actividad intelectual y no se dio por vencido. Llega seis años más tarde a Madrid con una receta infalible para curar todos los males:

la C. G. T. S. R. francesa, Pierre Besnard. Indirectamente, se haría eco de las acusaciones la dirección anarcosindicalista del diario confederal. (N. del E.).

la reorganización internacional del sindicalismo. Nosotros teníamos la mejor voluntad para portarnos bien en el Congreso; la visión de la tragedia que vive ahora América nos hacía sentir otras preocupaciones y deseábamos asumir una actitud más bien silenciosa, de cordial simpatía para el esfuerzo de nuestros camaradas de Europa; sin embargo, a pesar de esa buena disposición de ánimo, no podíamos digerir la panacea de Besnard y tuvimos que decir que no a lo que nos pedía que dijésemos que sí. Este tercer cuadro del espectáculo de nuestra disidencia ha rebasado la copa llena de la paciencia de los camaradas franceses y se retiraron oficialmente del Congreso, profiriendo amenazas terribles contra nosotros y prometiéndonos, poco menos, que el fusilamiento por la espalda, que es lo que comenzaron ya a hacer desde las columnas de SOLIDARIDAD OBRERA.

¿Hace falta que seamos nosotros los que hayamos de exponer los motivos de la divergencia de interpretaciones y de criterios?

Hemos dicho, en lo que antecede, cuáles han sido los choques habidos hasta llegar al bombardeo de que somos objeto. No hemos dicho el porqué de esos choques, las razones ideológicas y tácticas de nuestra actitud. Pero si la ocasión se presenta lo haremos. Por lo demás, hay en España un buen núcleo de camaradas que podrían decir lo mismo que habríamos de decir nosotros y que, no obstante ser publicado oficialmente por la C. N. T. el libro mágico de Besnard sobre el sindicalismo, tienen el suficiente criterio para eludir la indigestión que se les prepara.

Los lectores de SOLIDARIDAD OBRERA pueden seguir leyendo las elucubraciones y los ataques de los compañeros franceses, pues saben ya cuál es su origen. No obstante nuestro respeto para todas las opiniones, hemos tenido, desde el Congreso constituyente de la A. I. T., una impresión poco favorable de las invenciones de Besnard, y cuando nos viene con un descubrimiento nuevo, antes de conocerlo, ya nos inclinamos a escucharle como cuando escuchamos a un perseguidor del movimiento continuo. ¿Es culpa de nuestra mentalidad primitiva, de nuestra insuficiencia, o bien del carácter de las panaceas propuestas?

I.d) Republicanismo o socialismo *

Llegará un momento en que podremos volver a emplear la palabra socialismo como expresión de conjunto de nuestras ideas, porque las corrientes que en los últimos treinta

* *Solidaridad Obrera*, 29-VII-1931.

o cuarenta años han venido monopolizando esa palabra, no han hecho de ella más que un vergonzante taparrabos que no cubre ya la realidad verdadera: el alejamiento absoluto de todo sentimiento y de todo pensamiento socialistas. Pero mientras ese momento llega, entiéndase en el amplio sentido originario nuestra mención en estas líneas del socialismo.

Hubo un período de republicanismo romántico en la historia de todos los pueblos. Se concebía la República como la solución de todas las dificultades de la vida individual y social, y entonces se explicaba uno que las masas obreras pudieran ser seducidas por el espejuelo republicano. Sin embargo, nuestro movimiento obrero y libertario apenas ha tenido que reaccionar en el curso de su desenvolvimiento contra las infiltraciones republicanas. Las opiniones estuvieron siempre concordes en que ni la Monarquía ni la República son formas políticas de convivencia que puedan satisfacernos, ni siquiera con gobiernos liberales al frente. El proletariado supo oponer perfectamente el socialismo al republicanismo y nuestros compañeros han hecho una buena obra de esclarecimiento al desnudar todos los Estados y presentarlos en su brutal realidad, sin descontar últimamente el Estado ruso, como instrumentos de opresión de las minorías privilegiadas contra los trabajadores.

La República es la forma casi general de gobierno en todo el mundo; se conservan algunas monarquías, cada vez menos, y la variedad de esas repúblicas va desde las federalistas hasta las unitarias. En una y otra forma, el despotismo de las clases dominantes se expresa en razón directa de la presión hecha por los revolucionarios para abrir nuevos cauces en la Historia. Nos da un poco de vergüenza entrar a detallar lo que son o pueden llegar a ser las formas republicanas de gobierno. Basta echar una mirada por el mundo para que el menos inteligente y el menos sagaz sepa lo que pueden esperar las masas obreras de la República.

Pero la vergüenza que experimentamos al aludir a un hecho tan elemental, aumenta de grado cuando leemos en SOLIDARIDAD OBRERA, y en los discursos de algunos camaradas representativos, una expresión de republicanismo apasionado. No vemos en los periódicos republicanos una defensa tan viva de la República como la que viene haciendo el órgano confederal. Es verdad, se quiere una República sin Maura, pero parece que hayamos llegado a una meta insuperable y no tengamos ahora otra misión que convertirnos en mero partido de oposición, dejando para los tontos los ideales revolucionarios.

Y mientras leemos en SOLIDARIDAD OBRERA esas apologías

de la República, constatamos que esta bendita forma de gobierno ha costado ya más sangre al proletariado que todo el período de la dictadura Primo de Rivera-Berenguer.

Y constatamos también otra cosa: que el pueblo no confía en la República, que la masa de los trabajadores sencillos tiene ya de República hasta la coronilla y el contraste es doloroso cuando precisamente los más llamados a desvanecer toda posible ilusión, son los que se esfuerzan por mantener una fe en el enemigo que el pueblo ha perdido, si es que la tuvo. Y como remache de la apología del republicanismo, hemos visto con qué frialdad a lo Sanjurjo se ha dejado masacrar a los rebeldes de Andalucía que comprendieron que el camino de la revolución queda todavía por andar y que la República no es ninguna meta, faltando a uno de nuestros deberes primordiales: el de la solidaridad con los que luchan por la libertad y por el pan.

Suponemos que no se pretenderá armonizar la República con la Anarquía; contra ese intento se levantarían todos los anarquistas de España y del mundo para decir a la redacción de SOLIDARIDAD OBRERA que no está en su puesto. ¿Se querrá defender esa posición republicana en nombre del sindicalismo? Nosotros podríamos citar documentos de otros países en donde la República es defendida por los sindicalistas obreros, pero por aquellos sindicatos que, como la Unión General de Trabajadores, la C. G. T. de Jouhaur, en Francia, la A. D. G. B. en Alemania, etc., no tienen del socialismo más que el nombre. La C. N. T. no es, ni debe ser, la U. G. T. Por todo lo que conocemos del pasado de España, no creemos defendible esa actitud en nombre del sindicalismo. Hubo una vez en que muchos compañeros y organizaciones hicieron causa común con republicanos, luchando con las armas en la mano en la mayor confusión: *fue en ocasión del movimiento cantonalista contra la República de Castelar*. Y en esa oportunidad fue más el impulso combativo que otra consideración lo que determinó la acción conjunta.

Recientemente se re aprobó en el Congreso de Madrid el comunismo libertario como objetivo del movimiento polarizado en la C. N. T. Si es así, no se puede consentir sin protesta que se haga la apología de la forma republicana de gobierno y que se ponga desde nuestra Prensa y desde nuestras tribunas ante los ojos de los trabajadores, como un ideal supremo, una República sin Maura.

Perteneciendo todos a una misma organización internacional, sobre la cual recaerá la repulsa o el aplauso de lo que hagan o dejen de hacer los compañeros en España, creo

de mi deber llamar la atención sobre lo absurdo y lo antirrevolucionario de esa propaganda.

De un lado el Estado, de otro lado el socialismo; hay que elegir.

I.e) Anarquistas y sindicalistas *

Se renuevan periódicamente las discusiones entre sindicalistas y anarquistas y mantienen por un tiempo la atención de los militantes obreros. Tienen esas discusiones su parte positiva y su parte negativa, pues si por un lado incitan al examen continuo de las ideas y a su elaboración permanente, por otro no terminan nunca en una conclusión común, sino en el agudizamiento de las disidencias, pues cuando se ahonda el asunto se advierte la razón psicológica y sociológica del choque.

No queríamos ser nosotros, por las dificultades de distancia y demás en que habremos de encontrarnos pronto, los primeros en recoger el reto de la nueva contienda. Pero la insistencia del camarada Besnard y la misma necesidad que se presenta de evitar a la próxima revolución nuevos escollos autoritarios, nos obligan a volver a la palestra, después de unos años de silencio sobre ese tema. No lo haremos en la forma de respuestas directas, porque no siempre nos será dado leer las objeciones de los contrincantes, pero dedicaremos el máximo esfuerzo posible a reivindicar las soluciones económicas y sociales del anarquismo frente a las soluciones del sindicalismo, por el cual no hemos tenido nunca el respeto que se nos pide.

Efectivamente, no somos sindicalistas, y si somos tolerantes con él en los países donde representa la máxima expresión revolucionaria, en aquellos donde es una planta exótica, cuando no el nombre de una cosa fea, ligada a todos los enjuagues de la política y sirviendo de escudero a las codicias del capitalismo; en aquellos donde el anarquismo disfruta de las simpatías de las grandes masas y es capaz de movilizarlas para la conquista de más altos destinos, aparecemos como antisindicalistas. El camarada Besnard lo sabe, y sabe también que la Asociación Internacional de Trabajadores es una internacional compuesta de organizaciones obreras anticapitalistas y antiestatistas, pero no forzosamente sindicalistas. Nosotros haremos cuanto esté a nuestro alcance porque no se modifique ese amplio cuadro de convergencia de fuerzas libertarias.

Si algo representa el sindicalismo revolucionario es por

lo que ha tomado del anarquismo, en ideas y en métodos de acción. Por consiguiente estimamos que es una doctrina superflua si quiere identificarse con el anarquismo y que es nociva si pretende imponer al mundo una nueva autoridad, la del sindicato, la del Estado corporativo.

Nos basta la anarquía para dirigir nuestro espíritu y nuestro esfuerzo hacia la liberación del hombre y hacia la conquista del derecho a la vida; nos basta la anarquía para crear movimientos sociales revolucionarios encaminados a la consecución de nuestros objetivos; nos basta la anarquía para responder a todos los interrogantes de la historia presente y del porvenir. ¿Por qué hemos de aceptar una doctrina que no hace, en el mejor de los casos, más que entrar a saco en el arsenal ideológico del anarquismo, con la preocupación exclusiva de poner cortapisas y frenos a la libertad?

No creemos que se incurra en la simpleza de confundir el movimiento obrero con el sindicalismo. El movimiento obrero existe desde mucho antes de existir el anarquismo y, con más razón, desde mucho antes de existir el sindicalismo; es una reacción casi biológica, natural, de defensa de los explotados y oprimidos. Primero es la causa, luego la justificación, el anhelo de hacer de esa simple defensa biológica una corriente inteligente y razonada de transformación social. Surgieron en ese anhelo diversas soluciones y los trabajadores se fueron agrupando en torno a aquellas que les parecieron más adecuadas. Se formaron, por eso, sindicatos cristianos, socialistas, anarquistas, sindicalistas, comunistas. El sindicato es, por tanto, un continente cuyo contenido puede variar hasta el infinito. Nosotros, anarquistas, nos esforzamos porque el sindicato tenga un contenido anarquista, una finalidad anarquista, pues estamos convencidos de que los males sociales no tendrán remedio mientras no desaparezca con la explotación del hombre por el hombre, la dominación del hombre por el hombre.

Se habla de un anarquismo particular nuestro, como de una especie de rareza prehistórica. Tenemos la pretensión de conocer un poco la historia de nuestras ideas, y cuanto más penetramos en ella más constatamos que no hay nada nuevo bajo el sol, y que no hemos hecho, ni haremos, probablemente, ningún descubrimiento. Tampoco Besnard lo ha hecho, con su libro reciente, como podemos probarlo documentalmente. Lo que nos ha distinguido de algunos camaradas es nuestra fe en el movimiento obrero, nuestro estímulo a la organización de los trabajadores, nuestra negativa a trabajar por organizaciones que no lleven como bandera la supresión del capitalismo y del Estado. Esa actitud

* *Solidaridad Obrera*, 30-VII-1931.

es inexplicable en algunos países, donde los anarquistas no participan en las luchas gremiales y proletarias, y donde la acción sindical se confunde con acción sindicalista, negando diferencia fundamental entre las organizaciones obreras, llámense revolucionarias o reformistas. En España no es así; los anarquistas, sin dejar de serlo, fueron la piedra angular, la espina dorsal del movimiento obrero; y no necesitaron, ni necesitan, el socorro del sindicalismo, en tanto que doctrina para llevar la guerra al capital y al Estado con las masas trabajadoras sindicalmente organizadas.

Se reconoce por todos que los únicos países en donde el anarquismo es una fuerza son aquellos en donde, como en España y en la mayor parte de la América latina, se ha ligado más íntimamente a las luchas defensivas y ofensivas del proletariado. Por eso nosotros queremos conservar y propagar esa herencia, y entre los países en donde incitamos a defenderla, España es el primero. No tienen los camaradas españoles nada que aprender del sindicalismo (so pena de que consideren un progreso la amalgama de la afirmación libertaria en los discursos solemnes y la profesión de fe republicana cuando llega la ocasión), tienen en la trayectoria misma de su movimiento la mejor fuente de inspiración, y como han llegado con ella a ser hoy la mayor fuerza del mundo, llegarán a la solución de todos los problemas económicos y sociales con la superación del régimen actual.

Exhortaremos, en el curso de la discusión que aceptamos con estas líneas, a defender la doctrina anarquista, la mentalidad anarquista, contraponiéndola al hibridismo sindicalista, y procuraremos demostrar por qué el anarquismo no sólo no tiene que ceder el paso al sindicalismo, sino que, en interés del porvenir, debe oponerse enérgicamente al debilitamiento de sus posiciones.

Unas líneas ahora sobre el artículo de Besnard:

Advertíamos ya que no recordábamos los detalles del Congreso de Amsterdam, de la Asociación Internacional de Trabajadores; la explicación de Besnard sobre su inasistencia nos trae a la memoria que, efectivamente, él no estuvo allí, pero en cambio ha pedido al Congreso, por escrito, el reconocimiento de la *charte d'Amiens*. Varía el detalle, pero no lo esencial. Recordábamos perfectamente que en ese Congreso se puso de relieve la contradicción de la Asociación Internacional de Trabajadores con la *charte d'Amiens*, de lo que nosotros nos hemos alegrado mucho.

Por lo demás, no debe extrañar que nosotros hayamos perdido un detalle de un Congreso celebrado hace seis años,

cuando el camarada Besnard hace ya una caprichosa ensalada rusa sobre el Congreso celebrado el mes pasado en Madrid. Presenta al que suscribe organizando en el Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo una ofensiva contra las federaciones de industria y votando en nombre de doce países... que no representaba. Dejando ya a un lado la falsedad o la malevolencia de la primera afirmación, diremos sobre lo segundo, en descargo del resto de los delegados al Congreso Internacional, que habrían tolerado semejante monstruosidad, que el que suscribe no ha votado en modo alguno, porque acudía al Congreso invitado por el secretario de la A. I. T., en calidad de miembro del secretariado de la A. C. A. T., por consiguiente con voz, pero sin voto. Dejamos también a un lado el insulto que el camarada Besnard dirige a las comisiones de mandatos de los congresos de la A. I. T. El que suscribe no dejaría de impugnar cualquier credencial que no le pareciese en orden, y si no lo hace en el Congreso, se creería sin derecho a impugnarla después.

Lo importante en el artículo de Besnard, es esto: está dispuesto a realizar la anarquía incluso contra los anarquistas (lo mismo le hemos oído decir verbalmente). Ahora bien, nosotros estimamos que esa interpretación de la realización de la anarquía no puede tenerla más que un guardia civil, que ayer nos quería hacer monárquicos a tiros y hoy quiere hacernos republicanos con los mismos procedimientos. En la nueva sociedad a que anhela Besnard, también el guardia civil tendrá una misión que cumplir, y los anarquistas serán en ella lo que son hoy: individuos a quienes hay que disciplinar y someter por buenas o por malas. El plan de la reorganización internacional del sindicalismo nos hizo ver, antes de la confesión meridiana de Besnard, puntas de tricornios y de bayonetas y por eso hemos dicho en el Congreso que no lo aceptábamos.

1.f) Contra la ambigüedad y la doble cara *

No se sale del paso con tan poca cosa ni se liquida una cuestión tan importante como nuestra posición ante el Estado republicano con algunas escapadas a los cerros de Ubeda. Es necesaria la claridad, porque ella es la base de la armonía y de la concordia, y la claridad no es lo que se revela en la apostilla a nuestra nota del 29 de julio. Esa apostilla obliga a insistir y a exigir de la redacción del diario

* *Solidaridad Obrera*, 1-VIII-1931.

confederal una declaración categórica sobre la República, es decir, contra la República, porque de otro modo lesionarían arbitrariamente principios y tácticas que tiene la misión de propagar y de esclarecer.

Se ha escrito: «La C. N. T. no tiene por qué ni va contra la República. ¿Por qué habría de ir contra una República que ella misma ayudó a su implantación? ¿Por qué si al fin y al cabo la C. N. T. podría reivindicar para alguno de sus hombres la gloria del hecho decisivo que lanzó al pueblo español a la implantación de la República?» (26 de julio).

El camarada Pestaña ha hablado de un modo parecido en Valencia, a estar a los informes de la Prensa. Eleuterio Quintanilla asegura en una entrevista para los periódicos, transcrita triunfalmente y a tres columnas por SOLIDARIDAD OBRERA, que «la Confederación no es, por principio, hostil a la República»... (28 de julio).

Declaraciones parecidas, dice la Redacción, se han hecho repetidas veces en el diario y desde la tribuna por militantes de la C. N. T. Por otro lado se nos asegura que se ha sostenido que la República no resuelve ninguno de los problemas fundamentales que interesan al proletariado.

Entre los dos extremos, que se encuentran varias veces por semana y hasta en cada número, la contradicción es flagrante y ninguna explicación puede sacar de apuro a los que así se contradicen. Por eso nos atrevíamos a pedir buena mente a los camaradas un poco de claridad, porque necesitamos saber cuál es la actitud de la Confederación, que no es propiedad de los redactores de SOLIDARIDAD OBRERA, ante un hecho tan concreto como la República. Nosotros afirmamos que ni en nombre del anarquismo ni en nombre del sindicalismo se justifican esas ambigüedades, y el hecho de no tener fuerzas para superar la República y llevar a la práctica nuestras ideas económicas y sociales, no nos obliga a ser republicanos, como no nos obligaba antes a ser monárquicos la circunstancia de ser más débiles que la Monarquía.

Para salir del paso, amigos míos, vale más confesar que la contradicción es insostenible y que os alienta el propósito de una mayor coherencia futura. Con eso quedaríamos todos satisfechos y se podría evitar esa discordia a la que tanto teméis y de la cual nosotros somos los mayores adversarios.

Si los escritos tienen un valor, es el que revelan sus palabras y sus frases, y las afirmaciones contradictorias en asuntos tan importantes como el de la aceptación de la forma de gobierno republicana o su rechazo, no pueden menos de producir un caos lamentable en el seno de la Confederación, y en el espíritu de sus miembros.

La Confederación tiene por misión la superación de la República, la instauración de una nueva sociedad de productores libres de una nueva economía, como lo decís magníficamente a veces; y mientras no se consiga llevar a cabo la acción final, se hace propaganda, se hace organización, se estudia y se obra contra los privilegios políticos y económicos, sin reconocerlos justos ni un minuto siquiera.

Naturalmente que la revolución no consiste en «liarse a tiros con Cristo que se ponga por delante». Nadie ha afirmado semejante cosa y no podrá la Redacción de SOLIDARIDAD OBRERA presentarnos una sola muestra de que algún anarquista haya afirmado jamás semejante absurdo. Las revoluciones no se hacen a tiros solamente, aunque tampoco se hacen en el papel y desde la mesa de trabajo; es preciso una labor previa, espiritual y material, de propaganda y de organización. Lo sabe Pero Grullo, y Pero Grullo sabe también que no se atan las moscas por el rabo tan fácilmente como lo hace el autor de la apostilla que comentamos.

No se resuelve la cuestión con decir que nuestra observación no es oro de ley y que pretendemos injertar aquí la manzana de la discordia. Son esas malévolas insinuaciones revelación de un estado de ánimo poco dispuesto a la reflexión y a la discusión cordial. Y, sobre todo, no convencen a nadie y sólo podrían ganar batallas de efecto ante un público que ignorase ciertas cosas, pero no ante nuestros compañeros, a los que es preciso presentar razones y no coces.

La cuestión queda pendiente: ¿Somos republicanos o no lo somos? ¿Va la Confederación, en principio, o no contra la República? Lo demás sale del asunto y puede discutirse aparte.

I.g) Dos formas del fascismo *

Hay dos formas de fascismo, de supresión de la personalidad humana, de anulación de la libertad, del pensamiento y de la iniciativa individuales: una es la forma política y otra la forma económica.

En el terreno político, el fascismo se expresa por el despotismo de Estado, por el absolutismo de los poderes de gobierno, por la supresión violenta de toda oposición, de todo movimiento libre, de todo gesto de independencia en el hombre y en las masas de hombres.

Una persona sana, del tipo normal, es enemiga irreductible del fascismo político que es centralización y es abdicación, que es esclavitud e indignidad, y abogará por regímenes

* *Solidaridad Obrera*, 4-VIII-1931.

en donde el hombre pueda abrirse a la luz y ser en el ambiente en que se desarrolla, no una masa violenta pasiva, moldeable por los factores externos, sino una entidad activa, capaz de condicionar el medio, de influenciarlo, de transformarlo para desenvolver mejor sus cualidades y posibilidades.

Esto es más trascendente de lo que parece, porque las interpretaciones al respecto marcan a fuego, indeleblemente, el espíritu respectivo; los amantes de la libertad conciben al individuo como un ente autónomo, dotado de voluntad y de conciencia, mientras que los gestores del autoritarismo lo conciben como una masa pasiva, hueca de voluntad, sin nervio propio, sin más misión que obedecer y obrar según las extrañas sugerencias o según le tiren de los hilos los Maese Pedro del retablo.

Nosotros somos el polo opuesto del fascismo, como somos en principio el polo opuesto de todo lo que tiende a anular la individualidad humana ante realidades o abstracciones superiores al hombre. Ni ante Dios, ni ante Mussolini, ni ante el Partido, ni ante el Sindicato, debe el individuo despojarse de su personalidad, abdicar su libre iniciativa, su juicio propio. El germen del fascismo, que es el principio de autoridad llevado al extremo, a su última expresión, está en todo lo que pide al hombre que deje de serlo para rendir culto a realidades o abstracciones supuestamente superiores y por encima de él.

Nuestra esclavización, nuestra anulación, se consigue por diversos caminos, siendo los principales estos dos: el del Estado, a que acabamos de aludir, y el del capitalismo, a que dedicaremos unas palabras.

Hay en el terreno económico un principio de autoridad, solidariamente ligado al principio de autoridad en el terreno político. Y como aquí hay democracia, liberalismo, absolutismo, fascismo, también en la economía hay formas de trabajo y de producción que exigen una abdicación más completa que otras de la personalidad del hombre. El artesano, por ejemplo, responde a un grado de independencia personal que vemos desaparecer en las modernas industrias fabriles. El industrialismo moderno, a lo Ford, es fascismo puro, despotismo legítimo. En las grandes fábricas racionalizadas, el individuo no es nada, el aparato lo es todo. Y los que sentimos y amamos la libertad somos tan enemigos del fascismo estatal como del fascismo económico, y reivindicamos ante uno y ante otro la personalidad y la dignidad del hombre.

De igual modo que no somos revolucionarios al estilo de los que quieren hacer una revolución para poner en los puestos de comando del Estado otras figuras, sino para destruir

el instrumento de opresión y de esclavización políticas, no somos revolucionarios al estilo de los que cifran su ambición en ocupar en nombre de los sindicatos el aparato fascista de producción del capitalismo. Nosotros aspiramos a la destrucción del Estado en sí, cualquiera que sea su nombre, cualquiera que sea su colorido, y exactamente por las mismas razones que aspiramos a eso, pretendemos la destrucción del aparato económico de la burguesía, edificado según la línea de especulación, de la ganancia, sin pensar en lo más mínimo en respetar al individuo, en considerarlo digno y dueño de su voluntad. El aparato económico capitalista nos arrolla, nos domina sin consultarnos, sin pedir nuestro asentimiento; lo mismo que el aparato político.

Y esto no cambia por el hecho de asegurarnos, como en Rusia, que se gobierna en nombre del proletariado, como no cambiará, en el campo económico, el día que se nos asegure que la opresión industrial, la anulación del individuo en el aparato de producción, se hace en nombre del sindicato, de la federación o de la confederación.

Hay que sustituir al Estado por el libre acuerdo de los grupos humanos, y hay que sustituir la economía industrial del capitalismo por un régimen de producción libre que tendrá al hombre como centro y no como rodaje inerte, pasivo, sin iniciativa y sin voluntad. Mientras no se haga eso, no habremos hecho ninguna revolución merecedora de tal nombre.

Toda la inteligencia, toda la reflexión, todo el esfuerzo dedicado a buscar y a realizar formas económicas que aseguren al hombre la libertad y el bienestar, la justicia y la dignidad, serán el «sumum» de la perfección, más dispuestos a intentarlo y a ensayarlo todo; a lo que no estamos dispuestos es a reconocer como bueno, como legítimo, como el «sumum» de la perfección, el fascismo económico que ha desarrollado el capitalismo, que tanto seduce a los que no tienen la sensibilidad libertaria más que unilateralmente desarrollada, y son incapaces de distinguir lo que es opresión y lo que es libre expresión, lo que es libertad y lo que es despotismo.

Las objeciones que se nos hacen desde todos los sectores cuando hablamos de la destrucción del Estado, se nos hacen cuando propiciamos la destrucción de la economía capitalista, subyugadora y sofocadora de la personalidad del hombre. Y es que, lo mismo que el inválido, por sugestión, vemos la vida a través de muletas y no la concebimos, por un defecto de educación y de sugestión, sin andaderas y sin mandarnes. Y es que pensamos también en las revoluciones catastróficas, que salen armadas de la cabeza de Júpiter, como

Minerva, que se realizan en el curso de algunas jornadas, sin caer en lo que esas concepciones tienen de infantilismo. Nosotros no creemos en las revoluciones milagrosas, que van más allá de lo que estamos preparados para ir. Por eso insistimos siempre en preparar la revolución, en esbozar las nuevas formas de producción y de convivencia, en edificar de abajo arriba, sobre la base de la asociación libre y voluntaria, y no sobre la reglamentación de masas, con el sólo objetivo de quitar a los amos actuales de su puesto para ponernos nosotros. Esto es, en el fondo, el sentido de lo que muchos amigos quieren cuando hablan de estructurar la nueva sociedad.

Si una revolución no hace más que suprimir los capitalistas en tanto que tales, no habremos llegado por eso ni a la libertad ni al bienestar, porque las actuales ganancias de los capitalistas, repartidas entre los proletarios, no aumentarían el nivel de vida de los que trabajan, ni siquiera en el equivalente a una buena taza de café por día, es decir, el cambio sería infimo. Esto se puede demostrar con números y la comprobación está al alcance de cualquiera que se dedique a revisar balances comerciales e industriales.

En resumen, ni fascismo político ni fascismo económico. La nueva sociedad debe ser el fruto del esfuerzo creador de los que quieren al hombre libre de toda opresión y dueño de sus destinos. En el moderno aparato industrial, el hombre no es nada, el sistema lo es todo; la libertad no es nada, la esclavización lo es todo. Y en la nueva economía, el hombre no debe ser nunca, ni pasajeramente siquiera, un esclavo, un rodaje secundario, un autómatas desprovisto de voluntad.

1.h) La legislación del porvenir *

Ciertos camaradas, predicadores de la libertad con frenos y gendarmes, experimentan una sensación de horror ante el porvenir, como el paranoico ante el vacío. Se figuran que si no intervenimos, es decir, si no intervienen ellos como legisladores y ajustadores de los desajustes probables, se producirá el caos, la ruina, y acabaremos por comernos los unos a los otros.

Esa sensación de angustia les lleva a devanarse los sesos hoy sobre las posibilidades de aprisionar el futuro en carriles predeterminados, en moldes previstos, en sistemas elaborados con un deplorable derroche de energías cerebrales. Y ahí los tenéis afanosos, apasionados, fervientes luchando

* *Solidaridad Obrera*, 8-VIII-1931.

a brazo partido para que los pueblos, después de la revolución, sigan los cauces que ellos creen únicos salvadores y únicos buenos. Y después de haber dado a luz la complicada legislación del mañana, se imponen por misión primordial con un exacerbado dogmatismo la divulgación del descubrimiento. Cada receta que surja tiene siempre una cantidad de gente dispuesta a comulgar con ella y el inventor, frustrado en el intento de vencer a todo el mundo, termina contentándose con la capilla creada y con oficiar en ella de supremo sacerdote. Ese es el destino que tuvieron hasta aquí todas las panaceas infalibles para salvar al mundo y para legislar el mañana.

Los anarquistas no somos paranoicos, no tenemos horror al vacío; ante todo, porque ese vacío no se producirá; porque la vida tiene ya en sus instintos y en sus mismas tendencias biológicas más previsión y más acierto que los más sabios de los legisladores. Y no somos paranoicos porque confiamos en el hombre, a cuyo despertar nos consagramos más que otra cosa. Nosotros no decimos a los pueblos que la salvación está en nosotros, en los estatutos de nuestras organizaciones, en lo que nosotros estimamos bueno, sino en ellos mismos, en su fuerza creadora, en su libre iniciativa, en su acción propia. Hay, como se ve, una diferencia muy seria entre el modo de interpretar la propaganda de los libertarios con frenos y esposas y nosotros, que tenemos la modestia de juzgarnos hombres del término medio, vulgares, sin contacto con el verbo del espíritu santo ni aspiramos a convertirnos en semidioses. Somos hombres de la calle que por un accidente cualquiera de la vida hemos aprendido que la causa más honda de los males sociales está en la existencia de la autoridad, que esclaviza al individuo en el Estado y en el sistema económico; quisiéramos que todos los hombres comprendiesen cuál es la causa de su mal y pugnasen por emanciparse de las ligaduras que los oprimen. Esa es la misión de la propaganda nuestra: exponer las razones que tenemos para repudiar la esclavitud política y la explotación económica. El día que las muchedumbres estén convencidas de ello, lo mismo que nos esforzamos nosotros particularmente por ser libres y por crear a nuestro alrededor un ambiente de libertad, lo hará cada uno de los convencidos y se entrará en los umbrales de una nueva vida.

Particularmente, podemos tener nuestra visión de lo que debe ser la sociedad futura; y si tenemos capacidad para ello podemos escribir una novela, una utopía. Si está bien hecha, como las *Noticias de ninguna parte*, de Morris, encontraremos aplausos. Pero una cosa es una novela y otra es una resolución de Congreso, que nos obliga hoy moralmente,

y que nos obligará mañana materialmente a obrar según ella. No tenemos ningún inconveniente en decir bien de la utopía de Pataud y Fouget: «¿Cómo haremos la revolución?»; pero si el contenido de ese libro se nos hubiese servido en forma de ley, de resolución de Congreso, lo habríamos rechazado. No queremos que se legisle el porvenir, en nombre de una revolución que deseamos libertaria, creadora de nuevas formas de trabajo y de convivencia.

Y no queremos que se legisle el porvenir porque sólo Dios podría abarcarlo todo, tener presentes todas las fuerzas e inclinaciones sociales, determinar cuál es el único camino que nos conviene; y Dios puede hacer eso porque se le pinta omnividente y omnisciente; ningún mortal tiene esas cualidades y, por tanto, debe renunciar, sobre todo si quiere invocar la libertad y la justicia, a hacer el papel de Dios.

Hemos dicho que no sentimos horror al supuesto vacío del mañana postrevolucionario, vacío que se ha forjado metafísicamente en algunas cabezas que se pasan de listas y en algunos corazones angustiados por la ruptura de cadenas milenarias sin tener prontas nuevas cadenas con que sustituir a las rotas. Pero tenemos horror a los caminos únicos, a las rutas infalibles; ante esas doctrinas y esos intentos sí que nos angustiamos y nos ponemos a temblar; tras esos unicatos vemos siempre las garras del principio de autoridad. Cuando oímos decir en el IV Congreso de la A. I. T. que la resolución sobre la reorganización internacional del sindicalismo propuescta por el camarada Besnard resolvía y preveía todos los problemas, hemos pedido por los manes más queridos que se nos permitiese el derecho a equivocarnos. ¿Creéis que era mucho pedir? Nosotros no objetábamos siquiera la resolución; no queríamos más que la libertad de errar, de estrellarnos contra una pared si nos venía en gana o de abrir un caminito propio si la ocasión se presentaba favorable. No se ha querido tener en cuenta nuestro pedido; habíamos de marcar el paso, por grado o por fuerza, según lo preveía Besnard, y entonces, ante el furor con que se anatematizaba nuestra osadía al querer disponer del derecho a equivocarnos, nos tomamos el derecho denegado.

Se habría podido admitir que una zona determinada, en vista de sus condiciones económicas, culturales y sociales, se trazase por intermedio de sus delegados y de sus órganos revolucionarios, la línea general a seguir durante y después de la revolución, dejando siempre el suficiente margen a las rectificaciones de tiro. No era eso: se quería medir al mundo con el mismo cartabón, borrar todas las diferencias, desconocer la desigualdad de desarrollo, de condiciones y de posibilidades, y aprobar unas nuevas tablas de la ley, pro-

puestas esta vez, no por Moisés, sino por Besnard. Las hemos rechazado y, en nuestro lugar, cualquier anarquista, no importa su tendencia y su interpretación, habría tenido que hacer lo mismo.

Recordemos una vez más el fenómeno de los Soviets, de los Consejos. Fueron creación del pueblo, no prevista ni resuelta por Congresos, y la experiencia ha demostrado con qué buen tino han obrado los trabajadores al buscar en ellos sus órganos de regulación y de administración.

El que hayan caído luego bajo la dictadura del partido comunista y hayan sido desvirtuados, no quiere decir nada contra su excelencia. Y bien; lo mismo que han surgido en las revoluciones rusas de 1905 y 1917 esos organismos proletarios, fenómeno que se repitió en Alemania en 1918, pasando por alto toda la legislación socialdemócrata del futuro, así podrían en una nueva revolución encontrarse formas de organización y de relación en correspondencia con las necesidades y la mentalidad de los pueblos, diversas en cada región y en cada país.

Sabemos que, al fin y al cabo, los resultados de una revolución están contenidos en la preparación espiritual de los pueblos; si en éstos se ha trabajado previamente en un sentido de superación, la revolución irá más allá; si no se ha trabajado así, quedará más próxima al viejo mundo que ha intentado destruir.

Hagamos propaganda y propaganda; eso es lo fundamental para nosotros, que no queremos ser mañana dictadores ni semidioses. Pero no propaganda de recetas hechas, de específicos empaquetados y sellados ya como intangibles, sino de ideas de rebelión, de superación moral, económica y social, de repudio al estatismo, a todo estatismo. Lo que no consigamos por ese camino, estemos seguros, no lo hemos de conseguir con todos los ensayos que hagamos para canalizar la revolución de antemano. Nos referimos a la revolución de mañana, porque en cuanto a la de hoy, la que debemos iniciar hoy mismo en las ideas y en los hechos, tendríamos otras consideraciones que hacer.

I.i) La ciudad y el campo *

La vida social es compleja y la variedad de sus formas y expresiones no ha podido ser desconocida ni siquiera por los imperialismos más feroces. El propio capitalismo, que representa la tiranía económica más sofocadora que el hom-

* *Solidaridad Obrera*, 9-VIII-1931.

bre ha podido llevar a la práctica, ha sido impotente para realizar el marxismo, es decir, la nivelación completa, la identificación absoluta del hombre con el sistema que le oprime. Por mil resquicios abiertos, por mil escapatorias distintas, numerosos espíritus inadaptables o inadaptados reivindican su independencia de acción en el proceso productivo. Por lo demás, siguiendo una vieja ley enunciada por Proudhon, según la cual ninguna innovación excluye por completo las prácticas anteriores, de tal manera que, no obstante los modernos progresos del transporte, aún podemos encontrar en nuestros días toda la escala del desarrollo de esa industria, desde el transporte a lomo humano hasta el aéreo, por lo demás, decimos, junto a las fábricas Ford encontramos todavía el pequeño taller, el pequeño artesano independiente que inserta en el corazón del capitalismo sus métodos más primitivos de trabajo, pero más respetuosos de la personalidad humana.

Y mucho más distancia que desde la fábrica moderna racionalizada al artesano que supervive, la hay desde el proletariado industrial al campesino. No todos saben distinguir esas diferencias. Lo común en todas las escuelas socialistas, sin descontar el sindicalismo, consiste en elevarse sobre el pedestal de algunos conocimientos no corrientes al campesino para atribuirse el derecho a tutearlo, a dirigirlo, a ser su guía. Fue Bakunin el que denunció enérgicamente la pretensión del socialismo de las ciudades de querer trasplantarse al campo aprovechando la supuesta ignorancia del trabajador de la tierra, y el que ha mostrado el camino al exhortar a que el campesino despertase a la acción revolucionaria con soluciones y organizaciones propias.

Se quiere desconocer que la psicología del campesino no coincide siempre con la del proletario industrial; el proletario industrial deja a las puertas de la fábrica su individualidad y concluye por adaptarse al cuartelerismo de las grandes ciudades, a las grandes regimentaciones, a una visión futura de la vida en donde resurgen espontáneamente los fallos de la vida urbana presente. En primer lugar, el campesino conserva la sociedad, la agrupación solidaria al estilo de una gran familia; la ciudad moderna, en general, no conserva de la sociedad más que la forma externa, la aglomeración humana. Hay una diferencia, que el sindicalismo enamorado del industrialismo no percibe, entre vivir en sociedad y vivir en aglomeración; una sociedad puede establecerse entre dos personas y una aglomeración de cinco millones puede existir en el capitalismo sin constituir

una sociedad, en el sentido de comunidad, con lazos internos, morales e intelectuales, de relación.

El campesino no pierde nunca su individualidad; la conserva en el trabajo; su trabajo es una continuación de sí mismo, una expresión de su interioridad; en cambio, el trabajo del obrero industrial es un esfuerzo maquinal que no dice nada a su espíritu sino repulsión y despego. Nosotros, que somos revolucionarios por alguna razón más que por la del monopolio capitalista de la riqueza social, aunque lo somos también por esto, queremos que el trabajo y el hombre no constituyan dos polos que se repudien y que sólo convivan por la fuerza de las circunstancias; queremos que el obrero llegue a sentir cariño a sus herramientas y a su obra, como siente el campesino cariño y hasta pasión por su tierra.

No cantamos con esto ningún idilio virgiliano; sabemos la dureza de la existencia mísera del campesino; pero decimos que en el campo, en la mentalidad del trabajador de la tierra existe una base más amplia para la instauración del socialismo que en el seno del proletariado industrial.

El socialismo no es fenómeno ligado forzosamente a la técnica, a la gran industria, como preveía Marx; el socialismo es, en primer lugar, una aspiración de los hombres al establecimiento de una comunidad de libres y de iguales, una necesidad espiritual de independencia y de solidaridad; pudo existir el socialismo en el período del arado romano, como podría darse también con el tractor moderno. Lo esencial para el socialismo no está en la técnica, sino en el espíritu renovador de los hombres.

Tenemos nuestras prevenciones, tenemos nuestras desconfianzas ante el proletariado industrial; lo vemos mucho más lejos del espíritu socialista, entiéndase siempre esta palabra en su verdadero sentido, que el campesino, al cual, sin embargo, apenas hemos llegado con nuestra propaganda. El proletariado, por su empuje combativo, es un arma insuperable para destruir un sistema, para derribar una tiranía, para poner un coto al desenfreno de los de arriba; pero el campesino, en cambio, es un factor más adecuado a la edificación, a la instauración de un nuevo régimen de vida social socialista. Tal como vemos nosotros las cosas, el proletariado es mejor para destruir que para construir; el campesino está en el caso opuesto: su parte fuerte está en la construcción; su parte débil, en la destrucción.

Desde hace una década nos esforzamos por contrarrestar la pretensión del socialismo de ciudad de llevar su visión de los problemas, sus métodos de organización y de lucha al campo; advertimos que no es ese el camino, sino que

debemos más bien estimular a los campesinos a buscar sus propias soluciones, a formar su ideología propia y a desarrollarla, a crear los órganos de lucha, de resistencia y de cooperación que más le convienen.

El cimiento de la nueva vida está en la tierra, en el Municipio, no en la ciudad monstruosa de nuestros días. Que desaparezca de ella el foco político, la servidumbre doméstica, la inmensa gama de las industrias de lujo y nocivas, las fábricas de armas, los cuarteles, el parasitismo religioso, etc., y veréis cómo la ciudad se desmorona, porque en ella los menos, la ínfima minoría es la consagrada a trabajos útiles; la mayoría es económicamente parasitaria o políticamente nociva, o está consagrada a mantener el mecanismo de la ciudad con todos sus vicios, superfluidades y complicaciones actuales.

El demostrar la imposibilidad de sostener la gran ciudad en un nuevo régimen económico de libertad y de dignidad es cuestión de números, de ver de cerca, sin dejarnos deslumbrar por la profusión de luces de iluminación y de *réclames*, lo que es la gran ciudad y cuántos son en ella los que realizan funciones de trabajo realmente productivo e indispensable.

Hay en las grandes ciudades mucho más a destruir que a sustituir, y por eso no compartimos las angustias de los revolucionarios que quieren llevar al porvenir, tal como está, el sistema del capitalismo, del cual apenas se atreven a eliminar los capitalistas. Con esa revolución no habríamos hecho más que patinar sobre el mismo lugar.

Estamos en todo el mundo ante magníficas posibilidades revolucionarias, ante una revolución que no viene de la mano de los revolucionarios, sino bajo el imperativo de una necesidad insuperable de vivir y de sostenerse. Los frutos de esta revolución se medirán por lo que hayamos logrado interesar a los campesinos como factores de reconstrucción de la nueva vida. Sin ellos o contra ellos no habrá solución posible, no habrá revolución verdadera.

1.j) Reflexiones de un viaje por España *

La caída de la monarquía borbónica, un viejo anhelo de todas las fuerzas progresivas, ha producido en millones de espíritus una sacudida de entusiasmo y de fe. Simbolizaban los borbones una tiranía secular ligada en nuestra memoria a las luchas más heroicas y al más brillante martirologio

* *Acción Social Obrera*, San Felú de Guixols, núm. 193, 16-IV-1932.

revolucionario. Los que no conservan tan vivos los recuerdos mediatos e inmediatos de la larga lucha contra el despotismo en España, habrán experimentado sentimientos menos intensos que nosotros, que hemos visto en los acontecimientos de mediados de abril de 1931 algo más que un triunfo del progreso contra el *statu quo*, todo un pasado de oprobio y de vergüenza que se cerraba en la historia, un velo corrido sobre una trágica página que nos atribulaba y oprimía.

Teníamos otros motivos para saludar la caída de la monarquía española. En primer lugar porque, en plena era de dictaduras, con la idea y el hecho fascista por *leitmotiv* político en gran parte del mundo, perseguidos y acorralados en todas partes, con el dolor de los desastres continuos, el despertar del pueblo español llegaba a nosotros como un bálsamo para el corazón oprimido.

Se daba, además, la coincidencia de ser España el país donde el movimiento anarquista es más fuerte, donde nuestras ideas tienen más contingentes sociales en torno de su bandera y donde cuentan con una tradición gloriosa y un porvenir seguro. En estos años turbios de decadencia y denigración de las ideas de libertad y de dignidad humana, España es para nosotros como el sol que irradia su luz a través de las nubes de tempestad. Por fin íbamos a tener la posibilidad de afirmar ante el mundo algo nuestro, soluciones superiores a las soluciones políticas y económicas del fascismo de Roma, del bolchevismo de Moscú y del colaboracionismo de Ginebra. Frente a todo eso, desde el primer instante hemos pensado con orgullo y con una sensación de confianza que Barcelona, la Barcelona de las luchas proletarias heroicas, aportaría al mundo soluciones mejores, de equidad, de libertad y de solidaridad.

Nos hemos estremecido de júbilo, pues, a la caída de la monarquía española, como adversarios de la tiranía borbónica, como soldados del progreso social y sobre todo como anarquistas. Y con esos sentimientos hemos vuelto a poner los pies en España después de tres lustros de afanes y de alternativas en otras tierras y en otros climas.

* * *

¿Será por la fuerza del deseo o porque la realidad es así? A través de la nueva vida española hemos leído como en un libro abierto la inclinación revolucionaria del pueblo, de las ciudades y de los campos. La embriaguez republicana, si existió algún momento en las masas, pasó pronto y no ofre-

ciendo el nuevo régimen ninguna perspectiva de alivio para los que sufren hambre de pan y de justicia, se espera un nuevo cambio, más hondo, una transformación más radical. En el magno congreso de la C. N. T., celebrado en Madrid, hemos oído conmovidos y alentados la palabra de los campesinos andaluces reclamando la tierra de los latifundios con una elocuencia sencilla y apasionada, y en la cabeza de los proletarios de los centros industriales germina toda la idea de la toma de las fábricas, como se extiende cada vez más el movimiento de los inquilinos que reivindican contra la avaricia de los caseros. El régimen de la propiedad, que varios siglos de monopolio capitalista habían convertido en un tabú inviolable, va a ser transformado. Está ya ese anhelo en la cabeza de las gentes y todo contribuye a operar esa transformación.

Todo un historial de heroísmo y de sacrificio ha hecho de nuestro movimiento encarnado por la C. N. T. un símbolo de redención. Raramente se encontrará hoy en otro país una fe proletaria tan grande en sus organismos de clase como el que testimonia el pueblo español a la C. N. T. Todas las buenas soluciones se esperan de ella, es como la última carta de los hambrientos, de los desheredados y de los idealistas de todos los matices. Y el poder de la sugestión es tan fuerte que no son sólo los proletarios los que se agrupan en torno a ese organismo, sino también los técnicos, los escritores, los periodistas, los médicos, etc., etc. El porvenir inmediato de España gira en torno a la C. N. T. Toda España ha tomado o está tomando partido al respecto: con o contra la Confederación. ¡Con el porvenir o con el pasado!

Cualquiera que sea la solución inmediata de esa pugna de valores inconciliables, derrotados o vencidos en las contiendas del momento, como el Estado y el capitalismo no pueden abortar ya soluciones económicas válidas, mientras nos quede en alto la bandera de la Confederación como expresión de una necesidad y de un anhelo colectivos de cambio, no podemos desesperar.

* * *

Como en todo el mundo, la crisis del capitalismo y del Estado en España es aguda; ya no es crisis, es bancarota, es quiebra definitiva. Ni el Estado ni el capitalismo conservan virtud alguna constructiva. Fueron en su tiempo ideas y afirmaciones vitales. Hoy sólo conservan un poder negativo, de represión, de destrucción, de coacción. Con la fuerza bestial, con los adelantos de la ciencia, de la guerra podrán aplastar por el momento todo movimiento de protesta y de rebelión,

podrán convertir un país o el mundo entero en una inmensa prisión. Pero eso no resuelve ninguno de los problemas planteados y sin cuya solución no es posible la existencia de la humanidad. ¿Qué importa que momentáneamente, tras la dictadura de Primo de Rivera y de Berenguer, se afirme la de Azaña-Largo Caballero y se insinúe para un porvenir inmediato quizás la de Lerroux, última esperanza de la burguesía y del clericalismo? Eso no restablece el equilibrio roto por la evolución misma del capitalismo entre la capacidad productiva y la capacidad de consumo. Hemos profetizado, si puede hablarse así, que en el invierno próximo habrá en España de dos a tres millones de desocupados. ¿Qué podrá hacer contra ese hecho la dictadura más feroz y sanguinaria o el más manso y bien intencionado de los Gobiernos?

En lo que antecede hemos señalado los tres factores principales de la próxima revolución española:

1.º La bancarota del capitalismo y la crisis del Estado y su impotencia para resolver sus insolubles contradicciones.

2.º La ausencia de la fe popular en la nueva forma republicana de gobierno.

3.º El prestigio y la seducción que ejerce sobre el pueblo la C. N. T.

En ningún país del mundo se dan simultáneamente tantas condiciones favorable para una revolución social.

Hay que añadir a esas disposiciones de ánimo y a esas ventajas en favor de una revolución, la posibilidad de España de hacer frente a sus necesidades internas aún en caso de un bloqueo internacional. Y favorece una reconstrucción libertaria de su vida económica y social el municipio agrícola, la escasez de gran industria capitalista y el temperamento mismo del pueblo español, profundamente amante de la independencia, poco afecto a las disciplinas, hostil a los centralismos absorbentes.

Y junto a todas esas condiciones contamos en España con un movimiento anarquista de una combatividad extraordinaria, dispuesto a la lucha individual y colectiva. La falta relativa en capacidades constructivas se nivela con la menor necesidad de tales capacidades en España, donde los problemas económicos y sociales de la revolución tienen menos complicaciones que en otros países, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, por ejemplo.

Nunca hemos perdido nuestra fe en el porvenir de la revolución española, que ha de ser necesariamente una revolución libertaria, y nuestro viaje reciente, de observación y de mero contacto con nuestro movimiento, ha reforzado nuestras esperanzas.

Lo que importa es disponernos en todos los países a secundar el movimiento de superación al capitalismo y al Estado que se inicia en España, pues en el curso de los años próximos nos encontraremos también en este continente ante la necesidad imperiosa de intervenir activamente en la salvación de la humanidad por la medicina de la revolución social, la única revolución a la que podemos confiar nuestros destinos, los destinos de todos.

2. LA CRISIS MUNDIAL Y SUS CONSECUENCIAS

La bancarrota del sistema económico y político del capitalismo *

Las crisis periódicas en la economía capitalista

Hablan ya hasta los escolares de la gran crisis por que atraviesa el mundo; se escriben al respecto grandes volúmenes, bibliotecas enteras; la prensa diaria llena columnas y más columnas sobre ese fenómeno de malestar creciente que hemos visto presentarse y desarrollarse sin cesar en el curso de la última década. Los obreros en sus sindicatos, los estadistas en sus conferencias nacionales e internacionales continuas, todos viven con la obsesión de la crisis y las voces más discordes se escuchan a todas horas, desde la más pesimista a la más ingenuamente optimista. Para algunos no hay salvación, para otros, sí. Las polémicas se suceden, pero la crisis perdura, el malestar se acrecienta, la desesperación de los que sufren va subiendo de tono, las panaceas se escuchan cada día con más escepticismo y hasta en los espíritus más indiferentes y reacios va penetrando la idea y la convicción de que asistimos a una época terminal de la Historia, a la caída de un mundo deslumbrante de oropeles, corroído por sus contradicciones irritantes, por sus extravíos criminales y su inhumanidad.

Antes del capitalismo, cuando el hombre y las colectividades humanas vivían aún en estrecha dependencia de la Naturaleza, se producían también crisis debidas a factores contra los cuales el hombre nada podía aún. Una sequía en una zona de agricultura o de ganadería entrañaba el hambre, la desolación y la ruina; la inundación de una comarca traía aparejada una plaga desastrosa; lo mismo las guerras.

* Biblioteca de «Estudios», Valencia, 1933.

Naturalmente, aquellos desastres, aquellas crisis anteriores al capitalismo, que se tomaban por los hombres de aquellas épocas, impotentes y desarmados, como castigos del cielo, tenían un alcance geográfico muy limitado. El intercambio de productos entre una y otra región era muy escaso y la escasez en una determinada población no era superada por la superabundancia de otras. Por lo demás, la superabundancia no existía entonces y las fuerzas humanas, con su instrumental primitivo, no daban más de lo necesario para la subsistencia.

Las características de aquellas crisis cambiaron con el advenimiento de la economía capitalista y la introducción de las máquinas. La técnica y la ciencia dieron al hombre una relativa independencia frente a la Naturaleza, a la lluvia y la sequía; el intercambio comercial hizo el resto.

Pero las crisis siguieron presentándose, debido a factores múltiples, siendo uno de los principales la especulación. No podemos detenernos a mencionar los factores determinantes de las crisis en la economía capitalista. Incluso se llegó a establecer por los economistas ciertas leyes aparentemente sólidas que explican su aparición periódica. «Como el organismo del capital industrial y comercial —escribe Ch. Cornelissen— se fortifica en los momentos en que el consumo se restablece y atrae las mercaderías con una fuerza irresistible, y como por otra parte las oleadas de mercaderías superfluas son rechazadas por el consumo social en cuanto se halla satisfecho, las crisis económicas toman inevitablemente un carácter periódico. La industria y el comercio atraviesan necesariamente por las diferentes fases descritas: avivamiento de los negocios, floración hacia la prosperidad, detención de ese esplendor y conflicto brusco, depresión y, en fin, curación lenta» (*Théorie du capital et du profit*, II, 380).

A diferencia de las crisis del período anterior a la economía capitalista, en que se atribuían a la impotencia del hombre frente a la inclemencia de la Naturaleza, las crisis del período capitalista dependen del sistema de producción y de distribución. El mal no está fuera, sino dentro de la sociedad; no se debe a la fatalidad, sino a una mala organización. Nada podía el individuo o la colectividad hace 2.000 años para aminorar los efectos funestos de una sequía o de una inundación en su radio de vida y de trabajo; en cambio lo podían todo frente a las crisis del capitalismo y de ahí el afán de las clases privilegiadas, a cuya avaricia se debían, en fortificar sus aparatos de subyugación y de esclavización, a fin de que los descontentos no superasen el malestar a costa de los privilegios adquiridos por las minorías dirigentes.

Característica de las crisis regulares e inherentes al sistema capitalista era su parcialidad y su transitoriedad. El estancamiento, la paralización o la depresión se producían en una región, en una industria nacional y originaban un año o dos de malestar en dicha rama de actividad. Hasta las mismas crisis financieras, cuyo radio de influencia era mayor, no abarcaban nunca la totalidad de las industrias ni a todos los países. En fin, eran males deplorables, pero pasajeros, algo así como enfermedades curables en un organismo siempre propenso a enfermedades más graves.

Se han estudiado con todos los detalles millares de esas crisis parciales y sobre ellas se intentó encarar la crisis presente, fallando todos los cálculos y todas las previsiones.

Tan hondo es el desequilibrio del mundo capitalista, tan grave es la situación para las instituciones usufructuarias de ese régimen de vida económica y política, que hasta el papa Pío XI, recordando la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, en ocasión del cuadragésimo aniversario, ha dictado una encíclica nueva, mucho más audaz de lo que lo fue en su tiempo la *Rerum Novarum*. Pío XI se esfuerza porque la iglesia intervenga en la bancarrota del régimen capitalista, para que no permanezca indiferente, para que se convierta en una entidad militante salvadora de los sagrados principios de la propiedad privada, del orden público, de la soberanía autoritaria. Pero la crítica al capitalismo moderno es muy aguda. En verdad sostiene que el régimen capitalista no es malo, sino que está viciado, «no es su constitución lo que es mala, sino que hay violación del orden natural cuando el capital no toma a los obreros o a la clase de los proletarios más que en vista de explotar a su capricho y en su provecho personal la industria y el régimen económico entero, sin tener ninguna cuenta ni de la dignidad humana de los obreros ni del carácter social de la actividad económica, ni siquiera de la justicia social y del bien común».

Continúa: «Lo que en nuestra época llama ante todo la atención no es sólo la concentración de las riquezas, sino también la acumulación de una enorme potencia, de un poder económico discrecional en manos de un pequeño número de hombres que, de ordinario, no son los propietarios, sino los simples depositarios y gerentes del capital que administran a su antojo»...

«Esa concentración del poder y de los recursos, que es como el rasgo distintivo de la economía contemporánea, es el fruto natural de una concurrencia cuya libertad no conoce límites; sólo quedan en pie los más fuertes, lo que a menudo equivale a decir los que luchan con mayor violencia, los menos obstaculizados por escrúpulos de conciencia...»

«Toda la vida económica se ha vuelto horriblemente dura, implacable, cruel...»

La encíclica de Pío XI no vitalizará ya a la iglesia; es demasiado tarde para ello, pues las creencias no juegan ningún papel en esta crisis, y aun cuando el Vaticano conveniese a millones de seres humano de que la explotación del hombre por el hombre es grata a Dios, la crisis perduraría y el capitalismo terminaría lo mismo. Los moldes de la vida económica capitalista, con su propiedad privada, su esencia especulativa, su inadaptación a las condiciones nuevas de la técnica, son demasiado estrechos.

La crisis actual es una crisis definitiva del sistema

Lo mismo que no fueron los economistas llamados burgueses los que mejor estudiaron y definieron el sistema económico del capitalismo, sino Proudhon, Marx y después de ellos todos los socialistas, anarquistas y sindicalistas, anticapitalistas declarados, tampoco los estudiosos de las crisis periódicas del capitalismo fueron los primeros en comprender los caracteres propios de la actual. Puede haber en ello una cierta dosis de incomprensión, de rutinarismo mental, pero puede haber también miedo a la verdad.

Sin embargo, nuestra insistencia en señalar la crisis actual como crisis definitiva del sistema económico en vigor, va coincidiendo al fin con la expansión de esa creencia en un número cada día creciente de seres humanos. No vivimos una crisis parcial, circunscrita a un determinado país o territorio, a una industria, y pasajera, sino en una crisis universal que abarca todas las industrias y todos los países y que no sólo se mantiene en el terreno industrial, sino que ha invadido la agricultura, que por consiguiente afecta a los países civilizados y a los coloniales y semicoloniales, a los industriales y a los agrícolas.

No hay un rincón del mundo a donde la crisis actual no haya llegado con su cortejo de plagas; no hay neutrales ante ese fenómeno único hasta aquí en la Historia, por su universalidad y por su intensidad.

Las viejas crisis parciales a que estábamos habituados no ponían en peligro a la Humanidad, porque, por ejemplo, la prosperidad de unas ramas de producción o de algunos países atraían los brazos sobrantes. Los trabajadores afectados por una de esas crisis ofrecían sus brazos a otras industrias o emigraban a los países prósperos, o volvían de la ciudad al campo, de la industria a la agricultura.

Nada de eso es posible hoy. No hay salvación para los des-

ocupados, ni con el cambio de trabajo ni con el cambio de ambiente. Los desocupados de la ciudad se encuentran con los de la campiña, los de una industria con los de la otra, los de un país con los de otro.

Otro aspecto singular y constante de esta crisis es su agravación continua. Abatido por la miseria y la desolación, ni siquiera queda al mundo la esperanza de una mejoría. Se sabe positivamente que si este año se sufre mucho, el año que viene se sufrirá más y así hasta que llegue la hora del desenlace o hasta que surja alguna solución.

También es propio de esa crisis la desorientación mundial de las clases dirigentes. Con el presentimiento de la inutilidad de todas las viejas recetas nadie se atreve a decir una palabra reflexiva de confianza en el porvenir. Los mismos políticos encargados de sostener el viejo armatoste económico y político en vigor no saben otra ciencia que la del aplastamiento policial y judicial del descontento y proceden con toda crudeza, sin compasión y sin escrúpulos. Pero el mal se agrava no obstante todo.

El capitalismo industrial, el capitalismo agrario, el capitalismo financiero, en una palabra, el capitalismo, ha llegado al punto final tantos años profetizado por las escuelas revolucionarias que conocían las contradicciones inevitables de su funcionamiento y de su mecanismo. De ahí que sólo nosotros, enemigos del sistema capitalista, seamos los únicos que en esta hora de tragedia, aun cuando apesadumbrados por el sufrimiento ajeno, podamos elevar la mirada al porvenir con un sentimiento de confianza y de seguridad. Esta crisis será superada, pero sólo con la superación del capitalismo.

* * *

El hombre es uno de los animales más inermes en cuanto a él mismo, a sus recursos personales, a sus brazos y a sus fuerzas, en la lucha por la alimentación cotidiana. En cambio lo que le falta de energías físicas y en posibilidades materiales lo tiene con creces en su capacidad intelectual, en su ingenio para poner a su servicio fuerzas extrañas, una palanca, por ejemplo, o unos cuantos esclavos, hombres de menor desarrollo mental que se creyeron nacidos para servir a sus amos y a los dioses. El ingenio de los más inteligentes y de los más pillos ha creado la esclavitud como ha aprendido a hacer uso de la palanca, la herramienta más elemental, precursora de todas las máquinas.

La existencia de 400.000 esclavos en Atenas hizo posible a una minoría de hombres alcanzar un alto grado de

cultura en las ciencias y en las artes. En muchos conceptos, sobre todo en el de la belleza, todavía seguimos admirando a los griegos y considerándolos como maestros; también sus filósofos constituyen aún el pasto intelectual favorito de los modernos aficionados al saber. ¿Se hubiera desarrollado esa gran cultura en la minoría privilegiada de Atenas sin aquellos 400.000 esclavos? Lo dudamos. El hombre, si tiene que depender de sus solas fuerzas físicas para la obtención del alimento cotidiano, es el más desamparado de los animales. Sus mejores horas serían absorbidas por las tareas de su sostén material, de su abrigo y de su vivienda. En consecuencia, razonando como Proudhon en torno a la guerra, podríamos hallar una explicación de la esclavitud antigua y también una cierta razón de ser. La esclavitud ha sido un factor cultural para las minorías privilegiadas; pero el desarrollo mental de esas minorías, la elaboración científica de ideas, conocimientos, observaciones, descubrimientos e invenciones sucesivas hicieron innecesaria la esclavitud humana, y no sólo innecesaria, sino profundamente inmoral.

En plena era capitalista, en el período de las máquinas, la esclavitud, y no otra cosa es el salariado hoy, es un verdadero crimen de lesa humanidad que condena el régimen entero en que vivimos. No negamos que el hombre de cultura necesita explotar fuerzas ajenas para atender sin mayores inconvenientes a sus necesidades materiales y dedicar el mayor tiempo posible a su personalidad intelectual, al cultivo de su mundo mental; y comprendemos que todos quieran vivir del mejor modo, rodeados de comodidades, de confort y de abundancia. Pero si para conseguir esos resultados hubo necesidad en otros tiempos de decenas de esclavos, hoy no hacen falta. El papel de los esclavos antiguos se sustituye con infinitas ventajas por la energía eléctrica y mecánica de que el hombre moderno puede disponer. ¿Conocéis la fuerza de un kilovatio? Un atleta que eleva en un segundo a un metro de altura un peso de 102 kilos realiza en ese segundo es un esfuerzo equivalente a un kilovatio. ¿Cuántos hombres se necesitarían para elevar en una hora 367.000 kilos a un metro de altura? Sin duda algunas decenas de ellos. Pues bien, un solo kilovatio es capaz de realizar ese trabajo.

Supongamos un kilovatio de energía eléctrica trabajando todo el día y toda la noche. La labor que podría realizar sería equivalente a la de unos cincuenta hombres en una jornada de ocho horas de trabajo.

Si el hombre moderno no tuviese a su disposición más que un solo kilovatio sería más rico en fuerzas esclavas que el privilegiado de la antigua Grecia o de Roma. ¿Su-

ponéis lo que significan 50 hombres trabajando una jornada de ocho horas para el sostén y el confort de una sola persona?

Un ingeniero alemán calcula que trabajan hoy en forma de energía eléctrica y mecánica aproximadamente diez esclavos por cada habitante del mundo. Así, globalmente, sin contar la distribución geográfica, se calcula que cada ser humano, al nacer, tiene diez esclavos dispuestos a trabajar para que él descanse. Hay países en donde no son tantos, pero hay otro donde son muchos más. Es un patrimonio que no podían tener siempre al nacer los hijos de los antiguos ricos.

Y eso no es nada. El menos iniciado en los secretos de la mecánica y de la electricidad sabe que no costaría gran cosa poder producir para cada uno de los 1.800 millones de seres humanos que pueblan la tierra tres kilovatios permanentes, lo que equivaldría al trabajo de unos 150 esclavos. Si no se convierte en realidad esa utopía, es por causa del sistema capitalista, que no consiente el desarrollo de más energías que las que puede acaparar en su beneficio, en beneficio de las minorías usufructuarias de los privilegios existentes. Y lo más singular es que el presente régimen social no sólo acapara aquellas energías eléctricas y mecánicas que debieran ser patrimonio de todos y estar al servicio de todos, sino que aún se resiste a libertar al esclavo moderno, al asalariado, por temor quizás a que ese esclavo pueda disputarle sus privilegios de monopolio, sin imaginarse que la libertad del hombre no significaría en modo alguno una supresión del confort de la burguesía, sino una elevación de todos a ese nivel de vida superior conquistada por el ingenio y la inteligencia humanos.

La revolución inevitable, resultado de la incapacidad de las formas políticas y económicas establecidas para adaptarse a los progresos de la ciencia, de la técnica y de la moral, no es otra cosa que una exigencia basada en las actuales posibilidades de dicha y de abundancia con un esfuerzo humano mínimo; no significa una caída de la burguesía actualmente monopolista a un nivel de vida inferior, sino al contrario, una elevación de la humanidad entera al plano de dicha que puede obtenerse mediante la explotación y la conquista de las energías naturales. ¿Por qué obstinarse en el mantenimiento de la esclavitud humana, cuando es tan fácil sustituirla con creces por las energías domadas por el ingenio del hombre?

El capitalismo ha sido un factor de progreso económico y cultural; pero ha llegado al punto en que se convierte en una traba, en una iniquidad, en un crimen. Eso es ahora.

Por eso hace quiebra. Por eso la crisis actual no tiene similitud con la de 1815, con la de 1827, con la de 1836 o la de 1839, con la de 1857, la del 73 o la del 82, ni con la de 1890 o la del 1907. Esas pequeñas conmociones decenales eran febrículas efímeras y sin importancia, casi algo perfectamente natural y normal. La crisis actual es un punto final de un período histórico, de una evolución que ha dado mucho de bueno, pero cuya persistencia no haría sino la función del veneno mortal.

Repercusión de la crisis económica

Según nuestra opinión, el fondo del desconcierto mundial es la quiebra del sistema económico del capitalismo; esa quiebra precipita el resquebrajamiento y la ruina del aparato político estatal de la burguesía, como origina la transformación de todos los valores morales y jurídicos hasta no ha mucho en vigor. No están lejanos los tiempos en que generaciones enteras vivían plácidamente, en imperturbable quietud mental, con algunas ideas básicas fundamentales. ¿Cuáles son hoy las líneas directrices que permitan aquietar las inquietudes, las interrogaciones y las inseguridades de los espíritus? Las ideas no viven ya decenios y siglos, sino períodos efímeros. Las vemos surgir, desarrollarse y decaer con una velocidad horrible. Conceptos que ayer nos parecían definitivos los encontramos hoy en decadencia y los encontraremos mañana totalmente fuera de combate.

Hablábamos no hace mucho con un sabio de renombre universal sobre un libro inédito, escrito dos años atrás y cuya publicación queríamos estimular. El sabio se resistía. No valía la pena ya. Hacía dos años las ideas en él contenidas eran novedades; hoy las encontramos discutidas hasta en la prensa cotidiana. Dos años bastan para renovar la mayor parte del acervo intelectual de millones de seres.

Esa movilidad, esa renovación continua, esa inquietud, esa ausencia de conceptos básicos, fundamentales, esa búsqueda de nuevos caminos que caracteriza a la época en que nos ha tocado vivir, son para nosotros síntomas de la caída de un mundo y signos precursores del nacimiento de un mundo nuevo. ¿Que quedan aún en pie los Estados burgueses con su monstruoso aparato de represión? Pero ¿qué otro factor que el de la fuerza bruta les sostiene ya? Todo su andamiaje jurídico, moral, místico, diríamos, el más fuerte de todos, se ha derrumbado y ningún régimen político o económico puede asentar sólidamente sólo en la fuerza material. La ley, la propiedad, la familia, el derecho,

el Estado, etc., ¿quién sostiene como verdades acabadas hoy las que ni siquiera se sometían a crítica ayer, por considerarlas intangibles?

Si la crisis fundamental de la economía capitalista no hubiese sacudido tan hondamente a los pueblos, esa renovación a primera vista caótica, pero sin embargo esencialmente biológica y salvadora, no se produciría. Los individuos y los pueblos habrían quedado adormecidos en sus viejos módulos y la idea de la revolución habría sido el patrimonio y el privilegio de minorías inadaptadas, idealistas y selectas.

La vida moderna es como un caleidoscopio; la humanidad busca un camino y una solución a su malestar creciente y ha de encontrarlo. Y su rebusca afanosa es estimulada por la quiebra de la economía. Al faltar el pan, al fallar una cierta base de seguridad y de confianza en el futuro, todas las doctrinas y todos los sistemas que hasta aquí habían adormecido y arrullado la digestión de los hombres, fallan y quiebran también.

El imperio de la técnica

La técnica moderna es un fruto de la aplicación de los conocimientos y descubrimientos científicos. Se ha desarrollado poderosamente en los últimos lustros, pero sería un profundo error atribuirla al sistema capitalista, como lo sería el querer atribuirle también la hermosa floración científica. No, el capitalismo ha sabido monopolizar en su beneficio exclusivo las innovaciones técnicas, pero no las ha creado. Muy al contrario, en la intención de los primeros inventores de máquinas de trabajo estaba el alivio de la suerte de los proletarios.

En manos del capitalismo la técnica ha sido, no una bendición, sino una maldición para la humanidad laboriosa; lejos de aliviar ha recargado el trabajo; lejos de aumentar el bienestar ha esparcido la miseria. El hombre de trabajo vive en el ambiente industrial por término medio menos que antes del maquinismo, y su miseria fisiológica y su desgaste nervioso son mayores. Los millones y millones de desocupados son fruto de la apropiación de la técnica por los capitalistas.

Somos de opinión que la orientación técnica será distinta a la que hoy observamos en una sociedad en donde tenga por misión embellecer y enriquecer la vida entera y no acrecentar el disfrute y los privilegios de una clase; pero constatamos que su imperio es irresistible, que es preciso reconocer su poder o sucumbir.

Sólo en el ensueño del utopismo se puede entrever un mundo libre de la técnica. Pero, por grato que sea para algunos de nosotros esa perspectiva de un William Morris, por mucho que un Gandhi afirme las excelencias del telar a mano, predicando con el ejemplo, la técnica pasará por sobre la sentimentalidad de los unos y los principios morales de los otros y se hará valer y reconocer por todos.

Repudiar la técnica es maldecir de una de las más trascendentes conquistas de la humanidad civilizada; pero hay, sin embargo, mucha más lógica y más cordura en su rechazo que en su reconocimiento a medias. Se comprende muy bien la posición del que añora la vida simple de antaño, sin las complicaciones y el destino que imponen las condiciones nuevas de la mecánica, de la electricidad, de la navegación aérea, de las mil y una conquistas de la ciencia aplicada; lo que no se comprende es la posición del capitalismo, otrora inteligente y reflexivo, que se empeña en aceptar la técnica sólo en cuanto puede aumentar sus rentas. No hay ahí sólo un error, sino una inmensa locura. El capitalismo cae porque no puede adaptarse a la técnica moderna. De esa inadaptación nace todo el torbellino en que se agita el mundo y el malestar que pone en peligro la existencia misma de la humanidad.

Lo mismo para el proletario que para la burguesía, vale esta comprobación: o se reconoce el imperio de la técnica y se acelera la adaptación a ella o se sucumbe. Nosotros creemos que el proletariado comprende mejor y está más preparado para esa adaptación que la burguesía; por eso estamos ante una gran transformación social y ante la entrada en la historia de los desheredados de ayer como fuerza directriz de la economía.

Se dirá cuanto se quiera para prevenir sobre los defectos, por ejemplo, de la racionalización en la industria, pero como los ríos no remontan el cauce, el progreso científico y técnico no puede ser ignorado por amor a los idilios pastorales y a la placidez de los primitivos instrumentos de trabajo.

Un obrero norteamericano pudo constatar la estadística siguiente:

1925:	3.000	piezas	producidas	por	160	hombres
1926:	3.400	»	»	»	50	»
1927:	4.095	»	»	»	39	»
1928:	4.950	»	»	»	25	»
1929:	6.650	»	»	»	19	»
1931:	6.970	»	»	»	16	»

(V. *Le Reveil*, Ginebra, 19 abril de 1932.)

Esos hechos hablan por sí solos y se imponen al reconocimiento hasta de los más hostiles al industrialismo moderno. No es culpa de la técnica si lo que podría ser un alivio, una disminución del esfuerzo, se convierte en una tragedia universal que afecta a millones de seres humanos.

Otro ejemplo. En los establecimientos Citröen, la fábrica francesa de automóviles, había en 1919 unas 3.450 máquinas-herramientas; en 1923 había 5.220; en 1924 la cantidad era de 7.490; en 1926, 11.430; en 1928 habían llegado a 15.000. Algunas de esas máquinas ejercen una presión de un millón y medio de kilogramos y tienen la altura de una casa de tres pisos. Y sólo al precio de esas innovaciones, de ese empleo creciente de máquinas puede la casa Citröen fabricar automóviles.

Productores y consumidores

Una vez en marcha el progreso técnico tenía fatalmente que llegar un día a los resultados que palpamos. En la difusión de esa previsión se han basado las propagandas socialistas de los últimos tres cuartos de siglo. No es nada nuevo lo que acontece, sino la realización de un proceso previsto y expuesto desde hace muchos años.

La técnica vino al mundo, hija legítima del desarrollo científico, para aliviar la suerte de la humanidad y hacerla feliz, suprimiendo el esfuerzo puramente animal del hombre. Su monopolio en provecho de una clase tenía que acabar con esa clase. El capitalismo comprendió las ventajas que podría reportarle el progreso técnico para disminuir el costo de la producción. Marx aseguraba que no hay más fuente de plusvalía, es decir de ganancia capitalista, que el trabajo de los obreros. La realidad demostró en cambio que las máquinas significan una fuente superior de plusvalía y los capitalistas prácticamente lo hicieron ver, excluyendo siempre que les fue posible la mano de obra y sustituyéndola por aparatos mecánicos. Realmente el obrero como productor no juega sino un papel muy restringido ya en la economía productiva. Esto es importante tenerlo en cuenta, pues en el futuro ha de ser cada vez menos necesario.

Pasaron y no volverán los tiempos en que la mano de obra era el factor esencial de la producción y en que las huelgas de obreros significaban un desastre para la fábrica o la industria respectiva. Con una pequeña minoría de individuos semi-autómatas o semi-imbéciles una fábrica moderna puede trabajar maravillosamente, porque el trabajo principal lo hacen las herramientas mecánicas. El ideal del taller sin

hombres no es una utopía, sino una realidad que constatamos ya casi por todas partes.

¿Quién no recuerda los hormigueros humanos de todos los grandes puertos marítimos? Millares y millares de marineros, por un lado, millares y millares de obreros de la carga y la descarga, por otro; una multitud abigarrada de factores de la laboriosidad portuaria. Esa visión es la que recibíamos no hace muchos años. En cambio actualmente recorreremos los muelles desiertos de los grandes centros marítimos; una tercera parte del tonelaje mercante está amarrado, inactivo; y los estibadores han sido reducidos al mínimo por los guinchos poderosos, por los elevadores, por el instrumental mecánico de todas clases que realiza las más variadas operaciones con una mano de obra ínfima. ¿Quién no ha visto cargar o descargar en un puerto moderno un barco de cereales? En unos minutos se llenan las bodegas o se vacían, sin otra cooperación humana que la de algunos hombres insignificantes, apenas perceptibles.

Y así en todas las cosas. El hombre de trabajo está siendo sustituido por las máquinas, lo cual es un bien y un mal; un bien para el día en que la riqueza sea socializada, un mal mientras la técnica sea monopolizada por el capitalismo.

Pero si el capitalismo excluye con ventaja la explotación del productor y halla más conveniente explotar la máquina, ¿no había que prever que al excluir a un obrero del proceso de la producción se le excluye automáticamente como consumidor? ¿A quién ha de vender el capitalista sus productos? Porque por barata que sea la producción a causa de la técnica moderna, si no hay mercado para ella significa la ruina. Ahora bien, ¿cómo se quiere que consuma en el mercado capitalista el obrero sin trabajo, cuya única fuente de ingresos son sus brazos vacantes? Cuando la proporción de los desocupados es mínima, o pasajera, como en las viejas crisis periódicas, esa restricción del consumo apenas repercute en el mercado, pero cuando es considerable, la disminución de los consumidores plantea graves problemas.

Por algunos técnicos y algunos empresarios inteligentes se ha visto ese declive y hasta se habló de restringir las innovaciones mecánicas para no rodar al abismo. Se dijo que había que limitar el progreso técnico para no agravar el mal. Pero son palabras sin sentido y sin lógica. La técnica manda, el hombre tiene que obedecerle. Es lo que no ha sabido hacer el capitalismo.

Dentro de algunos decenios, una vez superado el régimen de la economía capitalista, las nuevas generaciones no comprenderán ciertas cosas que hoy mismo apenas comprenden-

mos. No se comprenderá, por ejemplo, que la superproducción de trigo en la Argentina, Estados Unidos y Canadá, que las ricas cosechas de algodón en Egipto, que la producción enorme de caucho en las Indias, de azúcar en Cuba, de café en el Brasil, de cacao en el Ecuador, de cobre en el Congo, de plomo en Birmania, de zinc en Australia y en Venezuela hayan extendido el radio y la intensidad de la miseria de las grandes masas. No se podrá entender entonces más que por los eruditos, como hoy mismo sólo los eruditos versados en asuntos económicos pueden explicarse el mecanismo de esa monstruosidad. Las gentes sencillas comprenden que la falta de producción pueda originar escasez y penuria, pero no comprenden que es mucho más desastrosa en el capitalismo la abundancia que la escasez. Nosotros sabemos bien que a mayor riqueza de las cosechas de trigo habrá más hambre de pan, y que el aumento de la producción de algodón hará que haya más gentes desnudas o vestidas de viejos harapos. Eso está en la lógica más perfecta dentro del capitalismo.

¿No recordamos cómo el gobierno brasileño ha arrojado al mar cien mil bolsas de café, mientras que con una reducción de los precios se habría podido poner ese producto al alcance de un mayor número de consumidores que no lo toman hoy? Si hoy se escribiese la Biblia, en lugar de las plagas, de la sequía y de la inundación, como fuentes de malestar y de miseria, se hablaría de la maldición de la abundancia, frase que ha empleado ya un ministro inglés, Winston Churchill.

Ya que hablamos de superabundancia, que se nos permitan algunas demostraciones:

La producción de azúcar en 1914 era de 19.363.000 toneladas; en 1929 había llegado a 29.970.000; un aumento de un 50 por 100. En menos de veinte años el Canadá y Australia duplicaron las áreas de siembra de trigo. En ese mismo período los Estados Unidos aumentaron los terrenos consagrados al trigo de 47 a 61 millones de acres. La producción de caucho era antes de la guerra de 51.000 toneladas; en 1929 llegaba a 68.000. Lo mismo ocurrió con el lino, el yute y el cáñamo.

Los minerales aumentaron así desde 1926 a 1929: estaño, de 144 a 195 mil toneladas métricas; el plomo, de 1.606 a 1.755 toneladas métricas; el zinc, de 1.245 a 1.470; el cobre, de 1.485 a 1.908 toneladas métricas.

En una palabra, la maldición de la abundancia es una fuente principal de miseria en la economía vigente, y esa contradicción no puede sostenerse mucho tiempo.

La industria moderna

La industria moderna es un motivo de orgullo para el ingenio humano, aun cuando sus beneficios estén todavía lejos de ser para la sociedad entera. Demuestra en qué grado el hombre ha dominado a la naturaleza y la ha hecho su esclava. No hace mucho se ha inaugurado la gran fábrica de energía eléctrica del Dnieper, en Rusia, obra gigantesca que puede producir 77.500 kilovatios, accionada por nueve turbinas de 74.000 caballos de fuerza cada una. Suministrará energía eléctrica a 70.000 millas cuadradas y a una población de 16 millones de personas. El potencial de energía de esa usina gigante equivale a la conquista política de un país, a la posesión de millones de esclavos. Un kilovatio equivale a la energía para levantar en un segundo un peso de 34 kilos a tres metros de altura. El trabajo de un kilowatt en una hora se le llama kilovatio-hora. El trabajo normal de un obrero al año equivale aproximadamente a 100 kilovatios-hora.

La producción de energía eléctrica en Alemania era en 1929 de 33.000 millones de kilovatios-hora, habiendo duplicado la producción en relación a lo que se producía cinco años antes. Esos 33.000 millones de kilovatios se distribuyen así: 80 por 100 a la producción industrial, 5 por 100 al transporte, 3 por 100 para la agricultura y 10 por 100 para el consumo casero, luz, motores de cocina, etc.

¿Qué cantidad de esclavos podría sustituir a la energía ganada por la industria moderna a la naturaleza si a la energía eléctrica agregamos el vapor, la fuerza hidráulica, los motores a petróleo? La fuerza humana total no significa sino una cantidad descuidable frente a las energías puestas a disposición de la humanidad por la técnica moderna.

Aparte de ese acrecentamiento incalculable de la energía disponible y utilizable, se han operado otros procesos de perfeccionamiento; por ejemplo, el de la taylorización, que suprime los movimientos improductivos del individuo y eleva su productividad, absorbiendo hasta el agotamiento la fuerza del hombre en la fábrica; otros procesos tendientes al mismo fin, pero que en lugar del hombre tienen por centro las máquinas, las instalaciones mecánicas, la organización de la producción, son las diversas operaciones de perfeccionamiento que se denominan racionalización industrial. Se suprimen las máquinas antiguas y se las sustituye por aparatos novísimos que pueden funcionar con una intervención insignificante del obrero; se organiza la producción

de modo que tal fábrica sólo se especialice en una determinada pieza, etc. Gracias a esa taylorización en los hombres y a esa racionalización en los instrumentos se consigue elevar hasta lo inconcebible la capacidad productiva, disminuyendo el número de brazos.

Es común ya en las fábricas de tejidos ver a una mujer o a una niña atender tres, cuatro y hasta seis telares formidables. En uno de los talleres de la Colt Patent Firearms Manufacturing Co. de Hartford, Connecticut, un solo hombre asegura el funcionamiento de ocho fresadoras. En la Lincoln Motor Co., de Detroit, un taller que contiene 78 máquinas-herramientas es dirigido enteramente por 22 hombres (véase B. Austin y W. Francis Lloyd: *Le secret des hauts salaires*, 1926).

Los obreros de la industria de la potasa en Alemania eran 30.900 en 1913; en 1922 se habían elevado a 40.200, y en 1929 se habían reducido a 21.782, aumentando siempre la producción. He aquí unas cifras al respecto:

En 1910, 58 establecimientos producían 7.337 quintales; en 1921, 155 establecimientos producían 9.211; en 1927, sólo 60 establecimientos producían 12.394, y al año siguiente la misma cantidad de fábricas daba 14.214.

Aumenta la productividad, disminuyen los obreros ocupados y se acrecientan las ganancias capitalistas, pues en 1924 el sindicato de la potasa tuvo 96 millones de marcos de ganancia, y en 1927 la misma era de 192 millones.

En la gran amalgama de empresas de la Vereinigte Stahlwerke A. G. alemana, tomando la base de 1925 en producción y personal, tenemos en 1929 un 22 por 100 de aumento en el carbón, un 71 por 100 de aumento en el coque, un 40 por 100 de aumento en la producción de acero; en cambio, el personal sólo aumentó un 5 por 100.

En la AEG la productividad desde 1925 a 1929 aumentó en un 66 por 100, y el personal sólo en un 25 por 100.

En la industria azucarera alemana se producían, en 1925, 1.299.000 toneladas de azúcar con 49.715 hombres; en 1928 la producción era de 1.524.000 toneladas y el personal se había reducido a 46.670 hombres.

En la industria del cuero alemana se elaboraban, en 1925, unos 129.000.000 de kilogramos de artículos, con 46.378 hombres; en 1927, se elaboraban 150 millones, con 42.600 hombres.

En resumen, la producción industrial alemana aumentó desde 1925 a 1929 en un 20 por 100, mientras que el número de los obreros ocupados no se acrecentó más que en un 5 por 100. Hay que tener presente que la masa obrera aumenta sin cesar, y que, aun cuando la industria capitalista pudiera recibir, lo que no ocurre, un pequeño porcentaje

de nuevos brazos, gracias a los ensanchamientos continuos, no absorbería el porcentaje de nuevos proletarios que afluyen al mercado.

Había en 1927 en las minas del norte de Francia 48.608 obreros que producían 8.919.406 toneladas, o sea un rendimiento de 773 por individuo; en 1929 la cifra de los obreros era de 36.045, la producción de 9.637.167 y el rendimiento individual, en consecuencia, de 973 toneladas.

En todas partes se racionaliza; pero las consecuencias se pagan también. Según una estadística de la Caja de Socorros de los mineros de Douchy, en 1926 había allí 3.118 obreros que perdieron 29.004 jornadas por enfermedad; en 1929 había 2.696 obreros y perdieron 39.000 jornadas por enfermedad. Disminuyen los obreros, aumenta la producción, aumentan también las ganancias de los capitalistas, pero aumentan igualmente las enfermedades, la debilidad de los que trabajan (véase *Révolution prolétarienne*, París, 5 de mayo de 1931).

Durante ocho o diez años hemos reproducido material a granel sobre la racionalización y sus consecuencias, en folletos, circulares, artículos periodísticos. Las cifras apuntadas, tomadas al azar, dicen algo respecto a la industria moderna y a sus tendencias predominantes.

En los últimos dos o tres lustros el salto de la técnica fue tan grande y tan universal, que los trastornos originados por la introducción de las máquinas en Inglaterra hace poco más de un siglo no tienen punto de comparación con el desequilibrio producido en los últimos años con el instrumental nuevo. Sobre todo desde la guerra y la terminación de la guerra, hasta aquí la técnica productiva se ha perfeccionado asombrosamente en un ritmo jamás alcanzado. De ahí también las consecuencias enormes de su implantación.

La desocupación obrera

Fruto natural del desenvolvimiento técnico y de la inadaptación al mismo es el fenómeno mundial de la desocupación.

Hubo siempre en el capitalismo una cierta proporción de desocupados, el llamado ejército industrial de reserva, debido a las mismas causas. Por ejemplo, en Inglaterra, en 1901, la desocupación abarcaba un 2,5 por 100 de la población obrera; en 1913, era de 2,1 por 100; la proporción llegó a un 15, a un 20, a un 30 por 100 y más en la postguerra, a causa de la enorme racionalización industrial y a las consecuencias de la gran hecatombe.

Una cierta desocupación, como una cierta racionalización

industrial las hubo siempre en el capitalismo; pero lo mismo que sería erróneo juzgar la crisis actual de acuerdo al cartabón de las viejas crisis periódicas, también nos equivocáramos de medio a medio si quisiéramos aplicar a la racionalización y a la desocupación modernas el mismo criterio que se aplicaba en otros tiempos. No sólo es diversa la situación por la intensidad y la universalidad de esos fenómenos, sino también por la esencia, por las proyecciones y por las consecuencias.

Las grandes innovaciones mecánicas ahorran trabajo humano en proporciones inesperadas. El capitalismo se frota las manos satisfecho, pues reduce a un mínimo el precio de costo de su producción, lleva al máximo el funcionamiento perfecto de sus fábricas, evita la rebelión huelguista de los esclavos humanos. Pero los obreros desocupados pesan fuertemente en el mercado del consumo. Las fábricas tienen que paralizarse, trabajar sólo temporalmente; el mundo financiero experimenta sobresaltos, estancamiento; todos sus cálculos fallan; se restringe el crédito, la circulación financiera es obstaculizada. La desocupación forzosa, resultado de la técnica nueva, se convierte a su vez en causa de desocupación y de agravación de la crisis (véase nuestro folleto *La jornada de seis horas*, 3.^a edición, Buenos Aires, 1928).

Actualmente se cuentan alrededor de 50 millones de obreros sin trabajo en el mundo. En los años próximos la cifra será mucho mayor si no se le pone un límite natural mediante la expropiación de la riqueza y su socialización. Sólo los Estados Unidos, el país que avasallaba al mundo con sus riquezas, su maquinaria, su producción sin rival en materias primas, cuenta de doce a quince millones de desocupados; Alemania oscila ya entre 5 y 6 millones (sólo la ciudad de Berlín tiene de 600 a 700 mil personas sin trabajo). Los países más pobres, los agrícolas, los últimos en experimentar los efectos de la crisis mundial, están ya de lleno sufriendo las consecuencias profundas del gran mal de nuestros tiempos. Calcúlese lo que significan 50 millones de obreros en la calle, con sus respectivas familias, es decir, una población de 200 millones de seres humanos. La burguesía no es sentimental, no se apiada del dolor y de la tragedia que la falta de trabajo implica para los millones de hogares proletarios; pero de cualquier modo no puede menos de resentirse por la pérdida de ese mercado inmenso de consumidores, equivalente a todo un continente cerrado herméticamente al acceso comercial.

¿Qué hacer? La educación para la resignación y la mansedumbre ha hecho posible el milagro de la impotencia de

esos 50 millones de hombres consagrados a la muerte por inanición o a servir en cualquier momento de carne de cañón para las guerras o de paragolpes de las insurrecciones proletarias.

Nosotros no somos muy optimistas sobre la eficacia revolucionaria de los millones de seres que sufren mansamente la miseria; si de ellos hubiese de depender un cambio social, no se operaría seguramente. Pero es que el capitalismo no puede seguir más sin adaptarse a la técnica, y la adaptación a la técnica significa su desaparición, de cualquier modo que se opere.

No hace falta que demos mayores descripciones de los efectos de la miseria moderna, fruto de la capacidad productiva formidablemente acrecentada. El que quiere verlos no tiene más que abrir los ojos y mirar a su alrededor, dondequiera que se encuentre. Sin embargo, va el siguiente botón de muestra, relativo a Alemania y tomado de una correspondencia periodística de 1931:

«Ultimamente un médico examinó desde el punto de vista higiénico las consecuencias de la crisis económica que afecta tan duramente a Alemania.

Sus conclusiones eran claramente pesimistas. Según el doctor Ludwig Guenzburg, de Francfort, el autor del estudio en cuestión, no son sólo los desocupados los que sufren la crisis: todos los que trabajan sufren más o menos el contragolpe en su salud.

En efecto, los que, favorecidos por las circunstancias, han podido conservar un empleo y han pasado de cierta edad, tiemblan a la idea de ser despedidos. Su equilibrio mental es roto, y a menudo acaban por convertirse en neurasténicos.

Todos, a consecuencia de las restricciones de los patronos, de la concentración o de la racionalización, son sometidos a un *surmenage* intenso, a una obligación de trabajo que a menudo supera el límite de sus fuerzas. Ese exceso de labor, que aceptan siempre en la aprensión de un despido, implica en breve plazo la falta de apetito, el insomnio y el agotamiento nervioso.

Muchos empleados no consiguen quedar en pie más que a fuerza de drogas y excitantes que deterioran sus órganos.

Los privilegiados son los empleados jóvenes, los obreros calificados o los especialistas, que no temen quedarse en la calle, y los funcionarios que, después de entrar en vigor algunos decretos-leyes en su favor, no están, por lo demás, más inmunizados.

Si el estudio del doctor Guenzburg nos abre perspectivas poco tranquilizadoras sobre el estado físico de los que tra-

bajan, hallamos la confirmación de sus sombríos pronósticos en las recientes estadísticas de muertes violentas publicadas en los diarios del Reich.

El año último, en Berlín, que cuenta 4 millones de habitantes, hubo un total de 3.734 muertes violentas, es decir, imputables a suicidios, a accidentes o a crímenes. El número de asesinatos fue de 79, el de accidentes mortales de 1.464; los suicidios quedan a la cabeza de esa fúnebre lista con el total impresionante de 1.827 casos, a quienes hay que agregar 364 personas cuyas causas de muerte no han podido ser exactamente determinadas. Se trata, claro está, de decesos que entran en una y otra de las tres categorías nombradas, pero casi siempre de suicidios.

En total hubo, pues, en Berlín, 2.200 suicidios aproximadamente en un año, es decir que seis personas por día ponen voluntariamente fin a su existencia...

Esta necrofilia no es solamente propia de la capital del Reich; se extiende a toda Alemania; es una gangrena que corroe todas las capas de la sociedad, que alcanza a todas las profesiones y a todas las edades.

Se han registrado en 1930 en todo el Reich 16.036 suicidios, entre los cuales 12.235 eran hombres y 4.797 eran mujeres, lo que significa un término medio de 44 suicidios por día.» *Révolution prolétarienne*, octubre de 1931, París.)

La desocupación en Estados Unidos

De doce a quince millones de desocupados nos presentan las estadísticas de los Estados Unidos. Una población de 35 a 40 millones de personas viviendo de milagro, con las más negras perspectivas para un porvenir inmediato. No se puede decir de ese país que no dispone de recursos monetarios y financieros. Posee más del 40 por 100 de las existencias en oro del mundo; en 1928 contaba con 496 personas que declararon disponer de ingresos anuales superiores a un millón de dólares cada una, en el mismo período en que el ministro de Trabajo, Davis, tuvo que confesar que más de dos millones de obreros norteamericanos no ganaban 16 dólares por semana.

Aparte de esa riqueza produce el 90 por 100 de los automóviles, elabora el 70 por 100 del caucho, fabrica el 57 por 100 de las máquinas, el 50 por 100 de la producción electrotécnica, el 50 por 100 de la producción química, el 50 por 100 del papel, otro tanto del hierro y el acero; cuenta con la tercera parte de la red ferroviaria del mundo, y de

cada cinco automóviles, cuatro están en los Estados Unidos en funciones.

El instrumental técnico de la industria norteamericana, trabajando de acuerdo a sus posibilidades, podría abastecer la demanda del mundo entero.

¿Por qué una desocupación tal en un país inmensamente rico en materias primas, en máquinas, en mano de obra, en recursos financieros? ¿Por qué la crisis?

He aquí una breve explicación:

Calculando en 100 la producción industrial de Estados Unidos, en 1919 vemos que ocupaba una población de 9 millones de obreros; en 1928 la producción se había elevado a 132,2 y en cambio los obreros ocupados habían disminuido a 7.866.000. Es decir, mientras la producción se eleva un 32,2 por 100, la cifra de los trabajadores necesarios disminuye en más de un millón. H. N. Brailsford, el conocido economista, M. H. B. Butler, director del Bureau Internacional del Trabajo, la American Federation of Labor reproducen cifras muy aproximadas. Según Butler, el rendimiento por cabeza en Estados Unidos aumentó desde 1919 a 1929 en un 45 por 100, mientras que el número de personas ocupadas cayó de 9 a 8 millones. En las minas de carbón, según la A. F. of Labor, disminuyeron en 100.000 los mineros, pero la producción aumentó en un 23 por 100.

Y ese desequilibrio sigue en aumento. Cada vez son necesarios menos obreros para la producción; ésta puede aumentar y disminuir aquéllos.

El capitalismo no considera esenciales a los trabajadores en el proceso productivo; pero al descartarlos como productores los suprime o los reduce a un mínimo como consumidores y los resultados no se hacen esperar. En la primera quincena de febrero de 1930 los contratos de construcción en relación con la misma época del año precedente habían disminuido en un 34 por 100.

Los vagones cargados durante la semana que terminaba el 8 de febrero eran 69.400 menos que en la misma semana del año precedente; las exportaciones en enero eran de 417 millones de dólares en lugar de 488 del año anterior, etc.

Las cifras más recientes son mucho más expresivas.

El malestar del mundo

Desde el punto de vista del bienestar material de las grandes masas, el mundo ha retrogradado. Se vive en peores condiciones que antes, con más necesidades insatisfechas, con más apremios, más solicitudes y menos posibilidades

de satisfacerlas. Los hombres de ciencia que calculan el mínimo de elementos necesarios para sostener la vida no podrían creer, si no lo comprobaran por sus propios ojos, hasta qué extremo se llega en la tolerancia de la propia ruina por el hambre y las privaciones. Media humanidad se encuentra en continua decadencia por causa de una nutrición insuficiente. Y frente a esa mitad de la humanidad que se aprieta el cinto, es grande el contraste de la minoría que decae también, pero de hartura perpetua.

Antes de la guerra el profesor Henningsen ha calculado el mínimo de existencia absolutamente necesario para conservar la especie humana. Ese mínimo no es alcanzado hoy más que por una pequeña minoría de trabajadores.

Seebohn Rowntree ha constatado con métodos científicos adecuados de investigación que el 43 por 100 de la población obrera de New York, con un salario regular, vivía en la pobreza. No digamos nada de los millones de obreros sin trabajo. Su vida es una pesadilla y una tortura que no se pueden describir sin escalofríos.

La familia proletaria se crea desnutrida, con hambre jamás satisfecha y en consecuencia víctima de un cúmulo de enfermedades propias de la miseria. Si no fuese tan grande la capacidad de sufrir del hombre, los aplastados bajo el peso de las privaciones, viendo sin cesar delante de ellos el espectro de la consunción, juzgarían más digno morir en lucha abierta por el pan y por la justicia.

Es increíble, sin embargo, la ignorancia y la cobardía de las grandes masas. Su miseria fisiológica de hoy deja a las generaciones del porvenir la triste herencia del raquitismo, de la escrófula, de la tuberculosis y de la debilidad mental. Porque las generaciones que hayan de criarse en el ambiente de las penurias actuales, por las razones más elementales de la biología, tienen que ver mermadas su capacidad de vivir, sus posibilidades de resistencia física y de potencia espiritual.

La rebelión contra las condiciones deprimentes en que vivimos es un deber urgente, no sólo de acuerdo a un principio de justicia superior, no sólo por el imperativo de la libertad y como reacción ante el contraste de la miseria de las grandes masas frente a las infinitas posibilidades de la producción, sino por la obligación moral que tenemos de defender la prole contra la ruina y la muerte.

La situación espantosa por que atraviesa el mundo, sobre todo desde el punto de vista material, del sostenimiento físico de los pueblos, puede tener precedentes pasajeros o locales en la Historia, pero nunca se ha conocido tal generalización del malestar de las clases trabajadoras. En

todo el mundo el proletariado de las ciudades y de los campos soporta desde hace un par de lustros condiciones completamente inhumanas de vida. Y el pasivismo de los trabajadores es también general. Quizás tiene su causa en la misma miseria que les deprime. La miseria continua desalienta y degrada a los hombres en lugar de convertirlos en rebeldes. Por eso, si los pueblos dejan pasar los años y dejan venir las nuevas generaciones trágicas de la desocupación, más taradas y débiles que las de las grandes guerras, la humanidad corre peligro de caer en una abyección vergonzosa e infamante por miles y miles de años.

Se ha discutido algunas veces en las esferas oficiales sobre la carestía de las subsistencias. Valen los debates por las cifras y los hechos concretos que aportan. Nada más. La solución a esa situación no está arriba, en las esferas de los decretos y de las leyes, sino abajo, en la acción directa del pueblo. De uno de esos debates a fines de 1929 tomamos estos datos:

El consumo diario de pan por la población de Buenos Aires es de 900.000 kilos: la harina se vende a 17 centavos el kilo, el pan a 35 por término medio. Con el mismo precio aproximado de la harina en 1914 el pan se vendía casi la mitad más barato. ¿Cómo se explica eso? Los salarios de los obreros panaderos no justifican ese aumento enorme. Lo que pasa es que el capitalismo y el estatismo sacan hoy más provecho que antes de su intervención en el proceso productivo.

Una explicación de cómo se produce la carestía de la vida en el capitalismo la tenemos, por ejemplo, en la carne. Sale de la estancia el ganado con destino a la cocina de los consumidores a un precio ridículo casi, y pasa por varias manos, en las que quedan siempre las mejores tajadas. El consignatario que recibe la hacienda en los mercados se cobra una comisión de dos centavos y medio por kilo; el abastecedor que compra la res a ese consignatario se queda con 15 a 18 centavos por kilo. El acopiador que funciona entre el frigorífico y el minorista se queda con otros dos o tres centavos. Viene luego el carnicero y quiere sacar provecho de su trabajo; otro 20 ó 30 por 100 que carga sobre el precio de la carne. Cuando la res llega al consumidor no quedan más que los huesos, y esos son caros también.

Los aumentos crecientes del precio de la carne han hecho que el consumo disminuya, pero no por falta de hambre, sino por falta de recursos monetarios para adquirirla. En 1923 se consumían en Buenos Aires 990 mil kilos de carne por día; en 1929, con un aumento de la población, se llegaba apenas a 640.000.

En 1926 se consumía en Estados Unidos, por término medio, 63,6 libras de carne por cabeza; en 1929 se había reducido ese consumo a 51,4 libras. Esas cifras globales dicen poco, porque se incluye en ellas lo mismo al burgués que al proletario, cuando en la práctica no es el burgués el que disminuye el consumo sino el obrero, la familia trabajadora. Si la comparación del consumo se hiciese tomando sólo la base de los trabajadores, la desproporción sería más palpable todavía.

Esta estadística de la población obrera alemana es más ilustrativa. Se comparan los años 1907 y 1926 y se toman algunos productos alimenticios básicos.

Por ejemplo, el consumo de leche es un 19,85 por 100 menor en 1926 que en 1907, pero en cambio los gastos por ese menor consumo son un 19,80 por 100 más elevados. Se consume un 36,34 por 100 menos de manteca, pero se paga un 4,24 por 100 más; se consume un 25,23 por 100 menos de queso, pero se gasta en ello un 92,78 por 100 más; se consume un 6,47 por 100 menos de carne, pero se paga por ese consumo reducido un 26,62 por 100 más; se consume un 1,09 por 100 menos de pan, pero se paga un 19,16 por 100 más; se consume un 9,21 por 100 menos de verdura, pero se paga un 107,53 por 100 más.

Los precios han aumentado, los salarios lo hicieron mucho más parcamente, la desocupación fue en progresión creciente, los gastos del estatismo son de año en año mayores, etcétera. En esas condiciones no es de extrañar que el estómago proletario se habitúe por fuerza a la alimentación insuficiente o de inferior calidad, cuyo primer resultado es una reducción de la vitalidad del individuo y una decadencia segura de la prole.

Aumentan los precios, y como por otra parte empeoran las condiciones del mercado del trabajo, el balance no es difícil de hacer.

Ya que hemos hablado de Alemania, demos estas cifras que no carecen de interés. Tomando el índice del coste de la vida en 1913 y considerándolo como 100, tenemos en 1924 ese índice elevado a 122 en el primer trimestre, a 136 en el primer trimestre de 1925, a 139 en el primer trimestre de 1926, a 145 en el primer trimestre de 1927, a 151 en el primer trimestre de 1928, a 154 en el primer trimestre de 1929.

En Francia, sobre la misma base del índice 100 para 1913 tenemos estas cifras del coste general de la vida: en el primer trimestre de 1928 era de 507, en el primer trimestre de 1929 era ya de 547, y en enero de 1930 la cifra había pasado de 600.

Vemos, por tanto, un crecimiento ininterrumpido de los precios, y como por otra parte los aumentos en los salarios no siguen la misma proporción, y como los gastos tributarios son cada día mayores y la desocupación crece sin cesar, el más ciego tiene que comprender, que palpar, que sentir las consecuencias del bajo nivel de vida a que es forzado el proletariado.

Reducción de la jornada

Los progresos de la mecanización han hecho en un grado considerable independiente la duración de la jornada de trabajo de la cantidad de productos elaborados, es decir, de la productividad. Mejor dicho, una larga jornada no quiere decir siempre una más elevada producción. Y como en estas cosas valen más las cifras y los hechos concretos que las palabras, demos un resumen estadístico de la evolución del trabajo en los Estados Unidos en el curso de los años que van de 1899 a 1923.

Tomando la cifra 100 como base para 1899, la productividad del conjunto de las industrias norteamericanas alcanzó en 1923 a 263, es decir, casi una triplicación, mientras que el número de obreros no alcanzó más que a 188, es decir, no duplicó su cifra de 1899.

En algunas industrias la desproporción fue formidable: por ejemplo, en la industria de las conservas de verduras y frutas la productividad llegó a 515 en 1923, en comparación con la cifra básica de 1899, mientras que el número de obreros ocupados no se elevó más que a 157; en los artículos de seda la productividad aumentó 3.060, mientras que el número de obreros se había reducido a 92, es decir, con un rendimiento tan elevado, el personal se había reducido todavía en ese período; en la industria del papel y de las artes gráficas el rendimiento se elevó a 375, mientras que el número de obreros no alcanzó más que a 179.

Con eso tenemos una prueba evidente de la independencia que ha logrado establecer el mecanismo capitalista de la producción entre el rendimiento del mismo y el número de brazos humanos necesarios, independencia que repercute y determina naturalmente la existencia entre la jornada de trabajo y la productividad del obrero.

En 1914 se trabajaban en Alemania 52, 53, 54 y hasta 60 horas por semana en las fábricas; en 1926 la jornada general era de ocho horas, o sea 48 semanales. ¿Quiere decir eso que la producción haya disminuido de una manera correspondiente?

Demos algunas cifras de la *Holzarbeiter-Zeitung* (Berlín,

1927) referentes a la industria de la madera, donde menos se han advertido los progresos de la mecanización, de la racionalización del trabajo y de los establecimientos:

En la construcción de pianos en Sajonia, con una reducción de 7,7 por ciento en la jornada no se ha señalado ningún decrecimiento de la productividad; con la misma reducción de la jornada en la industria mecánica de los pianos del centro de Alemania, se ha aumentado desde 1914 a 1926 un 13 por ciento del rendimiento; en la fabricación de cepillos se han tenido aumentos de la productividad hasta de 77,9 por ciento con una reducción de 9,4 por ciento en la jornada; en la fabricación de hormas para zapatos, en el sur de Alemania, el aumento de la productividad fue de 33,3 por ciento en el mismo espacio de tiempo, con una reducción de 10,3 por ciento en la jornada, es decir, la jornada fue reducida de 53 horas y media a 38 por semana; en el lustrado de las máquinas de coser, en Sajonia, con una reducción de la jornada de 14,3 por ciento, se ha tenido un aumento del 25 por ciento en la producción; en el acanalado de mesas se aumentó el rendimiento en un 60 por ciento con una reducción del 14,3 por ciento en la jornada; en la fabricación de sillas, en el centro de Alemania, con una reducción del 20 por ciento en la jornada (de 60 horas semanales a 48) se constata un aumento del 50 por ciento en la productividad.

La encuesta de que tomamos estas cifras atribuye ese aumento de la productividad, no tanto a las mejoras técnicas, sino a la alegría del trabajo, producida por la reducción de la jornada, y a un aumento de salarios, causa de una intensificación voluntaria del esfuerzo. Esto tiene el mérito de partir de elementos profesionales marxistas, para quienes solamente el factor económico importa en la vida. Por lo demás, el aumento del rendimiento conseguido en una industria relativamente poco o apenas racionalizada como es la de la madera, se ha conseguido por la implantación de nuevos mecanismos y procedimientos de trabajo en otras industrias, donde el capitalismo ha llegado a excluir la mano de obra humana en una proporción alarmante.

En la minería alemana, la productividad por obrero, sobre la base de 1913 considerada en 100, era en 1926 en la extracción del carbón de piedra de 98, es decir, algo inferior, pero en cambio en el mineral de hierro era de 122, en la extracción de minerales de plomo, plata y zinc de 106,7 (en 1927 de 113,4), en la extracción de cobre de 120,8 (en 1927 de 140,8), en la producción de acero era de 135,8, etcétera. En todas partes se nota un crecimiento de la productividad por obrero, lo que supone, cuando el consumo no se acre-

centó de una manera correspondiente, una disminución de brazos o crisis comerciales e industriales periódicas.

Escribe un autor alemán (*Die Arbeit*, febrero 1928, Berlín, pág. 127):

«La cuota de extracción por hombre y grupo de los distritos más importantes de la antracita alemana señala aumentos que sobrepasan del 20 al 25 por ciento a las cifras de antes de la guerra... La cifra del personal ocupado en el distrito del Rhur ha bajado de 426.033 por término medio en 1913 a 398.043 a fines de diciembre de 1927... No cabe duda de que la progresiva mecanización ha suscitado una demanda a las fuerzas morales y corporales del minero que ha superado ya los límites máximos...»

Sobre la industria de la porcelana en Limoges (Francia), reproducimos estos datos: En 1913, 9.545 obreros trabajaron 28.635.000 horas; en 1925 trabajaron 8.380 obreros un total de 20.112.000 horas. Pero la parte de cada obrero en la producción, que era 100, por ejemplo, en 1913, ascendió a 133 en 1925. Disminuyeron los obreros, disminuyeron las horas de trabajo y, sin embargo, aumenta la producción total.

En la industria alemana de la potasa tenemos desde 1913 a 1917 un aumento de la producción en 256 por ciento para cada establecimiento; en cambio se advierte en el mismo tiempo una disminución de 37 por ciento en el personal (en 1913 había 29.258 obreros que recibían salarios por 44.638.944,96 marcos; en 1927 no había más que 18.454 obreros que recibían en concepto de salario 36.083.528 marcos).

Y a pesar de constatarse en todas las industrias un aumento de la productividad con un decrecimiento simultáneo de las fuerzas humanas necesarias, el ex presidente de los Estados Unidos, Hoover, asegura que los principales industriales de su país no producen más que del 36 al 71 por ciento de lo que podrían producir. Constataciones de esa naturaleza llevaron a un ex ministro de Coolidge a sostener que el actual aparato de producción de la gran república del Norte se basta para abastecer de artículos manufacturados al mundo entero.

Aunque en realidad no sería necesario insistir sobre estos datos que nadie pone en duda, ni siquiera los adversarios más encarnizados de nuestras conclusiones, damos las siguientes cifras:

En la industria norteamericana del tabaco, tomando por base la cifra de 100 para 1919, la producción era en 1925 un 26 por ciento superior y el personal ocupado se había reducido a 87 y a 80. En 1927 la producción era de 144 por ciento y el número de los obreros ocupados había disminuido a

79,5. En la industria del automóvil la desproporción es más grande todavía, y es importantísima en la industria química, en la del hierro y el acero, en la de la madera, etc.

* * *

¿Qué hacer? ¿Qué actitud asumir? Tenemos por un lado una capacidad de producción casi ilimitada, por otro una miseria proletaria creciente a causa de la desocupación crónica en dimensiones jamás conocidas y en intensidad insospechada. Tenemos por una parte, como se ha visto, un acrecentamiento del porcentaje de las ganancias del capitalismo, sea por el abaratamiento del costo de la producción, sea por la venta más considerable o por la defensa del nivel de los precios merced a los trusts cada día más amplios; por otra parte tenemos, por consiguiente, en conjunto, una reducción de la parte de los trabajadores en el producto de su trabajo.

Hace unos años, cuando la crisis sólo afectaba hondamente a algunos países industriales de Europa, propusimos como un medio para hacer frente a la fiebre racionalizadora una reducción de la jornada de trabajo. De ese modo podía ser absorbida la desocupación en el proceso productivo. Pero entonces, a comienzos de 1925, sólo había diez millones de obreros sin trabajo. Hoy, repetimos, hay cincuenta millones, y la reducción de la jornada, que en nuestros cálculos de 1925 sería de seis horas, tendría que ser mucho más importante, y tampoco consolidaría la posición del capitalismo, porque el desequilibrio es ya total, de economía y de ideas, de instituciones y de actitudes. Poco después de haber hecho suya la Asociación Internacional de los Trabajadores la plataforma de la jornada de seis horas, se comenzó por los más diversos sectores, incluso por los más acérrimamente reformistas, a propiciar la reducción de la jornada, el acortamiento de la semana de trabajo, etc. En los hechos no hubo más reducción que la impuesta por los capitalistas mismos, en contra de los intereses de los trabajadores, bajo los imperativos de la paralización del mercado.

Nosotros no esperamos ya nada de la reducción de la jornada en el régimen capitalista; si algo se consigue será a través de grandes luchas y de enormes sacrificios y en medida insuficiente. Pero el estado actual de la técnica y su estado posible en una economía socializada, nos autorizan a prever una jornada de tres o cuatro horas en un régimen de trabajo no capitalista, jornada que bastará para cubrir ampliamente las necesidades del hombre. Entonces la humanidad disfrutará al fin de las conquistas de la ciencia y de la

técnica y se desarrollará en un plano históricamente nuevo: el que ha de proporcionarle una vida económica holgada con un mínimo de esfuerzo y las energías y el tiempo necesarios para el cultivo de la inteligencia y del sentimiento.

Esta perspectiva no es ya utopía, anhelo generoso, sino realidad posible desde hoy mismo, demostrable como un problema aritmético, y por lo demás, al alcance de todas las mentalidades, por limitadas que sean.

Socialización de la riqueza

El desarrollo de la economía moderna pone fuera de combate todo un cúmulo de ideas, interpretaciones y métodos que la traban y estorban. Por ejemplo, hasta en los ambientes reaccionarios se habla de la bancarrota de la propiedad privada, y lo que ayer era un tabú inviolable, se considera hoy, no sólo entre los desheredados y los revolucionarios, como un anacronismo. La crítica a la injusticia de la propiedad privada, monopolista, se ha hecho desde hace un siglo por todas las corrientes del socialismo; pero la crítica no habría sido capaz por sí sola de derrumbar los privilegios fundados en esa apropiación; hizo mucho más el des-envolvimiento técnico, la fuerza misma de las nuevas realidades. Tenía su razón histórica de existencia la propiedad privada cuando en el círculo de una familia se producía casi todo lo esencial para el consumo, como tuvo después su justificación el nacionalismo cuando en gran medida podía hablarse de independencia económica nacional. El entrecruzamiento de las relaciones económicas, la interdependencia de los hombres en casi todos sus pasos, han hecho sentir con más vigor que todos los discursos la incongruencia de la monopolización privada de la riqueza. La nueva economía no cabe en los límites de la vieja familia patriarcal, ni en los límites de una determinada nacionalidad política.

Por otra parte, es un concepto fundamental de todas las doctrinas, de todas las filosofías y de todas las religiones, que el derecho a la vida está por encima de todos los derechos. Ahora bien, la propiedad monopolista de la riqueza social atenta con más intensidad que la más sangrienta de las guerras contra la vida de las colectividades.

No hace falta ser socialista, anarquista o bolchevista para comprender la monstruosidad de un acaparamiento de la tierra, de los instrumentos de trabajo, de la vivienda, etc., para fines de lucro personal cuando ese acaparamiento condena a la muerte por el hambre a millones y millones de seres humanos.

La evolución misma ha roto ya en gran parte con el viejo capitalismo privado para dejar en su lugar el capitalismo que algunos autores llaman colectivo, es decir, en lugar del individuo ha entrado en la dirección económica la gran compañía explotadora, en lugar del capital privado una gran asociación de capitales. La dirección de la vida económica moderna está en manos de grandes trusts, de grandes concentraciones capitalistas, de compañías por acciones formadas por el aporte de millares y millares de personas.

Es un poco más hacia el futuro ese capitalismo colectivo; ha hecho posible perfeccionamientos técnicos considerables, pero ha permitido también agravar la situación de bancarrota del régimen, porque a mayor perfeccionamiento de la producción en el capitalismo, más desequilibrio social debía sobrevenir, porque sería mayor la inadaptación en la distribución de los productos.

No es ni justo ni económico que los campesinos sufran todas las calamidades porque el mercado capitalista no admite sus productos, mientras millones y millones mueren literalmente de hambre; no es justo que mientras haya obreros textiles parados y materias primas en abundancia, media humanidad ande semidesnuda; no es justo ni lógico que mientras tantos obreros de la construcción están en la miseria por falta de trabajo, muchos centenares de millares de familias carezcan de techo. La industria moderna ha llegado a una altura increíble de desarrollo y puede producir la superabundancia con un mínimo de esfuerzo. Mientras esté en manos de acaparadores monopolistas, que sólo atienden a la rentabilidad de la producción, y que no sienten ningún escrúpulo en ver morir en la miseria a tantos semejantes, no se producirá para satisfacer necesidades, sino para satisfacer el afán de lucro de los monopolistas. Y esto es intolerable. El bienestar social debe estar por encima de todos los presuntos derechos codificados de acaparamiento.

La vida moderna no puede conciliarse ya con la propiedad privada de las fuentes de la riqueza social. Y si hasta estos últimos años el capitalismo había logrado asegurar más o menos un cierto nivel de vida a los pueblos, no obstante su enriquecimiento continuo, hoy que la existencia de muchos millones de seres pelagra por causa de la organización económica capitalista y por la inadaptación al imperio de la técnica, se pone de relieve la imposibilidad de un estado de cosas que hace primar el interés particular del parasitismo sobre el interés social de los pueblos que todo lo crean.

El capitalismo no tendría ningún escrúpulo ni se sentiría trabado en lo más mínimo por preceptos morales de ninguna especie en producir el exterminio de la masa actual de los

desocupados, policialmente, en las masacres eventuales, o militarmente en las guerras siempre posibles. Al fin y al cabo los desocupados no son necesarios para la producción; las máquinas hacen mejor que ellos el trabajo; tampoco significan un mercado rentable, porque su única riqueza es el salario, y al faltar éste, les falta todo. En cambio significan siempre una amenaza para el orden público, para la tranquilidad de los satisfechos.

Nosotros no excluimos que ese exterminio se lleve a cabo; una nueva guerra mundial liquidaría algunas decenas de millones de hombres; se daría a los que no trabajan una tarea: la de matarse unos a otros. ¿Pero es que eso resolvería la crisis económica actual? Indudablemente, no. Al día siguiente de la guerra, con cuarenta o cincuenta millones de personas borradas de la existencia, el mal se agravaría por los recargos económicos de la hecatombe (una guerra es el medio más veloz para aniquilar riquezas acumuladas).

Las otras cataplasmas que quieren aplicar los gobiernos, y que propician los capitalistas, son tan inofensivas, tan ingenuamente estériles, que no vale la pena mencionarlas siquiera. Si en los tiempos en que el máximo de la desocupación, como antes de la guerra de 1914-18, no superaba apenas el 2 por ciento del proletariado, significaba algo el empleo de unos cuantos millones para obras públicas, hoy es totalmente inútil. Y para aumentar la capacidad de compra de la masa obrera mediante la elevación de los salarios es ya tarde, como es ya tarde para echar mano a una reducción de la jornada. ¿Se imagina alguien que el capitalismo es capaz de implantar una jornada máxima de cuatro horas, por ejemplo, y en algunas industrias más reducida aún, en el plazo de muy pocos años? ¿Se puede prever que sea capaz de reintegrar al proceso productivo a los millones de desocupados?

Un individuo puede suicidarse, una clase no se suicida nunca. Y la solución del problema de la desocupación significa la superación de la economía capitalista, la superación de la rentabilidad y la aplicación del trabajo a la satisfacción de las necesidades efectivas, es decir, el libre acceso a la riqueza social, producto de la sociedad y no de una clase, y menos precisamente de la clase que no ha trabajado nunca.

En una palabra, hay que socializar la riqueza, porque es la sociedad un concepto más amplio y más importante que el del individuo y porque la sociedad como conjunto es quien ha creado todo cuanto existe y a ella corresponden las fuentes naturales de riqueza, como la tierra, los yacimientos minerales, los rayos del sol, el agua.

Transformación política

Pero no es sólo la economía la que está en crisis y en vías de transformación hacia formas socializadas en contraposición a los monopolios actuales de la riqueza y de los instrumentos de trabajo, sino que también el aparato entero creado por la burguesía para su defensa, el Estado, es como un barco naufrago que hace agua por todas partes y que sólo se mantiene a flote por el terror militar y policial. En realidad los Estados capitalistas no son ya más que eso: Estados policiales y militares, último presunto reducto para contener la caída inevitable de una civilización que ha dado ya todos sus frutos buenos y malos y que en lo sucesivo no encuentra ni base de existencia en la economía, ni asentamiento en la política, ni fe en los corazones.

Se sabe, además, que toda transformación económica implica forzosamente una transformación en la convivencia social y en la organización política. El Estado actual responde a la estructura de la sociedad capitalista como la sombra al cuerpo; si esa sociedad se transforma, si han de establecerse nuevos conceptos sobre la propiedad, el derecho, la familia, la nacionalidad, el trabajo, etc., etc., si han de relacionarse los hombres desde otro plano económico, forzosamente tendrá que derrumbarse un superorganismo parasitario, simple aparato de defensa de privilegios superados por la evolución técnica y por el progreso científico y moral. Y esto se advierte hasta por los más ciegos representantes del capitalismo. Saben que su Estado se halla en decadencia, que sólo la fuerza y el fraude pueden sostenerlo en pie todavía. De ahí los fascismos modernos, tentativas desesperadas para mantener un poco más de tiempo esa institución e impedir que la humanidad busque mejores formas de convivencia y de estructuración.

Por otra parte, el Estado moderno es demasiado caro; los pueblos no pueden pagarle, ni aun por la fuerza; de ahí la política de los empréstitos, de los endeudamientos crecientes, de los impuestos nuevos, del aumento de los viejos, de ahí todas las tentativas, cada vez más dictatoriales, para conseguir dinero con que sostener el inmenso mecanismo.

Durante varios años hemos reunido para nuestra prensa datos abundantes sobre el crecimiento de los presupuestos de los Estados; no los tenemos a mano, y nos contentamos con la simple afirmación, afirmación que no necesita pruebas, porque todos saben que es verdad. Las cifras astronómicas de los presupuestos agobian cada vez más a la pobla-

ción laboriosa. Por un lado se ha restringido el nivel de vida a causa de la gran desocupación, de las deudas externas e internas, y por otro a causa de la absorción fabulosa de millones para el sostenimiento del estatismo.

Cuando la economía se encontraba en condiciones pasables, el aumento progresivo de los presupuestos apenas se notaba; pero ahora la situación es agobiante. Lo que antes habían de pagar, por ejemplo, diez millones de trabajadores, tienen que pagarlo ahora apenas cinco millones, pues no hay más fuente de tributación que la resultante del trabajo humano. Con el añadido que en los últimos diez o quince años los presupuestos se han duplicado por lo menos en todos los países.

El déficit del presupuesto francés de 1933, según Caillaux, alcanzará a la cifra de 10.000 millones de francos como mínimo. Toda la política moderna se reduce pura y simplemente a reprimir el descontento de la población y a encontrar dinero para hacer frente a los gastos crecientes del Estado.

El proyecto de presupuesto de la república española para 1933 es de 4.720.000.000 de pesetas, lo que implica un aumento de 170.000.000 sobre el presupuesto del año anterior. La dictadura de Primo de Rivera había elevado de un modo catastrófico ya las cifras del presupuesto; la república ha aumentado las cargas impositivas y tributarias, y eso que se dice haber suprimido gastos del sostenimiento del clero, lista civil, etc.

No vayamos lejos: el año 1929 regía en la provincia de Buenos Aires un presupuesto de 133.000.000; se gastaron 148.813.691. El presupuesto actual autoriza gastos por 156.267.000 pesos. De año en año se observan en los presupuestos de los Estados, de las provincias y de las comunas aumentos y más aumentos. Todos ellos tienen que ser pagados en realidad por un número progresivamente menor de obreros y campesinos.

Ante esa voracidad estatal no debe extrañar que los pueblos se hundan cada día más. Sobre 9.267 conscriptos de la clase de 1910 presentados para el servicio en la Marina, 4.134 resultaron inútiles, es decir, un 44,6 por ciento. Y tiene que ser así, pues el Estado, cáncer de la sociedad moderna, no puede desarrollarse más que a costa de la miseria de los pueblos.

Si el Estado capitalista no se derrumbase por el cambio forzoso de la economía basada en la propiedad privada y en la especulación; si no se derrumbase por el cambio de las ideas y las costumbres de los pueblos, tendría que caer por la imposibilidad de sostener sus gastos crecientes.

La municipalidad de Buenos Aires tenía en 1917 un presupuesto de gastos de 40.656.350 pesos; diez años más tarde, en 1927, el presupuesto era ya de 88.083.960; en 1930 pasó de 100 millones de pesos.

No nos figuremos, sin embargo, que ese encarecimiento del estatismo ocurre sólo con los gobiernos llamados capitalistas. Para demostrar lo contrario están ahí los llamados socialistas legalitarios, donde quiera que han recibido las riendas del poder. Y como aumentar los recursos financieros del poder político significa fortificarlo en detrimento del pueblo y de la libertad, no debe extrañarnos que esos socialistas que renegaron del socialismo constituyan una legítima esperanza de la contrarrevolución.

El estudio de la actuación de los socialistas legalitarios en Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia, Austria, etc., nos demostraría cuán grande ha sido su celo en la fortificación del Estado capitalista.

Por su parte el ejemplo de Rusia es elocuente. En 1928 el presupuesto era de 8.000 millones de rublos; en 1930 era de 11.390 millones. Es el presupuesto estatal más grande del mundo.

Nos importa muy poco la justificación de esos aumentos. La justificación puede ser más o menos plausible, según la habilidad de los gobernantes y según su fuerza para hacerla aceptar por la población. Lo que nos importa es el hecho del encarecimiento formidable del estatismo, que se traduce por restricción de la libertad y por disminución del bienestar general de los que trabajan y producen.

De 1929 a 1930, el presupuesto del gobierno italiano aumentó en 777.923.000 liras. El Ministerio de la Guerra recibió 152 millones de liras más, el de Marina 243.

En el mismo período aumentó el presupuesto de los Estados Unidos en más de 120 millones de dólares. También van a parar los aumentos a los Ministerios de Guerra, Marina y Aviación.

Sebastián Faure planteó hace unos años en *La Voix Libertaire*, de Limoges, una discusión sobre si todos los gobiernos se equivalen. Nosotros responderíamos, desde un punto de vista especial, que los Estados que encarecen son simultáneamente Estados que empeoran; los Estados menos malos son los más baratos.

El presupuesto ordinario del gobierno español era en 1923, al producirse el golpe de Estado de Primo de Rivera, de 2.879 millones de pesetas; en 1929 la suma había llegado a 4.485 millones. La república flamante, como lo hemos visto ya, va acercándose a los 5.000 millones de pesetas.

Al aumentar los presupuestos, aumenta la fuerza del Es-

tado, aumentan las oficinas, los empleados, las complicaciones, las dificultades. Para resolver esas dificultades se requieren nuevos gastos, nuevos empleados, nuevas oficinas, etcétera. Llega un momento en que los pueblos quedan aplastados por el farrago de las instituciones públicas. En 1917 hubo en la comuna de Buenos Aires 1.012.299 expedientes; en 1929 se había llegado a 1.427.727. De algún modo hay que justificar la expoliación legal.

La Argentina tenía en 1910 un presupuesto de 267.038.188 pesos; actualmente pasa de mil millones.

* * *

Siempre fue la política una fuente de corrupción y de privilegio, pero nunca había llegado al desenfreno, a la impudicia, a la disolución en que se debate hoy, reducida a simple representación de intereses particulares.

Hemos tenido épocas en que el gobierno de los pueblos se ejercía en nombre de Dios y se describía a los príncipes y a los reyes como padres de los pueblos. La autoridad inspiraba temor y acatamiento a causa de su mezcla con nociones religiosas. El rey era como un semidiós en la tierra, cuando no se imponía a las conciencias primitivas como una divinidad hecha y derecha.

Esos gobiernos se disolvieron luego en las ambiciones surgidas de su propio seno, en las rivalidades de caudillos, en las luchas fratricidas por la sucesión y la herencia de la realeza, en el feudalismo feroz de los señores de horca y cuchillo, de los sátrapas regionales o locales.

Poco a poco se fue desvaneciendo la aureola religiosa de la autoridad, y aunque todavía en nuestros días se encuentran anacronismos de reyes que reinan por la gracia de Dios, se trata sólo de una fórmula sin sentido. Nadie cree ya en el origen divino de los gobiernos, nadie teme a la autoridad o le obedece por sentimiento religioso.

Era preciso encontrar un sucedáneo; era preciso poner en lugar del nimbo de la autoridad divina algo equivalente, y se inventó la política de los principios. Se formaron partidos, se elaboraron doctrinas, se creó la magia de las grandes palabras: república, democracia, liberalismo, progreso, etcétera. Esas palabras sonoras ocuparon en la vida política de los pueblos el puesto de las viejas creencias que ligaban la autoridad a la divinidad, por haber surgido o haberse ejercido desde los templos o por haber estado siempre en relaciones o en estrecha vecindad los templos sacerdotales y los palacios de los príncipes.

Se gobernó, pues, en nombre de principios, casi en nombre

de una nueva ciencia, encubriendo esa función sensualista y antipopular con ropajes pseudocientíficos y solemnes. Perdido el prestigio divino se recurrió al prestigio de la ciencia.

Sin embargo, el nuevo armazón del gobierno del hombre por el hombre acabó por desprenderse de toda impostura y por presentarse tal como es: como una comandita de usurpadores y de mixtificadores que medra a costa de la esclavitud de los pueblos. Ya no se invoca la autoridad divina, ni los altos principios de los partidos. Los apetitos se muestran de frente, sin tapujos, desembozados, sin careta. Se forma parte de un partido de gobierno para disfrutar de un puesto público, para encumbrarse en la escala de los privilegiados, para engordar sin grandes preocupaciones.

Si los Estados no se mantuviesen a base de dispendiosos presupuestos, extraídos por la fuerza y el terror, primero, y luego por el hábito, del trabajo de los pueblos, no habría estadistas ni estatólatras. Hay estatismo, fervor gubernativo, partidos políticos, porque hay presupuestos. A eso ha quedado reducida la función gubernativa.

Y es tanta la atracción de los presupuestos, que se les disputa con dientes y uñas. No hace falta más que aproximarse a las disputas íntimas de los partidos. En otros tiempos los apetitos se embozaban, se hablaba perifrásicamente de los principios magnos; hoy se considera inútil todo embozo y lo mismo que públicamente los agentes electorales proclaman la cantidad de empleos públicos de que disponen para cada provincia, así se discute públicamente por los descontentos, por los no ubicados, el derecho que tienen a una ración del presupuesto. En esa disolución moral, en ese desenfreno de ambiciones y de rivalidades, el Estado se ve forzado a aumentar de día en día su aparato burocrático, a aumentar los impuestos para acallar voces indeseables, a esquilmar incesantemente a los pueblos.

Todo un mundo pulula en torno a la descomposición política. No sólo quieren vivir a costa de los que trabajan los profesionales de la política, sino masas enormes de adeptos a los partidos.

Viene a propósito una página de Eliseo Reclus:

«Así como los ricos se apoyan sobre la masa profunda de los pobres y de los hambrientos que les son semejantes por los apetitos y el amor al lucro, así también las multitudes oprimidas, vejadas y maltratadas, sostienen indirectamente al Estado, puesto que se componen de individuos que se ocupan en solicitar empleos.

Naturalmente, esa expansión indefinida del poder, ese reparto al menudeo de las plazas, de los honores, de los pequeños sueldos, hasta salarios ridículos, hasta la simple

esperanza de emolumentos futuros, tiene consecuencias de efecto contradictorio. Por una parte la ambición de gobernar se generaliza, y la tendencia general del ciudadano común consiste en participar en la gerencia de la cosa pública. Millones de hombres se sienten solidarios de la conservación del Estado, que es su propiedad, su cosa; así también, paralelamente, la deuda creciente del gobierno, repartida en miles de pequeños títulos de renta, encuentra otros tantos defensores como acreedores que perciben cada trimestre el valor de sus cupones. Por otra parte ese Estado, dividido en innumerables fragmentos y colmando de privilegios a tal o cual individuo que todo el mundo conoce, y que no ha dado ocasión especial de que se le admire ni de que se le tema, que hasta hay razón para que se le desprecie, ese gobierno pueril, demasiado conocido, cesa de dominar a la multitud por la impresión de majestad terrible que pertenecía antes a los amos, casi siempre invisibles y que no se mostraban al público sino rodeados de jueces, de escuderos y verdugos. No solamente el Estado no inspira ya misterioso y sagrado terror, sino que hasta provoca risa y desprecio...»

Se sostiene esa máquina monstruosa de extracción de impuestos y de distribución de empleos por los intereses en que asienta y por el terror policial y militar que supo organizar. No es la fe de los pueblos, ni siquiera la fe de los gobernantes profesionales, lo que mantiene en pie la estructura estatal capitalista, sino los intereses de los que viven del presupuesto y las esperanzas de los que aspiran a vivir de él. La gestión de esos intereses constituye la política actual, de la que nosotros nos apartamos con asco y sobre la cual tenemos el deber de ilustrar a los hombres para que nieguen su concurso a un cáncer que acabará por llevar a las grandes masas a la decadencia física, después de haberlas llevado a la disolución moral.

El peso del militarismo

Una de las grandes plagas del régimen capitalista es el militarismo. El consume la mayor parte de los gastos del presupuesto de los Estados. No significa sólo la supresión en el proceso productivo de centenares de millares, de millones de fuerzas humanas en la flor de la edad y de la capacidad productiva; no sólo pervierte en los cuarteles a la parte mejor de la juventud; no sólo inculca, por mil caminos distintos, en los pueblos el virus del odio nacional y de la santidad de la matanza de los hermanos nacidos al otro lado de las fronteras, sino que gravita económicamente sobre la sociedad de una manera horrible, con los gastos propios de

su sostenimiento, con las compras incesantes de armas, con las pensiones militares, con la herencia psicológica y económica de las guerras. ¿Cuándo pagarán los países beligerantes de 1914-18, que gastaron 300.000 millones de dólares y mataron o imposibilitaron a 40 millones de hombres, cuándo pagarán, decimos, las finanzas de esa sangrienta aventura?

Volvamos a España. La república socializante presenta el siguiente presupuesto:

Instrucción pública, 309.000.000 de pesetas.

Guerra y Marina, 683.000.000 de pesetas.

Mantenimiento del orden público (Ministerio de la Gobernación), 417.000.000 de pesetas.

A lo aquí anotado para Guerra y Marina y para los diversos cuerpos policiales, habría que añadir una buena partida de los 1.270 millones de pesetas para obligaciones del Estado que tienen un origen militar. La república flamante, pues, aumenta en 29 millones el presupuesto de Marina y en 33 el de Guerra. Y los mismos ministros socialistas son los que propician la idea de una modernización del instrumento bélico a fin de hacer de España una potencia militar.

No vale la pena hablar de otros países, pues el panorama es en todos el mismo. Baste decir que el mundo tiene hoy más soldados que en 1914-18, y que los presupuestos bélicos son mucho mayores que entonces. Eso no impide el juego ridículo de las conferencias del desarme y de la limitación de los armamentos.

Lo mismo que sería absurda la pretensión de algunos industriales de propiciar una limitación de sus máquinas, o una vuelta a las menos productivas, así es absurda la idea de reducir o limitar los armamentos. Mientras subsista el capitalismo con el cúmulo de contradicciones y de monstruosidades que lo caracterizan, el militarismo existirá y absorberá de año en año mayor cantidad de millones.

Y se explica. La técnica de guerra está haciendo tantos progresos como la técnica industrial. Y nadie quiere quedarse atrás. De ahí que cada nueva invención implique un modernizamiento forzoso de toda la ferretería guerrera. Se gastan millones en espionajes recíprocos de país a país, para que ninguno cuente por mucho tiempo el monopolio de invenciones demasiado eficientes y la pobreza de un país no impedirá que sus castas militares tiendan a ponerse relativamente al día, tanto para hacer frente a la revolución popular como para las aventuras nacionales siempre posibles.

En 1930 Francia gastaba el 70 por ciento de su presupuesto total en el pago de las deudas de las guerras pasadas y en la preparación de las próximas; Estados Unidos el 72 por

ciento; Inglaterra el 75 por ciento. Desde 1930 a la fecha la proporción ha debido aumentar.

Si en 1913 había en el mundo 20 millones de soldados ejercitados, en 1930 se había llegado a 30 millones y los gastos se duplicaron.

Un poco de reflexión en torno a esas cifras debe bastarnos para comprender la tragedia.

Fascismo y bolchevismo

La inestabilidad de todas las instituciones políticas no requiere descripción alguna. Basta abrir los ojos y ver a nuestro alrededor, en todos los países. La vieja noción de la democracia, jamás realizada, pero sin embargo, taparrabos cómodo para todas las corrupciones, ha caído en desuso. Son muy pocos los partidos que propician un régimen democrático, y si lo hacen es por una demagogia, para captar votos. En realidad nadie cree en la democracia, fue un sueño que se desvaneció al comprobar que en el régimen de la desigualdad económica no puede haber ni libertad, ni igualdad ni fraternidad social. Es triste que para llegar a ese resultado se haya necesitado casi un siglo de parlamentarismo, de corrupción partidista, de práctica del sufragio universal. Con un poco de reflexión se habría acertado inmensamente el camino. Los anarquistas comprendieron el mito democrático desde el comienzo y supieron mantenerse en posición de crítica irreductible.

Por lo demás quien se acerque al material de los partidos, los democráticos y los conservadores reaccionarios, se dará cuenta que de todo hay en ellos menos una concepción social superior a sus ansias de puestos públicos y de riquezas. Los partidos que se turnan en el poder, se turnan para usufructuar alternativamente los puestos del aparato burocrático. Si comprenden que por las urnas no pueden llegar a esa conquista, van por la revolución, por el golpe de Estado. El material humano e ideológico es el mismo.

El fascismo y el bolchevismo son dos manifestaciones modernas de la antidemocracia; con propósitos diversos coinciden en la aspiración a una nueva forma social, a una nueva organización de las fuerzas de la sociedad, a una nueva economía. Las corporaciones del fascismo, las instituciones profesionales rusas, son ensayos para superar el viejo juego hostil entre capital y trabajo en el país de Mussolini de una manera, en la Rusia soviética de otra, en una parte con la bandera de la expansión y la riqueza nacional, en otra con la de la emancipación del proletariado.

Tanto el fascismo como el bolchevismo van hacia el capi-

talismo de Estado, hacia la supresión del capitalismo privado, hacia una mejor organización de las relaciones económicas. Ambos sistemas emplean como instrumentos para sus realizaciones una dictadura feroz, que excluye toda crítica y toda oposición, que no permite más que la obediencia ciega, el acatamiento esclavo.

El capitalismo de Estado tiene indudablemente ventajas de orden técnico sobre el capitalismo privado; se adapta más a las exigencias sociales. Sin embargo, no es lo mismo fiscalización estatal de la economía que socialización de la riqueza. En el primer caso se sustituyen los patronos particulares por un patrono único, en sus detalles quizás no menos repulsivo, tiránico y explotador; en el segundo caso es la sociedad la que toma posesión de todas las riquezas, las administra, las distribuye, excluyendo de la economía organismos totalmente parasitarios y absorbentes como la burocracia y el militarismo, indispensables a un Estado patrono, como son indispensables a un Estado policial hoy.

Los productores están en una economía estatalmente fiscalizada, es decir, en el capitalismo de Estado, en posición más subyugada que en el capitalismo privado; en Rusia y en Italia tenemos el ejemplo. Contra todo descontento se invocarán razones superiores, y cuando las razones no basten, se empleará la fuerza para reprimirlo. La competencia entre los capitalistas particulares ha hecho posible al proletariado la lucha emancipadora; en el capitalismo de Estado eso termina: seremos nominalmente dueños de todo, como somos nominalmente libres en los regímenes democráticos, pero no sólo no podremos disponer de nada, sino que ni siquiera dispondremos de nuestra propia voluntad. Todo deberá sacrificarse en holocausto al gran ídolo estatal. La idea hegeliana convertida en realidad palpable.

Pero el capitalismo de Estado, como en Rusia y como va instaurándose en Italia, no suprime el capitalismo; lo transforma. Y el gran ideal del socialismo de todos los matices, del socialismo que no se ha convertido en el último baluarte de defensa del viejo mundo en ruinas, es la superación del capitalismo.

Sin embargo, una de las soluciones a esta crisis del sistema del capitalismo privado está en el capitalismo de Estado, es decir, en el bolchevismo y en el fascismo; será una solución efímera, que no dará los frutos que los pueblos quisieran, pero significa no obstante toda una mejor adaptación a la técnica moderna, un esfuerzo, aun cuando insuficientemente y falsamente dirigido, hacia una mejor organización económica.

Las ideas juegan en estos procesos de transformación for-

zados por la vida misma un papel secundario. De ahí que el abismo entre fascismo y bolchevismo sea más aparente que real; es un abismo de frases, y quizás de intenciones, pero en los hechos en uno y en otro caso se trata de salvar al mundo de un desastre sin precedentes. Nosotros ponemos más valor en los métodos, y así como los métodos del bolchevismo y del fascismo son casi idénticos y su aspiración, el capitalismo de Estado, es la misma, el ropaje o la bandera de los partidarios respectivos importa poco.

Nosotros exhortamos a las juventudes, y a todos los hombres que puedan hacerlo, a estudiar las experiencias rusa e italiana, precursoras de la transformación del capitalismo. Son muchas las lecciones que habrán de deducir de ellas. Han hecho en pocos años lo que no habría podido hacer en siglos el capitalismo privado, y son Rusia e Italia los países en donde la desocupación es menor, donde las perspectivas económicas son mejores, donde el aprovechamiento de todas las fuerzas sociales se ha conseguido en mayor grado.

Adversarios de ambas doctrinas y de sus métodos, queremos ser leales y reconocerles, sin embargo, mayor derecho histórico a la existencia que al capitalismo privado, exponente del caos económico, de la «anarquía económica», en el mal sentido que se ha atribuido a esa palabra.

El mundo del trabajo

El mundo tiene que decidirse en esta hora de su historia. Todos los ensayos para prolongar la existencia del capitalismo privado resultarán estériles, porque su adaptación a la técnica moderna significa su anulación. Quedan las otras dos formas: la del capitalismo de Estado (fascismo y bolchevismo) y la de la socialización de la riqueza, es decir, una economía comunista o de tendencia comunista. No hay que confundir la doctrina económica del comunismo con los partidos hábilmente bautizados de comunistas y que sin embargo son partidarios del capitalismo de Estado. La primera solución puede hacerse por medio de la conquista del poder político y por la implantación de una dictadura absolutista; la segunda no tiene más vehículo que las organizaciones obreras, el sindicalismo revolucionario, el anarco-sindicalismo, comunistas en economía y adversarios simultáneamente del parasitismo estatal y militar. En el primer caso el obrero es despojado de voz y voto en el proceso económico y en el político; en el segundo caso se convierte real y prácticamente en el eje social, pues es únicamente sobre el trabajo como se edificará la nueva convivencia.

La economía socializada es la economía que pasa del capitalismo privado a los organismos de productores e implica una nueva estructuración social, porque sobre la base de una igualdad económica, es decir, de un deber y de un derecho iguales al trabajo para todos, queda automáticamente suprimido el parasitismo, la improductividad profesional, el monopolismo, el privilegio. Todos los hombres deberán concurrir al trabajo socialmente útil; nadie, bajo ningún pretexto, a excepción de enfermedad, ancianidad, etc., podrá eludir la obligación del trabajo, como a nadie, por consiguiente, se le cerrarán entonces las puertas del disfrute. Como todos los seres útiles se integrarán a la producción, para todos habrá puesto igual en el banquete de la vida.

El capitalismo es el máximo de desorden, de desconcierto, de insolidaridad, de desbarajuste en economía. Fracásó por el desorden, y desorden en economía es el derroche, la producción arbitraria, el desgaste improductivo, aparte de las energías perdidas en industrias nocivas, antisociales o superfluas. La economía socializada será la organización, el orden, la correspondencia entre la producción y las necesidades reales. No se trabajará para la rentabilidad, sino para satisfacer exigencias de la sociedad y de los individuos. No se especulará ni con la alza ni con la baja de los precios; se aprovecharán todos los adelantos de la técnica para producir lo necesario con el menor esfuerzo posible y todos vivirán con holgura, porque serán muchos más los brazos laboriosos y estará reducido al mínimo el derroche. No se conocerán monstruosidades como la de la maldición de la abundancia, no habrá crisis por exceso de producción, no habrá frío porque existe demasiado carbón o demasiados tejidos en los almacenes. Todo eso es propio del capitalismo. Todo eso tiene fatalmente que desaparecer, y sólo subsistirá mientras los trabajadores sean incapaces de ponerse de acuerdo para entrar en posesión de cuanto les pertenece.

La palabra de orden para los pueblos debe ser ésta: aumentar la riqueza, destruir el capital; y la riqueza se aumenta por el trabajo, por la ciencia y por la técnica. El capital es el empobrecimiento de la humanidad, la miseria. Once mil millones había en los Estados Unidos en 1926; de 12 a 15 millones de obreros sin trabajo hay en la actualidad. El capital es, pues, la miseria para la humanidad. Su supresión, su superación es el primer paso para la creación de la riqueza social, de la riqueza que beneficia a todos y no del privilegio, que sólo engorda a unos cuantos.

Como los trabajadores han sabido ponerse de acuerdo nacional e internacionalmente para la lucha de resistencia contra las usurpaciones del capitalismo, deben ponerse de

acuerdo para la reconquista de la riqueza social, o mejor dicho para la reconquista del derecho a vivir y a producir el bienestar y la abundancia para todos. No sólo está la justicia de su parte; está también la fuerza, porque en su calidad de productores son más fuertes que el capitalismo. Hemos visto vencer por la sola huelga general tentativas reaccionarias de restauración monárquica en Alemania, como el llamado *putsch* de Kapp, en 1921; como la intentona monárquica del general Sanjurjo en España, en 1932. No sube al Poder ningún gobierno que no cuente con el asentimiento de la población obrera, o al menos con su neutralidad. La salvación, por tanto, está en los trabajadores. El capitalismo durará sólo lo que ellos quieran, el tiempo que ellos estén dispuestos a sufrir el hambre, las privaciones, la inseguridad del mañana; el tiempo que ellos tarden en resolverse a introducir una forma de trabajo, de distribución y de disfrute que corresponde más que ninguna otra a la técnica moderna.

La toma de la tierra, la toma de los medios de transporte, de las fábricas, de las viviendas, de todo lo que es vital para la existencia por los organismos obreros y campesinos y su administración directa; he ahí la solución correspondiente a la economía socializada o comunista.

La toma de la riqueza total por el Estado y su administración burocrática; tal es lo que corresponde a la economía estatalizada o capitalismo de Estado.

Por una u otra solución hay que decidirse. Hasta aquí no se vislumbran otras para aliviar o superar la crisis en que estamos viviendo en todos los climas y en todas las latitudes del planeta.

Administración de las cosas

Dios y el Estado son las nociones metafísicas tras las cuales se ocultan las cadenas más materiales para la esclavización del hombre. Nuestros precursores han atacado con especial predilección esos conceptos, que se dan la mano históricamente para la dominación de la Humanidad y que son como las supremas expresiones del principio de autoridad y del deber de la obediencia.

Una vez libres de Dios y del Estado no quiere decir que hayamos desterrado fundamentalmente todas las manifestaciones del autoritarismo y de la esclavización; pero habremos suprimido las más importantes, causas a su vez y sostenes de múltiples injusticias y degradaciones.

Ante todo hay que trabajar una mentalidad que no crea en fantasmas y en conceptos superiores al individuo y a la colectividad, a su dignidad y a su libertad. Porque mientras

esos conceptos existan y sean alimentados por la creencia y el acatamiento de los pueblos, habrá dominación del hombre por el hombre, explotación del hombre por el hombre, autoridad.

La patria, por ejemplo, es una de esas nociones que se sobreponen al individuo y a las masas y pretenden subyugarlos, incluso exigirles la vida. Es decir, una de esas nociones en nombre de las cuales, como en nombre de Dios y del Estado, se pide la anulación, no sólo moral, sino también material del individuo.

Nosotros no queremos reconocer un valor superior al del hombre libre, dueño de sus destinos, creador de su propia base de existencia. Lo que va contra el individuo, contra el individuo como entidad material y moral, va contra la Humanidad, va contra lo que hay de más sagrado: la vida y sus derechos.

Así clamaba Bakunin en el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad:

«Tengamos el valor de ser lógicos y sinceros, y no vacilemos en proclamar que la existencia de un dios es incompatible con la felicidad, con la dignidad, con la inteligencia, con la moral y con la libertad de los hombres. Porque, en efecto, si hay un dios, mi inteligencia, por grande que pueda ser; mi voluntad, por fuerte que sea, no son nada ante la voluntad y la inteligencia divinas. Mi verdad es una mentira ante él; mi voluntad se vuelve impotente y mi libertad una rebelión contra él. El o yo; si él existe debo anularme, y si se digna enviarme profetas para manifestarme su divina verdad, incomprensible para siempre por mi inteligencia; sacerdotes para dirigir mi conciencia, incapaz de concebir el bien; reyes ungidos por su mano para gobernarne y verdugos para corregirme, les debo una obediencia de esclavo. Por tanto, el que quiere a Dios quiere la esclavitud de los hombres. Dios y la indignidad del hombre, o bien la libertad del hombre y la anulación del fantasma divino...»

Pero lo que Bakunin dice de Dios, se aplica letra por letra al Estado, una entidad superior al hombre, superior a la Humanidad, ante la cual no cabe más que la obediencia, la humillación del hombre, su indignidad, su esclavitud. En las democracias modernas el Estado hace las funciones del fantasma divino en los siglos pasados. Contra el Estado lo mismo que contra Dios es preciso afirmar el valor redentor del hombre. Sin esa afirmación no hay posibilidad de justicia, de libertad, de dignidad, de bienestar.

Véase si no cuál es el papel del hombre en la economía. Parecería lógico que el hombre y sus necesidades fuesen el centro en torno al cual girasen las preocupaciones de la vida

industrial y comercial. No es así. Por encima del individuo se ha creado una noción superior: la especulación, el capitalismo. Se trabaja para responder a esa especulación, y sólo de reflejo e indirectamente para satisfacer las necesidades del hombre. Y cualquier esfera de actividad que examinemos nos dará el mismo resultado: cuando no se toma al hombre como medida de todas las cosas y como centro del mundo humano, sobreviene forzosamente la miseria, la esclavitud, la pérdida de la dignidad.

Hemos citado a Bakunin. Queremos mencionar también a Proudhon, el cual escribía veinte años antes: «El hombre quiere ser respetado por sí mismo y hacerse respetar él mismo. Sólo él es su protector, su garantía, su vengador. Desde que con el pretexto de religión de los dioses o de razón de Estado creáis un principio de derecho superior a la Humanidad y a la persona, tarde o temprano el respeto de ese principio hará perder de vista el respeto del hombre. Entonces tendremos una autoridad y una policía a cuya sombra la sociedad se hundirá...»

Hay en el espíritu de muchos hombres un trascendentalismo metafísico que les lleva a poner siempre algo por encima del hombre como noción material y moral. No en vano se ha tenido el dominio del fantasma divino a través de los siglos. Quedan sus rastros en el Estado, en la interpretación del mundo y en la función del hombre. Como el paralítico por sugestión teme desprenderse un solo instante de las muletas, así el hombre teme caminar, pensar y crear con sus propias fuerzas, y si en un momento de rebelión derriba un ídolo no tardamos en encontrarlo postrado ante otro.

Parafraseando a Proudhon y a Bakunin diremos que todo principio de autoridad, cualquier principio, donde quiera que se exprese, es incompatible con la dignidad y la libertad del hombre y es preciso elegir. O bien la persistencia de la autoridad política, de nociones y de derechos superiores al hombre, y en consecuencia la esclavitud, la indignidad, la degradación del individuo, o bien la libertad, la dignidad, la afirmación humana y por consecuencia la supresión en los espíritus de todo fantasma divino, político, económico o moral superior al hombre.

Todos los regímenes políticos y económicos de clase, todas las tiranías se han fundado siempre sobre la anulación del hombre. Se inicia ahora una nueva civilización, una nueva cultura al afirmar al hombre en su plenitud.

Hay que suplantarse la dominación del hombre por el hombre por la administración de las cosas; hay que producir la desaparición del Estado gubernativo, suprema expresión hoy

de la autoridad del hombre sobre el hombre, el instrumento más poderoso de la esclavización de los pueblos para su esquilmamiento por una minoría privilegiada. Mientras exista el Estado gubernativo habrá ricos y pobres, amos y esclavos, opresores y oprimidos, y mientras esa desigualdad reine no podrán reinar la paz, la solidaridad y el buen acuerdo entre los hombres.

Sin la supresión del Estado y en general de todo principio de autoridad política organizada e impuesta, existirán privilegiados y poseídos, porque no se concibe un gobierno más que como expresión de defensa de los privilegiados de una dada categoría de gentes contra las reivindicaciones de los demás.

Por el hecho de nacer, todos los seres humanos tienen naturalmente el mismo derecho a la vida y a las riquezas sociales. Ningún sofisma teológico o político hará creer a una persona medianamente despierta que hay un fundamento de derecho o de justicia que aprueba la desigualdad económica y social de los hombres. Un niño, al nacer, según la casta a que pertenece, tiene ante sí un porvenir brillante de posibilidades, de confort o de disfrute, o bien un porvenir de miserias, de trabajo bestial y de sufrimientos. Esto no es humano ni es justo. Y eso es lo que perpetúa el Estado histórico con sus leyes, sus gendarmes, con sus cárceles, con sus ejércitos.

En una palabra, querer la desaparición del Estado es querer la justicia en lugar de la iniquidad, la solidaridad y el apoyo mutuo en lugar de la lucha egoísta de todos contra todos, querer el progreso en lugar del estancamiento, la paz en lugar de la guerra, la razón en lugar de la fuerza, la libertad en lugar de la esclavitud.

Pero, si no siempre, por lo general no se destruye más que lo que se sustituye, y nosotros tenemos que poner algo en lugar del Estado gubernativo para acelerar su abolición. Hemos hecho la experiencia de sustituir unos gobernantes por otros, una forma de gobierno por otra, unos principios políticos por otros; así hemos conocido los viejos imperios autocráticos, el feudalismo, las monarquías, las repúblicas constitucionales, las repúblicas socialistas. Hemos visto gobernar en nombre de Dios, en nombre de la aristocracia, en nombre del pueblo y hasta en nombre del proletariado. El Estado se manifestó siempre como un gran obstáculo para el progreso, una gran traba a todo desenvolvimiento, una gran cadena que impide a los que trabajan obtener el fruto de su esfuerzo. No está el remedio, pues, en el cambio de gobernantes, ni en la modificación de las formas externas del estatismo, ni en la mutación de los principios polí-

ticos del gobierno. El mal está en la existencia del Estado mismo, y el remedio es, sin duda alguna, su desaparición.

Pero ¿qué pondremos en lugar del Estado? La pregunta la haremos siempre y nos la hacemos nosotros mismos. Es preciso poner en lugar de la dominación del hombre por el hombre la administración de las cosas.

El congreso anarquista argentino celebrado en Rosario en agosto de 1932, estudiando la situación revolucionaria del momento, ha aceptado la resolución siguiente:

«Considerando que conviene a la humanidad aprovechar las conquistas hechas en el campo científico, tendentes a que el trabajo sea cada día menos ingrato; a que la producción económica requiera cada día menos del esfuerzo humano, reemplazado por el de las maquinarias; y a que el hombre libre en la mayor parte del tiempo de la esclavitud del trabajo, pueda dedicarse con mayor facilidad al cultivo de su inteligencia, al conocimiento del resto del mundo y a la satisfacción de sus necesidades más elevadas, el II Congreso Anarquista considera:

a) Con respecto a la técnica

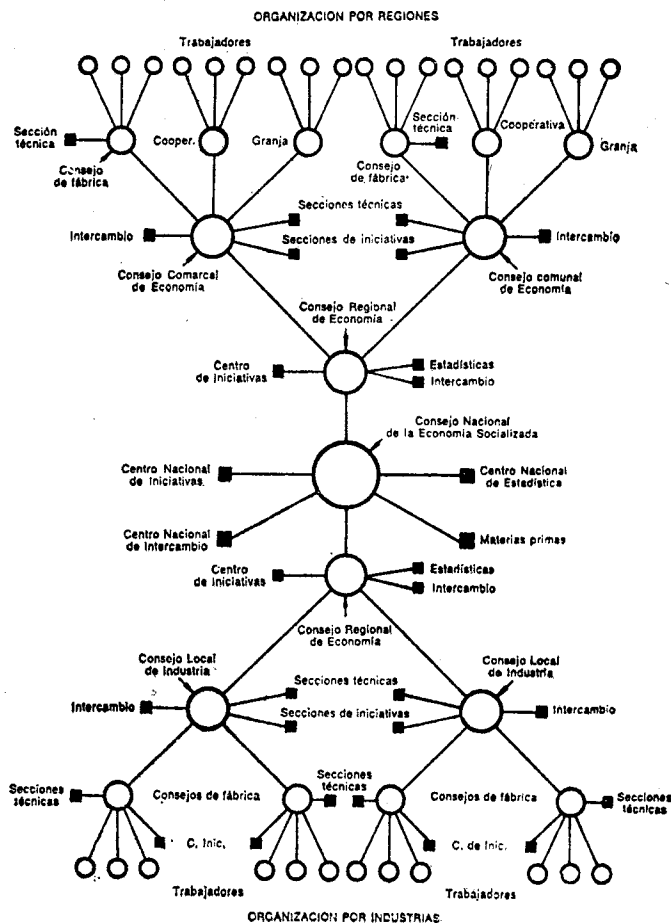
Que no es necesario destruir la organización técnica alcanzada en la sociedad capitalista, sino que el hombre debe servirse de ella, si quiere alejarse cada día más de la esclavitud impuesta por las necesidades más apremiantes. Sólo debe dominarla. No se recomienda la adaptación del hombre a la máquina, sino que todo el esfuerzo humano tienda a adaptar la máquina al hombre, manteniendo vivo el concepto de la libertad y de la dignidad humanas.

En la economía postcapitalista las máquinas estarán al servicio de la sociedad entera, la cual utilizará los más adelantados métodos científicos de trabajo en bien de todos.

b) Con respecto a la organización de la nueva economía

Aprovechar los organismos económicos existentes (sindicatos, cooperativas, comunas, etc.) y los que necesariamente han de crearse antes y durante la revolución. Estos formarán la federación de la economía postcapitalista que debe ser completamente socializada (puede dejarse a los que prefieran vivir fuera de la misma, la economía individual, siempre que se asegure la no explotación del hombre por el hombre).

Para esta socialización en el orden económico se hace necesario que un consejo regional de economía socializada



sea el coordinador de toda la economía. Este consejo estará constituido por los congresos generales de los organismos básicos de la economía y responsables ante ellos.»

Lo mismo que el sabio famoso dio una explicación del mundo sin necesidad de recurrir para nada a la hipótesis de Dios, aquí se reconstruye la economía social sin la hipótesis previa del Estado gubernativo.

Cada función socialmente útil en una localidad coordina los esfuerzos afines y forma un consejo de economía; el conjunto de las funciones útiles de una localidad constituyen el consejo de la economía social. Delegaciones de los consejos de la economía local constituyen los consejos económicos provinciales, departamentales o regionales, y de éstos emana el Consejo central coordinador de la economía en una dada unidad territorial económica. Se administran las cosas, no se domina a los hombres. Se coordina el esfuerzo para satisfacer mejor y más cómodamente todas las necesidades. El Estado gubernativo es una hipótesis innecesaria, como lo era la hipótesis de un dios en la interpretación y la concepción del mundo.

3. ANARQUISMO Y ORGANIZACION

ha puesto en nosotros, sino frente al proletariado mundial ferozmente encadenado.

De nuestra unidad completa, de nuestra preparación revolucionaria y de nuestro buen sentido para organizarnos, librar la lucha al enemigo y contribuir a la nueva estructuración económica y social, depende hoy, en gran parte, el porvenir del mundo.

Es preciso inspirarnos en esa gran misión y procurar por todos los medios ser dignos de ella, estando a su altura en todos los pensamientos y en todos los actos. Sepamos por anticipado que si nosotros, por incapacidad, por impotencia o por falta de tacto, caemos y fracasamos en la contienda, con nosotros mueren las esperanzas de muchas decenas de millones de trabajadores en todas las latitudes y que nuestro triunfo, el triunfo de una revolución social en España, significa el comienzo de una revolución mundial.

Somos una fuerza, tanto por el número como por la combatividad. De antemano sabemos que el anarquismo español, si cae, caerá dignamente; pero en consideración a las formidables fuerzas que pugnan por una nueva edad media política y espiritual, y teniendo en cuenta que las posibilidades de un avance libertario se dan en nuestro medio casi exclusivamente por el instante, no podemos resignarnos a caer dignamente; es preciso que la victoria sea nuestra, es preciso triunfar, por nuestro porvenir y por el porvenir del mundo entero.

Eso impone un momento de reflexión para examinar las cosas a la luz de una serena ponderación.

3.b) Consideraciones sobre nuestro tiempo. Comprender una época es comenzar a dominarla *

Premisa de todo intento tendiente a superar el malestar reinante es el conocimiento exacto de la época en que vivimos. Si por apreciaciones defectuosas, por razonamientos insuficientes, por fallos más o menos graves de nuestra inteligencia y de nuestros datos y observaciones, no percibimos el carácter verdadero del presente período histórico, hablaremos un lenguaje ostensiblemente lógico, pero no idéntico al que hablan los que han penetrado la esencia verdadera de la época.

Para nosotros es muy importante el punto de partida, su comprensión y su estudio; pues una vez sobre una base sólida, todas las deducciones ulteriores estarán impregna-

das de la misma aspiración general. Es posible que los temperamentos, el nivel de cultura de los individuos y de los pueblos, el grado distinto de desarrollo intelectual y técnico propicien soluciones diversas, aun cuando uniformadas por la misma inquietud; pero sobre todo será el mismo lenguaje el hablado y los espíritus sentirán el aliento de una grandiosa comunión.

Es el contacto diario con gentes que viven muchos años de retraso, el choque con juicios rutinarios y erróneos, la incompreensión relativa en grandes masas, letradas e iletradas, sobre la época trágica que nos ha tocado en lote lo que nos induce a afirmar con Karl Jaspers (*El ambiente espiritual de nuestro tiempo*, ed. española, pág. 24), que «reconocer una situación es tanto como empezar a adueñarse de ella; enfrentársele es ya la voluntad que lucha por un ser»...

Hay que comprender la época actual para comenzar a adueñarnos de ella, para despertar todas las fuerzas sanas y todas las posibilidades promisoras de la humanidad y disponerlas en la gran batalla por la salvación del porvenir y la humanización del presente; hay que comprenderla para dirigir mejor nuestras energías y no gastar un solo esfuerzo fuera de la línea recta general de la hora. Cuando la vivienda del vecino arde, la línea recta consiste en apagar el fuego; cuando el mundo se descompone, cuando una cultura naufraga, cuando la humanidad peligray hay que acudir en socorro de los que perecen, salvar lo que se pueda salvar, dominar el riesgo mayor dejando toda otra consideración a un lado. Esa es la línea recta que creemos interpretar en estas páginas.

Caracterización del presente período histórico

Creemos que son pocos los hombres que no sienten con más o menos claridad que algo se derrumba en ellos y a su alrededor, que algo nuevo ha de surgir del caos y de la confusión en que se vive, de la inseguridad creciente y de la depauperización en auge. Pocos son los que se atreven a elevar la voz triunfante y alegre de la afirmación segura, pero muchos, infinitamente muchos los que han sido conmovidos en sus caminos trillados por el desconcierto de la hora. La gran mayoría no sabe lo que acontecerá, ni quizás aspira a saberlo; lo único que se presiente es que las cosas, las ideas y las situaciones cambian y que el porvenir no será análogo al presente.

Aun cuando la sensación del recodo en que vivimos es

* *Tierra y Libertad*, Barcelona, núm. 150, 23-II-1934.

casi general, su interpretación y las posibilidades de su desenlace no coinciden; de ahí el desaliento que se experimenta al constatar el grado diverso de disposición para arrimar el hombro a la nueva construcción social inevitable y cómo esa apatía y ese fatalismo hace posible a las minorías retardatarias de los privilegiados el aprovechamiento de la ruina de su mundo material y moral para rehacerlo sobre las mismas piedras angulares de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre.

Es una tragedia sin antecedentes la que tenemos delante de los ojos; por un largo período, y quizás para siempre, el destino de gran parte de la humanidad se decide en estos años inmediatos; según el rumbo que los pueblos resuelvan, así será su futuro: de decadencia irremediable o de prosperidad. Los llamados pueblos civilizados no sólo corren el peligro del malestar gravísimo, de la ruina de sus instituciones seculares, lo que no es ninguna desgracia, sino que peligran en su existencia misma, pues la amenaza inminente es la de la degeneración y la de la decadencia como raza. No es ya ninguna profecía aventurada la de la caída de la raza blanca, encarnación de la civilización moderna; estamos tan cerca del abismo que no hay atrevimiento en señalarlo.

Sólo un brusco viraje podría permitirnos esperanzas y darnos seguridades. Y ese viraje habría de apartarnos del sistema capitalista, cuya permanencia es como un veneno que lo va emponzoñando todo.

El régimen capitalista, todos lo sienten, aun cuando no todos lo digan, está en quiebra y no es tarea vulgar la de los que pretenden apuntalarlo con el auge de nuevas tiranías. Hay que saltar como sobre un obstáculo por sobre la propiedad privada de la tierra y de los instrumentos de producción y por sobre las instituciones basadas en ese nefasto principio. Lo demás se nos dará por añadidura.

Son múltiples los síntomas de la quiebra del régimen actual, en lo económico como en lo político y en lo moral. No es un solo aspecto el que ha fracasado, es toda una cultura la que termina.

Durante unos años los economistas y estadistas han querido disfrazar la situación hablando de la crisis actual, como de una de las tantas crisis económicas, grave pero pasajera; los años van pasando, los acontecimientos se suceden y se comienza a comprender por muchos que no es una crisis la que estamos viviendo, sino el fin de una época, la terminación de un largo capítulo de la historia.

No podemos hacer comparaciones con épocas anteriores, porque la presente no tiene analogías con ninguna, ni si-

quiera con la caída del imperio romano, la más parecida a primera vista. Pero quienquiera que reflexione un poco sobre las condiciones actuales no hallará exagerados nuestros temores respecto al porvenir.

Si las fuerzas interesadas en restablecer el equilibrio roto mediante un reajuste equitativo en la máquina económica, de manera que los productores no sean privados del fruto de su trabajo por instituciones parasitarias de ninguna especie, si esas fuerzas no consiguen imponerse y tomar en sus manos la dirección de la vida, la mitad de la humanidad degenerará por los efectos de la miseria sin precedentes y la otra mitad por la corrupción moral y material y por el parasitismo. El fascismo, incluso en sus formas programáticas socializantes, no es más que el triunfo del viejo privilegio adaptado a exigencias nuevas. Ni establece la justicia en la economía, esta vez de una importancia vital, ni descarga a los pueblos de los tributos estatales aplastadores. Nosotros tenemos en mucho los factores morales, no consideramos prejuicios pequeño burgueses ni la libertad ni la justicia; pero no obstante comprendemos que el mundo del capitalismo se ha resquebrajado y se derrumba ante todo por la imposibilidad material de sostenerlo más.

La revolución inevitable

Si las contradicciones del capitalismo permitiesen al menos un cierto nivel de vida, un grado determinado de alimentación popular; si pudiera asegurar un poco a todos o al gran número el pan, la vivienda y el abrigo a las grandes masas, los descontentos serían ciertamente numerosos, pero los realmente hostiles no serían más que aquellos en quienes estuviera alerta el sentido de la justicia. Pero las cosas han cambiado: el capitalismo no puede vencer sus contradicciones internas, que llegaron a un límite extremo. La mitad de la población obrera de los países más adelantados se halla sin trabajo, viendo a su prole sucumbir por el hambre y las privaciones de toda especie; y a diferencia de épocas anteriores en que las crisis afectaban a una industria e incluso a un país entero, por unos meses o un par de años a lo sumo, esta vez la situación no cambia de un año para otro más que en sentido perorativo.

Seguro no hay más que esto: que las condiciones actuales del mundo no pueden persistir, que un cambio en ellas es inevitable. Sólo que el cambio puede hacerse en dos sentidos: en el de la regresión a formas bárbaras y bestiales, como en Italia o en Alemania, o en el de la revolución repa-

radora, que suprima la fuente originaria de tanto estrago: la propiedad privada.

Hay una tercera solución aparente: la del capitalismo de Estado, en donde la propiedad privada es sustituida, no por una verdadera socialización de la riqueza, sino por su estatización. En lugar de muchos propietarios hay uno solo, dueño y señor de todo. Sin embargo, por más dialéctica que se haya empleado para confundir los términos, el Estado y la sociedad no son la misma cosa y lo que puede ser muy útil al aparato estatal, una grandiosa burocracia, un ejército profesional formidable, una policía numerosa, es una carga pesada y estéril para la sociedad. Rusia sólo ha demostrado en el aspecto económico que ha sabido recorrer en pocos años un enorme trayecto que el capitalismo privado no habría conseguido recorrer tan pronto; pero una industrialización en gran escala, si es verdad que puede ser una condición material preciosa para un nuevo régimen social, no es la revolución, no es la nueva era soñada desde hace tantos años por todos los portavoces del socialismo, tanto los del ala marxista como los de la sección bakunista de la vieja Internacional.

El Estado ha podido llegar en otros tiempos a organizar vastas comunidades en donde el hambre no era conocida, en donde ningún ciudadano sufría privaciones frente a la abundancia, como en el imperio de los Incas en el Perú. Se ha podido lograr eso porque el súbdito de aquel imperio era una especie de miembro de una gran familia, cuyo jefe, el emperador, se atribuía una paternidad general y obraba en consecuencia. Dudamos, sin embargo, que la mentalidad contemporánea logre readaptarse a las condiciones espirituales y morales del habitante del imperio incaico o de la era de los faraones egipcios, sin lo cual ese patriarcalismo estatal y ese providencialismo pueden aparecer una solución momentánea a quienes no han comido y creen comer de esa manera, pero que no dura más que hasta que se han satisfecho las exigencias más elementales.

Hemos entrado ya en el tercer lustro de la era fascista en Italia. ¿Cree alguien que un solo italiano, fuera de los que usufructúan los privilegios del régimen, apoyaría la nueva situación si dependiese de su voluntad y cesasen el rigor y el terror del espionaje, de las milicias y de la policía fascistas?

Por otra parte, aun el paraíso de los profetas hebreos sería un lugar de tortura si para vivir en él hubiese que instaurar un régimen de adaptación forzosa, es decir aun el más preciado de los anhelos sería un tormento desde el instante en que es impuesto, no consentido y querido volun-

tariamente. Que el fascismo no se quiere, que el bolchevismo no disfruta más que de las simpatías de las gentes oficiales nos lo prueba el aparato policial y judicial extraordinariamente poderosos de esos dos ensayos.

Nuestra revolución quiere edificar la casa en el contributo del mayor número de sus habitantes, hacer la morada cómoda para los demás, transformando a cada individuo en el constructor de su propia vida. No queremos ser reudentores de nadie y nuestro anhelo se cifra en romper las ligaduras que impiden al hombre ser dueño de sus acciones, de sus pensamientos y de su voluntad. No queremos gobernar, porque no queremos ser gobernados, pero en cambio queremos vivir y trabajar en común y resolver en común nuestros problemas, sin atribuir a ninguna institución y a ninguna persona virtudes sobrenaturales que no tienen. Queremos ser dueños de nuestra vida y del producto de nuestro trabajo.

3.c) El proceso de la descomposición del mundo capitalista *

Todos los días podríamos anotar nuevos síntomas de la descomposición del mundo capitalista, del resquebrajamiento del principio de autoridad, de la quiebra del respeto a las viejas formas económicas y políticas.

Si hace unos años nos hubiesen dicho que el socialismo parlamentario iba a pensar siquiera en recurrir a la fuerza para imponer sus puntos de vista, como en Austria o como se pregona demagógicamente por algunos representantes de ese movimiento en España, no lo habríamos podido creer.

Desde el nacimiento del socialismo político se ha tenido en él un obstáculo insuperable para el triunfo de la revolución; cincuenta años de educación legalitaria de las masas, de claudicaciones y de traiciones, no se borran en un instante. Y si no viviésemos en el período en que vivimos, donde las ideas más firmes se tambalean de la noche a la mañana, donde las instituciones más tradicionales y consagradas se desmoronan como por arte de magia, el conato de revolución del «socialismo» político hacia la evolución social, no sólo no sería concebible, sino que habría sido absurdo profetizarlo.

Otto Bauer, el jefe socialista austríaco, acaba de reconocer el error de la fe en la legalidad, en las promesas guber-

* *Tierra y Libertad*, núm. 150, 16-III-1934.

nativas, en la eficacia del parlamentarismo, y atribuye a ese error la terrible derrota de los trabajadores de Austria.

Vienen a darnos, por fin, la razón los más enconados enemigos de la táctica revolucionaria y los más ciegos defensores de la conquista del poder por medio de las urnas electorales.

Esperamos que comprendan también que no es el camino de una nueva tiranía el que conviene seguir, sino la conquista de la economía por los productores y la reorganización de la producción y de la distribución sobre bases sociales, con exclusión de toda injerencia extraña. El día en que aquellos que hoy reconocen que a la fuerza de la reacción no puede oponerse con eficacia más que la fuerza superior del progreso social, reconozcan igualmente que el cambio de las condiciones actuales no debe hacerse en el sentido de una nueva forma de esclavitud, sino en el sentido de la libertad y de la nivelación ante el derecho a la vida de todos los seres humanos, el día que comprendan que en lugar de una revolución por decretos de Estado es preciso asegurar a los trabajadores y a los campesinos la libre determinación en sus lugares de trabajo, y proceder a la nueva estructuración de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, y no de arriba abajo, ese día se habrán deshecho los más grandes obstáculos para el triunfo de la justicia social.

Una serie de movimientos huelguistas de carácter moral y de reivindicaciones materiales ha vuelto a producirse en España a pesar de toda la represión gubernativa, de la ley de prevención, elevada a la categoría de estado de alarma, de los 15.000 obreros revolucionarios presos, de la clausura de los sindicatos de la Confederación y de su prensa. Y es que el descontento popular, el ansia de liberación, el clamor por el pan de cada día no requieren la obra de los supuestos «agitadores profesionales», de los propagandistas, sino que se manifiestan espontáneamente, sin pedir permiso ni consejo de nadie.

En un diario de la reacción de Madrid, los obreros se niegan a trabajar junto a fascistas declarados; los obreros de la construcción reclaman, como asimismo otros gremios, la semana de 44 horas y otras mejoras insignificantes; en Barcelona y en otras ciudades de España se mantienen numerosos conflictos en favor de elevaciones insignificantes de salarios, aun cuando si preguntáis uno a uno a cada huelguista os dirá que su fe no está en esas mejoras inmediatas, que el capitalismo podría conceder sin experimentar el más mínimo daño, sino en la conquista de todos sus derechos.

Aumentan los precios del coste de la vida, se reducen los días de trabajo, se deprecia la moneda, se dificulta el derecho a vivir por la incapacidad del capitalismo para solucionar sus invencibles contradicciones y no obstante, se quiere que los obreros se resignen a apretarse el cinturón, a morirse de hambre, a ver morir a los suyos por falta de alimentación, de higiene, de albergue.

El gobierno Lerroux, lo mismo que antes los creadores de la legalidad republicana —socialistas y republicanos de izquierda— quiere detener la marcha del sol como Josué, impedir todo gesto de descontento entre los trabajadores españoles. No lo consiguieron sus antecesores, no lo conseguirá tampoco este gobierno, aunque repita y multiplique lo de Casas Viejas, lo de Sevilla en 1931, lo de Martínez Barrios en ocasión del 8 de diciembre, lo de Castilblanco y Arnedo. La marcha de la revolución, fruto lógico de la descomposición fulminante del capitalismo y de su aparato de defensa, el Estado, no es consecuencia, repetimos, de los «agitadores» más o menos conocidos, es el resultado de la situación real de España y sólo con un cambio de esa situación podrá ser contenida.

* * *

No hay que olvidar que si activa y caleidoscópica es la adhesión de nuevas fuerzas a la obra de la revolución anticapitalista, también es activa la defensa de los baluartes del viejo régimen. El fascismo se propone oponerse en España, con una modernísima técnica de combate, con armamento perfecto, al triunfo de la revolución.

En los últimos tiempos sus provocaciones y su agresividad pasan de la línea de lo intolerable. Cuenta probablemente con fuertes recursos financieros, con promesas de apoyo militar y policial. Como el náufrago se agarra a un clavo ardiendo, el capitalismo recurre al fascismo, que una vez en el poder hará del Estado no un servidor, sino un amo de la economía, un autócrata absolutista, dueño de vidas y haciendas.

Nada extraño sería que las fuerzas de la reacción, con el apoyo de todos aquellos privilegiados, políticos o económicos, que advierten que la situación es insostenible con el ropaje desprestigiado y estéril de la democracia, se presenten el día menos pensado como la salvación de un mundo agonizante. ¿Qué hacer entonces?

* * *

Los trabajadores españoles no consentirán el fascismo; para que éste triunfe habrá de hacerlo a través de una guerra civil tenaz que daría a la revolución ocasión de traducirse en hechos combativos y en manifestaciones económicas y sociales superiores. Al primer amago de golpe de Estado fascista, se ocuparán las tierras y las fábricas, los medios de transporte y de comunicaciones, convirtiendo cada lugar de trabajo en un baluarte de defensa y de ofensa, rehusando toda labor para el enemigo. Tenemos en nuestra cualidad de trabajadores una fuerza superior a la fuerza de la reacción armada: las fábricas, la llave de la producción.

En lugar del abandono del trabajo, en lugar de salir de las fábricas y de paralizarlas, los trabajadores quedarán en ellas, y desde cada una, coordinada con las demás por afinidad de producción y comunidad de intereses, se emprenderá la gran ofensiva con todos los medios, económicos y bélicos. Siendo nosotros dueños de la mayor parte de la vida productiva del país, la reacción será vencida; si es verdad que en el terreno del armamento estará tal vez al comienzo en mejores condiciones de ofensiva que nosotros, cuando en lugar del frente de lucha previsto opongamos una nueva orientación productiva y hagamos de cada lugar de trabajo un cuartel y una fortaleza, la victoria no tardará en inclinarse hacia nosotros.

Las lecciones de los levantamientos revolucionarios en España, desde antes de la república hasta el 8 de diciembre de 1933, nos autorizan a pensar en las ventajas de la acción económica del proletariado y de los campesinos, como primera etapa al menos de la acción insurreccional armada. Frente al fascismo cabe esa solución y esa táctica.

3.d) El organismo económico de la revolución *

I

Organización del trabajo. Del Consejo de fábrica al Consejo federal de la Economía. Manuales y Técnicos

Tal vez por ironía en las Cortes constituyentes de la segunda República española se propuso declarar a España República de Trabajadores; más de uno respondió debidamente a ese absurdo, y se dijo, con toda razón, que España

era una República de guardias, o bien de trabajadores... en la cárcel.

La República de trabajadores no se hace en el Parlamento, ni por decreto de Estado; hay que hacerla con los trabajadores, en los lugares de trabajo y no fuera de ellos.

Queremos esbozar aquí el organismo económico de la revolución, las líneas generales de la nueva estructuración económica, sin hacer mayor hincapié en la parte divergente, de derecha tanto como de izquierda, a la que habrán de hacerse concesiones siempre que no se presente en tono de agresividad y de hostilidad a las realizaciones prácticas distintas. No pretendemos erigir unas nuevas tablas de la ley. Pero sin duda alguna una República de trabajadores debe tener por fundamento el trabajo, la organización del trabajo para suprimir el capitalismo, el propietario, el intermediario improductivos. Es decir, una República de trabajadores tiene que entrar en posesión de la riqueza social y administrarla directamente por los productores mismos.

Se han hecho en estos últimos años diversos ensayos de literatura socialista constructiva por parte de los anarquistas. No diremos aquí nada nuevo; todo se ha dicho ya probablemente. Considérese, pues, este ensayo como una repetición si se quiere; pero tal vez no esté de más, como no está de más la insistencia sobre otros temas de la propaganda cotidiana.

Es importante la literatura constructiva que hemos visto aparecer en nuestro ambiente en el curso de los últimos años, pero más importante aún es la fe popular en la posibilidad de un cambio de las condiciones económicas y políticas actuales, en forma que quede asegurado a todos los seres humanos un mínimo de existencia accesible por el trabajo de cada uno.

Sabemos de antemano que el camino de la reconstrucción del mundo no está libre de obstáculos, de contratiempos, de errores, de desviaciones. No concedemos a ninguna criatura humana la infalibilidad, como tampoco la concedemos a ninguna institución, por revolucionaria y proletaria que sea. Lo que importa concertar, para el primer paso, es el organismo que habrá de resolver los problemas cotidianos e inmediatos de la revolución, y ese organismo, para nosotros, no puede ser otro que el del trabajo organizado sin intervenciones de Estado y sin intermediarios y parásitos del principio de la propiedad privada.

Se puede dar al asunto las vueltas que se quiera; si no pensamos en un retorno a un primitivismo económico imposible, hemos de aspirar a un régimen de gestión directa de la producción y de la distribución por los productores

* *Tierra y Libertad*, 21-IV-1934.

y los consumidores mismos, llegando a la máxima coordinación de todos los factores productivos, lo que nos dará una enorme superioridad sobre la esencia de la economía capitalista privada, que no ha sabido cohesionarse y evitar los terribles derroches y desgastes tantas veces denunciados como suicidas.

Hay algo que está definitivamente superado como principio dominante: el localismo económico. La economía actual no cabe en límites nacionales y mucho menos en los locales; por consiguiente, en economía no puede haber particularismo (el productor raramente conoce al consumidor), sino coordinación. Bakunin ha empleado palabras más duras, nos ha hablado de centralización.

Naturalmente, es preciso conservar la libertad del individuo en el grupo de trabajo, el de su grupo en el Sindicato, el del Sindicato en el consejo del ramo, el de éste en el consejo local, y así sucesivamente; pero si habrán de resolverse y reconocerse múltiples casos de excepción, ha de crearse un organismo general aglutinante de la economía, y es ese organismo el que tratamos de delinear aquí, no porque corresponda a nuestra utopía íntima, muy distinta, sino porque es el que pueda contar con más posibilidades inmediatas de triunfo y con más adhesiones.

No es nuestro sueño de futuro lo que intentamos definir, sino lo que es factible en este momento, con los materiales humanos de que disponemos, en las condiciones actuales del mundo. Podemos superar el régimen del capitalismo privado sin entrar en el capitalismo de Estado, y dando a los que trabajan el instrumento para convertirse en los verdaderos dueños de la producción del trabajo. Si el organismo que proyectamos no llena las exigencias de los más exigentes, y nosotros estamos entre ellos, es siempre algo viviente y no cierra las puertas a la esperanza y a la posibilidad de futuros perfeccionamientos.

El trabajo será un derecho y será también un deber. Algunas minorías inteligentes no necesitarán coacción de ninguna especie para trabajar todo lo necesario y más de lo necesario.

¿Pero es que ocurrirá con todos lo mismo?

La vida económica no puede ser interrumpida; al contrario, la revolución debe estimularla poderosamente y es preciso que sepamos sobre qué bases hemos de edificar desde ahora mismo para continuar produciendo, distribuyendo, consumiendo durante y después de la revolución, sin el permiso del capitalista, sin la venia del Estado, no sólo los partidarios de la revolución sino los contrarios a ella, los reacios, los descontentos.

Se teme que en una sociedad libre, los haraganes, los no dispuestos a la labor productiva eludirán fácilmente toda carga; sin embargo, en un régimen de trabajo organizado, es muy difícil vivir al margen de la producción; más hay que temer excesos de coacción y de rigor que un aflojamiento de los lazos de la cohesión.

Nosotros mismos tememos mucho más los abusos autoritarios para obligar a los disidentes a encuadrarse en la línea resuelta en las asambleas y congresos, que lo contrario, una descomposición por el choque de los particularismos.

Por eso decimos siempre que la próxima revolución, a la que los anarquistas darán todo su entusiasmo, su espíritu de lucha, su abnegación, no será una revolución tras de la cual la resistencia al espíritu de autoridad no tendrá razón de ser; prevemos larga y fecunda labor libertaria para después del aplastamiento del capitalismo, porque los siglos de educación en la autoridad y para la autoridad no se pueden borrar por un golpe de fuerza.

Si la dirección y el control del capitalista, del propietario, del empresario son desconocidos por el hecho de la revolución, en su lugar hay que poner algo propio, porque nos hace falta buena administración, relaciones con los demás organismos de producción y de distribución, locales y regionales.

En lugar del propietario, ente estéril en la economía, tendremos un consejo de empresa, de fábrica, de granja, de cualquier especialidad de trabajo, consejo constituido por los obreros, los empleados y los técnicos, que representa al personal de la empresa, de la nave, de la mina, etc., y es nombrado por él, revocable en todo momento, modificable en todo instante que así lo juzgue conveniente.

Nadie mejor que los mismos compañeros de trabajo conoce la capacidad de cada uno de los que actúan en un establecimiento determinado. Ahí, donde todos se conocen, es posible la práctica de la democracia. El consejo de fábrica, o como se llame, en representación del personal ligado al mismo lugar del trabajo, cohesionará la labor en su esfera de actividad y la liga a las actividades semejantes de otros establecimientos o grupos productivos.

En la disposición y regulación de esa labor no interviene ninguna fuerza extraña a los trabajadores mismos. Hay autonomía completa, sin que esa autonomía se entienda como capricho en la producción, pues ésta debe responder a las necesidades y posibilidades y ha de ser hecha en vista de un conocimiento exacto de las condiciones de cada establecimiento.

Los consejos de fábrica o lugar de trabajo se relacionan

entre sí por afinidades funcionales y forman los sindicatos de productores de artículos afines, sindicatos de oficio o de industria. Estas nuevas instituciones, que se forman con los Consejos o Comités de fábricas, no tienen ingerencia en la estructuración interna de los lugares de trabajo, salvo el resolver la modernización del instrumental, la fusión o coordinación de fábricas, la supresión de establecimientos improductivos o poco renditivos, etc.

Los sindicatos son los organismos representativos de la producción local después de los Consejos de fábrica; no sólo pueden atender a la producción actual, sino esmerarse en condicionar la futura, creando escuelas de aprendizaje, institutos de investigación y de perfeccionamiento, laboratorios de ensayos, según sus fuerzas y la iniciativa de sus miembros.

II *

Los sindicatos se coaligan de acuerdo a las funciones básicas de la economía que podemos resumir en diecisiete, haciéndolo otros en catorce, otros en quince. Tal es el número de las funciones económicas, gremios o ramas de actividad necesarios para la buena marcha de una sociedad moderna.

Por ejemplo, los molineros —obreros, empleados y técnicos— de una localidad constituyen, mediante la ligazón de sus Consejos de empresa, un Sindicato local de molineros, responsable del funcionamiento, del rendimiento, de la buena conservación de los molinos. Ese Sindicato, a su vez, entra a formar parte de una asociación nueva que abarca todas las tareas en torno a la alimentación y que llamamos Consejo del ramo de la alimentación, siguiendo los esbozos obreros ya existentes en la propia economía capitalista.

Nuestros diecisiete Consejos de ramo, con los que podemos organizar toda la economía de un país, son los siguientes:

I. *Necesidades fundamentales*: Consejo del ramo de la alimentación, Consejo del ramo de la vivienda y Consejo del ramo del vestido.

II. *Materias primas*: Consejo del ramo de la producción agraria, Consejo del ramo de la producción ganadera, Consejo del ramo de la producción forestal, Consejo del ramo de la minería y el beneficio, Consejo del ramo de la pesca.

III. *Los Consejos relacionadores*: Consejo del ramo del

transporte, Consejo del ramo de comunicaciones, Consejo de la Prensa y el libro, Consejo del crédito y del intercambio.

IV. *Industrias de elaboración*: Consejo de la industria metalúrgica, Consejo del ramo de la industria química, Consejo del ramo del vidrio y la cerámica.

V. *Consejo del ramo de la luz, fuerza motriz y el agua*.

VI. *Consejo de la sanidad*.

VII. *Consejo de la cultura*.

No creemos que quede fuera de consideración ninguna actividad socialmente útil en esa enumeración.

Pero no basta la función económica de cada gremio o ramo de industria; es preciso que haya vinculación entre todas las funciones para formar el conjunto del vasto proceso de producción y de distribución que caracteriza a nuestra época.

Formaremos así, con los diversos Consejos de ramo, un Consejo local de la economía; sobre la base de éstos, en zonas más vastas, Consejos regionales, y en el país entero en donde la nueva vida se construye el Consejo federal de la economía, sin perjuicio de una vinculación funcional también de los Consejos de ramo en todo el territorio revolucionario.

Explicaremos más detalladamente la misión de cada una de esas instituciones, órganos de la nueva forma de convivencia, de trabajo y de disfrute, su estructura federativa, su capacidad de cohesión perfecta, sus enormes posibilidades.

Todas las funciones económicas necesarias pueden regularse por esos diecisiete ramos de actividad, en donde cooperan estrechamente vinculados y solidarios los obreros manuales y los técnicos. Gremios como el de rentistas, el de propietarios de tierras, de máquinas o de viviendas, el de accionistas de compañías industriales, el de funcionarios públicos, el de los políticos, el de los policías y jueces, etcétera, no son necesarios en la economía y son suprimidos como tales, siendo reabsorbidos sus miembros en aquellas actividades manuales e intelectuales para las que se cuentan con más aptitudes. Probablemente en la pequeña industria y en los restos del artesanado, en donde el capitalista es al mismo tiempo empresario y el empresario un buen obrero o un técnico, el actual propietario será mañana un miembro útil del Consejo de fábrica, con menos dolores de cabeza que en su calidad actual de amo, agobiado por vencimientos, por la inseguridad del trabajo, por las hipotecas, por el fantasma de la quiebra, etc. Lo mismo ocurrirá en el

* *Tierra y Libertad*, núm. 152, 27-IV-1934.

campo, donde el pequeño campesino, lejos de perder al perder su propiedad legal, ganará sobre todo en liberación de una carga que no tiene para él ninguna compensación.

La alta burguesía perderá probablemente en lujo y en derroche; no tendrá a su disposición regimientos de servidores, no tendrá el insulto del boato en medio de un nivel de vida mucho más restringido; no tendrá ricos palacios en medio de chozas miserables; pero en cambio, si se adapta al trabajo útil, a contribuir como igual entre iguales al proceso de la producción, ganará en estima social y tendrá lo necesario para vivir a cambio de un esfuerzo de ninguna manera agobiador.

No creemos que los primeros tiempos de la revolución produzcan superabundancia en todo; esa superabundancia habrá de ser obtenida a través de una lucha encarnizada e inteligente con la naturaleza, hasta aprovechar todos los recursos y posibilidades del país. Pero si los actuales 10.000 de arriba perderán sus privilegios, habrán de bajar de su trono, en cambio, 23 ó 24 millones de españoles sentirán pronto el alivio, no sólo en tanto que menor esfuerzo, sino en tanto que mayor confort, mayor seguridad, mayor alimentación, mejor vestido, mejor vivienda, más cultura.

Los Consejos de ramo de cada localidad se unen a su vez, siempre por delegaciones, como los Sindicatos se forman con delegaciones de los Comités de fábrica, en el Consejo local de la economía, el centro hacia el cual convergen todos los hilos de la producción, del consumo, de las relaciones de una localidad con otras localidades.

Este esquema es el que brota de la tradición y la esencia de la organización obrera, el que surge sin esfuerzo alguno de pensamiento y de inventiva cuando se trata de sustituir la economía capitalista por una economía que dirigen los productores y consumidores mismos.

No es elaboración nuestra, no es elaboración de ningún individuo, sino hijo legítimo de todo movimiento obrero revolucionario moderno que, en líneas generales, la vino sosteniendo desde sus orígenes.

Lo mismo que en el Sindicato se crean escuelas de aprendizaje, de perfeccionamiento y de investigación, se hace en los Consejos de ramo. Por ejemplo, las escuelas de ingenieros de minas se integran al Consejo del ramo de la minería, como la ingeniería ferroviaria será formada por el Consejo del ramo del transporte.

A su vez el Consejo local de la economía tendrá a su cargo Institutos superiores de investigación, centros de estudio, de urbanización, etc.

Los Consejos locales de la economía se reúnen regional-

mente en Consejos regionales y nacionalmente en el Consejo federal de la economía.

Desde el Consejo de fábrica al Sindicato, de éste al Consejo de ramo, del Consejo de ramo al Consejo local y, por fin, al Consejo federal de la economía, la estadística, que es, en resumen, una buena contabilidad, será llevada con todo rigor, de manera que si en la fábrica se puede saber al día el estado de la producción, del personal, de la productividad, se puede saber igualmente en el Sindicato respectivo, en el Consejo de ramo, en el Consejo local o en el Consejo federal.

La función de la estadística, esencial en nuestra sociedad, que queremos mejor organizada que la de la burguesía, tendrá en el Consejo del crédito y del intercambio su centro de convergencia.

Los Consejos de ramo, además de estar vinculados orgánicamente en el Consejo local de la economía, formarán también Consejos nacionales de ramo, equivalentes a las Federaciones nacionales de industria, con la misión de regular en el orden nacional la producción y todo lo relativo a su funcionamiento. La asociación nacional de Consejos de ramo, apoyada en las estadísticas fidedignas, en el conocimiento de las posibilidades completas de su esfera de acción, puede resolver, por ejemplo, la traslación de los establecimientos de una región a otra si juzga que eso es más renditivo, el reparto de la producción, etc.

Con ese mecanismo económico, ya esbozado en la organización obrera existente, y que se formará sin violencia, por la integración racional de las actividades productivas y de utilidad social, se alcanza el máximo de coordinación. Ni el capitalismo ni el Estado llamado socialista pueden alcanzar ese grado de cohesión. Tiene además la ventaja de no afectar la autonomía del individuo en el grupo, del grupo en el Sindicato, del Sindicato en el Consejo de ramo, etc. Es un mecanismo federativo que podrá, en casos dados, producir también opresión, sofocación, según la necesidad y según el grado de desarrollo libertario de los individuos, pero que puede igualmente ser garantía de libertad y de comunidad para todos, lo que no ocurre con ningún organismo esencialmente autoritario, cuya medida de adaptación a la libertad se colma enseñuida.

* * *

Como se coordinan todos los centros productivos en el orden local, regional y nacional, luego internacionalmente, así armonizan al fin en la igualdad el trabajo y los esfuerzos de los obreros manuales, de los técnicos y de los sabios,

en toda la escala de la producción. Y esa armonía y cooperación que el capitalismo no suscita, sino imperfectamente, a base de salarios y sueldos, en el grado que le conviene y no en el necesario y posible, nos dará al menos la contribución de todos los recursos humanos. Esos recursos humanos combinados y conjugados nos facilitarán la conquista de la naturaleza, hoy paralizada por consideraciones de orden financiero y comercial.

No se hace lo que se necesita y se puede hacer, sino lo que es beneficioso para unos cuantos especuladores; iguales y libres, falta ese factor y por tanto se aprenderá todo cuanto permita el nivel de la producción del país y cuanto consientan las fuerzas humanas disponibles. Con el capitalismo no se aprovechan las fuerzas humanas existentes, ni de los sabios, ni de los técnicos, ni de los obreros y campesinos.

De ahí la gran diferencia y la superioridad de todo régimen en donde el trabajo es un deber y un derecho para todos.

* * *

Aparte de nuestra vieja literatura, las obras de Kropotkin, de Jean Grave: *Tierra Libre*, Palaud y Pouget: *Cómo haremos la revolución*, Morris: *Noticias de ninguna parte*, etc., después de la guerra ha escrito Pierre Ramus, de Viena: *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico* (1919, 1925). De autores españoles es rica ya la bibliografía en el curso de los últimos tres años. Mencionamos en primer lugar la obra de Fermín Galán: *Nueva creación* (1930), que, sin ser específicamente libertaria, abre amplísimos horizontes sociales y económicos. El libro de Pierre Besnard: *Los Sindicatos obreros y la revolución social* (Barcelona, 1931), ha sido difundido en España por la C. N. T. A H. Noja Ruiz se debe un volumen: *Hacia una nueva organización social*. Isaac Puente ha escrito diversos folletos de divulgación, sobre aspectos constructivos de la revolución. Gaston Leval escribió *Los problemas económicos de la revolución española* (Rosario, 1932). Federico Urales y otros camaradas han divulgado la concepción del Municipio libre en folletos y artículos, etc., etc.

Vale la pena mencionar también el libro de Max Nettlau: *De la crisis mundial a la anarquía* (Barcelona, 1933).

4. LAS CONDICIONES DEL ANARQUISMO Y DE LA REVOLUCION. ARTICULOS EN «TIEMPOS NUEVOS» (1934-36)

4.a) De la iniquidad económica y social a la justicia *

Desbarajuste capitalista

¿Qué es lo que observamos en la estructura de la vida que se desarrolla a nuestro alrededor, de acuerdo a las directivas del capitalismo?

Un formidable aparato productivo, elevado por la técnica y la ciencia a un grado de posibilidades insospechado, y su falta de aprovechamiento por la contradicción inherente al sistema de especulación, de la producción rentable para los mercados y no para los consumidores, no para las necesidades.

Cada obrero norteamericano tiene a su disposición 3.000 esclavos de energía en forma de 300 caballos mecánicos de fuerza; cada caballo de fuerza es equivalente al trabajo hecho por diez esclavos humanos. ¿Qué magnate de la antigüedad griega o romana o egipcia podía contar con tantas fuerzas a su disposición? En otros países el desarrollo técnico es menor, pero sin embargo son muchos los esclavos mecánicos de que dispone el productor moderno y su número podría fácilmente doblarse, triplicarse, quintuplicarse.

Pero, ¿es que el bienestar humano corresponde a esas posibilidades? ¿Es que hay relación entre la manera como vivimos y como podríamos vivir? La producción de acero en Estados Unidos disminuyó en 1930 en comparación con el punto culminante alcanzado antes en más de un 50 por 100, la de Inglaterra y Alemania en un 50 por 100, la de Francia en un 33 por 100. El descenso no ha menguado y el comercio mundial marca igualmente la enorme proporción de la caída. Se tiene un inmenso aparato productivo, se cuenta con medios de transportes modernos y rápidos, pero en algunas industrias hasta el 70 y el 80 por 100 de su personal está con

* *Tiempos Nuevos*, Barcelona, I, núm. 1, 5-V-1934.

los brazos cruzados, más de la tercera parte de la flota mercante está amarrada en los puertos.

Los países agrícolas ven pudrirse los cereales en los campos o en los depósitos sin compradores, mientras los pueblos industriales abarrotan los depósitos de mercaderías sin salida y acrecientan sin cesar el paro forzoso. En los países industriales de Europa y de América pasan de 50 millones los parados y por más proyectos que se tejan y más empréstitos que se hagan, la situación del mayor número de esos trabajadores, empleados y campesinos no puede mejorar en el régimen actual.

Una sociedad como la presente, que hace posible una productividad grandiosa con una miseria igualmente extraordinaria, no debiera tener defensores. Los que realmente están en ella libres de preocupaciones y a seguro de las contingencias son una ínfima minoría; los más están expuestos a perder el pan y el techo cuando lo tienen.

No hay seguridad más que para los pocos y si en la línea de batalla no encontramos más combatientes contra la organización que nos degrada y nos arruina, impidiendo el trabajo de los que desean producir, es por el temor misoneísta propio de las grandes masas.

Examinaremos el caso de Alemania.

Sobre 65 millones de alemanes, un 32,5 por 100 son considerados productivos; de ellos 20 millones ganan menos de 200 marcos por mes.

«La parte de los pobres —escribe F. Fried (*La fin du capitalisme*)— sobre todo el ingreso nacional es en Alemania alrededor del 70 por 100; la de la clase media de un 26 por 100 y la de los ricos (30.000 hombres) casi un 4 por 100. De otro modo: 29,5 millones de hombres ganan por término medio de 130 a 140 marcos por mes; 3,5 millones alcanzan a 450 marcos por mes, y 30.000 hombres de 12 a 13 mil marcos mensuales. Pero ésta no es más que una estadística superficial; un análisis más profundo revela diferencias todavía más notables.

Tomemos primeramente —continúa el mismo autor— esos 29,5 millones de hombres que ganan cada uno menos de 140 marcos por mes. Entre ellos, 16 millones, o sea, más de la mitad, no llevan cada mes a su casa 100 marcos; seis millones aportan sumas que varían entre 100 y 125 marcos, y siete millones y medio entre 125 a 200 marcos. Esto significa que la mitad de la población productiva en Alemania no recibe siquiera el salario mínimo oficialmente reconocido como indispensable.

Si se analiza desde más cerca la composición de la capa intermedia ya ínfima en Alemania, su rol parece todavía

más limitado. Se trata de tres millones y medio de hombres productivos. Entre ellos, dos millones y medio, o sea, un 70 por 100, ganan entre 200 y 500 marcos por mes; más de un millón gana entre 500 y 1.500 marcos mensuales. Aquí sería preciso, a decir verdad, detenerse porque no quedan más que 77.000 hombres que tienen una ganancia mensual que se eleva de 1.500 a 3.000 marcos. Si se les añade a los 30.000 ricos se obtiene para toda Alemania el total de 100.000 hombres que viven realmente sin preocupaciones.»

¿Para qué tanto empeño, tantos sacrificios, tantos crímenes si al fin y al cabo el régimen capitalista no libra propiamente de inquietudes económicas más que a una parte insignificante de la población?

El hitlerismo, una de las manifestaciones más horrosas del retorno a la barbarie, si es que no agraviamos con eso a los más bárbaros de los tiempos viejos, sólo ha surgido y existe para salvar a esos 100.000 alemanes libres de las preocupaciones del castigo proclamado en la Epístola a los tesa-lónicos: *el que no trabaja no come*.

Lo que más arriba transcribimos sobre Alemania puede aplicarse en líneas generales a cualquier otro país.

En pro de una economía comunista

Dejemos de lado, sin embargo, la crítica al sistema capitalista, porque ha llegado ya a una situación en que se resquebraja solo y sus llagas están a la vista de los más ciegos y sus efectos son sentidos como nunca hasta por los más indiferentes. Más que hora de crítica es hora ésta de ofrecer soluciones. Y nosotros damos la nuestra, sin preocupaciones de partido, sin preconcepto alguno, como alguien que, examinando fría-mente las cosas, hijo de su época, buscarse el camino más recto hacia el gran objetivo de la salvación humana, del aseguramiento del derecho a la vida y al trabajo.

La propiedad privada debe hacer lugar a la socialización de la propiedad —que no debe confundirse, repetimos— con estatización, con capitalismo de Estado. Una economía comunista no es una herejía ni es ningún imposible; entra por lo menos en el terreno de la justicia. Tanto es así que la Iglesia católica, cuando aún estaba influida por el cristianismo, antes de transigir y de someterse a los Césares de Roma, defendía el comunismo con ardor y con entusiasmo, y sus mejores apóstoles lo han seguido haciendo a través de los siglos. Hoy la Iglesia es el único baluarte de la propiedad privada, la última defensa de la riqueza parasitaria e impro-

ductiva, el último sostén tradicional de la tiranía y de la expoliación.

«Los crímenes, las guerras y los pleitos —decía San Crisóstomo— nacieron cuando se pronunciaron aquellas heladas palabras *tuyo y mío*.» Y también él decía: «Aunque hayas heredado tus bienes de tu padre y tu padre de sus abuelos, remontando en la serie de tus antepasados, tropezarás infaliblemente con el criminal» (lo que quiere decir que el origen de la propiedad está en el robo).

San Ambrosio sostenía que la tierra es una propiedad (como el aire) «común para todos» y que la propiedad privada tiene su origen en la usurpación.

De San Basilio es esta frase: «La sociedad perfectísima es la que excluye toda propiedad privada. Este fue el bien primitivo que se turbó por el pecado de nuestros primeros padres. El propietario privado es como el que, apoderándose de cosas comunes, se las apropia, fundándose únicamente en la ocupación...»

San Ambrosio el Grande afirmaba: «La tierra, de donde todos procedemos, es común. En vano se consideran inocentes los que guardan para uso privado los dones que Dios hizo comunes.»

La propiedad privada, pues, según los padres de la Iglesia, es un pecado. Y según San Jerónimo, todo rico es un inicuo o heredero de un inicuo.

Pero no sólo es inmoral la propiedad privada, sino que es un obstáculo insalvable en el camino del reajuste económico del mundo. En torno a ella florece el monstruoso parasitismo comercial, burocrático, social; en torno a ella se desarrolla la desocupación, la esclavitud del hombre ante el hombre, con todas las murallas chinescas del anacronismo reinante.

Fermín Galán, el héroe de Jaca, tuvo por un momento la balanza de la historia de España y de gran parte del mundo en la mano; si hubiese sido tan estratega como revolucionario habría triunfado y ensayado su proyecto de nueva creación, inspirado en las fuerzas de nuestro movimiento obrero organizado y en ideas sociales libertarias pasadas por el tamiz de su espíritu apasionadamente realizador. Galán, reconociendo el hondo arraigo biológico e histórico de los egoísmos individuales, en oposición a la supresión de la propiedad, admite la propiedad en usufructo, no transmisible, no acumulable, como etapa inmediata, hasta que una experiencia de convivencia moral justa y libre haga posible otra solución mejor. Sostiene que una parte igual para todos de la riqueza social satisface al instinto social, no al individual, y rechaza en consecuencia las dos fórmulas del socialismo:

«A cada uno según su capacidad» y «De cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades»; es partidario de ésta: «A todos y a cada uno según su capacidad y su esfuerzo físico».

No podemos pasar por alto en absoluto la parte de exactitud que hay sin duda en la previsión de Galán, y es muy posible que la revolución socializadora tenga que ceder en algunos lugares al instinto individual campesino de la propiedad, lo que implicaría una coexistencia de propiedad socializada y de propiedad privada, sólo que no heredable, no acumulable, en simple usufructo.

Por otra parte no debemos olvidar los antecedentes de propiedad comunal tan arraigada en España, y de los que Joaquín Costa en su *Colectivismo agrario* y Rafael Altamira en su *Historia de la propiedad comunal* dan tantos ejemplos. Este último, refiriéndose a esa comunalización de la propiedad nos dice:

«Obsérvese que nuestra península es abundante en valles pequeños, en montañas, en sitios, en fin, donde no caben grandes explotaciones agrícolas, así como en otros cuyas condiciones climatológicas y geológicas no se prestan a los cultivos extensos ni a los intensos, sean o no de producción exportiva. Justamente, pienso yo que se nos ofrecen esas supervivencias (de propiedad comunal) como un comunismo propio, tradicional, que no asusta a nadie, que ya ha hecho sus pruebas, y en el cual puede verse un medio de ir al unísono (en cuanto al campo se refiere) con las nuevas ideas económicas y sociales y, a la vez, encauzadas en algo práctico que no es una panacea, sino una realidad experimentada y con arraigo sicológico en buena parte del pueblo español» (*Historia de la propiedad comunal*, 1929, I, págs. 20-21).

Además el campesino español vive tan miserablemente con su propiedad que nada tendría que perder al aportarla a la sociedad a cambio de una mejor explotación y de una distribución más adecuada del trabajo y de sus productos.

De 13.530 contribuyentes por tierra de la provincia de Avila, 11.452 viven con ingresos inferiores a una peseta diaria, 1.758 con ingresos inferiores a cinco pesetas y 155 con ingresos entre cinco y ocho pesetas. En base a estas cifras, aplicables por término medio a toda España, puede decirse que más del 90 por 100 de los propietarios españoles de tierras ganan menos que el promedio de los trabajadores sin propiedad de la industria.

Sobre un total de 1.026.412 propietarios de tierras españolas catastrados, 847.548 ganan menos de una peseta diaria, lo que nos da «una clase proletaria propietaria de la tierra que no difiere en nada de los proletarios agrícolas o traba-

jadores del campo en cuanto a su absoluta dependencia del mercado de los salarios» (S. Madariaga: *España*, 1930, página 74).

Esos campesinos, si en algunas partes exigieran la conservación de la propiedad de su tierra en las condiciones propuestas por Fermín Galán, obligando a una concesión de parte de la revolución justiciera y liberadora, no tardarían en verse alleccionados por la experiencia sobre su error y sobre lo injustificado y nefasto para ellos mismos de su egoísmo.

El suplicio de Tántalo

El suplicio de Tántalo no es ninguna fantasía; lo tenemos como símbolo de la sociedad capitalista; el hombre tiene sed y no puede satisfacerla porque el privilegio se lo impide, tiene hambre y sucumbe ante los graneros repletos, ante los depósitos abarrotados. ¿Se quiere mayor contrasentido que el de la abundancia fuente principal de miseria? Y esa es la realidad mundial.

Tántalo es el ciudadano no privilegiado de cualquier país moderno.

Para el que no tiene la cabeza revuelta por el interés mezquino, la solución es casi perogrullesca. Si tenemos materias primas, tierra, instrumentos de trabajo, brazos humanos en grandes cantidades o al menos en la proporción necesaria para asegurar un nivel superior de vida a todos, hay que romper las trabas artificiosas que se oponen al empleo de todos esos recursos. Luego, si se obtiene la abundancia en algunas materias útiles, nadie carecerá de ellas; si hay escasez en otras y no se consigue aumentar su rendimiento en seguida, se repartirá lo existente equitativamente entre la población que las necesita. No es ningún problema de cálculo diferencial, sino una simple operación de buen sentido.

No sólo es más justo, sino que es también más práctico y beneficioso que la abundancia signifique disfrute de todos y no penuria del mayor número. Para llegar a ese resultado simplista se requiere socializar la propiedad, poner la tierra a disposición de quien quiera trabajarla, las máquinas bajo el control de los obreros, los lugares de estudio bajo la dirección de los hombres de ciencia, etc.

Algunos profetas tardíos del individualismo económico, del manchesterismo trasnochado, como F. S. Nitti, se irritan ante la sola idea de una economía comunista; y sin embargo el equilibrio no se encontrará más que en una forma comunista de economía o al menos en una tendencia al comu-

nismo por intermedio de planes reguladores, coordinadores de todo el esfuerzo productivo y distributivo de un país o de un grupo de países.

Los modernos proyectos de economía planeada, cualesquiera que sean, suponen siempre la superación del individualismo económico, esencial en el capitalismo privado. Pero acortaríamos grandemente el camino si la nueva economía planteada surgiese de las masas obreras y de los técnicos directamente y no de la burocracia de un Estado convertido en supremo hacedor.

Hemos hecho ya experiencias de estatización y de comunismo estatal. Se conoce la estructuración del comunismo del imperio incaico y del comunismo egipcio. En Egipto existía el *trabajo forzado en común*. Revillout, el investigador del derecho egipcio, describe aquellas condiciones como una especie de «socialismo de Estado». Es una especie de faraonismo el que podría llegar a ser el comunismo ruso; pero esa modalidad no corresponde a la conciencia contemporánea, por más esfuerzos que haga para que se crea lo contrario la diplomacia del Estado supuestamente proletario.

El derecho a vivir por sobre todas las barreras

Tanto se ha desarrollado la máquina capitalista de producción que ya ni los capitalistas mismos la entienden y los que la entienden son impotentes para dominarla y dirigirla. De ahí todos los contrastes y todas las dificultades. Los mismos capitalistas, en su sed de especulación y de ganancia, desencadenaron los espíritus y ahora no saben reducirlos a la impotencia, se olvidaron de la palagra mágica y se han convertido en juguetes de la propia creación.

Algo semejante ocurre con el Estado moderno; ha crecido tanto, se ha vuelto tan complicado, sus engranajes son tan fuertes que el hombre de Estado, que en otros tiempos ha podido ser dirigente del mecanismo, es hoy dirigido, esclavo de la máquina. Esta es hoy la máquina y maquinista.

Por eso no aspiramos nosotros a ocupar en los puestos de combate el lugar de los actuales supuestos dirigentes. No podríamos hacer más que ellos ni diversamente a como ellos hacen, siendo instrumentos dóciles forzosos del mecanismo entero, cuya persistencia es incompatible con el derecho a la vida, cercenado en proporciones tan considerables por las consecuencias de la iniquidad económica y política erigida en sistema.

Unicidad en la economía

Si al hablar de la nueva economía nos dejásemos guiar por nuestra utopía personal estaríamos más cerca de William Morris que de ninguna otra visión del futuro. Pero aspirar por el momento a una realización parecida sería excesivamente ingenuo; si algún día el juego de las fuerzas económicas nos llevase a considerar factible algo por el estilo, con mil amores seguiríamos el impulso. Pero de lo que podemos deducir por el estudio de la economía moderna, niveladora, centralizadora, supresora de los localismos económicos, la evolución, el desarrollo factible para la generalidad está en esa línea de coordinación y de unidad. El trabajo es una obligación, consciente en mayor o menor grado; algo que si se pudiera eludir no se haría. Ahora bien; si hemos de trabajar para vivir, es preferible hacerlo con el menor esfuerzo posible y no con el mayor esfuerzo, sobre todo aquel trabajo socialmente necesario, nuestra cuota a la existencia social.

El gusto individual del productor pesa menos en la economía moderna que en el artesanado, por ejemplo; diríamos que no pesa casi nada, pues el productor realiza generalmente un solo movimiento en un conjunto sin fin de movimientos que dan un resultado final acabado; puede trabajar sin saber en qué ni para qué. Esto no es bueno, pero es lo que ocurre en la industria moderna, la misma que nosotros hemos de tomar en posesión y gestión directa.

Reivindicar frente a eso, en lugar de conceptos más o menos en la línea económica general, una modalidad de trabajo que forzosamente nos volvería un poco al artesanado, es tanto como predicar en el vacío y sentar plaza de excéntricos.

La vida económica tiende a una viva coordinación, no sólo porque es la manera de producir más y más económicamente, sino porque la población es doble, triple, cuádruple de la existente en los tiempos del artesanado artista. William Morris ha ejecutado obras de ebanistería preciosas, pero con su sistema de trabajo no se podría surtir a la humanidad de los muebles que le hacen falta y no podría entrar su labor en la socialmente necesaria. De quererlo se haría fuera de las horas del trabajo general obligatorio, para la satisfacción de los gustos de minorías más selectas. La misión del momento es asegurar a todos los seres humanos un mínimo de existencia indispensable en alimentación, vestido, vivienda, etc., y la revolución debe encarar eso ante todo,

consciente de que asegurado ese mínimo necesario los horizontes que se abrirán a las necesidades serán distintos y entonces podrán aplicarse principios menos unitarios, al menos fuera del mecanismo económico general.

Lo mismo que se tiene el ferrocarril y éste debe funcionar regularmente, tener un ritmo propio, y que no se puede volver a las carretas de bueyes como medio general de transporte terrestre, por más que aún se emplee ese sistema, así en todas las cosas, en todas las esferas de la economía es preciso avenirse a la idea de conservar los últimos progresos y adoptar las innovaciones posibles en el sentido de un mayor perfeccionamiento, de una mayor utilidad con menor esfuerzo.

Y decimos esto aun cuando preferiríamos personalmente un poco más de trabajo, aun a costa de una producción más escasa, pero más en armonía con la multiforrmidad de métodos. Ahora bien: la multiplicidad de métodos será cada día más reducida, repetimos, primero porque no siempre coinciden con el beneficio y la tendencia del menor esfuerzo y en segundo lugar porque la población es ya tan numerosa en casi todos los países, y sus exigencias, quizá superfluas en parte, pero no menos fuertes, se han centuplicado en relación con las de la población de hace cincuenta, cien o doscientos años. Exigimos hoy mil cosas que nuestros antepasados de hace medio siglo tan sólo no soñaban posibles siquiera; somos mucho más numerosos y es preciso que la producción de un hombre de hoy sea superior diez, veinte, cincuenta veces a la del ciudadano griego o romano de otros tiempos. Y para ello, en el primer momento al menos de la revolución, no vemos otro camino que el sustancial de la economía moderna: la coordinación unitaria en todo lo posible, y la coordinación siempre, aun de sistemas de producción diversos, donde aquélla no sea realizable.

4.b) Una sociedad de productores y de consumidores *

La idea de la supresión del parasitismo económico y político está, o al menos debiera estar, bastante madura en la mente de los pueblos para su inmediata realización. A los que trabajan no les agrada verse esquilmar la mejor ración del producto de su esfuerzo, y si no fuera por la fuerza policial y militar del Estado, es seguro que la máxima justicia: *el que no trabaja no come*, se vería instantáneamente tradu-

* *Tiempos Nuevos*, I, núm. 3, 3-XI-1934, págs. 81-84.

cida en hechos prácticos. Pero es que los trabajadores de las fábricas y de la tierra viven tan sometidos a un régimen de subyugación y tan sujetos a las cadenas de la esclavitud como los esclavos de todos los tiempos; la sola diferencia está en que los asalariados modernos tienen la libertad de elegir amos en las llamadas democracias, libertad también ésta un tanto relativa.

Lo realmente productores son una ínfima minoría social; una décima parte de la población vive del aparato estatal; otra décima parte vive del comercio capitalista (1), sin contar otras categorías improductivas importantes y sin contar las categorías improductivas naturales, los ancianos y los niños.

De diez millones de personas aptas para el trabajo en España, apenas encontramos cuatro millones y medio en el proceso productivo de la industria y la agricultura. La revolución, por lo menos, hará que ese parasitismo desaparezca, con lo cual ya estaría justificada; y por consiguiente la abundancia junto a la escasez, la ostentación del lujo junto a la miseria más extrema. Si de cierta producción no alcanza lo suficiente para todos, se racionará de manera que nadie quede sin su parte, grande o pequeña; distribuirá equitativamente la alimentación, el vestido, la vivienda; sembrará con mayor sinceridad y aliento la cultura primaria y la instrucción especializada; pondrá en movimiento todos los brazos y todos los cerebros y por primera vez en la Historia del Mundo no habrá ni inteligencias ni músculos en huelga forzosa; todas esas fuerzas tendrán desde el primer día amplio campo para materializar su potencia.

También por esto es deseable la revolución, que hará de la República de guardias que es la flamante República española, una vasta comunidad de productores y de consumidores.

No creemos mayormente en la resistencia al trabajo, incluso de parte de las clases hasta aquí crecidas en el ocio; habrá dificultades iniciales hasta repartir adecuadamente esa enorme población entre los gremios en los cuales pueden

(1) «Realmente el número de comerciantes ha aumentado mucho en los países cultos. Mientras que en el Imperio alemán, en el año 1882, el 8,6 por 100 de los individuos activos correspondían al grupo «Comercio y tráfico», en 1895 eran 10,9, en 1907 eran 13,9 y en 1926 eran 16,5. El hecho manifiesto del rápido aumento de la clase mercantil suele relacionarse con otro hecho igualmente indiscutible: el de la tensión mercantil, es decir, la diferencia entre lo que el productor recibe por las mercancías y lo que el consumidor debe pagar, se ha hecho extraordinariamente grande. Así se ha comprobado, por ejemplo, que en Berlín, en el otoño del año 1930, pagábase por un quintal de patatas, en el comercio al por menor, 3,50 marcos, mientras que el productor sólo recibía 1,48; el precio medio de una libra de costillas de cerdo sólo se pagaba al ganadero a 86 pfennigs la libra.» (Alfred Weber; *La economía mundial al alcance de todos*, traducción española, pág. 87.)

hallar más fácil y cómodo acceso; pero la dificultad mayor no estará ahí, sino en las consecuencias de un bloqueo internacional.

Falta en España el algodón, por ejemplo, sin el cual alrededor de doscientas mil personas, entre obreros textiles y obreros de la confección, quedarán sin tarea; falta petróleo, sin el cual el transporte ha de verse seriamente obstaculizado; falta, aun cuando en menor importancia, papel, sin el cual muchos millares de obreros gráficos, de periodistas y escritores, etc., quedarán sin ocupación; esas son las materias en que a primera vista advertimos déficit sensible; nos parece que en todo el resto los problemas son menores.

La revolución debe, desde su principio, preocuparse de asegurar el algodón para las fábricas de Cataluña y para el vestido de la población; debe preocuparse de resolver el problema del petróleo sintético, por la destilación de carbones minerales. No hay dificultades técnicas insuperables, pues todas esas contingencias han sido ya superadas por la ciencia moderna; pero si la revolución no quiere volver a un nivel de vida inferior, sino aumentar el bienestar general, debe contar con petróleo para sus automóviles, sus camiones, sus barcos, sus aviones, y debe sembrar desde el primer año el algodón suficiente para que no se paralice el trabajo textil y la confección.

Naturalmente, estos problemas, aun cuando conviene resolverlos, serían de menor urgencia si el bloqueo mundial no se produjese y se pudiera abastecer el consumo con el petróleo ruso, con el algodón americano, a cambio de bastante mineral de hierro y cobre.

Del mineral de hierro extraído en las minas españolas sólo una ínfima parte es fundido en el país; el resto se exporta y vuelve convertido en maquinaria, en instrumental, etc. La revolución debe hacer de la industria metalúrgica española una realidad y multiplicar los altos hornos, las fábricas de máquinas, sustituir en lo posible el viejo arado romano y en general la tracción a sangre por el arado moderno y el tractor, apropiados para las mesetas y las regiones llanas; debe electrificar lo más que pueda de sus ferrocarriles y de sus fábricas; debe aprovechar todos los saltos de agua, tanto para los riegos como para la producción de energía eléctrica; debe encarar seriamente el problema de la repoblación forestal, la preparación de nuevos territorios para la agricultura y la ganadería, la fuerza del viento, etc.

En una palabra, la revolución debe hacer en pocos años lo que el capitalismo es impotente ya para crear: una España capaz de alimentar, de vestir, de alojar a una población que no tardará en llegar a los 30 millones de habitantes

si las corrientes emigratorias siguen cerrándose como se han cerrado en los últimos tiempos.

Toda voluntad de trabajo encontrará fácilmente su puesto gracias a la revolución, que vincula la ciencia de los laboratorios y de los gabinetes con la técnica, y la técnica con el trabajo útil.

De esa solidaridad tiene que surgir forzosamente algo superior a lo que pueden darnos la ciencia de la política capitalista, las especulaciones de los financieros, la voz de mando de los generales.

No necesitamos la hipótesis de Dios para la construcción ideal de nuestra sociedad de trabajadores; tenemos que recurrir a la hipótesis del Estado. No queremos que todos bailen a la misma música, que todos marquen el paso al unísono. Incluso admitimos la posibilidad de diversos organismos, unos más y otros menos revolucionarios, unos más y otros menos amigos de la nueva situación. Lo importante es que todos los españoles tenemos un mínimo de necesidades que satisfacer, y en holocausto a esa satisfacción debemos contribuir por deber y por derecho al proceso de la producción de los bienes para satisfacerlas. Lo mismo que hoy en la fábrica trabajamos con diversidad de mundos políticos, interesándonos en ella más el buen obrero, el buen compañero de labor, que el compañero de ideas, así mañana nos codearemos en los lugares de trabajo con gentes que no piensan como nosotros, que incluso nos son política o socialmente hostiles, y a los que habremos de vencer por el ejemplo de nuestra obra, por la eficacia de nuestra orientación. Hay diversas organizaciones obreras en España; todas deben contribuir a la reconstrucción de la economía y a todas se les debe dejar su puesto. La revolución no rehusa ningún aporte en ese terreno; luego, fuera de la producción y de la distribución equitativa, obra de todos para todos, cada cual propiciará la forma de convivencia social que mejor le agrade; lo mismo que no negaremos el derecho a su fe religiosa a los que la tengan, e incluso la ostentación de esa fe, tampoco negaremos a los que no participen de nuestras concepciones sociales de libertad de defender las suyas y de practicarlas, siempre que no sean agresivas, siempre que no quieran forzarnos a nosotros y a quienes no las comparten a ser de los suyos. Entonces habría hostilidad y guerra civil. Incluso prevenimos que los amigos del modelo ruso podrán tener para su uso particular, fuera del régimen económico que ha de ser fruto de una gran concordancia, sus comisarios del pueblo; prevemos que los socialistas políticos podrán tener su Parlamento, seguir pronunciando sus discursos. No nos afectará en lo más mínimo y nosotros nos contentaremos con la dis-

posición siempre latente a impedir cualquier manifestación agresiva de una fracción contra otra que no quiera practicar sus ritos políticos o religiosos.

Libertad, pues, libertad absoluta en el orden político; coordinación de todas las fuerzas en el orden económico, producción de todos para todos, distribución equitativa de los productos. ¿Qué puede objetarse a una sociedad organizada de esa manera? Y ésa es posible desde hoy mismo, con sólo que los trabajadores y los campesinos víctimas de la iniquidad reinante lo quieran y se dispongan a descargar sus hombros del peso aplastante de tanto parasitismo como les agobia.

Creemos que esta revolución no dañará a nadie y beneficiará a todos. ¿Qué importa que muchas gentes que hoy disfrutan excesivamente hayan de volverse un poco más parcas y conozcan algo de lo que cuesta el pedazo de pan que se llevan rutinariamente a la boca sin haber dado en cambio nada de su esfuerzo? Para ellas mismas sería un bien moral y físico ese cambio de la situación. Pero sobre todo la clase media y el proletariado no sólo no tienen que perder nada, sino que tienen un mundo que ganar en una fraterna cooperación productiva, gracias a la cual unos y otros alcanzarán un nivel de vida tolerable y, sobre todo, seguro. No habrá miserias ni inquietudes por el mañana, no habrá continuas tragedias de sin trabajo, de gentes que han conocido en la clase media un relativo confort y hoy se ven en plena miseria, sin pan y sin esperanzas. Todo eso desaparecerá, porque habrán sido abiertos al trabajo fecundo todos los lugares de trabajo, sin más línea directriz que la satisfacción de las necesidades sociales.

Los temerosos de siempre suponen que la revolución, que es obra de justicia, va inspirada por la venganza. Es un error: más bien hay que temer que la revolución triunfante peque en España de exceso de generosidad. El proletariado español es todo lo contrario del vengativo, y al día siguiente de encontrarse en posesión de la riqueza social, habrá olvidado su largo calvario. Lo que tal vez no siempre hubiera sido conveniente. Los hombres y mujeres que no han sido habituados al trabajo desde su juventud, es inútil forjarse ilusiones: no serán de gran eficacia; al comienzo, al menos, toda la esperanza está en sus hijos, que desde temprano serán educados en una nueva moral e instruidos para ser mañana seres útiles. A la vieja generación parasitaria será preciso encontrarle alguna ubicación en labores fáciles y de poco esfuerzo, pues lo contrario sería pedir peras al olmo.

Naturalmente, hay una parte de los capitalistas, los em-

presarios, los pequeños industriales, que conocen su materia, que han comenzado a la par de los demás obreros o que pueden ponerse a la par de ellos; su porvenir como técnicos y expertos en su industria o su rama especial de trabajo está perfectamente seguro; no serán los amos, pero serán miembros indispensables de la nueva estructura social y en ella podrán desarrollar mucho mejor que en su situación anterior su espíritu de empresa, sus iniciativas, las ampliaciones deseables de sus establecimientos, etc.

Podríamos revisar una por una todas las categorías de la población y ver cómo nada tendrían que temer del cambio social inevitable. No habrá palaciegos ni cortesanos, no habrá gentes reventando de disfrutes, enfermos de gota ni de aburrimiento por el derroche y el vicio; no llegan a cincuenta mil los hogares españoles que habrán de sentir mermada su situación por el proceso revolucionario: nos referimos a esas cincuenta mil personas a quienes consideramos propiamente ricas y con base económica a cubierto de toda emergencia; en cambio, para los veintitrés o veinticuatro millones de españoles restantes la revolución será liberadora y para cerca de veinte millones será también portadora de un nivel de vida superior al que han conocido con el capitalismo.

4.c) El anarquismo es una solución *

Todavía se pierde el tiempo y se gastan energías en especulaciones metafísicas y en discusiones ociosas. No parece advertirse que vivimos en una suprema coyuntura revolucionaria y que si la dejamos pasar habremos caído, no sólo en tanto que combatientes de vanguardia, sino en tanto que movimiento social y en tanto que comunidad ideológica. Porque todo es barrido por la reacción moderna del fascismo, polo opuesto de la libertad y de la dignidad humana a que aspiran los anarquistas.

Cuando mayor claridad debiera mostrarse a los pueblos, cuando mayor concreción de propósitos, de objetivos y de medios para alcanzarlos habría que poner de relieve, se quiere discutir si los anarquistas pueden o no saltar del campo del negativismo, de la destrucción, al de la construcción, al de la afirmación, al campo positivo de los hechos.

Nada de «apriorismos» —se dice por algunos, felizmente por pocos—, pues los trabajadores y los campesinos, poco habituados a las disquisiciones de las torres de marfil, no

entienden nada de eso y le llaman al pan, pan, y al vino, vino. El «apriorismo» —se arguye— es antianarquista. Los anarquistas no pueden prefijar nada, no pueden adelantarse con la imaginación o con la inteligencia a los hechos consumados.

Una mayor educación científica demostraría a los secuaces de la eterna negación que el progreso se realiza en la ciencia y en la política tanto por consideraciones *a priori* como por consideraciones *a posteriori*, es decir, que la inteligencia humana puede aprovechar tanto los hechos consumados para orientar su conducta futura (apriorismo también), como adelantarse a los hechos, prever su desarrollo probable, influir con la voluntad para que los acontecimientos sigan en una dirección más bien que en otra.

Podríamos comenzar a discutir si el hombre es fruto del ambiente o el ambiente es resultado de la acción del hombre. Se ha hecho esa discusión por biólogos y sociólogos y el resultado niega el determinismo, el fatalismo. El ambiente influye sobre el hombre, lo mantiene en relación con la realidad, pero el hombre influye a su vez sobre el ambiente, lo moldea a su gusto, lo condiciona según sus aspiraciones.

El anarquismo es una corriente de ideas y de fuerzas sociales que afirma, en contraste con la organización social presente, un nuevo orden social. Afirmar un nuevo orden de cosas es negar el presente. Y lo negamos. Pero esa actitud ante las instituciones e ideas actuales no supone una mentalidad de negación permanente. Queremos destruir precisamente porque anhelamos la construcción. Criticamos el capitalismo y el Estado, que niegan la libre asociación, la iniciativa, la igualdad y la solidaridad, porque prevenimos un estado de cosas en donde el hombre pueda ser dueño de su destino y del producto de su esfuerzo. La lucha contra el mal sería estéril, sería inútil sin propiciar una moral superior.

En una palabra, el anarquismo es una solución en el terreno moral —donde el hombre libre sustituye al esclavo que manda y al esclavo que obedece—, en el económico —donde suprime el monopolio de la propiedad y socializa la tierra y los instrumentos de producción—, en el político —donde suprime el Estado y establece la sociedad de productores y de consumidores libres, con iguales derechos e iguales deberes.

Por consiguiente, si se nos pregunta qué es lo que queremos los anarquistas, podemos responder afirmativamente.

De acuerdo con el criterio singular de algunos camaradas, si alguien nos preguntase hacia dónde vamos, tendríamos

* *Tiempos Nuevos*, I, núm. 6, 5-IX-1934, págs. 185-188.

que callarnos la boca o empeñarnos en una larga explicación para mencionar punto por punto adónde no queremos ir.

En la vida práctica, y en el terreno científico y filosófico, si se quiere, no se procede así. ¿Tenemos que llegar a Perpignan? Nunca hemos hecho el viaje. ¿Qué haremos? ¿Salir a la ventura y tomar el tren para Madrid, por ejemplo? No: busquemos informes, horarios de trenes, etc., y subimos a la hora fijada en el andén señalado de la estación ferroviaria correspondiente. He aquí toda una construcción *a priori*, un plan de viaje, un programa previo.

¿Queremos, en lugar de llegar a Perpignan, llegar a una nueva orientación social libertaria? La libre experimentación no es posible antes de la revolución. Hemos de proceder *a priori*, por hipótesis, como se procede también en la ciencia. La hipótesis será tanto más probable cuanto mejor la afirmemos en conocimientos y estudios previos.

Sin contar que en el campo social la voluntad tiene un poder que no tiene en el campo de las ciencias físico-naturales. Una mezcla de dos partes de hidrógeno y una de oxígeno nos da el agua, independientemente de nuestra voluntad; pero un esfuerzo inteligente y eficaz de nuestra voluntad puede hacer de esta sociedad de enemigos una vasta comunidad de hermanos unidos por los mismos intereses y las mismas aspiraciones.

Negar el derecho a las hipótesis sociales, que esos son los planes y programas de acción, reformistas o revolucionarios, burgueses o proletarios, es negar la significación de la voluntad, por un lado, y por otro, negar la evidencia del esfuerzo del pensamiento humano por adelantarse a los acontecimientos, preverlos y dirigirlos o al menos adaptarse a ellos de antemano.

En nuestra vida individual ¿no tenemos planes de acción, programas de trabajo para meses y años y décadas por venir? Y como ajustamos la conducta individual a la línea previa que nos trazamos, dejando naturalmente margen para las rectificaciones de detalle que impongan los hechos imprevistos, ¿no hemos de ajustar la conducta colectiva?

Sabemos que, por desgracia, no podemos prever multitud de cosas de la próxima revolución; por eso no nos es posible proyectar un programa absoluto, no porque eso estuviera en contradicción con la anarquía, sino porque habiendo de partir de hipótesis, las aproximaciones a la verdad no pueden ser completas. Pero si no un programa absoluto, las líneas generales de lo que nos proponemos realizar deben ser claras y concretas, pues aun cuando nuestra construcción sea *apriorística*, ese apriorismo responde a nuestra firme voluntad de llegar a determinada meta, la meta de la

anarquía, de la que no podrán hacernos desistir los acontecimientos imprevistos, por contrarios que sean a nuestras previsiones.

Hemos advertido que también el método apriorístico es científico: se *induce* y se *deduce* para llegar a la verdad. Pero socialmente hay más: aunque nuestras ideas no estuviesen fortificadas por la ciencia, siempre que tuviésemos la fuerza social necesaria, es decir, el consenso de la voluntad de grandes masas populares, podríamos realizarlas, intentaríamos realizarlas. Y eso presupone, claro está, que sabemos lo que queremos y adónde vamos.

Se dice que hay que dejar al libre juego de la voluntad la solución de los problemas de la revolución a través de los acontecimientos. ¿Pero es que hoy se coacciona nuestra voluntad cuando estudiamos y proponemos lo que nos parece más conveniente para llevar a la revolución a los hechos? Hoy, serenos, dueños de nosotros mismos, con posibilidades de reflexión, de verificación, de consultas, ¿no podremos prever mejor las soluciones a los problemas de la revolución que mañana, en plena batalla, en el apasionamiento de la contienda? ¿O es que se cree que la solución repentina es superior a la bien meditada y estudiada?

Por otra parte, no seremos mañana más sabios ni mejores que hoy; si mañana, en plena revuelta, hemos de ser nosotros, como parte del pueblo, los que hayamos de insinuar el camino a seguir, ¿por qué no hacerlo ya hoy? Tenemos ahora la ventaja de la serenidad y la calma necesarias para una madura reflexión; mañana nos veríamos forzados a las decisiones y a los acuerdos improvisados.

¿Que nos apartamos de las masas al proponer, en tanto que anarquistas, una determinada serie de soluciones y de consejos? Nos apartamos de las masas cuando las masas se apartan del camino que llevan a la libertad y al bienestar. No rendimos culto a las masas porque sí ni aplaudimos todo lo que ellas resuelvan. En la revolución, como antes, los anarquistas tienen una línea de conducta y deben esforzarse porque las masas la reconozcan y le presten su asentimiento. Masas son también las que engrosan el fascismo internacional, y no en última instancia masas trabajadoras y campesinas. Nosotros queremos la anarquía y nos esforzamos porque las masas la comprendan y se encaminen a su realización. Si en cambio las masas se apartan de nosotros y quieren emprender la marcha por caminos autoritarios, fascistas o no, entonces obramos solos, con los medios y los métodos que nuestro número nos consienta.

Hay en estas disquisiciones negativistas dos mitos: el mito de la espontaneidad y la fe en las masas. Nosotros no

renegamos del uno ni de la otra, pero creemos que es mejor conducta la del que fía en la propia voluntad y en la propia fuerza.

Y porque creemos en la propia voluntad y en la propia fuerza, exhortamos a recalcar el aspecto positivo y constructivo del anarquismo, puesto que en lo negativo, la crítica al orden capitalista y estatal, hemos triunfado en toda la línea. Lo que ahora nos hace falta, no es demostrar que vivimos en un mundo insoportable, sino que somos capaces de echar los cimientos de un mundo mejor. Y ése es el programa, ése es el plan de acción, ése es el imperativo de esta hora, que es hora pasajera, tengámoslo en cuenta.

Para que nuestro programa, plan o como se quiere llamar, tenga el máximo consenso colectivo, ¿no es mejor la consulta previa, cuando es posible examinarlo y meditarlo, que la proyección en plena revuelta, cuando no hay tiempo más que para combatir?

Hemos combatido siempre el afán de algunos compañeros en trazar utopías del mañana libertario y en prever los detalles del desarrollo de los acontecimientos. Lo hacíamos cuando la revolución, como hecho concreto, no llamaba a las puertas y podíamos interpretar aquellos afanes como pasatiempos. Ahora no se trata de prever lo que será la sociedad del año 2000, sino lo que queremos que sea hoy mismo, mañana, dentro de muy pocos meses o años, en determinado país, cuyos habitantes, recursos, naturaleza se conocen. Y de lo que seamos capaces de decir al respecto depende en buena parte nuestro porvenir, el porvenir de nuestras ideas y el porvenir de los pueblos.

No nos asustamos de las palabras, pues saber lo que se quiere y saber adónde se quiere ir no es ciertamente nada antianarquista ni antirrevolucionario, ni malgastamos el tiempo en infantilismos como el que se manifiesta en la negación de los programas, lo que lógicamente nos llevaría a la negación de la organización, de los acuerdos, de la acción mancomunada y a la masturbación intelectualista sobre problemas de teología.

Somos anarquistas y somos revolucionarios porque queremos algo que no existe y algo que debe existir. Ese algo que debe existir no es una entidad metafísica, sino una realidad palpable y concreta, una afirmación. Y una afirmación no está en pugna ni con la revolución ni con la anarquía.

Allá el individualismo con sus gustos y sus teorías. Nosotros no somos individualistas, aun cuando somos conscientes como el que más de la propia individualidad. Pero que comunistas, anarquistas, miembros de la F. A. I. y de la

C. N. T., nos salgan ahora cortando cabellos en cuatro sobre mayorías y minorías, anarquía sin programa, sin organización, sin acuerdos, etc., nos parece un poco fuerte.

4.d) Sobre la anarquía y las condiciones económicas *

La anarquía es compatible con las condiciones económicas más diversas. Se puede ser anarquista con arado romano o con el tractor moderno; se puede serlo con un primitivo taller de artesano o con una fábrica racionalizada; nadando en la abundancia o sufriendo privaciones; en un palacio confortable o en una choza de mala muerte. La anarquía es una actitud del espíritu ante la vida y puede manifestarse en todas las situaciones económicas, porque en todas el hombre puede ser dueño de sí mismo, reivindicar el dominio de la propia voluntad y rechazar la imposición externa. Negación del principio de la autoridad del hombre sobre el hombre, no requiere un estado económico determinado, al revés del marxismo, que quiere realizarse como corolario de la evolución capitalista. Más bien hace falta a la anarquía un cierto nivel de cultura, de conciencia de las propias fuerzas; de capacidad de autogobierno. Los idiotas no pueden ser anarquistas y la tutela en ellos, como en los niños, es un deber de humanidad hacia los más débiles e ineptos.

* * *

No obstante la posibilidad de vivir la anarquía en cualquiera que sea el grado de desenvolvimiento económico, es indudable que las condiciones materiales de vida influyen poderosamente sobre la psicología humana. En un período de privaciones el individuo se vuelve egoísta, insolidario; en la abundancia es generoso, amplio, predisposto a la buena vecindad y al buen acuerdo.

Todos los períodos de miseria son períodos de embrutecimiento de las costumbres, de lucha feroz de todos contra todos. En ese sentido puede decirse que la economía influye seriamente en la vida espiritual del individuo y en la convivencia social. Y es por eso que buscamos aquellas condiciones que ofrecen más comodidad, más confort, más ventajas, no sólo porque es muy humano aspirar a una vida cada vez más libre de preocupaciones e inquietudes

de orden material, sino porque esas condiciones constituyen una garantía de relaciones igualitarias y solidarias entre los hombres.

No dejamos de ser anarquistas al sentir el estómago vacío; pero no es con el estómago vacío como nos encontramos más a gusto. Queremos, por tanto, un régimen económico en que la abundancia, el bienestar, el disfrute estén al alcance de todos.

Eso no es lo que nos distingue, sin embargo, en tanto que revolucionarios; porque un ideal de bienestar lo tienen todos los movimientos sociales y ninguno rechaza la abundancia de medios de vida y su acceso a todos los seres humanos. Al menos en el dominio de las teorías. Lo que nos distingue es nuestra condición de anarquistas, que antepo-
nemos a la abundancia; pues, al menos como individuos, preferimos la libertad junto al hambre, a la hartura junto a la esclavitud y a la abyección.

* * *

Si en economía propiciamos generalmente el comunismo, no es porque ese sistema sea consustancial de la anarquía. Esta puede realizarse en multiformidad de arreglos económicos, individuales y colectivos. Proudhon la realizaba en el mutualismo. Bakunin en el colectivismo, Kropotkin en el comunismo, Malatesta ha previsto la posibilidad de acuerdos mixtos, al menos en los primeros tiempos; los Tarrida del Mármol y Mella han propiciado la anarquía a secas, sin adjetivos económicos, lo que supone la libertad de experimentar o de establecer a título de ensayo lo que cada época y cada localidad juzguen más conveniente.

Lo que podemos decir es que en economía hemos de procurar un régimen igualitario, justiciero, en el que la abundancia sea posible, porque la abundancia, o la cómoda satisfacción de las necesidades materiales, crean una mentalidad muy diversa de la que aparece necesariamente en las privaciones, en la penuria. Hay en el confort para todos, en la abundancia, en la comodidad generalmente accesibles, garantías inmovibles para la libertad y la igualdad. El hombre lobo del hombre no puede convertirse en verdadero hermano del hombre más que en condiciones materiales seguras.

Si la anarquía, para los anarquistas, puede mantenerse en la abundancia como en la miseria, el comunismo, por ejemplo, no puede practicarse más que en la abundancia; en la escasez corre siempre peligro de naufragar. En el

comunismo hay algo de generosidad, y ésta falta cuando escasea todo y cuando la generosidad es suplantada por el egoísmo, la desconfianza, la competencia, la lucha por el pan de cada día.

Queremos, por tanto, la abundancia, una economía que garantice la vida a todos con un mínimo de esfuerzos. No porque la anarquía no pueda realizarse sin ella, sino porque los pueblos estarán más a gusto con una existencia confortable que con sus históricas privaciones, y con la vida material asegurada, comprenderán mejor nuestro ideal de vida y apreciarán mejor las ventajas de la solidaridad, de la supresión de los monopolios privados, la práctica del trabajo común, del buen acuerdo. Y sobre ese terreno espiritual y material amplio, la anarquía; en lugar de crecer como flor exótica en temperamentos idealistas y abnegados, se convertirá en una expresión general de la vida colectiva.

* * *

Nosotros encarnamos, pues, la reorganización económica del porvenir, libres de todo preconcepción, de todo sistema hecho, de todo dogma. El comunismo será el fruto natural de la abundancia. Mientras ésta no sea posible o donde ésta sea posible será sólo un ideal, el rumbo del progreso, pero no un hecho. En cada localidad, en cada ambiente, y para aquellos productos que se consideren abundantes, se resolverá el grado de comunismo o el grado de colectivismo o de mutualismo que hayan de establecerse. Es cuestión de libre acuerdo, de entente, de voluntad y de posibilidad. ¿Para qué dictaminar al respecto? Nosotros, que hacemos de la libertad una bandera, no podemos negarla en economía. Libre experimentación, por tanto, libre exposición de iniciativas, de ensayos, de sugerencias.

Tenemos, como la pueden tener todos, nuestra visión del porvenir. Queremos que el ideal de la libertad —la anarquía— deje de ser una aspiración y se convierta en un hecho, en una manera de vivir. Las condiciones económicas, políticas, morales y espirituales del presente no nos consienten sino ínfimas partículas de libertad. Podemos pensar libremente siempre que no dañemos los intereses políticos y sociales de los privilegiados; pero en cuanto a obrar libremente, las barreras son tantas desde que nacemos hasta que morimos, desde la cuna a la tumba, que ni siquiera tenemos la libertad del pájaro en la jaula, pues hasta en el hogar interviene el Estado.

Queremos que todos los seres humanos tengan derecho a

vivir, a trabajar, a consumir, a disfrutar. Eso supone un régimen de igualdad. Pero si un régimen de igualdad, aun cuando sea la igualdad en la miseria, es más justo y legítimo que un régimen de privilegio, nosotros no sólo queremos la igualdad, sino que aspiramos a la abundancia: una igualdad en la abundancia. Y ese estado de cosas hará más en favor de nuestra anarquía que toda la propaganda imaginable.

* * *

Sin rechazar *a priori* otras soluciones, nosotros propagamos la nuestra para llegar más fácilmente a la abundancia en economía. Libertad de organización local, en cada lugar de trabajo. Libre experimentación. Naturalmente.

Pero no olvidemos un hecho: para que exista la abundancia hay que recurrir a la técnica industrial y agrícola moderna. No nos sirve el arado romano, ni el taller del artesano, ni la herramienta primitiva. Un solo hombre puede fabricar un automóvil, que no tiene secretos para el mecánico. ¿Pero es que si el procedimiento de fabricación individual no es objetable desde el punto de vista de la plena libertad, es justo y es factible desde el punto de vista práctico? Un campesino puede seguir sembrando el trigo como lo hacían sus antepasados hace mil años, ¿pero es que la tierra que ocupa con esa siembra primitiva no significa un robo a la comunidad de cuyas ventajas hace uso? Una selección conveniente de semillas puede multiplicar la cosecha; una fábrica de automóviles bien instalada puede multiplicar la eficacia del fabricante individual de automóviles, que no hará más de uno en toda la vida. No olvidemos que es preciso progresar rápidamente hacia la abundancia y el bienestar y para ello la técnica y la ciencia son de una extremada utilidad.

La población ha crecido extraordinariamente, el espacio disponible para cada persona es cada vez menor, las exigencias del hombre de nuestros días son mil veces superiores a las del hombre primitivo. La vida social es hoy distinta a la de los pobladores escasos de los bosques y los valles de hace dos o tres mil años. Vivir en sociedad es aceptar una moral social y con más razón hoy en que estamos rodeados de vecinos, con lugares de trabajo y de acción circunscritos. Queremos vestir telas de lana, zapatos cómodos, tener en casa radio, máquina de escribir, luz eléctrica, medios de locomoción y de transporte. Es decir, dependemos en nuestras necesidades materiales cada vez más de la

industria moderna. Y para que la abundancia sea un hecho, la actual industria ha de ser superada, reforzada en sus posibilidades.

* * *

Ahora bien: la industria moderna, y lo mismo la agricultura moderna, ponen por sí mismas límites al «haz lo que quieras» en economía. La industria moderna es un mecanismo que tiene un ritmo propio. El ritmo humano no es el que marca el de la máquina, es el de la máquina el que determina el humano.

Se suprime con la revolución la propiedad privada de la fábrica; pero si la fábrica ha de existir y, según nuestra opinión, perfeccionarse, hay que reconocer las condiciones de su funcionamiento. Por el hecho de pasar a ser propiedad social, no cambia la esencia de la producción ni el método productivo. Cambia la distribución del producto, que se hace en lo sucesivo equitativamente. Pero la fábrica sigue su labor con su propio ritmo.

Ahora bien, la fábrica no es un organismo aislado, con vida propia; es un eslabón de un complicado engranaje que sale de la fábrica, de la localidad, de la región; que sale muchas veces de los límites nacionales. La característica de la vida económica moderna es la cohesión por sobre todas las fronteras. El localismo económico ha pasado y debe pasar, donde no lo hizo ya, al museo de antiguallas.

El que esto escribe ha conocido en su pueblo nativo el localismo económico hace tan sólo veinticinco o treinta años. Se tejía la lana de las propias ovejas, se hacía el calzado, se cosechaba el trigo y se molía y se elaboraba el pan; las hierbas medicinales hacían muy rara la medicina fabricada en Barcelona, en Bruselas o en Berlín. ¿En qué se dependía de otras localidades? En bagatelas insignificantes. Hace veinte o treinta o cuarenta años, se podía decir en ese pueblo que se vivía autónomamente, que la economía era local. Hoy ha cambiado. Se visten ropas tejidas en Barcelona, en Lancashire, con las de la Argentina o de Australia, con algodones de la India o de Estados Unidos; se tiene radio; se toma café del Brasil; se visten zapatos hechos en las Baleares, etc. ¿Sería un ideal el retorno al localismo económico? Ante todo no se admitiría voluntariamente. Se quiere disfrutar de todos los bienes que el hombre produce. Mil hilos unen a la localidad más insignificante con la economía nacional y mundial.

No nos interesa de qué modo pueden organizarse los obreros y técnicos de una fábrica, de una localidad agrícola o

ganadera. Es cosa de ellos. Pero lo fundamental es que desde el primer momento de la revolución la cohesión de todas las fuerzas productivas y distributivas sea un hecho. Y eso implica que los productores han de entenderse en cada localidad, con las localidades de la comarca, de la provincia, de la región, del país entero, hasta la *entente* internacional directa de los productores del mundo.

Esa cohesión es indispensable para el funcionamiento mismo de los lugares de producción. Porque si la fábrica depende de la usina eléctrica, ésta depende de la fábrica de motores y de artefactos eléctricos; necesita alimentar y vestir a sus obreros, medios de transporte, etc. La especialización económica ha hecho más ineludible la cohesión. ¿Qué pueden hacer los altos hornos de Bilbao sin los mineros, sin los ferroviarios, sin los agricultores, sin los panaderos, sin los constructores de obras, sin los mil y un oficios que hacen posible que los altos hornos funcionen y que los obreros que les sirven vivan, descansen, coman, vistan, se diviertan y se instruyan?

Nos parece algo absurdo, tanto como decir que la nieve es blanca y el agua líquida, esto de insistir sobre la necesidad imperiosa e ineludible de la cohesión económica. Bakunin hablaba de centralización. Lo que queremos decir es que no existe ni debe propiciarse tampoco el localismo en economía, pues con él no alcanzaremos en ninguna forma un nivel de vida que permita la satisfacción de las necesidades más urgentes. La población ha aumentado y aumenta y las exigencias de la vida moderna son cada vez más grandes y complejas.

* * *

Nos parece que hay en nuestros ambientes libertarios un poco de confusión entre lo que es la convivencia social, la agrupación por afinidad y la función económica. Pasadas visiones de Arcadias felices, de comunas libres, influyen en la mentalidad de algunos camaradas. Pero la Arcadia está en el pasado; en el porvenir las condiciones son completamente otras. En la fábrica no buscamos la afinidad, como en el matrimonio, o en la amistad y en el ambiente social; en la fábrica nos interesa sobre todo el compañero de trabajo que conoce su labor y la ejecuta sin producir complicaciones con su inexperiencia o su impericia en la marcha del conjunto. La convivencia en la fábrica no se establece a base de afinidad de caracteres, sino a base de cualidades de trabajo, de pericia profesional. En una palabra, el grupo

de afinidad, que se conforma en la vida social, no tiene función alguna específica en la vida económica.

La «comuna libre» es producto lógico de esa concepción del grupo de afinidad. Pero no hay comunas libres en economía, porque esa libertad significaría también independencia. Y no hay comunas independientes.

Una cosa es la comuna libre desde el punto de vista político o social, para el arreglo de sus asuntos internos de una manera absolutamente soberana, y otra es la comuna libre desde el punto de vista económico. En este aspecto nuestro ideal es la comuna asociada, federada, integrada a la red económica total del país o de los países en revolución. Comunalismo económico es, a nuestro entender, un vestigio de las viejas concepciones jurídicas de la propiedad comunal. Y nosotros que propiciamos la supresión de la propiedad privada de la tierra, de las fábricas y de los instrumentos de trabajo, no queremos que, en lugar del antiguo propietario individual, aparezca ahora un propietario de varias cabezas. La tierra, las fábricas, las minas, los medios de transporte, las escuelas, son de todos, deben ser de todos. Y nuestro trabajo en la tierra o en la fábrica no nos convierte en propietarios individuales o colectivos, sino en contribuyentes al bienestar común, a cuyo acervo damos nuestras energías o nuestra inteligencia. ¿Es que una comuna bien situada, provista de riquezas naturales superiores, de mejor tierra, de mejores bosques, ha de disfrutar de ese privilegio natural como propietaria? ¿Dónde quedaría entonces la igualdad a que aspiramos en economía? Todo es de todos y el producto del trabajo ha de ser repartido equitativamente, como equitativamente ha de ser repartido el esfuerzo.

Por las montañas de Galicia hay algún compañero que ha realizado la anarquía por sí solo. Encontró lugares des poblados y aptos para la agricultura y la ganadería. Edificó una choza, al margen del catastro de las contribuciones al Estado; cultiva un huerto; apacienta algún ganado. No obedece a nadie, no manda a nadie; vive del esfuerzo personal. Si algo necesita de los demás lo adquiere a base de trueque. Está en su pleno derecho. Ha realizado la anarquía. Tal vez hubiera espacio en España para unas cuantas docenas más de compañeros que quisieran realizarla de ese modo. Pero no habría, sin duda, espacio para 24 millones de habitantes, que por su parte no querrían tampoco una anarquía como esa, sin radio, sin teatro, sin vivienda confortable, sin mil exigencias más, que el anacoreta no satisface. Y la comuna libre en economía sería algo así como un ideal de anacoretas. Pero no un ideal nuestro, de hom-

bres de nuestro siglo, que queremos disfrutar de todo, porque podemos producirlo todo. Sin contar que nos llevaría a una desigualdad inmediata, por la gran diferencia que hay entre las comunas pobres y las ricas.

No hay que ir a las realizaciones económicas con un sentido local; la libertad y la igualdad no se garantizan en la miseria; y la economía local no puede ser sino, generalmente, de privaciones y escasez. Hay que obrar con un criterio social, abarcando el conjunto de un país, y si fuese posible, del mundo entero. Esta fábrica o esta parcela de tierra no es de quienes en ellas trabajan, sino de todos. Y de todos deben ser sus frutos. La economía es un organismo muy vasto en la actualidad y todo cercenamiento es dañoso.

* * *

Sólo con la supresión de la especialización del trabajo se puede tomar la Comuna libre como ideal económico. ¿Es siquiera posible soñar en ello?

Ahora bien: para la cohesión de la economía, nosotros tenemos nuestras sugerencias, nuestras bases. Otros presentarán las suyas. Toda discusión previa al respecto puede facilitarnos mañana una decisión.

En economía no tomamos, lo repetimos, el grupo de afinidad; tomamos el lugar de trabajo como base: la fábrica, la circunscripción agrícola de una comunidad campesina, la mina, la escuela, la nave. Cada lugar de trabajo forzosamente ha de tomar sus acuerdos, distribuir las funciones, cumplimentar la misión que ha de llenar. No tendrá un amo; todos los que allí intervienen serán iguales, con los mismos derechos y con los mismos deberes. Si el lugar de trabajo es pequeño no hará falta un Consejo especial, nombrado por los que trabajan; si es grande habrá necesidad de un núcleo coordinador. Además, grande o pequeño, cada lugar de trabajo debe ponerse en relación con los otros lugares de trabajo, tanto por las necesidades de la producción como de la distribución. Supongamos, pues, a cada lugar de trabajo sin el amo del período capitalista, con un Comité o consejo de fábrica o de granja o lo que sea en su lugar, consejo nombrado por cuantos intervienen en el establecimiento, renovable en cada momento por la voluntad de sus electores, lo mismo que es revocable en cada momento la junta de un sindicato.

Los comités o consejos de cada lugar de trabajo se vinculan por afinidad de tareas. Por ejemplo, es muy natural

que todos los establecimientos del calzado de una localidad se relacionen por medio de sus delegados y constituyan la organización productiva de la industria local del calzado. Esa vinculación se hará igualmente en el terreno regional y nacional. Importan poco los nombres que se den a esa coordinación. Habrá de ser un hecho, impuesto por la forma de producción a que hemos llegado. A su vez los obreros de las fábricas de calzado necesitarán relacionarse con los de las curtiembres de cueros, y éstas con los mataderos de ganado, etc. ¿Es que esa cohesión afectará en algo a la libertad verdadera del individuo? Y una vez cohesionada la industria del calzado del país y comprobado que su producción es insuficiente o que es excesiva por los datos que cada fábrica, cada localidad y cada región aportan, ¿es que no se resolverá en congresos regionales o nacionales del ramo cómo conviene proceder en el porvenir para que sea aumentada o restringida la producción?

Lo mismo diríamos de cada industria, que no tiene posibilidad de vida local, sino en tanto que es un eslabón de un gran conjunto nacional e internacional.

Y como se vinculan las industrias o ramas de trabajo entre sí, se vinculan todas a su vez, porque si no hay localidades económicamente independientes, no hay industrias que se basten a sí mismas y todas están de hecho estrechamente ligadas.

Desconocer este hecho es cerrar voluntariamente los ojos a evidencias claras como la luz del día.

Y con esto, sólo queremos decir que la sustancialidad de la economía moderna y más aún de la futura, que ha de progresar y no regresar, no está en el localismo, sino en la más amplia coordinación posible.

Y en el camino de esa coordinación y del perfeccionamiento de los métodos de trabajo, de las máquinas, de los procedimientos agrícolas, etc., está la meta de la abundancia, en la cual nuestra anarquía, que puede vivir también en la miseria, será comprendida por el gran número, realizada en una esfera cada vez más grande. O queremos el bienestar, y entonces hemos de aceptar con todas sus consecuencias la máquina económica industrial, o no lo queremos, y entonces podemos enarbolar la comuna libre, es decir, el comunismo económico. La anarquía puede realizarse allí y aquí; pero el bienestar no se realizará más que en un régimen de perfecta cohesión económica y de intensa aplicación de todos los conocimientos técnicos y científicos de que disponemos y que serán multiplicados en un próximo futuro.

* * *

Guiados por la urgencia de una solución al problema económico en nuestros días, deseamos que los anarquistas se preocupen de presentar al mundo un camino viable para salir del abismo de contradicciones en que se encuentra por causa de su régimen de monopolios. Eso nos permitirá encontrar asentimientos y apoyos insospechados. Porque en esos asuntos económicos no es la fantasía o el capricho de cada cual quienes pueden decidir, sino los hechos, las experiencias, las observaciones, los estudios serios. Nos interesa un régimen de producción y de intercambio en que no intervengan más que los productores mismos, manuales o técnicos; en que se excluya todo parasitismo. En esa forma quedará suprimida toda desocupación y se establecerán condiciones de existencia inmediatamente más llevaderas, suscitando un estado de espíritu más asequible a nuestras bellas ideas de emancipación total, de anarquía.

Pero no queremos circunscribir a eso nuestras aspiraciones, pues si bien podemos inspirar una solución económica inmediata al margen de todo autoritarismo y de todo poder central de mando, tenemos una misión que va más allá de la solución económica. No es bastante la supresión del capitalismo; vamos más lejos. Y la supresión del Estado, encarnación del principio de autoridad, no será efectiva por el hecho de la destrucción de sus actuales engranajes, pues la autoridad está tanto en el que manda como en el que obedece y hay que enseñar todavía a los hombres a no obedecer, a ser dueños de sí mismos.

Ahora bien: si de inmediato podríamos tener grandes masas en favor de una solución económica igualitaria y justiciera, dudamos que sea lo mismo en cuanto a nuestra anarquía, que no es una doctrina de iglesia o de partido político, sino una forma de vida y de pensamiento, una educación, que no se improvisan por arte de magia.

4.e) La revolución libertaria y sus condiciones *

Decíamos que la anarquía es una voluntad de vida independientemente de las condiciones económicas; que puede haber anarquía en la miseria y en la abundancia, con un método económico o con otro, pero que la modalidad económica requiere en cambio ciertas condiciones básicas. Se puede ser anarquista con la barriga vacía, pero no se puede mantener el comunismo en la escasez y en la penuria.

Hablaremos de las condiciones de la revolución libertaria para completar nuestro pensamiento bajo otro aspecto.

Nuestra razón de ser como individuos y como movimiento está en nuestra posición ante el principio de autoridad, en nuestra afirmación perenne del respeto a la libertad de todos y de cada uno.

En la solución económica, aparte del método, podemos coincidir con fuerzas sociales numerosas; en la solución política —sustitución del principio de autoridad y de su encarnación máxima (el Estado y sus instituciones opresivas), por el libre acuerdo de los grupos sociales— estamos los anarquistas mucho más aislados. Ese aislamiento será probablemente menor durante una revolución victoriosa, pero no por ello dejará de existir.

Creemos que una buena parte de las gentes no está con nosotros por ignorancia; pero la mayoría no lo está por la educación recibida, porque no comprende nuestras aspiraciones, porque no tiene la misma sensibilidad que nosotros, el mismo desarrollo del sentido de la libertad, de la independencia, la misma comprensión de la justicia.

Puede la revolución suscitar en muchos hombres las fuerzas libertarias adormecidas por la rutina cotidiana, por el ambiente hostil; pero no hará por arte de magia de la minoría anarquista una mayoría absoluta. Y aunque fuésemos mañana mayoría, no seríamos sin duda la sociedad entera. Quedaría una minoría disidente, desconfiada, enemiga de nuestros ensayos, temerosa de nuestra audacia experimental, deseosa de seguir por otro camino.

Ahora bien: si no rehuimos la violencia para combatir la violencia esclavizadora, en la nueva construcción económica y social no podemos emplear más que la persuasión y el ensayo práctico. Podemos rechazar con la fuerza a quien intente subyugarnos, someternos a sus intereses o a sus concepciones, pero no podemos emplear la fuerza para obligar a los que no comparten nuestros puntos de vista a vivir como nosotros pretendemos vivir. De ahí que nuestro respeto a la libertad debe alcanzar incluso a la libertad de nuestros adversarios para vivir su propia vida, en tanto que no quieran ser agresivos hacia los demás, negar la libertad ajena.

Si en la revolución social que ha de venir, a pesar de todos los escollos, fuésemos una mayoría, la labor práctica de la reconstrucción económica sería enormemente aliviada, pues de inmediato contaríamos con el acuerdo y el apoyo de grandes masas; pero aun así habríamos de respetar los en-

* *Tiempos Nuevos*, I, núm. 8, 5-XII-1934, págs. 257-261.

sayos de las minorías disidentes, entendernos con ellas para el intercambio de productos y servicios. Y si como mayoría no podremos menos de reconocer la libertad de las minorías a organizar su propia vida en la forma que lo deseen, ni de prestarles dentro de lo posible nuestra cordial solidaridad, como minorías eventuales los anarquistas hemos de reivindicar esa libertad de experimentación y defenderla con todas las armas contra quien —individuo o partido o clase— se propusiera cercenarla.

Toda solución totalitaria, única, es de corte fascista, aun cuando se quiera defender en nombre del proletariado y de la revolución. La nueva forma de vida es una hipótesis social que sólo la experiencia práctica debe valorizar.

Nosotros estamos convencidos de que la razón y la justicia están de nuestra parte. Pero ¿hemos de negarnos a reconocer que las otras tendencias sociales creen lo mismo respecto de sus ideas, de sus métodos, de sus aspiraciones? Creemos que la verdad está más cerca de nosotros que de los otros; pero no nos consideramos infalibles, ni suponemos que falte sinceridad y convicción interna sobre la bondad de la propia causa en los adeptos a otras doctrinas. Ahora bien: ¿cuál ha de ser el método para probar éstas o las otras hipótesis sociales, éstas o las otras verdades revolucionarias?

En la Edad Media se recurría al juicio de Dios. Dos caballeros se batían en nombre de las causas en litigio. El que aplastaba la cabeza al otro era el que tenía la verdad y la justicia de su parte. ¿Queremos que sea en nuestros días, en lugar del juicio de Dios, la fuerza única piedra de toque de la verdad contenida en las diversas corrientes revolucionarias? Nos figuramos al anarquismo en Rusia: ¿es que su extirpación material por la nueva dictadura prueba que no tenía razón de ser? Si condenamos aquel procedimiento para demostrar la superioridad de ideas de un partido revolucionario dado, no lo condenamos porque se puso en práctica en Rusia, sino que hemos de condenarlo aun cuando se pusiera en práctica en España y aun cuando los mayoritarios y los más fuertes fuésemos nosotros. Queremos de antemano reconocer el derecho a la libre experimentación a todas las corrientes sociales, y nuestra revolución, por eso, no será una tiranía nueva, sino la entrada en el reino de la libertad y del bienestar, en el que todas las fuerzas podrán manifestarse, todas las iniciativas ser ensayadas, todos los progresos ser puestos en práctica. La violencia está bien en la destrucción del viejo mundo de violencia, pero es antirrevolucionaria, antisocial cuando se quiere emplear como norma reconstructiva.

En Asturias, en la rebelión de octubre, se pusieron de relieve tres tendencias bien definidas. En unas localidades se proclamó una república socialista, en otras partes una república soviética y en otras el comunismo libertario. De haber tenido aquella rebelión otro desenlace, ¿cuál hubiese sido la consecuencia? Desgraciadamente, el respeto a la libre experimentación tendría que haber dependido de la fuerza con que cada tendencia se hubiese defendido ante las pretensiones contrarias de nivelación, de régimen único, de modalidad monopolista. Por parte de los anarquistas no hubiese habido ningún inconveniente en que Oviedo ensayase los métodos de trabajo, de producción y distribución propiciados por los socialistas, en que Mieres organizase y sostuviese su método soviético, en que Gijón y La Felguera practicasen el comunismo libertario. Tal vez la intención socialista y comunista no era idéntica, y al día siguiente del triunfo sobre la burguesía y el Estado, se habría tenido la guerra civil para resolver si el futuro habría de ser socialdemócrata, bolchevista o libertario, una guerra entre hermanos que daría al traste con el espíritu y con las promesas de la revolución.

No sabemos si nuestros amigos de Asturias habrían podido defender su derecho a la existencia contra el totalitarismo socialista o comunista. Quizá se hubiesen encontrado allí en minoría. Pero en casi todo el resto de España, en el caso de una revolución, nosotros seríamos mayoría indiscutible, como en Aragón, Rioja y Navarra, en Andalucía, en Cataluña, en Levante. Nos imaginamos el desastre y la muerte de la revolución afirmando el mismo criterio que sostienen socialistas y bolchevistas. De antemano, tenemos el deber de asegurar a las minorías de las regiones donde predominarían nuestras fuerzas, nuestro reconocimiento y nuestra solidaridad, como exigimos de las mayorías eventuales el mismo trato donde nosotros seamos minoría.

En el aspecto político, naturalmente, es preciso renunciar a la hegemonía de un comité, de un partido, de una corriente dada; es decir, renunciar al Estado como institución que obliga a todos, a los que lo quieren y a los que no lo quieren. Pero esa renuncia a dictar la ley para todos, sin lo cual no habrá verdadera revolución ni verdadero bienestar social, porque el mantenimiento del Estado es el mantenimiento de la fuente más pesada de explotación del trabajo humano, no quiere decir que en el orden económico no pueda establecerse la solidaridad, el apoyo mutuo, el acuerdo. Tanto más cuanto que el localismo económico es imposible, y Gijón comunista libertario necesita de Oviedo

socialista y de Mieres bolchevista. Como en el terreno de la organización económica, del intercambio, lo que importa ante todo es la conveniencia recíproca de los pactantes, existiendo esa conveniencia el acuerdo se producirá, no obstante las divergencias políticas y sociales que puedan separar a los interesados. Y es posible así organizar una magnífica red de relaciones y de intercambio en todo el orden nacional sin la base previa del régimen único, de la norma de vida y de producción única.

En interés de todos: socialistas, comunistas y anarquistas, estaría el mantenimiento del tráfico, del servicio de correos por ejemplo, sobre un terreno políticamente neutral, pues si en una zona podrían ser controlados por una de las tendencias, en otra habrían de serlo por otro, y la práctica haría ver cómo es preferible el acuerdo para el mantenimiento de ese servicio de utilidad general al margen de las diversas escuelas sociales que ensayan sus formas de convivencia y de trabajo.

Si la discusión del «frente único» se hubiese llevado a este terreno, probablemente habría dado otros resultados. Pero circunscrito a los acuerdos momentáneos, no podía tener más consecuencias que las que ha tenido: una agria polémica de la que las fuerzas sociales tenían que salir más distanciadas de lo que estaban. La cuestión variaría si se plantease la posición de las diversas tendencias del movimiento social español, mayoritarias o minoritarias, en el caso de una revolución triunfante. Si resultase de ese examen que cada una podría contar con el respeto de las demás, el mundo capitalista y estatal tendría sus horas contadas. Pero si de antemano se nos dice a los anarquistas, o se dice a los trabajadores, que mañana en lugar de Gil Robles tendremos a Largo Caballero o a cualquier staliniano en ciernes, y que la dictadura de hoy seguirá mañana con otros nombres y otras denominaciones, toda discusión huelga.

Los trabajadores quieren una cosa: ser libres, vivir del producto de su trabajo, aumentar su bienestar. ¿Por qué no se discute sobre el modo de asegurar esa libertad, ese bienestar, ese derecho a la vida?

Nosotros decimos de antemano que, como anarquistas, no podemos obligar a vivir nuestra vida a nadie; pero eso impone como condición previa que se respete también el derecho a nuestra convivencia. Hasta aquí, ni la socialdemocracia ni el bolchevismo ruso han hecho algo que demuestre su voluntad de reconocer la libertad de los anarquistas a organizarse y a vivir como mejor entiendan con

su parte correspondiente de los instrumentos de trabajo y de la riqueza social. Han dicho que mañana hemos de acatar su respectiva dictadura o seguir como hoy por destierros, cárceles y presidios.

O tanto una como otra tendencia, que no tienen razón de ser como movimientos distintos, entran en la discusión de este asunto, o se pierde el tiempo en el debate sobre consignas sin consistencia. ¿Frente único? ¿Para qué? Para la revolución —nos dicen—. ¿Para qué revolución? También los fascistas quieren hacer una revolución. Y si la revolución de los socialistas y comunistas tiene el mismo programa totalitario, monopolista, dominador, es una revolución que difiere de la nuestra como el agua y el fuego. Todo acuerdo en ese sentido es imposible.

En más de medio siglo ha evidenciado el marxismo en el movimiento obrero su función escisionista. Pero no ha hecho esa escisión para ir más allá que nosotros, sino para sumarse cada vez más íntimamente al mundo capitalista o a su concepción estatal. Nosotros queremos que los trabajadores se unan, que reconozcan su identidad de intereses, que se sientan hermanos por la suerte común; sabemos que unidos lo pueden todo y que separados han de ser carne de cañón para los actuales y los futuros privilegios, bestias de carga sin derechos y sin personalidad. Unámonos, pues, los trabajadores, pero en la libertad, con la libertad, por la libertad. Si hemos de unirnos para darnos en la primera oportunidad la puñalada trapera y montar unos sobre otros, sigamos como seguimos.

Hay una base de acuerdo para todos los trabajadores, y en ese acuerdo estará la revolución triunfante: el reconocimiento sincero de nuestras diferencias de carácter, de temperamento, de educación, y la promesa solemne de entendernos hoy y mañana, previo el respeto recíproco, para contribuir, sin abdicación alguna, a la obra común: la supresión del capitalismo y del Estado totalitario.

Somos los anarquistas la fracción revolucionaria más numerosa. Aun así reconocemos de antemano a todas las tendencias sociales la libertad del ensayo y la experimentación de sus concepciones particulares. Sólo pedimos una cosa: que se nos reconozca a nosotros el mismo derecho y que no se quiera obligarnos mañana a vivir como vivimos hoy: en lucha a muerte contra la tiranía, despojados del producto de nuestro esfuerzo.

Una bandera puede unirnos y dar al traste con el mundo capitalista: la bandera de la libertad. ¡Trabajadores españoles, aún es hora!

4.f) Los anarquistas españoles y la insurrección de octubre *

Como obedeciendo a una misma consigna, la prensa socialista y comunista de los diversos países ha iniciado una campaña internacional de calumnias e injurias contra los anarquistas españoles por su actitud ante el movimiento de octubre de 1934. Al gritar contra la «traición» de los anarquistas se quería poner un velo sobre las traiciones sistemáticas de los acusadores, desviar la grave responsabilidad de su labor antirrevolucionaria y de su comportamiento antiproletario. Porque los que tenemos derecho a acusar somos nosotros, los únicos puntos de mira de la reacción gubernativa republicana, como lo habíamos sido de la reacción gubernativa monárquica.

Privados de toda prensa y rodando por las prisiones, no hubo la posibilidad, por nuestra parte, de poner en claro las cosas para salir al encuentro de las difamaciones. Pero el tiempo ha hecho por sí mismo la obra de esclarecimiento y, pasada la primera impresión, se va comprendiendo en todas partes que los traidores de la revolución y del proletariado son los mismos de siempre.

Mientras se saca a relucir documentación oficial sobre la actitud de nuestras organizaciones, hablaremos nosotros, adelantando, en parte, lo que habrá de decirse a base de pruebas y de hechos concretos.

Son muchas las cartas que hemos recibido de nuestros amigos del exterior pidiendo detalles e informaciones sobre los sucesos de octubre. Al responder al camarada Villegas, de Santiago de Chile, respondemos a millares de interesados en conocer algo la verdad.

La obra reaccionaria de las izquierdas republicanas

En los países en donde las izquierdas políticas no llegaron al Poder, o donde llegando no realizaron una obra tan funesta y reaccionaria como en España, difícilmente se comprenderá la razón del divorcio absoluto que se estableció entre ellas y el proletariado revolucionario. Ni siquiera la dictadura militar de Primo de Rivera se atrevió a enfrentarse de una manera tan cínica e irritante con las fuerzas

libertarias, de arraigo casi secular en España. Los socialistas y las izquierdas políticas, sin atacar en lo más mínimo en sus dos largos años de predominio gubernativo, el privilegio capitalista, han convertido la República de abril de 1931 en un campo perfectamente abonado y trabajado para el fascismo.

En lo económico han aumentado enormemente las cifras de la desocupación, han paralizado la vida industrial y comercial, se han evidenciado incapaces para abrir fuentes nuevas de trabajo y producción. Acrecentaron el desbarajuste heredado de la monarquía en todos los aspectos.

En lo político elevaron en más de mil millones el presupuesto nacional, han creado nuevos cuerpos represivos, han gravado por consiguiente todos los impuestos y tributos y han puesto de relieve una voracidad de empleos públicos que se ha hecho proverbial con el nombre de *enchufismo*.

El pueblo advirtió bien pronto que no sólo no había ganado nada, en bienestar y libertad, con el cambio de la corona por el gorro frigio, sino que había perdido. A las izquierdas políticas se debe ese monumento inolvidable de la reacción que es la «Ley de orden público», y en el recuerdo de millones de españoles están las primeras deportaciones de obreros revolucionarios a Bata, las matanzas de Casas Viejas y aquello de «Ni heridos ni prisioneros» y «Tiros a la barriga». En más de medio siglo de reacción monárquica, desde los tiempos de Sagasta, fue imposible destruir el movimiento polarizado en 1910 en la Confederación Nacional del Trabajo. Los socialistas y las izquierdas políticas fueron al Poder sin otro programa positivo, al parecer, que el de la lucha contra las fuerzas sociales revolucionarias, y no vacilaron en escrúpulos para realizar sus planes. No es culpa suya si el triunfo no coronó sus esfuerzos. Por mucho menos cayeron en el camino un Cánovas del Castillo, un Canalejas y un Dato.

¿Qué solidaridad era posible establecer con hombres y con partidos que han matado, en dos años, más obreros que la monarquía en un cuarto de siglo, que han intensificado todos los métodos de exterminio y de represión de los adversarios de la izquierda y han hecho cuanto han podido (recuérdese el conflicto de la Unión Telefónica, por ejemplo) para servir incondicionalmente a los enemigos del proletariado?

La conducta del socialismo español y de las izquierdas políticas, a las que se mantiene más o menos ostensiblemente ligado, justificarían sobradamente una actitud de completo apartamiento por parte de los anarquistas. ¿Y se les podría acusar por ello de estrechez mental y de sectarismo?

* *Tiempos Nuevos*, II, núm. 1, 10-I-1935, págs. 1-7.

La República del 14 de abril

Los anarquistas no pusieron ninguna esperanza en la República del 14 de abril. Pero no por eso habrían podido esperar de ella los frutos nefastos que ha producido en tan poco tiempo. Si antes del 14 de abril se hubiese predicho en qué medida habría de empeorar la situación económica, política y social, nadie lo hubiese creído. Ni siquiera los propios compañeros nuestros. Pero muy pronto las insurrecciones de Andalucía, de Fígols, del 8 de enero y del 8 de diciembre de 1933, marcaron el divorcio completo del proletariado y de la República. La abstención obrera de noviembre de 1933 fue bien elocuente y dio origen al cambio de los personajes del retablo político, pero los derroteros antiproletarios y antirrevolucionarios de la República siguieron siendo los mismos.

¿Qué importa a las víctimas los nombres de los usufructuarios del poder político? La ideología de los partidos gobernantes no pesa sino en grado ínfimo en la realidad verdadera. Las derechas comenzaron a recuperar el aparato estatal a partir de noviembre de 1933, y desde el 5 de octubre de 1934 su dominio del Estado es casi absoluto. En cuanto a los trabajadores revolucionarios, por millares contaban antes sus presos y por millares los cuentan ahora; clandestinamente habían de mantener sus organizaciones y clandestinamente tienen que mantenerlas ahora. Con las izquierdas políticas no teníamos más derechos que aquellos que sabíamos hacer respetar por la fuerza; con las derechas estamos en las mismas condiciones. Si desde el 18 de noviembre claman contra la situación los desalojados de los enchufes estatales, nosotros no podíamos asumir otra actitud después que la que alentábamos antes, en pro de soluciones sociales, contra las mistificaciones políticas.

El fracaso electoral del 18 de noviembre habría debido de hacer pensar un poco a las izquierdas. Pero no quisieron comprender que la era del palabrerío parlamentario ha pasado y que los pueblos no se pueden contentar ya con promesas. En lugar de advertir que la abstención de noviembre era un resultado de su incompreensión de los verdaderos problemas de España, se ensoberbecieron en su fracaso y cambiaron de táctica. Esgrimieron desde entonces la amenaza de la insurrección. Su programa, sus ideas, sus aspiraciones permanecieron idénticos. Por tanto, si los anarquistas se rehusaron a servir de punto de apoyo para la reconquista del Poder por las izquierdas en el terreno de las armas, no

debían prestarse a que ese Poder fuese reconquistado por la vía de la insurrección. Su posición había de ser la misma, porque para nada entraban en juego las soluciones sociales y proletarias.

Cambio de método, pero no de programa

Efectivamente, entre los elementos jóvenes del partido socialista surgió la idea de la insurrección, en particular después del levantamiento del socialismo austríaco. Los jefes reconocidos del socialismo español, sin embargo, eran hostiles al nuevo método, no obstante permanecer idéntico el programa a realizar. Aun cuando se escapaba de cuando en cuando la reivindicación: *Todo el Poder para el partido socialista*, la verdad es que el socialismo español aspiraba a volver a la coalición gubernativa con las izquierdas capitalistas por Azaña. Lo que había de nuevo en la actitud de las izquierdas y del socialismo era la confesión de las aspiraciones dictatoriales. Y la dictadura partidista es siempre fascismo, cualquiera que sea el sector que la propicie.

A nosotros nos interesaba el cambio eventual de frente del socialismo español y hemos seguido paso a paso su labor y sus manifestaciones. Al comprobar que su prédica insurreccional era sólo impulso de la juventud y que tras ella no había más que el ansia de una dictadura de partido, no un programa social de realizaciones socialistas, nuestro desencanto ha sido grande, pues volvíamos a constatar que la idea de la revolución social seguía siendo solamente patrimonio nuestro. No era ello un motivo de alegría, pues el revolucionario no es el avaro que pretende la posesión exclusiva de su tesoro; en el terreno de las ideas sociales se es tanto más rico y más fuerte cuanto más numerosos son las que las profesan y las hacen suyas.

Desgraciadamente la idea de la revolución social fue y sigue siendo hasta aquí patrimonio exclusivo de los anarquistas españoles. De ahí la actitud de la C. N. T.

La situación en Cataluña

Ante una insurrección derechista, de ideología francamente reaccionaria, no se pretende que esté en nuestro deber la participación. Insurrecciones las hacen hoy a cada instante las derechas políticas. El fascismo es insurreccional. Ahora bien: en octubre de 1934 nos encontramos con dos situaciones insurreccionales: la de Madrid y la de Cataluña. Y permanecemos pasivos. Fue esa pasividad, por lo demás sólo

muy relativa, la que nos ha valido la andanada de lodo internacional a que hemos hecho alusión. Veamos si es justificada o no.

Comencemos por Cataluña.

Desde que la C. N. T. y la F. A. I. iniciaron la organización revolucionaria insurreccional, la «Esquerra», que había triunfado y vivido a costa de la tolerancia de los anarquistas en Cataluña, despedida por la falta de nuestro apoyo, concibió la idea absurda del aplastamiento de la C. N. T. Nuestra prensa ofrece casos como éste: *Solidaridad Obrera*, el diario de la Confederación Regional de Cataluña, no pudo aparecer en total más que unos dos meses en el año 1934, a pesar de ser el segundo en la región por su tiraje. La vida sindical confederal se refugió en la clandestinidad más completa. Los locales de nuestros Sindicatos, los Ateneos, los Centros de cultura no fueron abiertos en todo el año 1934, y el único problema de gobierno de la Generalidad era la destrucción de la C. N. T. y el exterminio de la F. A. I. ¿Se reparó en medios? ¿Intervinieron para algo los escrúpulos? Merecería todo un libro el examen del comportamiento de la Generalidad ante la C. N. T. Es una página de infamias permanentes que horroriza, tanto por la violencia a que se ha recurrido como por la incomprensión y la ceguera de los hombres responsables del Gobierno catalán.

La situación de la «Esquerra» en Cataluña se había vuelto insostenible por su incapacidad política, por su insolencia moral. Parece que sólo hubiera ido al gobierno de la región para dar la batalla a la C. N. T. y a la F. A. I. y para desacreditarse. Es realmente asombroso que se haya soportado tanto tiempo la insolencia gubernativa por parte de nuestros compañeros. El anarquismo en Cataluña no quiso entrar en el camino de la acción individual a que le empujaban a todas horas los gobernantes de la región. ¿Fue una táctica acertada o no lo fue? Que lo diga el tiempo. Lo cierto es que en los últimos años, sobre todo a partir de la cuestión de los niños de Zaragoza, el guante del desafío había sido recogido, y los acontecimientos de octubre frustraron la respuesta de la C. N. T. y de la F. A. I. a las provocaciones reiteradas de la Generalidad. La serenidad excesiva de nuestras organizaciones había terminado. La lucha iba a iniciarse en el único terreno posible. En ese momento se produjeron los sucesos del alzamiento.

* * *

La Generalidad había fracasado con su autonomía. La bancarrota financiera era completa y la bestialidad e incompetencia de los hombres más destacados de la política cata-

lana de «Esquerra» había provocado tales conflictos que el cercenamiento de su autonomía era cosa de días o de semanas. Por lo menos el orden público habría sido quitado a la Generalidad y traspasado al Gobierno de Madrid, y luego se la hubiera privado de otras esferas autónomas. De ahí su preparación para una entrega más o menos demagógica. Nuestra sospecha de la entrega intencional de la Generalidad por el golpe aparentemente insurreccional del 6-7 de octubre se confirma cada vez más. Los dirigentes principales de ese movimiento tenían preparada la fuga desde hacía meses, como lo prueban las obras realizadas con tanta anterioridad para huir desde la sede del Gobierno Civil. En lugar de declararse abiertamente incapaces de resolver los problemas de la vida política, social y económica de Cataluña se optó por una caída heroica, que en lugar de heroica resultó enormemente ridícula. Tal fue el alzamiento de la Generalidad el 6 de octubre.

No podemos creer que se haya pensado en un levantamiento con miras al triunfo. Y la prueba está en el interés que se puso hasta el último minuto en que no interviniesen la C. N. T. y la F. A. I., las únicas fuerzas que podían dar al movimiento proporciones y carácter. Sabemos de la escasez mental de los ex consejeros de la Generalidad. Eran hombres de inteligencia excesivamente mediocre; a falta de cerebro, se sentían fuertes en impulsividad y en arrogancia. Pero aun así, es difícil atribuirles tanta idiotez como para preparar el movimiento en la forma que lo hicieron, de haber tenido intenciones de triunfar. Nos pareció todo una vulgar comedia para simular un fracaso rotundo como gobernantes.

Si un día se comprobase que la Generalidad se propuso de veras triunfar con la insurrección de octubre, la responsabilidad será mucho mayor. Pero hasta aquí podemos dar por seguro que no hubo propósito alguno de vencer, sino de justificar ante los propios partidarios la entrega del Poder, insostenible ya en sus manos.

¿Por qué no hizo suyo el movimiento la C. N. T.?

La Alianza Obrera, confluencia de diversos sectores, Sindicatos de oposición, socialistas y comunistas, que se sentía a gusto con el favor de que disfrutaba en el Gobierno de la Generalidad, que creía legítimo valerse del apoyo gubernativo para quebrantar los movimientos sostenidos por la C. N. T., como en el caso bien reciente de la huelga del ramo del agua, se prestó a servir de comparsa en los planes

de los señores Dencás y compañía. Y fue a pedir al presidente de la Generalidad que se proclamase el Estado catalán independiente. Mientras se hacía esto por un lado, se daban, por otro, órdenes de disparar contra los elementos de la C. N. T. y de la F. A. I. al primer movimiento que hiciesen, y eran cazados a tiro limpio los compañeros que trataban de reabrir los locales clausurados en diciembre de 1933. ¿Qué podíamos hacer?

Se presentó la oportunidad de transformar la comedia de la Generalidad en un movimiento revolucionario verdadero, cuando Companys anunció la rendición al cabo de pocas horas de lucha. Lo hemos visto todos. Y se esperaba que la C. N. T. asumiese la dirección del movimiento y la diera sus propios objetivos. ¿Con qué? ¿Se ha olvidado que la C. N. T. no existía más que en la clandestinidad desde hacía un año, que sus locales se encontraban clausurados, que las persecuciones habían imposibilitado un trabajo cualquiera de preparación material? Pese a la leyenda en contra, la C. N. T. y la F. A. I. no tenían armas; y sin armas no se podían movilizar en pocas horas las fuerzas de lucha cuando ya estaban tomados los puntos estratégicos de la ciudad por las tropas del Ejército, por la Armada y por la Guardia civil. De haber contado con un mínimo de armamento, la lucha seguramente se hubiera entablado y, si no Barcelona, la región hubiese caído en manos de la C. N. T.

En algunos pueblos de Cataluña nuestros compañeros hicieron algo, lo poco que se hizo. Pero dada la imposibilidad en que estaba Barcelona para actuar revolucionariamente, no se ofreció resistencia seria, y el alzamiento de la Generalidad, a pesar del apoyo de la Alianza Obrera, no tuvo más consecuencia que una represión pocas veces vista en Cataluña contra todos los sectores de izquierda, políticos y sociales.

Unas horas antes del alzamiento de la Generalidad, se hizo, por parte de la Alianza Obrera, una gestión para que la C. N. T. se sumase al movimiento, cuyo objetivo era el Estado catalán independiente.

Dejando a un lado la circunstancia que semejante movimiento no podía ser apoyado por la C. N. T., organización proletaria y revolucionaria, al margen de todo partidismo político y de todo nacionalismo, la entrevista con la Alianza Obrera fue fría, de mero formalismo. En verdad, tampoco la Alianza quería la intervención de la C. N. T. Nuestra organización secundó la huelga general. Y eso fue todo.

Ni la propia Alianza Obrera recibió armamento de la Generalidad; mucho menos habría de recibirlo la C. N. T., sabiendo que si ésta disponía de él, el movimiento adquiriría

de inmediato un carácter y una orientación distintos. Sin armas no se podía hacer nada y nada se hizo.

Nada había de común con los propósitos confesados o no del movimiento de octubre en Cataluña. Si la C. N. T. hubiese tenido modos para intervenir, no lo habría hecho, naturalmente, en favor del movimiento, sino para dar a éste objetivos proletarios y revolucionarios. No fue posible, y como esa pasividad fue obligada y resultado de la política represiva de la «Esquerra», ¿se puede hacernos un reproche por no haber hecho la revolución y precisamente por los mismos que han traicionado todos nuestros movimientos revolucionarios?

Un incidente

Hubo un incidente que también se comentó internacionalmente. En vista de las noticias que llegaban de la región, en donde los compañeros de diversas localidades se disponían a lanzarse a la calle por los rumores que se hacían circular de que la C. N. T. luchaba en Barcelona, se optó por dar la vuelta al trabajo después de dos días de huelga general. No había otro recurso que radiar la orden. Los encargados de cumplir esa misión se encontraron con que las emisoras estaban militarmente controladas, y no tuvieron más remedio que aceptar la nueva situación o renunciar a su cometido. Tal vez haya sido un error, y así lo comprendió el movimiento confederal y anarquista, pues algunas horas después todos los Comités responsables de la organización hubieron de presentar su renuncia. Todo hubiese cambiado de haber podido sospechar que en Asturias se había comenzado una lucha a fondo. Pero de ello nada se sabía, y como en Madrid la resistencia había sido quebrantada también, la interrupción de la huelga en Cataluña, para evitar sacrificios estériles, pareció aconsejable. Y el incidente de la radiación fue una consecuencia del estado anormal en que se encontraba la ciudad. Bien o mal hecho, no tienen derecho a censurar los que no hacía muchas horas se encontraban de parte del Gobierno catalán en su ensañamiento contra la C. N. T. y la F. A. I. La organización estimó que el procedimiento no era recomendable y adoptó las sanciones convenientes.

En el resto de España

En Cataluña, pues, la pasividad relativa de la C. N. T. y de la F. A. I. fue tanto un resultado de la imposibilidad en que estuvieron durante el curso del año para una prepara-

ción revolucionaria cualquiera, como de la guerra sin cuartel que el Gobierno de la Generalidad les había declarado.

¿Y en el resto de España? En todo el país se sufrían las consecuencias de las insurrecciones de enero y diciembre de 1933, pero en ninguna parte tanto como en Cataluña.

Además, se daba la circunstancia de haber pasado el poder político central a las derechas, y ello evitaba la demagogias gubernativas. En la Generalidad había ministros socialistas y «sindicalistas». En el Gobierno central sólo había hombres de la reacción, tan hostiles a los anarquistas como a los socialistas. Y al revés de lo ocurrido en Barcelona y en otras ciudades catalanas, donde los conflictos eran sistemáticamente quebrantados por las organizaciones gremiales apadrinadas por los poderes públicos, en Madrid se tuvieron movimientos de huelga conjuntos de camareros, metalúrgicos, construcción; en Zaragoza los obreros socialistas secundaron la gran huelga general de cuarenta días que llevaron a cabo las fuerzas de la C. N. T.

Aunque sólo en Asturias se llegó a un pacto formal entre todas las tendencias obreras, en el resto de España la acción revolucionaria no hubiera sido rechazada, y se hubiese planteado seriamente. Pero no se hizo.

El Comité Nacional de la C. N. T. explicará algún día sus tentativas para entrar en contacto con los organizadores de la rebelión de octubre; y los militantes libertarios de Madrid nos dirán también cómo se les rechazó, por parte de los socialistas, cuando, declarada la huelga general, pidieron que se les facilitara armamento. No es que estuviera borrado el recuerdo de 1931 y de 1932, ni los sucesos de enero de 1933; pero pasando por sobre todo ello se quiso ir a un movimiento revolucionario de carácter proletario. No se consiguió. Los jefes socialistas rehusaron las armas a la C. N. T., aunque ellos no estaban dispuestos a manejarlas, y la C. N. T. puede declarar que nadie puso en sus conocimientos directamente lo que se preparaba y que los esfuerzos hechos para entrar en contacto con los directivos de la rebelión fueron vanos.

En verdad, no se quería la intervención de la C. N. T., por que ello hubiese significado una orientación social y revolucionaria del movimiento (2).

(2) Una de las mil pruebas posibles: en el proceso contra Teodomiro Menéndez, diputado socialista asturiano, que ha negado, como González Peña, toda participación directa en el movimiento, ha salido a relucir una carta escrita el 1 de septiembre al señor Carlos Montilla, del Partido de Acción Republicana, en donde profetiza que ha de ser muy difícil evitar una revolución si las gentes de Gil Robles quieren entrar en el Gobierno, pero él considera esa revolución como una locura, pues los socialistas «nos veríamos desbordados por otros elementos extremistas» según su propia palabra.

Indalecio Prieto ha declarado desde París, a la United Press, que una de las causas del fracaso del movimiento que ellos, los jefes socialistas, no querían porque lo consideraban prematuro y falto de preparación, fue la abstención de la C. N. T. ¿Se puede hablar de abstención de la C. N. T. y censurarla por quienes van a la huelga sin advertirlo a nuestra organización, rehuyendo el encuentro con los delegados del Comité Nacional, consintiendo que el Gobierno Lerrooux-Gil Robles se apodere de los depósitos de armas no utilizados antes que entregarlos a la Confederación y a la F. A. I.?

La falta de armamento

Nuestro movimiento, volvamos a repetirlo, no estaba preparado insurreccionalmente. Nosotros no contamos con banqueros ni con millonarios capaces de adelantarnos hoy cien para cobrarse mañana mil. Y de nuestro desarme, ¿quién más que el socialismo y las izquierdas políticas tienen la culpa mayor? La tentativa de diciembre de 1933 fue más grande de lo que se supone, y hasta abril de 1934 había más de quince mil presos de la C. N. T. en las cárceles y presidios. Las persecuciones no cesaron un solo instante, y eso, unido a la desocupación, a la crisis del trabajo hizo que los ingresos de las cotizaciones sindicales, único recurso nuestro, mermasen considerablemente. ¿Con qué se había de preparar, aparte de que no siempre era posible la preparación, el material propio para una nueva insurrección?

En una palabra, llegó octubre de 1934 sin que la C. N. T. estuviese en condiciones de lucha. Las armas sobraban en manos de los socialistas; depósitos enormes cayeron en poder de la Policía. Y nuestros compañeros fueron rechazados siempre que las gestionaron.

La fiebre de los camaradas de toda España para hacerse con elementos materiales de combate es indescriptible. Casi sin nada, a pecho descubierto, intervinieron en Madrid y en otras localidades. Y podemos constatar que donde el movimiento de octubre se hizo sentir, allí había elementos de la C. N. T. y de la F. A. I., y si Asturias, que es un caso aparte, llegó al punto que llegó en su heroísmo, se debió a la intervención decidida de la C. N. T..

A excepción de Asturias, no se intervino oficialmente en la lucha, pero extraoficialmente se puede reivindicar como iniciativa de la C. N. T. y de la F. A. I. lo poco que se llevó a cabo en la rebelión de octubre. Y se hubiese llegado a un desenlace definitivo, probablemente, de haber contado nues-

tros militantes con las armas que los socialistas dejaron intactas para las requisas policiales y militares.

Pero aunque fue así, aunque oficialmente la C. N. T. no pudo intervenir en forma seria y dar al movimiento político el carácter social que convenía; aun cuando la pasividad práctica fue sólo relativa, ¿es que se puede hallar en su abstención un reproche o una acusación?

En primer lugar, nada se le había comunicado; en segundo lugar, el programa de la rebelión no merecía que se moviera por él el dedo meñique, pues si la parte más inquieta, la Juventud socialista, aspiraba al predominio único y exclusivo del partido en el Estado, los Maese Pedro del movimiento querían reponer en los puestos de comando a los asesinos de Casas Viejas. Si la C. N. T., a la que nada se le comunicó, sin previo acuerdo sobre el programa a realizar, hubiese intervenido, lo habría hecho para quitar la dirección del movimiento a sus gestores. Y eso hubiera acontecido indudablemente de haber contado con alguna preparación material. No hubiera sido un apoyo leal a un movimiento con cuyos fines no podíamos solidarizarnos. La intervención de la C. N. T. y la F. A. I. hubiese sido una zancadilla para adueñarse de la situación y desplazar a los conspiradores políticos. Una acción conjunta revolucionaria debe tener por condición *sine qua non* un acuerdo sobre la obra a realizar. ¿Existía ese acuerdo? ¿Se había insinuado siquiera por parte del socialismo político un mínimo de respeto a un movimiento como el nuestro?

En otra ocasión se podrá discutir sobre los problemas teóricos y tácticos que pueden derivarse del abstencionismo insurreccional, que en el caso de octubre fue forzado, no voluntario. Concretémonos a una breve reseña de la situación y de nuestra actitud.

La insurrección de Asturias

El caso de Asturias es especialísimo. No tiene parangón con el de Cataluña ni con el del resto de España. Allí nuestras fuerzas están en minoría en comparación con las del socialismo. Eso llevó a nuestros compañeros a la convicción de que si no entraban en un acuerdo con las otras tendencias sociales proletarias, por sí solos no lograrían nada positivo. Se hizo la Alianza Obrera. Nuestros compañeros recibieron armas. Además, en aquella zona tiene el Estado grandes fábricas de armas, de municiones y de explosivos. Las montañas significan una defensa natural formidable. Y la población minera es una población esencialmente rebelde. Por sobre todos los partidos y organizaciones, los mi-

neros presentan una masa rebelde, familiarizada con el peligro y con la lucha. La defensa apasionada de José María Martínez en un pleno de la C. N. T., poco antes del movimiento, de la táctica seguida por nuestros compañeros asturianos, se explica teniendo en cuenta las condiciones de Asturias, pero no podía aplicarse a Cataluña. No poseemos sino fragmentariamente informes sobre la lucha heroica de nuestros camaradas asturianos. Pero sin duda alguna el movimiento no hubiera alcanzado, sin ellos, la intensidad que tuvo. La fuerza obrera revolucionaria desbordó todos los partidismos; se constituyó una gran masa ligada por los mismos intereses y las mismas aspiraciones de emancipación y de justicia. El proletariado asturiano era una sola fuerza en armas, y de no haber mediado la intervención desmoralizadora de los jefes socialistas, las tropas tal vez no hubiesen podido entrar en Asturias.

Nos llevaría muy lejos la reseña de los hechos salientes de este movimiento. Fue la gesta más notable de los trabajadores de Europa en el último siglo. Superó en intensidad y en duración a los movimientos revolucionarios de la C. N. T. y de la F. A. I. en 1933.

Lo que importa es saber por qué se abandonó a su suerte a los rebeldes asturianos, por parte de la C. N. T. y por parte de los socialistas. No hablamos de los comunistas porque ellos nada hubieran podido hacer, dado su escaso número.

Primeramente, el monopolio informativo del Gobierno hizo que no se supiera a ciencia cierta lo que pasaba en Asturias; corrían rumores de toda especie, pero nada firme se podía extraer de todos ellos. Y cuando se tuvieron noticias exactas, era tarde para intervenir, porque las medidas de previsión adoptadas por el Gobierno, que contaba con el Ejército, con la Policía, con la Guardia civil, hacía imposible toda acción de socorro. Y vuelve a añadirse a esto la causa básica que motivó la relativa abstención por nuestra parte: la falta de medios de lucha. Nada se podía intentar sino a base de insurrección armada, y volvemos a repetir que la C. N. T. no estaba preparada. La quietud por parte nuestra fue forzada, pero por parte de los socialistas, que conservaban grandes depósitos de armamentos todavía, fue cobardía incalificable. Un simple traspaso de esos *stocks* a la C. N. T. hubiera podido cambiar la faz de España.

Pocos experimentaron tanto dolor como nosotros por el aislamiento en que se dejó a Asturias; sabemos lo que es ese aislamiento y cómo influye en el ánimo de los combatientes. Pero la C. N. T., solidaria por idea y por impulso espontáneo, hubo de reprimirse para no magnificar la catástrofe prole-

taria. Toda la responsabilidad del abandono de Asturias recae sobre los que planearon el movimiento de octubre y se consideraron bastante fuertes para prescindir de la C. N. T. Aun cuando contaban con medios, nada hicieron por socorrer a los hermanos acosados por el Ejército y por la calumnia.

¿Cómo se podría accionar conjuntamente?

No había en España más que una fuerza de oposición verdadera al triunfo de las derechas y al avance hacia el fascismo: era la C. N. T. Su debilitamiento material fue el único programa de gobierno del socialismo y de las izquierdas políticas durante su permanencia en el Poder, como lo fue de la Generalidad catalana hasta el último minuto de su existencia. ¿De quién, pues, es la responsabilidad, si llegados los sucesos de octubre esa gran fuerza numérica y espiritual no pudo ponerse de manifiesto y estar a la altura de las circunstancias?

Lo hemos dicho muchas veces y lo repetiremos siempre: la lucha del socialismo y de las izquierdas políticas contra la C. N. T. era una lucha en favor del fascismo, en favor de Gil Robles, en favor del monarquismo, en favor de los privilegios capitalistas, en favor del militarismo y del clericalismo. El primer resultado de esa táctica es el fracaso de la rebelión de octubre y el entroncamiento de las derechas en el Poder. Es la primera derrota en gran escala de las fuerzas progresivas españolas; no será la última, so pena de un cambio de táctica, que nos parece, hoy por hoy, poco probable.

Se habla por ahí de la necesidad de un frente único para impedir el advenimiento del fascismo. Realmente nada más lógico que una unión de todos los que se consideran enemigos de la barbarie fascista para impedir su triunfo. Pero hay algo que no debe olvidarse. El antifascismo no es ningún remedio contra el fascismo. El antifascismo puede ser hecho en nombre de la democracia, en nombre del capitalismo privado. Nosotros somos antifascistas porque queremos superar la crisis presente mediante una nueva estructuración social, no para mantener la supervivencia del mito de la democracia. Y consideramos que no hay más solución al problema del fascismo que una reconstrucción social revolucionaria por iniciativa y acción de los trabajadores. Los problemas de hoy no pueden separarse de los de mañana, y si no vacilaríamos en reunir nuestras fuerzas a las fuerzas confluentes de todas las otras corrientes sociales, no es para oponernos al fascismo y mantener la democracia, sino para abrir nuevos cauces sociales.

No habrá verdadera acción antifascista hasta tanto los antifascistas no convengan en la solución que ha de darse a los problemas planteados por la quiebra del sistema del capitalismo privado. ¿Se puede esperar que llegue ese acuerdo? Si no es factible, el triunfo del fascismo es casi seguro, y el aplastamiento de los mejores anhelos de la humanidad será un hecho muy pronto. Nosotros queremos marchar al porvenir y asegurar ese porvenir con todas las fuerzas progresivas y exhortamos a todos los hombres de buena voluntad a la lucha por el pan y la libertad de todos. Pero es preciso que sepamos de antemano si queremos coincidir en aquellas reivindicaciones elementales de todo cambio social revolucionario: la igualdad y la libertad. No queremos conservar la estructura del democratismo burgués ni queremos una nueva tiranía en nombre del proletariado. Tiranía por tiranía, como nosotros no aspiramos a ejercerla, igual nos da la de la derecha que la de la izquierda, porque con ambas se mantiene la esclavitud y la miseria humanas.

Que los trabajadores se entiendan cualesquiera que sean sus organizaciones, en tanto que los trabajadores, de abajo arriba, desde la fábrica a la Federación de oficios afines o industrias. Que la solución emane de abajo, de la base social productiva. Y si esa entente no se realiza con toda la rapidez que la época exige y se ha de ir a una revolución con el mantenimiento de las fuerzas sociales existentes, que esas fuerzas sociales convengan las soluciones más adecuadas. Pero el hoy no es independiente del mañana, tengámoslo en cuenta. No hasta decir: exterminemos al enemigo de hoy y mañana y se verá lo que ha de hacerse. Esa no es una solución, no es una actitud sólida, sino un rodeo, un engaño para no abordar los verdaderos problemas revolucionarios. Si vencemos al enemigo común de hoy para desgarrarnos unos a otros mañana y fiar sólo en la fuerza de las armas el derecho a supervivir, no vale la pena el sacrificio, porque los vencedores se convertirían obligatoriamente en los enemigos del progreso, de la revolución y de la justicia.

Por mucho que estemos persuadidos de la razón que nos asiste, los anarquistas no podemos negar el derecho a la existencia a otras tendencias sociales, y por consiguiente habremos de entendernos con ellas para obras de utilidad común. Pero hasta aquí ninguna tendencia social ha manifestado la menor tolerancia para el anarquismo, antes y después de la revolución. Esto es inmensamente trágico, pues en esas condiciones nosotros hemos de fiar sólo a la propia fuerza la salvación de la humanidad del cataclismo fascista, precursor o resultado del cataclismo guerrero que

se avecina. ¿No sería preferible asegurarse desde hoy el respeto mutuo y la solidaridad entre todas las corrientes sociales de progreso? No haría falta para ello más que renunciar al totalitarismo autoritario, al exclusivismo y al monopolismo en el campo social revolucionario.

No es la primera vez que aludimos a esa solución. Si las circunstancias nos lo permiten, no será la última. Pero estamos dispuestos a aceptar cualquier otra solución de libertad posible.

La revolución de octubre en Barcelona iba mucho más contra nosotros que contra las derechas políticas; en el resto de España tenía por finalidad la dictadura de un partido o de un conglomerado de partidos cuyas primeras víctimas habríamos sido nosotros. Sólo en Asturias un complejo de factores había creado el ambiente de una revolución social, eminentemente proletaria. De haber estado nosotros en condiciones materiales para intervenir, lo habríamos hecho, naturalmente, lo mismo contra la dictadura de las derechas que contra la de las izquierdas. Y si se desea la revolución para estructurar un nuevo orden social, en donde todos los temperamentos y todas las ideas puedan ensayar sus soluciones, por parte de los anarquistas creemos que sólo habrá la más cálida adhesión. Ahora bien: como ya hemos llegado a la mayoría de edad, y no es fácil seducirnos con promesas inocuas para sostener el viejo armazón social o para instaurar una nueva tiranía, es lógico que no se cuente con nuestro sacrificio para favorecer el encumbramiento de nuevos amos y de nuevas formas de opresión y de explotación.

¿Cobardía?

Críticos insolventes e irresponsables, escudados por lo general en el anónimo, han hablado de la cobardía de los anarquistas españoles por su actitud ante los acontecimientos de octubre. Hablan de cobardía probablemente los que no conocen del heroísmo más que las descripciones literarias. No vale la pena detenernos a demostrar lo estúpido de esa acusación. El anarquismo español puede tener muchos defectos, muchos fallos, y nosotros somos críticos permanentes de ellos, pero lo que no tiene es cobardía. Más bien podría calificarse de defecto su arrojo, su valor bien probado, su combatividad temeraria. En cuanto media docena de anarquistas españoles cuentan con algunas pistolas se consideran invencibles y empeñan quijotesca mente la batalla contra el mundo entero. Ese es el gran defecto del

anarquismo español. Es excesivamente valiente. Y en la lucha moderna conviene más la técnica y la preparación que la audacia y el amor al riesgo.

No habrá revolución sin la C. N. T.

No estamos en manera alguna en el campo del sectarismo. Conservamos el suficiente dominio para llamar a las cosas por su nombre y para reflexionar sobre la tragedia de nuestra época. Y si, aun a costa de perder nuestras organizaciones, de ver destruido nuestro movimiento, se lograse contener el avance de la reacción fascista mundial, no vacilaríamos un segundo en la actitud a tomar. Que se salve el progreso humano, que no se cierren por un período histórico las puertas del porvenir, que flamee la bandera de la libertad, aun a costa de nuestra existencia como movimiento. Pero, quiérase o no, somos una fuerza insustituible. No puede haber una revolución de carácter social en España sin nosotros y menos contra nosotros. El movimiento de octubre de 1934 iba contra nosotros tanto o más que contra las derechas políticas; se quiso realizar prescindiendo de nosotros. Por eso tenía que fracasar. Lo decimos sin acritud para los enemigos de ayer y de hoy; lo decimos con el corazón en la mano, como una suprema exhortación al buen sentido, como un emplazamiento a quienes el odio de partido ciega: o la revolución se hace en España con la C. N. T. o no habrá revolución; y si no hay revolución habrá fascismo. ¿Es posible que los hombres de las izquierdas políticas y sociales no lo comprendan?

Hay que resolver fríamente por una o por otra solución. Ir contra las fuerzas libertarias en España, con cualquier bandera que sea, es condenarse a la impotencia desde el punto de vista progresivo y allanar el camino a la reacción.

Antes de octubre como después de octubre, la C. N. T. es la piedra angular de una España nueva. Que se sumen a ella todos los que repudian el fascismo, todos los que miran al porvenir, todos los que comprenden lo que significará una caída en la barbarie medieval del absolutismo, todos los que anhelan una nueva era de libertad y de prosperidad en el mundo. Hay en sus filas puesto para todas las buenas voluntades, para todos los corazones generosos y abnegados. La batalla final se libra entre los dos polos: fascismo y revolución social. A un lado está Gil Robles, a otro lado la C. N. T. En medio está la indecisión, el mito, la impotencia, la inseguridad. Los que no se sitúan en el plano de apoyo a la C. N. T. se restan a las fuerzas del progreso y facilitan

el triunfo de Gil Robles. Los movimientos sociales no se improvisan, y las tres letras gloriosas, C. N. T., esculpidas en tantos años de sacrificios, de martirios y de heroísmos, de pensamiento y de acción, pesan por algo.

Tal vez no se tomen en consideración estas palabras; pero si de algo valieran, quisiéramos que los centenares de millares de obreros y campesinos revolucionarios que aún quedan fuera de la organización confederal, cualquiera que sea la causa de ese apartamiento, se apresuren a formar en las filas legítimas del proletariado, porque la hora que corre exige el máximo de cohesión, el sacrificio de las pasiones pequeñas en aras de la gran obra a realizar.

No habrá revolución en España más que con la C. N. T. ¡O con ella o con el fascismo! No hay otra elección.

4.g) España y el mundo *

Vivimos en una crisis, en una descomposición universal de valores, de instituciones, de sistemas. Nada resiste a la piqueta demoleedora de los tiempos, y mucho más que la crítica certera y razonada de los pensadores han hecho en los últimos años los acontecimientos mismos en su elocuencia grandiosa y brutal. Por desgracia los pueblos no estaban preparados para un desmoronamiento de tanta envergadura. No lo estaban psicológicamente, ni lo estaban materialmente. De ahí que en su penuria no hayan sabido aún desprenderse de los viejos fetiches y caigan de una idolatría en otra, de una servidumbre en otra, en lugar de recoger todas sus fuerzas y de poner la fe en sí mismos, en su capacidad de trabajo, en su comprensión de la vida, en su moral de justicia y de libertad.

Es deplorable el espectáculo de pueblos que entrañan posibilidades creadoras tan grandes y se arrodillan sumisos implorando un jefe, un caudillo o siguen alborozados a quienes prometen remachar más firmemente las cadenas de la esclavitud. Pues no queremos cerrar los ojos y ver la realidad sólo a través de las gafas de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones. Alemania está satisfecha de su *Führer*, Italia tiene fe en el *Duce*, Rusia confía en Stalin. Poco importa la opinión de algunas minorías disidentes y opositoras, con toda la razón de su parte. No es todo violencia, opresión, salvajismo; es también, y en nuestra opinión más que nada, *servidumbre voluntaria*; es esa servidumbre la que explica esas situaciones.

* *Tiempos Nuevos*, II, núm. 2, 1-VI-1935, págs. 33-39.

Los pueblos no tienen confianza en sí mismos; no es culpa suya, claro está, sino de los que hace siglos se han esforzado por minar esa confianza con la educación religiosa, monárquica, marxista. Pero la siembra de esclavización mental da sus frutos, y únicamente los anarquistas, contra toda corriente, han estado inspirando esa fe salvadora y no fueron escuchados. Ahora se pagan las consecuencias.

Jamás se han presentado en la historia condiciones más favorables para un cambio de régimen. Las viejas instituciones, las viejas interpretaciones morales, políticas, sociales, económicas están en quiebra. Bastaría un empujón final para que rodase todo al abismo y para que los pueblos pudiesen, al fin, ser responsables de su destino. Sin embargo, pasan los años, las clases privilegiadas tantean en las tinieblas en busca de soluciones, de cataplasmas, de paños tibios, y aunque van de fracaso en fracaso, como las grandes masas no tienen fe en la propia fuerza, a causa de la educación a que han sido sometidas durante milenios, aún sigue el juego a costa de los que trabajan y de los que sufren. Y lo más curioso es que, en lugar de fortificar esas condiciones insoportables los frente de lucha revolucionaria, el panorama mundial nos ofrece una constatación opuesta: se fortifica el frente de la reacción, de la restauración de los viejos poderes intensificados.

Rusia y España

La revolución de 1917 en Rusia despertó en el mundo, en pocos meses, millones y millones de esclavos a la conciencia de una nueva vida. Es indescriptible el júbilo con que fue saludada la caída del zarismo y la intervención del proletariado en la regulación de sus destinos. Rusia se convirtió en un símbolo para todas las fuerzas proletarias revolucionarias. Y no fuimos los últimos, sino que hemos estado entre los primeros al lado de Rusia, cuando era la máxima esperanza de los oprimidos.

Pero la política del Estado mató el espíritu socialista y a los pocos años aquel gran país dejó de ser símbolo de liberación para convertirse en ideal de burócratas. Hoy es una potencia imperialista en medio y junto a otras potencias imperialistas, que prepara la guerra como todos los Estados, que tiene tan poco que ver con el socialismo y con los ideales del proletariado como cualquier otro Estado. Era un desenlace previsto, que puede sembrar y extrañar a otros, pero no a los anarquistas, que han señalado ese abismo en su crítica permanente.

Una vez más la historia confirma la exactitud de nuestras previsiones: la política de Estado y el socialismo armonizan tan poco como el agua y el fuego. Si triunfa aquella ha de sucumbir éste, y viceversa. *No se construye el socialismo más que en la medida en que se destruye el Estado y se crean instituciones populares de gestión directa de la producción, el reparto y la reorganización social.*

Derruido el símbolo de oriente, el mito de Rusia, como lo definió Berkman, ha surgido para las huestes progresivas, para los esclavos insumisos del mundo el símbolo español. Se confía en España, último baluarte del espíritu de libertad, última esperanza de resurrección en este negro período.

No somos patriotas, no glorificamos el nacionalismo; nuestra patria no existe donde no existe la justicia, donde reina la miseria, donde impera la esclavitud. Sin embargo, la visión de lo que podría ser España nos exalta y alienta. En el concierto de las naciones capitalistas este país no puede ser más que un eslabón insignificante, una semi-colonia, un valle de lágrimas, en el que sólo podrán disfrutar y bendecir la vida unas minorías privilegiadas, a costa del sudor y de las privaciones de la gran masa de los obreros y los campesinos españoles. En el régimen capitalista España no puede representar más que un papel extremadamente subordinado, a causa de su atraso industrial, de la ignorancia en que viven las muchedumbres laboriosas, de la pobreza mental y del escaso espíritu de empresa del capitalismo indígena. Si el panorama español ha de ser modificado en el régimen capitalista, lo será por obra e iniciativa del capital extranjero, lo que implicará forzosamente un aumento de la dependencia. Las condiciones de vida reservadas a los que trabajan en España, obreros y técnicos, pueden desde ya preverse, porque se están palpando todos los días.

Pero si el pueblo español rompiese sus ligaduras y procediese a edificar por cuenta propia su morada futura, sobre la base del trabajo, del apoyo mutuo y de la solidaridad, entonces desde los peldaños finales en que se encuentra en la escala de los países modernos, se pondría a la cabeza de la humanidad progresiva, sirviendo de ejemplo y de estímulo para los demás pueblos, convirtiéndose en el gran símbolo viviente del porvenir.

El pueblo español tiene inmensa capacidad creadora; tiene tradiciones de vida libre, tiene recursos materiales, tiene brazos y cerebros. Lo que hoy es un territorio desolado, misérrimo, se convertiría por obra del esfuerzo popular en un lugar habitable, confortable, productivo. En España está todo por hacer: la industria, la agricultura, la riqueza fo-

restal, las vías de comunicación, la ganadería, la cultura. La obra a realizar es inmensa en todos los dominios y abundan para ello las fuerzas humanas de trabajo, la voluntad creadora, las materias primas.

Una revolución no hará milagros; pero suscitará energías, liberará brazos y cerebros paralizados por el régimen actual, dirigirá los esfuerzos en sentido de utilidad social, y en pocos años de labor apasionada y tenaz, España podrá alimentar a su población, vestirla, alojarla decentemente. Eso en cuanto a las necesidades materiales, que irán creciendo, pero crecerán también las posibilidades de satisfacerlas. Sin contar que esa obra de salvación al margen de las normas capitalistas, por el trabajo productivo, socialmente útil, señalaría al mundo el verdadero camino. España sería una potencia directiva de primer orden. Su palabra sería universalmente escuchada y su conducta no tardaría en ser imitada en todas partes, cayendo al fin en ruinas el fastuoso edificio del autoritarismo, la mayor de las pestes y de las cargas para la humanidad modernas. *Y mientras Rusia prepara su millón de soldados para luchar al lado del capitalismo francés en la próxima guerra, España podría al fin levantar la voz y declarar la paz al mundo en respuesta solemne a la carrera loca hacia la degeneración y el desastre en que compiten los modernos Estados.*

Esta pequeña península podría ser la cuna de una nueva era; y puede ser la tumba de una gran esperanza. El porvenir, no lejano, dirá su palabra definitiva.

El Estado totalitario

Se vive en un período de descomposición y de ruina. El malestar es general. No sólo llama la inseguridad a la puerta de los desheredados, sino también a la puerta de la burguesía, de los magnates de la industria, del comercio, de la agricultura. En las capas populares se muere literalmente de hambre, de miseria; pero la clase media sufre privaciones terribles y la alta burguesía no tiene ninguna seguridad para el porvenir. Se vegeta en las altas esferas en continuos sobresaltos. De la noche a la mañana puede un potentado encontrarse a la intemperie, como millares y millares después del «crack» bancario de 1929 en Nueva York. Crece la desocupación —obrero, intelectual y técnica—; se restringe la producción agrícola e industrial; baja la curva del comercio. Todo es paralización, desesperación, incertidumbre, desorientación. Se poseen los medios para nadar en la abundancia —máquinas, materias primas, bra-

zos humanos— y se sucumbe en la miseria. Se podría ser feliz y se es desdichado en el más alto grado. Parecía al principio una crisis periódica a la que sólo haría falta algún pequeño reajuste para ser superada; van pasando los años, los lustros y se advierte que *no es una crisis, sino una quiebra del sistema entero del capitalismo lo que estamos viviendo*. Hace falta una nueva forma de economía. Todo el mundo conviene en ello, pero aun se trata de buscar la solución en la línea del privilegio, de la exclusión de las masas productoras de la dirección de su vida, de su trabajo y de su destino.

Aparece el Estado totalitario. Los capitalistas en tanto que tales se declaran impotentes para entrar por nuevos derroteros, para encontrar soluciones, para superar las consecuencias de la quiebra de su sistema. Ahora bien; se opina que los capitalistas como gobernantes sabrán hacer el milagro. La dirección de la economía estaba hasta aquí en el capitalismo privado; en lo sucesivo estará en el Estado. Es todo lo que la inteligencia de la burguesía, secundada por los esfuerzos marxistas, ha sabido proponer. Un Estado totalitario, se dice, logrará superar las contradicciones de los grupos capitalistas rivales, suprimir las fricciones de las luchas de clases, hacer del aparato económico del país entero una máquina poderosa que responda a una sola voluntad y a una sola presión.

Indudablemente una coordinación económica hace falta, pero la que puede conseguirse por el Estado es, como remedio, peor que la enfermedad, porque no puede hacerse más que a cambio de la extirpación de todos los valores, iniciativas, etc., que no parten del Estado mismo.

Por otra parte el Estado totalitario es la idea de la autoridad llevada a su máxima expresión. Tiene necesidad de fortificar sus instituciones, de reforzar su militarismo, su burocracia, su aparato policial, y ese solo hecho, que encarece horriblemente las cargas tributarias, es el mejor argumento para predecir su fracaso. Uno de los males básicos de las sociedades contemporáneas es la carga formidable del parasitismo fiscal. El Estado moderno es insoportable, no sólo porque es tiránico, sino sobre todo porque es excesivamente caro y porque sus funciones esenciales son obstáculos al buen desenvolvimiento social. Pues ni la guerra, ni la burocracia, ni el aparato policial cada día más poderoso son factores de desarrollo social, sino trabas mortales al mismo. El Estado totalitario aumenta esas cargas parasitarias, según nos lo evidencian todos los países en donde se ensaya o se tiende a ensayar.

En esas condiciones no puede ser superada la crisis del sistema, la quiebra de una economía; al contrario, tiene forzosamente que ser agravada. La supresión del grito de dolor y de protesta no implica la supresión del dolor y de la razón de la protesta.

Complemento lógico del Estado totalitario es la doctrina del nacionalismo, del racismo, de cualquier cosa que suprima la personalidad ante una divinidad más poderosa. Y el nacionalismo es la guerra. Y la guerra es causa de nuevas calamidades, de nuevas degradaciones de los sentimientos y de los pensamientos humanos. Antes de 1914 eran raros los hombres de cierto valor intelectual y moral que se atrevían a glorificar la guerra por la guerra; hoy es fenómeno corriente la apología de las masacres de pueblos. Lo que quiere decir que el sentido de la humanidad ha perdido terreno y que volveremos a tiempos que creíamos enterrados en los albores de la historia.

Quiebra del capitalismo

No es sólo el capitalismo privado el que está en quiebra; es decir, el pequeño capitalismo. También el capitalismo colectivo, el de los grandes trustes y grandes cárteles y empresas que controlan a veces hasta el 100 por 100 de la producción de una rama industrial, nacional e internacionalmente, ha sufrido la misma derrota, porque el principio de la producción para los mercados, en vista de la rentabilidad, de la ganancia, es idéntico. ¿Y en qué se aparta de la esencia del capitalismo el capitalismo de Estado? No negamos que tiene sus ventajas —el de la mejor coordinación económica sobre todo— con respecto al capitalismo privado; pero es siempre producción en vista de la venta, de la especulación, de la ganancia y no en vista de las necesidades reales del consumidor. El capitalismo, particular o de Estado, produce para especular con las ganancias, no para satisfacer las necesidades de las gentes. De ahí la contradicción insoluble y el fracaso seguro, inevitable. Las necesidades no están siempre, están raras veces, en relación con los medios pecuniarios para satisfacerlas. Y todos los experimentos que se han hecho para cuadrar ese círculo vicioso fueron estériles. Y lo serán. Con el capitalismo privado como con el de Estado la gente muere de hambre junto a los graneros repletos, tiritita de frío junto a las tiendas abarrotadas de abrigos; con uno y con otro la desocupación es indestructible, aun cuando temporalmente la intensificación de las industrias de guerra y algunos recursos artifi-

ciosos disminuyan en algunos cientos de miles el ejército industrial de reserva.

El Estado moderno, fracasado en sus ropajes liberales y en sus espejismos democráticos, no puede mantenerse ya más que como Estado totalitario, con poder omnímodo en economía, sin freno o escrúpulo moral de ninguna especie cuando se trata de salvar su existencia, aunque sea por muy poco tiempo. *Pero hasta tanto que en economía no se proceda según el principio de la satisfacción de las necesidades, con exclusión del criterio de la rentabilidad, de la especulación y de la ganancia, se avanzará por los mismos carriles de miseria en medio de la abundancia, o mejor dicho, de la posibilidad de la abundancia.*

Hay que salir de la economía capitalista, de la esencia del capitalismo, cualquiera que sea su expresión circunstancial. Sin esa condición no conoceremos días mejores.

Cómo se podría vivir

Vivimos muriendo lentamente por consunción, en la ignorancia y en las privaciones, y sin embargo está todo ahí para vivir plenamente y disfrutar de la vida. Hay en España territorio sobrado para trabajar y producir; hay brazos en abundancia —más de un millón de obreros y campesinos en paro forzoso, sin contar tres o cuatro millones de gentes en plena edad de trabajo y apartadas de la labor útil—; hay capacidad técnica, conocimientos científicos para hacer más liviana la tarea productiva y aumentar el rendimiento del esfuerzo humano. Podríamos vivir como corresponde a la calidad de seres humanos, disfrutar de la vida, de la ciencia, del arte. Y la mayoría de los españoles no come todos los días y no come nunca hasta hartarse.

En otros tiempos la capacidad productiva de un país tenía un límite; hoy ese límite, si existe, se encuentra tan lejos que ni siquiera vale la pena recordarlo. España puede ser un magnífico país si todas las fuerzas posibles y existentes fuesen aprovechadas para transformar sus mesetas desoladas, aprovechar las corrientes de sus ríos y la fuerza del viento, repoblar los bosques, construir caminos y canales de riego, multiplicar las escuelas y las universidades, etc.

Nosotros queremos la revolución porque queremos acortar la distancia que hay entre la manera como vivimos y aquella como podríamos vivir, porque sabemos lo que puede producir el trabajo; porque no sólo nos duele la propia penuria, sino la ruina fisiológica de todo un pueblo capaz de ingentes esfuerzos y sacrificios; porque nos mueve el

ideal de una España redimida y libre de sus malos pastores, que podría entrar en la historia como la más fecunda fuerza creadora del siglo.

Además, porque si España se salva del capitalismo y rompe las cadenas del Estado, salvará a la humanidad con su ejemplo radiante. Una revolución de carácter social en España, que influiría poderosamente en el mundo, podría impedir la nueva guerra que se avecina y en cuya preparación se ha concentrado la atención de todos los Estados.

Se puede ir a la revolución por muchos motivos, por razones de estrechez económica, por razones éticas de justicia, por espíritu de libertad; se puede también encarar esta perspectiva: *guerra o revolución*, y elegir este último camino, independientemente de otras consideraciones. Pues bien: una España libre del trabajo emancipado sería el fin de la guerra, el crepúsculo de los retoños de barbarie que crecen por todas partes sobre el terreno abonado del estatismo, del capitalismo y de la desesperación.

Reorganización económica y social

Si queremos salvarnos hemos de buscar la salvación en una reorganización a fondo, económica y social, de forma que los lugares de trabajo sean abiertos a todos los que desean trabajar, que las barreras que impiden el libre juego económico sean suprimidas para siempre, que se restablezca el equilibrio inevitable entre los medios de que disponemos para vivir mejor, para labrar un porvenir mejor para todos y la imposibilidad de ponerlos en función a causa de las contradicciones inherentes del capitalismo. En lugar de mantener un régimen político y económico que, por un lado, deja en la calle más de un millón de obreros industriales y de jornaleros del campo, a más de los cuatro o cinco millones de parásitos del aparato estatal y del organismo económico y de los privilegios sociales, sobre una población de 24 millones, lo que implica por lo menos tres partes improductivas sobre una que trabaja y produce; en lugar sólo de vivir para llenar el tonel sin fondo del estatismo y saciar los apetitos de las minorías del privilegio, es preciso organizarnos en tanto que productores y consumidores para cooperar fraternalmente en la producción y el reparto equitativo e igualitario de la riqueza.

Y la tarea es sencilla: en cada lugar de trabajo: fábrica, aldea agrícola, mina, nave, escuela, su personal se hace cargo de sus funciones directamente, sin intromisión del Estado y sin reconocimiento previo de la propiedad capitalista. *Todo*

ha sido creado por el trabajo, y lo que ha sido usurpado a la colectividad laboriosa por malas mañas o por la fuerza, para llegar a la situación catastrófica en que nos encontramos, debe volver al trabajo, legítimo dueño de todo. Esos productores se asocian con los similares de otras industrias en el orden local, luego regionalmente, por fin en todo el país, regulando los intercambios, la integración en el proceso productivo de los millones de seres que están hoy indebidamente al margen del mismo. Las organizaciones obreras contienen ya esbozos de una posible ordenación económica inmediata a través de su red de organismos sindicales, cooperativos, etc. Ni el capitalismo ni el Estado tienen una base de acción económica tan completa como la que tienen las organizaciones obreras. Para ellas sería relativamente fácil mañana mismo controlar la producción y la distribución de acuerdo al principio de la satisfacción de las necesidades. Con ello ganarían incluso los parásitos, los que por nacimiento, por educación o por causa de las condiciones vigentes se encuentran al margen de la actividad productiva, en funciones que íntimamente tal vez les repugnan, como las de simples perros de guardia de los caudales de la burguesía.

No llegarán a 100.000 personas las que en España viven libres de toda preocupación económica; y en holocausto a la seguridad de esas cien mil personas, ¿hemos de sacrificar todo un gran pueblo de 24 millones de habitantes?

Con cualquiera que sea el régimen político estatal, tendremos a un lado una ínfima minoría que puede gozar de la vida; a su lado ejércitos de soldados, de policías y de burócratas, sin contar las series sin fin de intermediarios inútiles del engranaje comercial, industrial y financiero del capitalismo; a otro lado una masa trabajadora degenerando en la miseria, criando una raza enclenque, sin energía, sin voluntad, sin nervio. Solamente una socialización de la riqueza, solamente la toma de posesión de las fábricas, de los medios de transporte, de las minas, de las instituciones de enseñanza, de las tierras por los que trabajan puede hacer en España una vasta comunidad igualitaria de trabajo de casi 12 millones de personas, donde no alcanzan a cuatro millones, y transformar en muy pocos años su aspecto exterior y sus posibilidades materiales y humanas.

Dos caminos

Volvemos a repetir lo que hemos dicho tantas veces. Hay que elegir de una vez. A un lado el Estado, es decir, la desocupación, es decir, el aplastamiento de los productores

por las cargas fiscales tanto como por la persecución del pensamiento y de la acción libres; a otro lado la socialización de la economía, la entente directa de los productores para regular la producción y la distribución de los productores según las necesidades, sin tributos al estatismo, sin beneficios de empresa, sin interés del capital, sin renta de la tierra, o sea sin parasitismo económico, político y social, sin labores improductivas y socialmente dañosas, sin muerte prematura por el hambre, por la guerra, por el desgaste. Uno de esos dos caminos hay que elegir.

Y quisiéramos que los mecidos todavía en ilusiones dictatoriales, en mitos de gobiernos proletarios, advirtiesen ya, pues es hora, que el capitalismo de Estado no es supresión del capitalismo ni conduce a otra cosa que a una reanimación pasajera del capitalismo; que el gobierno «del proletariado» no es más que un gobierno como cualquier otro, peor todavía, porque liga espiritualmente a sus instituciones a los trabajadores en la esperanza de soluciones imposibles.

Hay una vía distinta, la nuestra, la de la socialización y la entente de los productores, de todos los productores en tanto que tales, de todos los consumidores, al margen de sus ideas religiosas, políticas y sociales, pues todos tienen un interés básico: *entrar en posesión del producto de su trabajo*. Y como todos los productores aspiran a eso, importa poco si creen en Dios o en el diablo, importa poco si son religiosos o ateos, católicos o protestantes, conservadores o socialistas, nosotros proponemos la única solución que puede realizar ese ideal de los que trabajan: el ideal de la posesión del producto íntegro de su esfuerzo, sólo posible en una economía socializada.

¿Qué ha de dar España al mundo en el camino del Estado reaccionario, de las leyes de orden público, de los Estatutos de Prensa, de la lucha contra la revolución? No dará más que lo que han dado todos los Estados que la precedieron: más miseria, más opresión, más ruina, más pobreza intelectual, más abyección moral. Por el camino de la socialización económica, en cambio, se convertiría en una palanca mundial, mostrará la senda que lleva a la libertad y a la felicidad, al aprovechamiento pleno de la ciencia y de la técnica grandiosas para prosperar y progresar hasta lo infinito. Si los patriotas sinceros, en el caso que los haya, reflexionasen un poco, verían que también en nombre del patriotismo es preciso tomar el camino de la socialización, que es el camino de la vida, del trabajo de todos y para todos, de la seguridad general.

Un voto personal

Tenemos presente ejemplos de todos los países, donde hemos visto, de cerca o de lejos, cómo han caído los movimientos progresivos y han sido arrollados o exterminados por las horas de la regresión. No quisiéramos ese triste destino para España y en ese terreno podemos sacrificar mucho de nosotros mismos. Aspiramos a un régimen libertario, sin leyes ni autoridades, donde impere el libre acuerdo y la solidaridad. Nosotros podemos y sabremos vivir conforme a nuestras proposiciones; y tenemos la convicción que hasta los más envenenados por el virus del autoritarismo, se amoldarán gustosos y felices a un régimen de vida, de trabajo, de ayuda mutua como el que nosotros propiciamos. Abrigamos el firme convencimiento de que *el mundo será feliz solamente cuando sea libre, cuando haya extirpado de su seno, de sus instituciones, de sus ideas la dominación y la explotación del hombre por el hombre*. Pero no es culpa nuestra si ese ideal no es sentido ya y comprendido por todos. Aun cuando somos numerosos, somos todavía minoritarios, y si como minoría quisiéramos llegar lo más lejos posible en el terreno de las realizaciones, como integrantes de un vasto conjunto social, quisiéramos que ese conjunto se desembarazase lo más posible de las trabas que obstruyen su derecho a la vida.

La situación es grave. El enemigo se ha encerrado en sus ciudadelas y amenaza desde ellas con el exterminio general de todos los movimientos progresivos. *Seremos los primeros en caer, pero no seremos los últimos*, como en Italia, como en todas partes. Se habla en consecuencia de alianzas defensivas, de frentes únicos. No podemos rehuir ninguna confluencia de esfuerzos, ni queremos tampoco rehuirla. Y estamos cansados de propiciar un mutuo apoyo de todas las tendencias que miran al porvenir para evitar el retroceso inminente en la dirección del fascismo. Hemos invitado inútilmente a las izquierdas políticas y sociales a meditar, a salir de pequeños círculos de intereses y de visión y a contemplar el panorama español y mundial. Decíamos a la «Esquerra» de Cataluña que todo cuanto emprendía con el propósito de debilitar nuestras posiciones lo emprendía directamente contra sus posiciones propias; decíamos a los socialistas y republicanos del bienio, que todo cuanto se esforzaban por minar la potencia de la C. N. T., lo hacían en propio daño. Todo fue en balde. Pero no queremos darnos por vencidos, e insistiremos en cuanto ocasión se presente.

Nos ha demostrado la experiencia que por la afirmación del Estado, de cualquier Estado, los males económicos, sociales y morales, no sólo no se alivian, sino que se agravan, no pesando absolutamente nada el cambio de timoneles y de ideologías. Por eso no queremos participar en alianzas y frentes únicos y en compromisos que no nacen de la base, del seno del proletariado, de los centros de la producción y que se conciertan casi exclusivamente sobre el reparto del futuro botín de los cargos públicos en el nuevo Estado. O que ostensiblemente no tienen más finalidad que la de poner obstáculos a una determinada forma del fascismo, a una determinada forma de tiranía, a una forma particular del capitalismo.

Estamos dispuestos a sacrificar mucho de nosotros mismos, porque lo que está en juego exige sacrificios, pero no podemos negarnos, y negar la significación reaccionaria, antisocial y antiproletaria del Estado, es tanto como el suicidio. Bienvenidos los frentes únicos, las alianzas, sí, pero para que al fin los productores sean dueños del producto de su trabajo, no para conspirar en torno a la forma de cambiar los usufructuarios del trabajo ajeno.

No lo decimos con espíritu estrecho de partido, sino con toda la amplitud que la gravedad de la hora reclama. Solamente en torno a nuestra bandera puede lograrse la unidad de acción de todos los productores, de todos los que aspiran a vivir de su trabajo.

Urge el frente único de los que quieren salvarse y salvar a España y a la humanidad de la catástrofe que se avecina, frente único que no puede crearse más que en el terreno de la libertad, del buen acuerdo y del respeto mutuo, presente y futuro. ¿Y cómo conseguir esos resultados poniendo en la condición primera la conquista del Estado y su dominio para dar desde allí fuerza de ley a ambiciones particulares? ¿No se quiere comprender que el enemigo es el Estado? ¿Que el Estado no puede conciliarse con la libertad, como el agua no se concilia con el fuego, y que tampoco puede convivir con la demanda fundamental: *¡el que no trabaja no come!*?

¡Cuán fácil sería a los trabajadores ponerse de acuerdo si no se mezclasen en sus cosas los ambiciosos de mando de los partidos políticos!

Ni por la vía parlamentaria ni por la de la insurrección volverán las izquierdas políticas al Poder. Por eso les invitamos modestamente a que renuncien a esa ambición nefasta y a que se unan al mundo del trabajo, de los que quieren vivir sin explotar el esfuerzo ajeno. Entonces nos entenderemos, y ese entendimiento será el fin de los negros

fantasmas de la reacción y el comienzo de una nueva vida. Repetimos que podemos sacrificar mucho de nosotros mismos, y olvidar no es pequeño sacrificio. Pero olvidar agravios, olvidar los crímenes cometidos contra nosotros, no olvidar nunca la ruta, el norte que lleva a la salvación. Y la salvación está hoy en el reconocimiento de nuestras reivindicaciones fundamentales inmediatas: *la supresión del aparato estatal, la abolición de la propiedad privada y la reorganización de la vida económica y social sobre nuevas bases de justicia, de trabajo, de libre desenvolvimiento de los grupos de productores.*

4.h) Un plan de emergencia *

I

Tornamos a machacar sobre lo mismo. Consideramos que se trata de un problema vital, de cuya solución satisfactoria podría depender nuestro porvenir como movimiento emancipador.

Necesitamos concretar, por una necesidad intelectual y moral propia, y para la actuación pública sucesiva, las bases fundamentales de la posición económica, política y social que mantenemos. No sólo en vistas a un futuro hipotético y lejano, sino con miras a realizaciones inmediatas, con los hombres y los materiales tales como son ahora mismo, en el momento que pasa.

Se ha expresado esa necesidad en los plenos y congresos de nuestras organizaciones. No se trata, pues, más que de llevar a la práctica un acuerdo reiterado y unánime.

Hay que confesar que un movimiento de la amplitud del nuestro, en plena descomposición de los viejos valores, en plena bancarrota de los partidos políticos, no dispone más que de afirmaciones generales, de críticas negativas. Si ha impuesto respeto lo hizo por su número, por su fuerza, por sus posibilidades, más que por la conciencia clara de sus aspiraciones y de los medios de realización.

Se ha querido vencer más bien que convencer; pero aún estamos a tiempo de recuperar algo de lo perdido y de equiparnos para un nuevo avance triunfal.

La mayoría de nuestros compañeros comprende que sería un paso saludable y bienvenido la concreción positiva de nuestros propósitos; no obstante ello, siguen por los cami-

nos trillados de la rutina, como si nos encontrásemos medio siglo atrás ante los problemas que tuvieron en sus primeros pasos nuestros precursores.

Nosotros estimamos que, así como el toro retrocede para embestir mejor, nuestro movimiento debe tomarse una tregua para meditar. No es a la carrera ni en plena beligerancia como se pueden estudiar ciertas cosas ni presentar las soluciones más adecuadas.

Es mucha la responsabilidad que nos hemos echado encima, y se ha de obrar con la cordura y la energía serena que corresponden a esa enorme responsabilidad.

La formalización de la ponencia tantas veces acordada para definir nuestra posición económica y social de una manera solvente, podría subsanar numerosos inconvenientes de la militancia cotidiana, infundir nueva fe en la gran masa de nuestros amigos y simpatizantes y consolidar definitivamente nuestra misión central entre las fuerzas que pugnan por la reconstrucción del mundo en ruinas.

Y es tanto más necesario que ofrezcamos a España y al mundo nuestras soluciones, cuanto que no hay en las esferas políticas y económicas, viejas y nuevas, del país, otro programa reconstructivo que el que podría emanar de una jefatura de policía cualquiera. Nuestros gobernantes no tienen talla ni preparación para ir más allá de las cuestiones de orden público. Lo mismo si son de derechas que si son de izquierdas, y en esas circunstancias nuestra voz podría tener la repercusión que merece. Sin renunciar a vencer, podríamos allanar el camino convenciendo a los que son susceptibles de razonar. Y es para convencer a individuos y a colectividades numerosos cuyo concurso nos hace falta por lo que insistimos en la formación sin dilaciones de una ponencia que elabore, ajustándose a la trayectoria de nuestra táctica invariable, la actitud de la C. N. T. ante los problemas actuales de orden económico y social y su solución efectiva, desde hoy mismo.

II

Para resolver un problema, lo que primero hace falta es conocerlo, plantearlo; en matemáticas como en economía. Y no todos los que nos sentimos descontentos de las condiciones actuales sabemos explicarnos y explicar las causas de ese descontento, las razones de ese malestar. Sobre todo cuando se exige algo más que afirmaciones vagas y generalizaciones inconcretas.

No se han estudiado, con la preparación y la competencia

* *Tiempos Nuevos*, II, núm. 5, 1-IX-1935, págs. 137-140.

debidas, los problemas españoles cuya solución hemos de hallar y aplicar. Y la prueba está en la escasez de ensayos serios al respecto.

Nuestra literatura es más que nada de agitación, de rebelión, de lucha contra la injusticia; pero es poco, muy poco constructiva. Y sin embargo, los problemas existentes son bien palpables, se prestan a un examen objetivo y a una solución concreta, precisa, o a mil soluciones, si se quiere, pero todas en el terreno de los hechos ponderables y mensurables.

Representamos la tendencia social más susceptible de esgrimir las armas de la investigación seria, del razonamiento, de la buena lógica; pero somos en la vida práctica los que nos contentamos con menos. De ahí que a pesar de la gran fuerza numérica que nos ha circundado muchas veces, una buena parte de las gentes permaneció escéptica en cuanto a nuestra capacidad para dar cima a la gran empresa de la transformación económica y social.

Repetimos que para resolver un problema, primero hay que conocerlo y plantearlo. Una minoría estudiosa podría enriquecer nuestro movimiento con un matiz que le ha faltado hasta aquí: el de la preparación intelectual y técnica. Vale la demagogia o la sonoridad literaria u oratoria para la agitación; para pasar de la idea a la acción, de la teoría a la práctica, lo que hace falta es el conocimiento de la realidad.

¿Se puede afirmar que conocemos los problemas de la actual realidad española como para hablar de ellos con una cierta autoridad moral? Es probable que sea mayor la ignorancia, fuente de tantos errores y de tantos fracasos, que la preparación y la madurez.

Pero no sería tarde aún para que de la ponencia acordada en múltiples ocasiones surgiese un instituto de investigaciones económicas al servicio del mundo del trabajo y de los intereses de los trabajadores.

En los momentos de efervescencia esas proposiciones se interpretan como un rodeo, como una desviación del recto camino revolucionario; sin embargo, es el camino más corto, pues no se puede llegar a resolver más que los problemas que se conocen.

Además, para el triunfo de una revolución en el grado de desarrollo industrial y social a que hemos llegado, nos hacen falta los trabajadores industriales y los campesinos, ¿qué duda cabe?, pero también nos hacen falta, y esencialísima, los técnicos y los sabios. El trabajo manual, el auxilio técnico son los tres factores útiles, necesarios, ineludibles de la producción.

Pues bien: ¿contamos con un número suficiente de técnicos y de sabios que comprenda nuestras aspiraciones y simpatice con ellas? Ese instituto eventual de investigaciones económicas de la C. N. T., al que habría de dotarse de los materiales de estudio indispensables, y que hablaría, no el lenguaje de la agitación, sino el lenguaje de la razón y de la pericia, sería un medio utilísimo para entenderse con los expertos, con los entendidos. Porque hoy en economía se pueden hacer demostraciones científicas que no tienen vuelta de hoja y no dejan la menor duda en los espíritus capaces de comprensión y de razonamiento.

III

¿Qué proposiciones hacemos para suprimir la desocupación, para hacer más llevadera la vida de los campesinos, para aumentar la instrucción popular, para condicionar una existencia más sana, más alegre, más higiénica? El extremismo inconsulto lo resuelve todo muy simplemente, pero es tanto como no resolver nada. Los desocupados quieren comer hoy también, los campesinos conocer desde ahora un poco de alivio, etc. ¿No nos preocupamos por la libertad de los presos, aun sabiendo que la solución definitiva del problema está en la supresión de las cárceles? Y lo mismo que nos esforzamos en ese terreno por arrancar mejoras parciales, y consideramos esas mejoras como un legítimo triunfo, así hemos de obrar en todos los aspectos. Y como no es ningún obstáculo para la revolución el que nuestros presos salgan a la calle aun quedando las cárceles en pie, tampoco es un obstáculo arbitrar los medios, proponer soluciones para que disminuyan las huestes sin fin de los desocupados, para que decrezca la ignorancia, para que el campesino pueda conocer ya algo de una vida humana... Para afrontar todos esos problemas se requiere estudio, investigación, observación, meditación.

Se puede dirigir esa ponencia o ese instituto a que nos referimos hacia dos grandes tareas: los problemas actuales, en plena sociedad capitalista y estatal, y los problemas de una España revolucionaria, una vez devuelta al trabajo la riqueza social que le corresponde como único y verdadero creador de ella.

En esos dos sentidos hace falta realizar un esfuerzo que hasta aquí no se ha hecho, pues nuestra mayor preocupación intelectual se ha orientado hacia la crítica, despiadada y certera, es verdad, al sistema en vigor. Pero no resolveremos los problemas del futuro revolucionario si

no evidenciamos desde ya capacidad y solvencia para enfocarlo y resolver, en la medida de lo posible, los problemas cotidianos.

Los revolucionarios que no hacen cada día un poco de camino, que no hacen a cada instante una parte de la revolución, guardándose como en conserva para las grandes solemnidades, inspiran poco respeto y poca confianza.

El paraíso futuro no implica el abandono de las luchas reivindicadoras del presente. Y el ¡todo o nada! es más una pose literaria o retórica que una posición efectiva y sincera.

La burguesía y el Estado han comprendido el valor de los estudios económicos, y en estos últimos años han aparecido no pocas instituciones destinadas a ese fin; incluso algunos partidos políticos cuentan con seminarios e institutos de la naturaleza del que proponemos. Pero todos tienden a poner la economía, la ciencia y la técnica al servicio de los privilegios de la propiedad. Por ejemplo, todos desean la reabsorción de la desocupación, que crece sin cesar, pero dejando en pie las piedras angulares del sistema económico capitalista y del estatalismo.

Nosotros sabemos que con esas condiciones no se llegará a ningún resultado positivo. No se puede servir simultáneamente a dos amos de intereses contrapuestos —la verdad, por un lado, y el capitalismo y el Estado, por otro—. Sin otra preocupación que descubrir la verdad y propagarla, podríamos simbolizar la investigación científica genuina, que va hasta el fondo de las cosas sin temor a las consecuencias. Y así, a la batalla de la calle, uniríamos la ofensiva triunfal en el campo de las ideas, del razonamiento, de la lógica.

IV

He aquí algunos de los temas de estudio que habría de abordar la institución o ponencia a que nos referimos:

A) En relación con los problemas actuales:

a) Manifestaciones nacionales e internacionales de la quiebra del sistema capitalista, y esterilidad de las medidas propuestas hasta aquí para superarla.

b) La agricultura española: área de cultivo actual y posible; productividad.—Latifundios y minifundios.— Mejora de la vivienda campesina, los abonos, la selección de las semillas, los riegos; nacionalización de los cultivos, instrumental agrícola.—Cómo se vive y cómo se podría y se debería vivir en el campo; lo que se produce y lo que se podría producir.

c) La ganadería: su existencia actual, mejora de razas, su incremento.—El consumo actual de carne y el consumo posible.

d) Los bosques en España.—Necesidad de repoblarlos según las exigencias de la industria.

e) La industria española: industrias en déficit permanente; escasez de producción en ramas esenciales de la economía.—La reducción de la jornada.—Remuneración del trabajo.—Tareas a realizar para una mayor industrialización del país.

f) Transportes y comunicaciones.

g) Instrucción pública.

En general, en relación a los problemas actuales, la C. N. T. no puede carecer más tiempo de un programa de emergencia que le permita imponerse a la consideración de amigos y adversarios.

B) En relación a la futura economía socializada:

a) La defensa del país contra intervenciones y bloqueos del extranjero.

b) Sustitución de las importaciones con sucedáneos producidos o fabricados en el propio país.

c) Estructuración de los órganos de la nueva economía.

d) Distribución de la población laboral de acuerdo a las necesidades.

e) Labores reconstructivas fundamentales de urgencia.

En resumen, en cuanto a los problemas revolucionarios conviene también tener estudiadas y previstas las líneas generales de nuestro comportamiento, respondiendo a la inquietud de los que no pueden ni deben seguirnos con los ojos cerrados, sino tras una perfecta compenetración con los ideales perseguidos y los medios para realizarlos.

4.i) Ideal y táctica *

Aspiración infinita de libertad

La anarquía, gobierno del hombre por sí mismo, es decir, negación del gobierno de unos hombres por otros, es un ideal de liberación, el más universal y el más lógico de la especie humana. Desde que el bípodo implume comenzó

* *Tiempos Nuevos*, II, núm. 7, 1-XI-1935, págs. 217-220.

a pensar y a comprender, el anhelo de libertad fue uno de los resortes de acción, de luchas y de progreso. No habríamos salido aún de las cavernas sin ese impulso fundamentalmente fisiológico. Cada época, cada ambiente, cada conglomerado, le dio un nombre, un contenido más o menos concreto, objetivos determinados, no por ilusorios y precarios a veces menos intensamente sentidos.

La veta roja de rebelión, de progreso, de emancipación que recorre la historia es el espíritu de la libertad, la aspiración a un más perfecto equilibrio, a una más amplia autodeterminación, a un desenvolvimiento más complejo.

La anarquía es el nuevo nombre del viejo ideal humano del progreso. No trae de nuevo, de esencialmente nuevo, otra cosa que la clarificación de conceptos, la concreción de razones, el examen más profundo de las causas de la miseria y de la esclavitud de los pueblos. Pero ese resultado es hijo de la época, de las adquisiciones y conquistas previas, de la mayor cultura, del grado de enriquecimiento mental a que ha llegado la humanidad en la última centuria. Se ve más allá, se comprende más y es por tanto perfectamente natural que se haya definido más la aspiración en pos de la cual han corrido siglos y siglos, muchas veces en vano, las grandes masas oprimidas, vejadas y esclavizadas.

No hemos venido, pues, a traer nuevas tablas de la ley, a proclamar un mensaje absolutamente nacido de nuestras meditaciones. No hemos hecho otra cosa que recoger en un cuerpo más coherente de doctrina algo que existía ya desde los albores de la historia y que se ha manifestado en multiforidad de actos, de pensamientos y de ideales. Heredamos una antiquísima tradición, la del progreso hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero de que ya las viejas mitologías nos hablan cuando describen la lucha multimilenaria del espíritu del bien contra el del mal, una lucha cuyos primeros principios entran en los enigmas de la vida y cuya duración equivale a la duración de la especie humana.

Es, por tanto, una ingenua puerilidad la pretensión de los reaccionarios de todas las épocas, pero principalmente de los de la nuestra, de acabar con las raíces mismas de la anarquía, encarcelando, reprimiendo, exterminando. La anarquía, es decir, el anhelo de liberación, es el alma, el motor del progreso, de todo progreso, y la obstrucción de éste —psicosis de todas las tiranías— es el colmo de la estupidez, de la maldad y del egoísmo satisfecho. Podrá desaparecer la palabra, podrán sucumbir sus hombres del momento, sus instituciones; pero el renacimiento será luego más arrollador, más pujante, más victorioso. Pues pese a todas las intenciones, las fuerzas progresistas, que son las

fuerzas del bien, de lo bello y de lo verdadero, se impondrán a las potencias de las tinieblas, del mal, del monopolio, de la autoridad. Sólo a esa condición la humanidad tendrá el derecho moral a la existencia y el hombre será el rey de la creación.

El contenido y el objetivo anarquistas de cada época

La concepción de la libertad —el contenido y el objetivo anarquistas, por tanto— está ligada a las condiciones, la cultura, los problemas económicos, políticos y sociales de cada época y de cada ambiente. No es una entelequia metafísica; no es un dogma acabado y perfecto: es una corriente de perfeccionamiento sin límites. En un mismo período, en una misma colectividad, entre individuos de nivel mental parecido, el grado de sensibilidad para la libertad varía de un modo considerable. Se es amante de la libertad, es decir, se es anarquista en grados diversos; lo que para unos parece bastante, es para otros demasiado poco, y lo que hoy se nos presenta como la suma aspiración, al cabo de unos años lo estimamos insuficiente, incompleto. Como la vida orgánica es renovación permanente de células, la vida espiritual es también renovación de ideas. De ahí la impresión que nos producen los escritos precursores de apenas medio siglo atrás, o la que nos causan los revolucionarios de 1789 que creyeron haber llegado a la libertad, la igualdad y la fraternidad mediante la aprobación en el papel de la famosa declaración de los derechos del hombre.

Cada período llena de un contenido y fija objetivos propios al movimiento de la libertad. Fue un día la lucha de los patricios y los plebeyos en Roma; fue otro día la defensa de los fueros locales contra el centralismo, como hace cuatrocientos años en España; la abolición de los derechos feudales como en la Francia de fines del siglo XVIII; es hoy la pugna entre los proletarios y la burguesía por la supresión de todo privilegio de clase.

Admiramos los intereses generosos de cada época y nos reconocemos hermanos de sus portavoces y de sus víctimas, aun cuando a estas alturas advertimos claramente la insuficiencia de sus balbucesos.

Ahora mismo, cuando nuestra época fija como objetivos precisos del avance del movimiento liberador la supresión de la economía capitalista y la destrucción del Estado histórico, los anarquistas anticipamos que más allá de ese ideal hay todavía ideal a realizar y de antemano nos declaramos insatisfechos, como unas generaciones más tarde

nosotros mismos apareceremos atrasados, deficientes, ciegos a horizontes que nuestra cultura, nuestra herencia, nuestras condiciones de vida no nos permiten hoy entrever.

No llegamos nunca, felizmente, a la meta. Detrás de lo que hoy consideramos la cima más alta, se descubrirán nuevas alturas, nuevas formas de progreso, de bienestar y de felicidad, otras mecas ideales. El reposo espiritual de la humanidad progresiva sería la muerte, el fin del pensamiento, la ruina total.

Realizar la anarquía

Realizar la anarquía es realizar el progreso, avanzar hacia un perfeccionamiento infinito e ilimitado. Pero en cada momento dado los pueblos no pueden llegar en la materialización de la libertad más que hasta donde su preparación, su sensibilidad, su comprensión consiente. De ahí que, aunque las revoluciones sean encabezadas y más o menos orientadas por las minorías de vanguardia, al fin de cuentas sólo queda plasmada aquella libertad que las grandes masas y no las pequeñas minorías, sentían y comprenden realmente.

Nosotros podemos pregonar nuestro ideal de vida a plenos pulmones. Estamos en nuestro derecho; pero las nuevas formas sociales serán obra de los pueblos esclavizados y explotados por cuya causa abogamos y ellos probablemente quedarán mucho más acá de nuestros deseos. Todos los antecedentes y experiencias nos hacen presumir que será así.

Sin embargo, ése no debe ser un obstáculo a nuestra labor. Realizar la anarquía, plasmar la libertad en la vida cotidiana no es como cambiar el decorado de un escenario o realizar juegos de transmutación y de malabarismo: es avanzar por el camino del progreso, lenta o estrepitosamente, según los momentos y las posibilidades, pero siempre en dirección a la vida sin trabas artificiosas, sin ataduras políticas, económicas y espirituales. Lo que hemos de tener en cuenta es que cada posición conquistada debe ser defendida y que no es prudente avanzar demasiado sin tener en cuenta la fortificación y la garantía de estabilidad del camino recorrido.

La anarquía es el norte hacia el que señala la brújula del desenvolvimiento pleno, progresivo. Hay que permanecer fieles y firmes en esa dirección, que es la buena, pero la magnitud del avance no es ya cuestión exclusivamente nuestra. Puede incluso ser parcial, incompleto. Nosotros desearíamos que fuese general, en todos los frentes y que llegase a lo que hoy consideramos la meta suprema; pero

no rechazamos la pequeña conquista del día por el gran objetivo del mañana.

Todo lo que logremos arrancar al adversario en bienestar, justicia, libertad, es un triunfo de nuestra gran causa, aun cuando no nos deje satisfechos a nosotros, los anarquistas. Por eso saludamos todo progreso, cualquiera que sea la esfera en que se manifieste, con sincero júbilo, y nos atribula toda regresión tanto en el orden material como en el intelectual y en el moral.

Queremos con esto corregir la creencia de muchos amigos nuestros de que realizar la anarquía es llegar a tal o cual objetivo lejano, lo que les hace desinteresarse por tanto de la conquista inmediata. No, «realizar la anarquía» es una expresión demasiado vaga e imprecisa; la anarquía, propiamente, no se realizará nunca; después de lo que creemos hoy el summum de perfección habrá todavía perfección. Por consiguiente el avance de un paso o el de mil es cuestión de magnitud, pero no de esencia. Hay momentos en que mil pasos cuestan menos sacrificios, esfuerzos y dolores que uno solo; por eso insurrectos en permanencia, no menospreciamos la conquista ínfima del día por la gran conquista del mañana, como no hemos de soltar el pájaro que tenemos en la mano por los cien que andan volando.

Van todas nuestras simpatías a los que luchan con fe y con tenacidad en dirección a la anarquía, desbrozando el camino en el campo de las luchas sociales, en el de la inteligencia o en el de las concepciones éticas y artísticas, manteniendo en jaque al adversario, haciéndole retroceder, aunque sea poco, y ganando nuevas posiciones en el no por más modesto menos digno y menos heroico combate cotidiano por la libertad y la justicia. Esos realizan la anarquía, pese a que muchas veces son anarquistas que se ignoran, porque hacen obra de progreso, de liberación, de enriquecimiento del caudal emancipador de la humanidad.

En cambio ni nos alienta ni nos regocija la actitud pasiva, la prédica platónica de los que se creen reservar para las batallas homéricas y contemplan impasibles cómo el enemigo va arrollando día tras día las conquistas de siglos enteros, de esfuerzos liberadores. Pueden llamarse anarquistas, si tal les place, pero son en todo caso individuos estériles e inútiles en la contienda tradicional de las grandes fuerzas históricas: la del progreso y la de la reacción. Hacen más por la anarquía los que aportan diariamente su grano de arena que los que esperan impasibles años y años la hora palingénésica de llevar carretadas.

Táctica variable

Idea de infinitud, la anarquía es el eterno más allá, el espíritu que salta por sobre todas las barreras; pero como cada época y cada ambiente circunscriben las conquistas maduras y posibles, la utilidad y la razón máxima de los anarquistas está en saber polarizar en ellos las luchas en torno a esas adquisiciones. De lo contrario nuestra gran causa, variable en su contenido concreto según la época, la cultura y las condiciones materiales de la vida de los pueblos, sería un ocioso platonismo sin ningún objetivo práctico.

La anarquía es, lo repetimos, la animadora permanente de todo progreso, de toda reivindicación de justicia, de todo impulso hacia la libertad. Y es en ese sentido que los anarquistas de una época y de un ambiente dados establecen su programa de acción y de trabajo, las bases y los objetivos inmediatos de su militancia y se convierten, para las grandes masas, en los símbolos de la lucha emancipadora. ¿Que la anarquía, como concepción abstracta, filosófica, es más? Efectivamente, pero como movimiento combativo y revolucionario es tanto más sólida y está tanto más justificada cuanto más interpreta y tiende a realizar o a acelerar la madurez de las posibilidades progresivas de una época en un ambiente dado.

Consecuencia lógica de esa interpretación relativista es la variedad de táctica, es decir, del método para llevar a los hechos los anhelos del cerebro y del corazón.

Somos irreverentes con todo dogmatismo táctico y quiéramos persuadir a los compañeros de que, así como no se debe perder nunca de vista el norte hacia el cual hemos de dirigir los pasos, la elección de los medios y de los caminos debe hacerse con la máxima amplitud en vista de la oportunidad y la conveniencia. Para los que no han comprendido bien nuestras cosas el método es más importante que la misma idea a realizar, pues ignoran que son muchos y múltiples los caminos que llevan a Roma.

Ciertamente, hay procedimientos que nos distanciarían en lugar de aproximarnos al objetivo y sería poco cuerdo el que para llegar al Polo Norte tomase el camino del Polo Sur; pero hay condiciones y circunstancias en que por los zigzags y las líneas curvas se llega más pronto y más seguramente al fin del camino que por la línea recta abstracta de los absolutismos doctrinarios. Haciendo rodeos

y sorteando escollos se puede llegar primero que atropellándolo todo en el afán absurdo de no ceder una pulgada en la ruta prevista.

Cambia la táctica de acuerdo a la época, a la cultura, al temperamento, a las condiciones políticas y sociales. Lo que importa es que los hombres estén inspirados y se penetren de la gran idea de liberación humana; luego es cosa suya, de sus aptitudes y de las circunstancias la elección de los medios o los caminos a seguir para transformarla en hechos vitales. Pero no es por la táctica por la que hemos de definir una doctrina o el contenido de una causa. Un buen puño puede pertenecer a un robusto guardia de asalto o a un cargador del muelle que defiende su trozo de pan contra el esquirolaje; una bomba de dinamita puede servir tanto para matar abisinios desde un avión italiano de bombardeo o para librar a un pueblo de un dictador; una pluma se puede emplear en la glorificación de un régimen de esclavitud o para aniquilarlo en la conciencia de las gentes; una revolución puede tener por objeto el cambio de una casta dominadora por otra o la supresión de toda dominación del hombre por el hombre.

No es por los procedimientos, pues, por lo que se nos ha de distinguir, sino por los objetivos perseguidos y por la voluntad de alcanzarlos.

Desearíamos cordialmente que en este aspecto la elección fuese más libre y que los compañeros en cada localidad y en cada ambiente se valiesen de los métodos y tácticas que considerasen mejores para avanzar un paso en la ruta liberadora, para afianzar un poco más las propias posiciones.

Entre los camaradas más comprensivos se adivina la amargura ante el peso castrador de los dogmatismos tácticos. Todo dogma es repulsivo, pero en táctica además de repulsivo puede ser también suicida. A ellos les decimos que, fieles a los postulados fundamentales de nuestra posición intelectual y social, deben seguir libremente sus impulsos y obrar de acuerdo con la propia conciencia y experiencia, y que, quienes ponen caprichosamente cortapisas, frenos, prohibiciones en el orden táctico, que es siempre contingente, determinado por mil factores complejos circunstanciales, no sólo son malos guías, sino que tampoco han comprendido la diferencia entre el ideal y la táctica empleada para estimularlo y realizarlo. Todos los medios son buenos con tal que nos acerquen al fin apetecido: el puño de hierro o la palabra generosa y persuasiva; la modesta y oscura acción cotidiana o la resolución heroica de los grandes luchadores. El frente de avance del progreso y

de la libertad —y no hay progreso donde no hay liberación— es infinito y puede atacarse por todos los sectores y con todas las armas y sus condiciones.

Campo de acción para todos

La salvación no está en nosotros en tanto que militantes de un determinado movimiento social, sino en la acción multiforme y variable de un conjunto de fuerzas colectivas e individuales que trabajan en la dirección del progreso, hacia la libertad y la justicia, muchas veces en nombre de ideologías, partidos e intereses aparentemente encontrados.

Una de las tareas más importantes del anarquista debería consistir en descubrir a través de distancias, en ocasiones artificiales, la identidad y la solidaridad de los propósitos perseguidos por los hombres nobles, generosos, humanitarios, justicieros de todos los sectores, inspirando todos esos esfuerzos dispersos, disgregados, sin cohesión, por el soplido superior de la obra conscientemente liberadora.

Son muchos los anarquistas, los verdaderos revolucionarios que se ignoran, y el despertar esos espíritus a una más clara comprensión es una misión siempre meritoria. Naturalmente, es esa una tarea de proselitismo que exige libertad plena en la elección de medios, en el empleo de la táctica más adecuada.

Pero en general, como la obra del progreso es complejísima, compleja ha de ser también la beligerancia progresiva. El campo de la acción, de la propaganda y de la preparación libertarias no tiene límites; hay trabajo y espacio para todos, para los que sienten la libertad más intensamente y para los que la sienten menos, para los que quieren emplear el brazo y para los que desean esgrimir con preferencia las armas de la inteligencia, para los que prefieren la labor mancomunada, organizada, y para los doctores Stockmann que afirman que el hombre más fuerte es el hombre aislado.

¡Libertad plena, pues, en cuanto a elección de medios, de caminos, de procedimientos! Lo que vale es la intención y los resultados prácticos. Que cada cual responda de sus aciertos y desaciertos. Pero se interpretaría mal esa libertad y se haría muy mal uso de ella si en lugar de emplearla en buscar el campo de acción más adecuado para cada uno se llevase a las esferas del sectarismo y se expresase en la persecución y la lucha contra los que han elegido otros procedimientos, otra táctica para llegar al mismo objetivo. Esa libertad que reclamamos implica solidaridad, comprensión, penetración de los que luchan, reconocimiento táctico y

expreso del derecho de cada uno a actuar según las propias condiciones y aptitudes y con los medios más adecuados, respeto para todos los buenos y nobles propósitos; solidaridad permanente y fraternización a pesar de la multiformidad de la acción.

4.j) La libre experimentación en socialismo *

El monopolismo en el campo socialista

Se ha señalado diversamente la multitud de puntos de contacto entre el marxismo y el fascismo, y el hecho de que la novísima doctrina de la reacción haya sido elaborada y llevada a la práctica por un militante socialista destacado, como Mussolini, y el hecho de que hayan sido socialistas marxistas en algunos países los portavoces o inspiradores del fascismo, podría justificar esa comprobación. También han llamado la atención de los observadores la relativa similitud del estatismo bolchevista y del mussoliniano. Tanto en Rusia como en Italia se ha perdido todo respeto y toda consideración a las ficciones democráticas, en uno y otro país un partido se atribuye la verdad exclusiva y monopoliza la dirección del Estado, y tanto en Moscú como en Roma, sobre la base de la dominación monopolista del Estado por un partido que no admite oposición ni crítica, se sostiene la teoría del Estado totalitario. Al ciudadano de esos países no le queda otro recurso, ante el Estado, que el de la obediencia ciega, el de la sumisión absoluta. En vano recorreréis toda Rusia, de un extremo a otro; no encontraréis un solo periódico de oposición. Lo mismo os ocurrirá en Italia; y si este estado de cosas no lograra matar en los hombres que recuerdan tiempos pasados su resistencia espiritual íntima a la autoanulación, para la juventud que nace sin otros recuerdos ni la posibilidad de entrever otro panorama, la sumisión total al estatismo tiene que equivaler a una castración mental como la que significó la dominación teocrática en la Europa medieval.

No sería para nosotros motivo de extrañeza que las fuerzas de la regresión, del oscurantismo, de la cruz y la espada fomentasen ese ideal destructor de toda personalidad y de toda dignidad humana; no harían con ello más que realizar su plan de dominio; pero que esas mismas aspiraciones sean sostenidas y alentadas en nombre del socialismo, eso no lo

* *Tiempos Nuevos*, II, núm. 8, 1-XII-1935.

podemos comprender sino como desviación y degeneración del socialismo.

Un socialismo que no es fuerza de liberación, germen de justicia, energía creadora de una nueva cultura no es tal socialismo. ¿Y qué esperamos que nazca de una corriente de ideas y de hechos que propicia el monopolio económico, político y espiritual por el Estado, que pone el Estado en lugar de las antiguas divinidades absolutas y que abriga la aspiración, tácita o expresa, de ser un día única realidad política dominadora?

Los anarquistas, que somos y nos consideramos representantes genuinos del espíritu socialista, chocamos espontáneamente con el marxismo como chocamos contra toda manifestación evidente de la reacción. Y si hace medio siglo, cuando los antiautoritarios de la primera Internacional denunciaban a Marx como representante de una forma de reacción tan peligrosa para la emancipación del proletariado como la de Bismarck, podía parecer aquella actitud fruto de la agria polémica interna, hoy, después de haber visto el ejemplo de Rusia, de Alemania, de Austria, de España misma, se comprende el fondo de verdad y de exactitud que había en los viejos reproches al marxismo. El marxismo es absolutista, y lo mismo que Jehová no consiente otra divinidad junto a él, el socialismo inspirado por Marx no tolera otra manifestación socialista que la propia; y de ahí que, incluso en el campo marxista, dos tendencias como la del bolchevismo y la del menchevismo se hayan combatido con más acritud entre sí de la que opusieron al zarismo. Y si en la policía bolchevique y en el ejército rojo se encuentran antiguos generales y polizontes del zar, no encontraréis absolutamente ningún representante del menor matiz socialista divergente del oficial. Y la lucha espectacular de Stalin y Trotzky, lejos de haberse aun liquidado, comprueba igualmente esa intolerancia sectaria, ese absolutismo de tipo dictatorial y cesarista.

En lugar de ser Rusia una confluencia fecunda de fuerzas socialistas cooperando cada cual con sus iniciativas, sus fuerzas, sus capacidades a la edificación del socialismo, en fraterno apoyo mutuo, en solidaridad y armonía, se ha convertido en un faraonismo infalible que hubo de olvidarse poco a poco de su origen revolucionario para marchar en el mejor acuerdo posible con las potencias de la burguesía internacional.

El marxismo como el fascismo, es totalitario. Y si aún se ve al primero transar, colaborar, tener contactos y comunidad de intereses con los partidos políticos burgueses, no le advertiréis con la menor tolerancia frente a otros sectores

socialistas. Cambiará algo aparentemente en lo sucesivo, fuera de Rusia, en lo relativo a comunistas y socialdemócratas, desde que Stalin concertó el acuerdo con el imperalismo francés para una acción conjunta eventual de los dos Estados; pero si el monopolismo estaba ayer en pie en cada una de esas dos fracciones en pugna, seguirá en pie el mismo espíritu en el marxismo unificado orgánicamente o sólo puesto de acuerdo para finalidades transitorias.

El marxismo español es casi tan antiguo como el anarquismo; sus fundadores convivieron incluso con nuestros camaradas en las primeras secciones de la Internacional, y hasta en la Alianza bakuniniana. Pero desde las famosas actuaciones de Mesa, Lafargue, Mora, etc., hasta nuestros días, entre el marxismo y el anarquismo español hubo la misma distancia que en todas partes y una hostilidad permanente que, si durante muchos años fue literaria o verbal, desde el triunfo de la república se convirtió en un manifiesto propósito de exterminio material de nuestras fuerzas por el marxismo ministerial y ministeriable. Y en el programa de festejos del triunfo de octubre de 1934, como se ha manifestado por algunos prominentes jefes marxistas, estaba la anulación definitiva de la C. N. T. y de la F. A. I. Sin embargo, los anarquistas, lo repetimos, somos representantes legítimos del socialismo, porque no hemos olvidado ninguna de sus reivindicaciones fundamentales y hemos quedado fieles al espíritu socialista, que es liberación de los oprimidos y de los explotados, socialización de la riqueza, supresión del parasitismo económico, político y social.

El ejemplo de la ciencia

Y el marxismo se llama pomposamente a sí mismo «socialismo científico». Pero la ciencia y el espíritu de la ciencia no le han enseñado nada o le enseñaron muy poco. En ciencia se investiga la verdad y se exponen los resultados obtenidos para su libre aceptación y comprobación, y contra la mentira no hay otro argumento ni otra coacción que las comprobaciones y demostraciones experimentales.

Cuando la ciencia estaba en pañales o sometida a los imperativos del totalitarismo teocrático, cuando había una ciencia oficial, de Estado o de Iglesia, la verdad era la que obtenía la aprobación de las altas esferas. Contra esa desnaturalización del espíritu científico, que es esencialmente libertario y libertador; contra las cortapisas a la libre investigación se levantó arrollador el Renacimiento y desde entonces la ciencia se ha encaminado hacia su desarrollo natural. Es la

ciencia moderna la que nos trajo la gran conquista del espíritu humano que es el concepto de la libre experimentación, y parece extraño que un socialismo que se llama «científico» se olvide de eso, que es fundamental.

Ahora bien, el marxismo no admite, rechaza con furor, como rechazaría un beato ferviente las tentaciones del diablo, todo lo que tenga olor a experimentación libre, a lesión del concepto totalitario, a ruptura de su monopolio. Y en esas condiciones, todo lo que hay en el proletariado y en general en la sociedad de sinceramente socialista, tiene que rehuir el marxismo, anticientífico porque no admite el concepto científico de la libre experimentación.

Nosotros no creemos que el socialismo sea científico; puede encontrar en la ciencia argumentos sin fin en apoyo de sus aspiraciones; pero es un esfuerzo de la voluntad humana y un anhelo que no se deja medir, ni pesar ni calcular. ¿Es científica la justicia? ¿Es científica la libertad? ¿Es científica la socialización de la riqueza? Son cosas independientes, que dependen del grado de cultura, de la concepción del mundo y de la vida que tengan los individuos y las colectividades, pero que viven separadamente, marchan por su propio camino y, si no van contra la ciencia, no esperan de ella la razón de ser.

Si el socialismo fuese científico, precisamente por eso estaría más obligado a propiciar la libre experimentación, porque es la única manera de demostrar su viabilidad, su verdad, su exactitud. ¿Qué hombre de ciencia se atreve, antes de experimentar, de comprobar, de contrastar una y mil veces un hecho, a sostener que esta o aquella es la verdad verdadera?

Nosotros estimamos que el socialismo, toda concepción de la sociedad futura, es una hipótesis; que puede haber tantas concepciones socialistas como se quiera, pero que son hipótesis a ensayar, que no puede atribuirse ninguna de ellas la verdad absoluta hasta que haya experimentado prácticamente sus postulados en la piedra de toque de los hechos, de la vida real.

Tenemos una visión particular de la reorganización social y nos creemos en el más perfecto derecho a defenderla y a proponerla. Pero como hemos rechazado el absolutismo de Jehová, rechazamos el absolutismo de Marx, y entrevemos la posibilidad de que otras interpretaciones socialistas, tan intensa y tan sinceramente sentidas como la nuestra, puedan manifestarse y ensayarse. Nosotros creemos que el ejemplo práctico persuadirá, a los que no participan hoy de nuestros puntos de vista, de la bondad de nuestras aspiraciones; pero, ¿y si, en cambio, la experiencia nos las hace rectificar y

abandonar? Todo puede ocurrir, y en ese caso, en lugar de ensayar de nuevo en el vacío y al azar, si tuviésemos a mano ya otros ejemplos prácticos, otras manifestaciones socialistas más viables, más propias, ¿no habría que estarles agradecidos?

Si todos los matices socialistas conviniesen desde ahora en el reconocimiento de la libre experimentación, renunciando a un totalitarismo suicida, a un monopolismo absoluto de la revolución y a la idea nefasta de la dictadura de partido, de tendencia o de fracción sobre toda la sociedad, sin duda el panorama social cambiaría rápidamente y la confianza en el porvenir sería una potencia en el corazón de las grandes masas. Pero hoy luchamos con esta perspectiva: Si mañana triunfa el marxismo que se dice aún socialista, los anarquistas sufrirían la misma suerte que si triunfase el fascismo. Y esa perspectiva hace que, hasta en algunos anarquistas, se sienta en el fondo una aspiración totalitaria idéntica: El triunfo del anarquismo de la C. N. T. habrá de significar la sumisión instantánea y completa del marxismo, o su exterminio. Con esa disyuntiva, no debe extrañarnos que los trabajadores se sientan un tanto cohibidos y amedrentados por las consecuencias de la guerra civil inminente en el caso del triunfo de la revolución.

La tolerancia y las relaciones de buena vecindad en religión

¿No se podría conseguir en socialismo lo que se ha conseguido en religión? El fanatismo es propio de todo credo religioso. Siete siglos de lucha contra los árabes en nombre de la religión de Cristo han dejado huellas indelebles en el pueblo español; las Cruzadas son ejemplos típicos de lo que puede la conciencia religiosa. Siglos atrás, y no muchos, no se podía imaginar siquiera la convivencia pacífica de las religiones y de los cultos religiosos. No sólo no se permitían en una ciudad templos consagrados a diversos cultos, sino que en el país entero no podía existir más que una sola religión. Millones de seres humanos han muerto en guerras absurdas por el predominio de un dios sobre los otros. El que hace tan sólo doscientos años hubiese dicho que se podía establecer una base de tolerancia mutua en ese aspecto, habría ido infaliblemente a la hoguera como hereje, ateo o cualquier otra cosa.

Sin embargo, corrieron los tiempos, se esclarecieron en la conciencia de los hombres muchas cosas y hoy los religiosos de todos los credos y cultos conviven pacíficamente en la

vida ordinaria sin ninguna repugnancia y sin ningún encono. Y en una misma ciudad se erigen templos para todas las religiones, y en la misma casa, incluso en la misma familia, se mantiene la paz a pesar de que unos se inclinen a Dios y otros al diablo. En una palabra: la tolerancia y el respeto mutuo hacen posible hoy en religión una convivencia pacífica. Se puede ir a misa todos los días y comulgar allí con ruedas de molino, como se puede ser ateo, rendir culto a Cristo o a Alá, a Buda o a Júpiter y, no obstante, ser todos obreros de una misma fábrica, vecinos de la misma casa, incluso amigos personales.

Más difícil era obtener esa convivencia y se ha conseguido por obra del simple desarrollo cultural de la humanidad; ¿es que no se conseguirá algo equivalente en socialismo?

Creemos que vale la pena seguir reflexionando en torno a este magno problema de nuestra época.

4.k) Minorías y mayorías en la revolución social *

Nuestra revolución

No es nuestra revolución de tipo político o jacobino, sino de cooperación social, de creación de nuestras formas de convivencia, de ensayo y de experimentación, creadora de una nueva cultura en la libertad y para la libertad. Muchas veces la confusión entre la esencia de una revolución jacobina y la de una revolución social nos ha enzarzado en discusiones bizantinas y en malentendidos deplorables.

Nuestra revolución no se hace para dominar, para imponer, para aplastar a nadie, sino para libertar, para proponer, para ensayar, para convivir en el respeto mutuo y en el libre acuerdo de los intereses y de los ensueños particulares. No pretendemos una revolución totalitaria, aun cuando no nos disgustaría que la inmensa mayoría de la población compartiese nuestros puntos de vista y conviniese de antemano en seguir nuestra orientación y nuestra ruta.

Sólo que no creemos en esa unanimidad; creemos más bien que habrá mayorías y minorías revolucionarias, graduaciones diversas, una cultura distinta y un nivel variado de adhesión a las nuevas perspectivas. Y al revés del jacobinismo, a quien esa variedad lastima y se le hace intolerable, nosotros pensamos que minorías y mayorías pueden

convivir, respetarse, incluso ayudarse mutuamente y que *no se debe limitar la libertad para llegar a la libertad.*

Creemos que al afirmar esa interpretación de la revolución reivindicamos el verdadero espíritu socialista, que no puede ser vehículo de una tiranía nueva, sino siempre germen de emancipación.

* * *

Nos hemos opuesto irreductiblemente a losregoneros del llamado «frente único», no sólo porque ha sido una simple maniobra de partido para disponer de una plataforma sugestiva de proselitismo, sino porque todo frente único supone cesiones y concesiones en principios y en tácticas, y nosotros no estamos dispuestos a ceder un solo milímetro. Pedir que renunciemos a una parte de nuestras ideas para marchar de común acuerdo con otros sectores de los cuales no compartimos ni los objetivos ni los métodos, es pedir una amputación moral imposible. Además no concebimos que esas amputaciones puedan ser útiles al triunfo de una revolución social. Pueden valer para las revoluciones de esencia política, dominadora, opresora, pero no para la revolución que ha de inaugurar una nueva marcha y dar un rumbo nuevo a la historia. Aun diremos más: las ideas que sostenemos no constituyen para nosotros un ropaje de día de fiesta, sino que forman nuestra personalidad, y *la personalidad, cuando existe, sufre por las cercenaciones físicas como por las amputaciones mentales*, y no podemos creer que hayamos de ser más útiles a la sociedad como personalidades físicas y morales incompletas que como entes íntegros.

Pero sin ser adeptos de esos «frentes únicos», con los que se han producido tantas hondas escisiones revolucionarias en los últimos quince años, podemos comprender y sentir la necesidad de acciones comunes de fuerzas sociales no siempre concordes, sobre la base de un mutuo respeto, de un reconocimiento pleno del derecho de cada uno a manifestarse, a vivir conforme a las propias interpretaciones.

Convivencia de prácticas sociales y económicas diversas

La cuestión económica es preferentemente un asunto de interés y de conveniencia. Las ideas particulares tienen en ese proceso un influjo menor que en otras esferas de la actuación humana. Por eso esperamos que el criterio utilitario sea en economía una plataforma de buen acuerdo entre sec-

* *Tiempos Nuevos*, III, núm. 1, 1-I-1936, págs. 7-9.

tores revolucionarios disidentes, pues ese utilitarismo, esa conveniencia, ese interés material aconseja los arreglos pacíficos mucho más que las soluciones por el hierro y el fuego.

Necesitamos caminos, ferrocarriles, teléfonos y telégrafos. Y los necesitamos tanto los blancos como los rojos, los monárquicos como los republicanos, los socialistas de Pablo Iglesias como los anarquistas. ¿Es que ese interés común no nos habría de permitir mañana, en el campo social, arreglos, pactos, convenios para mantener colectivamente, a pesar de nuestras concepciones económicas, sociales, morales distintas, el funcionamiento de esos servicios? ¿En nombre de qué principio habríamos de negar nuestro concurso material y moral a su conservación? Hay esferas de coincidencias, y éstas son señaladas por la fuerza misma de las cosas, por el interés colectivo indiscutible. Sin ser de ninguna forma totalitarios, guiados por la necesidad ineludible, hemos de convenir en la bondad de un acuerdo de todas las fuerzas sociales y económicas para que funcionen los servicios ferroviarios en el país, como circulan internacionalmente, a pesar de las fronteras, aduanas, idiomas, regímenes diversos.

Pero si hay un 10 por 100 de funciones en que todos estamos interesados, hay un 90 por 100 de actividades económicas cuya regulación ha de ser de orden particular, local o regional.

¿Es que no ha de haber otra solución que la de sustituir un totalitarismo por otro, una ley obligatoria por otra ley obligatoria para todos? Pensamos en tiempos no muy remotos, en el período anterior a la España unificada, en que los fueros locales habían creado focos de independencia, de vida intensa y de libre iniciativa al margen de los dictados de condes, de reyes y emperadores. No es que querramos volver atrás, pero la evolución totalitaria que se ha seguido en el orden político, y ahora cada vez más en el orden económico, se han evidenciado funestas, castradoras de toda sana cultura y agotadoras de las fuentes más puras de la creación social. Y hay que oponernos a esa corriente de fascistización, iniciada con los Estados nacionales unitarios y llevada a su extrema perfección por el marxismo dictatorial.

Si propagamos con la insistencia que lo hacemos el derecho de cesación económica y social, no es para desmenuzar, para disgregar, sino para establecer la verdadera unidad, que es la resultante de la variedad máxima de modos de vida, de trabajo, de distribución.

No sentimos ninguna repugnancia a tratar sobre conciliación de la producción y del intercambio con otros sectores de oposición política y social; pero nos sentiríamos a dis-

gusto si mañana, minoría en la revolución, tuviésemos que someternos a la dictadura de la mayoría; como mataríamos la revolución si, siendo mayoría, no reconociésemos a las minorías el derecho a la vida fuera de nuestros acuerdos. Hay que quebrar esa línea de desarrollo, porque sólo así será posible la confluencia de todas las fuerzas sociales en la obra revolucionaria. Y sólo mediante esa confluencia será fecunda la revolución.

Creemos que es posible, desde ahora, convenir en la necesidad de la convivencia pacífica de minorías y mayorías en la revolución, sin que ni unas ni otras hayan de perder nada de sus postulados básicos; al contrario, habría de ser posible incluso el apoyo mutuo dentro de esa variedad. No sólo no hace falta obstruirse la labor, sino que cada sector habría de mostrarse bien dispuesto a la experiencia ajena, para rectificar o perfeccionar el propio camino.

Comunismo, mutualismo, colectivismo, hasta individualismo; signos de cambio o trueques en especies; toma del montón o racionamiento; técnica progresiva o métodos anticuados de trabajo, etc., son asuntos de arreglo, de posibilidad inmediata, de conveniencias, de ensayo. Para nosotros tienen sólo una importancia secundaria, pues la vida libre nos llevará a la mejor de las soluciones. Y no haremos la guerra, desde tal o cual localidad en donde hayamos implantado un régimen comunista integral, contra la localidad vecina que ha resuelto vivir en un régimen colectivista o contra otra que practique un sistema mixto. Lo que tiene importancia, y mucha, es la decisión de ser totalitarios o de reconocer, desde ahora mismo, el derecho a la libre experimentación económica y social. Todo lo demás tiene fácil arreglo.

¿Por qué no ir al proletariado, apelar a todos los sectores de opinión social para una futura convivencia libre? Está ahí el mayor secreto de la fecundidad o de la esterilidad de los esfuerzos revolucionarios. ¿Lo reconocerán propios y extraños?

Una nivelación antirrevolucionaria

No tenemos miedo a la variedad, a la multiplicación de focos de vida local independiente; *lo que tememos es la nivelación, el cartabón único, la ley absoluta.* Ni siquiera la burguesía ha logrado la nivelación, aun cuando, con el fascismo, parece acercarse mucho a ella en la esfera nacional. ¡No pretendamos que la revolución haga más daño a la humanidad de lo que ha hecho el capitalismo! El desarrollo económico, social, cultural, debe nacer de abajo, de la base,

de la vida local y florecer en asociaciones, en federaciones cada vez más vastas.

Los que aspiran a una vida social en que todo sea determinado desde tal o cual sede central, no hacen más que continuar la trayectoria de las monarquías absolutas, de los regímenes de dictadura y van, por consiguiente, contra la esencia de la revolución, aunque obren y hablen en su nombre.

¡Libre expansión de cada foco de vida, siempre que esa expansión no sea agresiva, sofocadora de la misma libertad de los otros focos! Tal habría de ser nuestra consigna permanente.

Un pacto de no agresión en socialismo

En la diplomacia de los Estados se establecen pactos de no agresión, pequeñas barreras temporales y convenios de ayuda mutua que no impiden la guerra, claro está, pero a veces la postergan. Es el término, sin embargo, lo que nos interesa. En socialismo, en revolución habría de establecerse, para el bien de todos, entre minorías y mayorías, un pacto de no agresión, de respeto mutuo. Por parte del anarquismo no creemos que hubiese ningún inconveniente en ello. ¿Pero es que las otras corrientes sociales piensan del mismo modo? Mucho tememos que no y que, llevados de su afán de dominio, de su voluntad de poder, de su pretensión totalitaria, perpetúen el capitalismo en su nuevo carácter de capitalismo de Estado, porque el proletariado no puede entusiasmarse ante una guerra civil sin cuartel después de la revolución. Pues si los anarquistas —y hablamos en España, en un país donde representamos una fuerza considerable— no habríamos de poner contratiempos a un pacto de no agresión en socialismo, también es seguro que, si resultásemos minoría, defenderíamos con apasionamiento el derecho a la existencia y a la libre experimentación, recurriendo a todas las armas. Ahora bien, lo que, como minoría eventual, hemos de conquistar contra otros sectores socialistas mediante la fuerza armada, ¿no sería preferible reconocerlo desde ya como un triunfo de la revolución? Podríamos ser también mayoría, y es más probable que, en un movimiento revolucionario verdadero, lo seamos. ¿En nombre de qué principio negaríamos a los otros socialistas el derecho a su forma de vida, de trabajo, de arreglos económicos y sociales? ¿Por qué no establecer el buen acuerdo, la buena vecindad, como se ha hecho en religión?

¿Es que no se considera llegada la hora de la experiencia de la libertad? ¿Es que aún hemos de hacer, incluso en

nombre del socialismo, después del ejemplo de Rusia, el trayecto de más dictaduras, de más totalitarismos? ¿Es que no enseñan nada los acontecimientos?

España cuenta con las suficientes fuerzas sociales para dar el empujón final al sistema capitalista y a la dominación del Estado. Pero hasta aquí esas fuerzas, en lugar de sumarse, se han restado, porque quisieron ser totalitarias, porque quisieron monopolizar desde ya y confiscar previamente los frutos de la revolución. ¿No alumbrará el sol de un mejor entendimiento? ¡La hora es decisiva! La solución está en nuestras manos. ¿Queremos que la revolución sea del pueblo, de todos, o que sea cosa de una organización, de un partido? Si queremos esto último es que no ha sonado la hora de la comprensión y aún nos reserva el porvenir amargas y duras experiencias. ¿Por qué no razonar y no sentir con más elevación, trabajadores todos?

4.1) Por un amplio acuerdo para la liquidación social de un régimen *

Se ha vuelto a poner en discusión el problema de la confluencia de fuerzas obreras y revolucionarias para oponer un dique al desborde de la reacción fascizante. Y resurgen, como por encanto, las recetas habituales: *frente único, alianza obrera, unidad revolucionaria, fusión de las diversas centrales sindicales en una sola*, etc.

¿Para qué el frente único? ¿Para qué la fusión? ¿Para qué la alianza? Se intensifica esa propaganda precisamente en vísperas de la consulta electoral, y por eso mismo tiene un cierto sabor extraño. Tal vez sería cuerdo dejar el tema para después, a fin de no consentir que a la sombra de una necesidad proletaria y revolucionaria medren propósitos y objetivos que persiguen finalidades mezquinas de simple escalamiento político. Por nuestra parte no hacemos sino continuar el desarrollo de nuestros pensamientos, indiferentes al resultado de las contiendas en torno a las urnas. Lo que queremos decir tiene su validez antes, durante y después de las elecciones, que no pueden dar en ningún caso más que un simple cambio de timoneles del estatismo, nunca una superación del capitalismo y de la opresión estatal, es decir, nada de lo que pretenden con todo derecho los trabajadores y los campesinos, los productores del músculo y los productores del pensamiento.

No podemos separar el hoy del mañana, pues el mañana

* *Tiempos Nuevos*, III, núm. 2, 1-II-1936, págs. 68-72.

debe estar contenido en el hoy, en la hora que pasa, y brotar lógicamente de ésta. Cuando se habla de frente único, de alianza obrera, de unidad revolucionaria en las corrientes proletarias, no suele hacerse para objetivos realmente proletarios y revolucionarios, sino para conquistas que no son tales o como mera maniobra de partido para especular con un sincero y honesto sentimiento popular. Naturalmente, eso tenía que producir nuestro disgusto y nuestra aversión.

Quizá porque los anarquistas somos los únicos partidarios y propulsores sinceros de la unidad de los trabajadores, nos hemos significado tan acremente contra todos los que hicieron suya una bandera que no lo es y un propósito que no sienten, pues pocas veces se han operado tantas escisiones en el seno del mundo del trabajo como desde que un partido político vino al mundo, después de la revolución rusa, a pregonar el frente único proletario.

Nosotros veríamos con el mayor agrado, como la cima de un nobilísimo empeño, un acuerdo de todos los sectores de opinión socialista sobre la base del socialismo —que implica socialización (socialización y no estatificación) de la riqueza social, supresión del parasitismo, libre disposición sobre los medios de producción y libre entente de los productores para resolver sobre sus destinos y para la creación de las instituciones económicas y sociales que han de substituir a las heredadas del viejo régimen; para ello insistimos, como voz demasiado aislada, en la renuncia formal y espiritual a la dictadura totalitaria, que en el fondo lleva siempre el germen del fascismo, y, respecto del socialismo verdadero, está en la relación que tienen el agua y el fuego. Y si apelamos a la serenidad y a la comprensión de propios y extraños en vista de la gravedad de la hora, para aprovechar la oportunidad que aún nos queda, con los hombres tales como son, en la situación tal como se nos presenta, es que tenemos ante nuestros ojos el panorama de los países donde ha triunfado el fascismo —la teología moderna del nacionalismo—, y quisiéramos ahorrar a España esa tragedia.

No vacilamos en sostener que, si los anarquistas cumplirán con su deber de resistencia en todos los terrenos —individual y colectivamente—, no tienen la pretensión de ser la única fuerza social de progreso, aunque sean la más esencial y caracterizada, ni de ser la única posibilidad existente para contener el alud de la reacción nacional e internacional. Y nuestra mano amiga y solidaria se extiende a todas las fuerzas de transformación social que comprenden realmente la gravedad de la hora y convienen que no significa ningún progreso ni vale la pena ningún esfuerzo la simple substitu-

ción de una dictadura por otra, de una forma totalitaria de dominación por otra forma totalitaria. La transformación que conviene a todos los que odian la explotación y la dominación del hombre por el hombre y quieren que cada ser humano disfrute del bienestar a que tiene derecho como resultado de su trabajo y de las grandes conquistas de la inteligencia y de la técnica, está contenida en los postulados básicos del socialismo, que los anarquistas no hemos abandonado jamás ni hemos pospuesto a mitos nefastos como el de la democracia burguesa o la dictadura del proletariado, a cuyo amparo y en cuyo nombre se puede proceder contra el progreso y contra las reivindicaciones socialistas lo mismo que con la dictadura del fascismo.

Inestabilidad del régimen capitalista

Todas las tendencias sociales saben, o debieran saber, que vivimos en un período de inestabilidad, de transición, y que urge que esa transición se haga según el anhelo de los productores y no según el interés de las clases privilegiadas. Si cabe un frente único, es el frente de la revolución; para la revolución, para la liquidación social del régimen en que vivimos, que no es ya viable, y para echar las bases de una nueva convivencia y de una nueva cultura.

La llamada democracia que los anarquistas han denunciado siempre como una mixtificación y un engaño, no es una negación ni una garantía contra el fascismo, puesto que lleva en germen, sobre todo en estos tiempos en que no es posible la demagogia desde el poder, todo lo que el fascismo importa como negación de la libertad y de la dignidad humanas.

A poco que se observe el panorama mundial, se advierte que si los trabajadores, los hombres del progreso y de la justicia no imponen su criterio y su medida, el camino de la reacción fascista quedará abierto y por él harán su invasión un día u otro las hordas devastadoras de la reacción moderna.

La elección no está, como se propaga insistentemente, entre democracia o fascismo, sino entre fascismo o revolución social. Así lo han entendido las extremas derechas, aun incluyendo entre las últimas a las fuerzas democráticas que no harán más que allanarles el camino, y así lo revela la lógica de los acontecimientos y de las cosas. ¿Qué queremos resolver, por ejemplo, con facilitar, por medio de las urnas, la reposición en los puestos de comando del Estado a los hombres que se proclaman representantes de la democracia? ¿Es

que los trabajadores, es que los amantes de la justicia han podido constatar, en las épocas en que esos hombres estaban en el poder, una adquisición efectiva de libertad, de justicia y de bienestar por obra o por virtud de su gobierno?

Si es factible la polémica con los fieles de la democracia sobre la ineficacia y la impotencia de esta forma gubernamental para encarnar y realizar ideales superiores a los de la dictadura franca, no creemos que sea necesario poner de relieve a los trabajadores que, con democracia o con fascismo, su suerte será muy semejante y que sólo cambiará su situación cuando tomen en sus manos la gestión de la propia vida, dueños al fin de la riqueza social que han producido y que hoy detentan privilegiados y usurpadores defendidos con todos los medios por la sagrada legalidad estatal, cualquiera que sea la ideología de los gobernantes.

La liquidación del régimen

De lo que se trata no es de conservar ni de apuntalar el régimen de la propiedad privada y del parasitismo estatal, sino de liquidarlo, como se liquida una sociedad o una empresa comercial que trabaja a pura pérdida y que no tiene absolutamente ninguna perspectiva de ponerse a flote. Este es el caso de la sociedad actual.

La liquidación se pide por dos extremos: por el fascismo y por el socialismo (hagamos abstracción del fascismo que es puramente instrumento de las grandes empresas y de las altas finanzas contra la revolución del pueblo, y no, esencialmente, una corriente hacia el capitalismo de Estado o hacia la intervención soberana del estatismo en la esfera económica; y hagamos abstracción también de la posición del socialismo político parlamentario, que tiene tanto odio a la revolución como a la peste y que se declara en favor de la democracia burguesa como ideal supremo para el mantenimiento del *statu quo*).

No hace falta decir cómo entiende el fascismo la liquidación del régimen presente. Basta mirar a Italia, a Alemania, a Hungría, a Austria, a Yugoslavia, a Bulgaria, etc.

Lo que importa es llegar a un acuerdo en el otro extremo, en el extremo del socialismo, sobre la manera de rescindir un contrato que no hemos firmado y en el que sólo figuramos como objetos destinados a producir beneficios para el capital y tributos para el Estado. Nada nos liga, ni material ni moral ni socialmente, al régimen del capitalismo, hecho por los privilegiados a su imagen y en su beneficio.

¿Es que hay trabajadores y campesinos —que no conocen de la vida más que los sinsabores, las privaciones, los sufrimientos— interesados conscientemente en la conservación del actual orden de cosas, en tiempos en que hay un desocupado por cada uno que trabaja, en que la muerte por inanición frente a los graneros abarrotados no es ya una figura retórica, sino una realidad mundial?

Es para la liquidación de la economía capitalista y de su convivencia social entre lobos y ovejas, entre víctimas y victimarios, entre hartos y hambrientos, para lo que consideramos urgente el gran acuerdo de los productores, de los que viven del producto precario y mermado de su esfuerzo y de los que reconocen la justicia que asiste, a los que todo lo producen, para cambiar una estructura social que les priva del fruto de su trabajo.

Para ese objetivo no podemos rehusar, los anarquistas, el frente único o como se quiera llamar a la confluencia, a la coincidencia, al acuerdo de los interesados. Y esa liquidación es tan necesaria hoy, antes de las elecciones, como después, cualquiera que sea el resultado.

Leemos en el *Sunday Dispatch* (Londres, 10 de noviembre de 1935) que 2.400.000 seres humanos murieron de hambre en el mundo en 1935; que 1.200.000 se han suicidado por falta de medios adecuados de vida; que del total de los habitantes de la tierra, que pasa de 2.000.000.000, al menos 500.000.000 no saben lo que es satisfacer sus necesidades materiales primarias. Tal resulta de los estudios, investigaciones y estadísticas de los organismos ginebrinos.

¡Y eso en un período en que las fábricas no trabajan siquiera en el 50 por 100 de sus posibilidades, en que los especuladores cêrealistas restringen el área de siembra para evitar la superproducción y la caída de los precios!

La humanidad corre a pasos agigantados al abismo de la ruina fisiológica porque hay demasiado trigo, porque abundan las fábricas, porque se puede producir lo suficiente para una existencia de bienestar y de holgura.

Ahora bien, ¿qué pesa en ese destino, un gobierno democrático o un gobierno vaticanista?

La solución está en los trabajadores en tanto que tales, junto a las máquinas, tras del arado o en los medios de transporte; el día que decidan ponerse de acuerdo en sus lugares de trabajo, entrarán en la historia como factor determinante y salvarán a la humanidad de su decadencia y de su degeneración.

En una palabra, la solución está en la realización del socialismo, puesto que no es una panacea para el año 2000,

sino una medicina eficaz e inmediata, la única que puede curar al mundo de las gravísimas y mortales dolencias que origina la bancarrota del capitalismo y el cáncer creciente de su aparato gubernamental.

¿Qué puntos de contacto existen entre las diversas fuerzas socialistas?

Ninguna de las fuerzas sociales anticapitalistas puede hoy, por propia cuenta, aisladamente, llevar a los hechos de la vida práctica su propio programa. El acuerdo es indispensable si se quiere una solución en el plazo de urgencia que nos deja la amenaza del fascismo. Si tuviésemos el porvenir de nuestra parte, años y años de relativo equilibrio para la propaganda y la organización, no hablaríamos así. Pero de la noche a la mañana podemos encontrarnos frente a un golpe de mano de la reacción, que no se duerme, y entonces de poco valdrá que la «democracia» tenga una mayoría de diputados en el Parlamento; entonces sólo quedará el proletariado, su voz y su acción insurreccional.

Después de las experiencias hechas en Italia, en Alemania, en Austria, y en vista de las condiciones que se manifiestan en España, ¿se cree que una dictadura fascista se ha de contentar con la lucha de exterminio solamente contra los anarquistas, o más bien es de esperar que procurará hacer tabla rasa con todas las corrientes sociales socialistas, sin distinción? No creemos que haya dos opiniones en este punto. Como no habrá dos opiniones tampoco sobre esta otra perspectiva, ya señalada: ninguna de las fuerzas sociales de progreso puede, por cuenta propia, llevar a la práctica su programa de reivindicaciones y de realizaciones.

Queda, quiérase o no, el examen de una posibilidad de acción conjunta, de coordinación, de mancomunidad de fuerzas para salvarnos del naufragio de un mundo y de un sistema económico y político que ha fracasado y no sabe rejuvenecerse más que mediante la barbarización que supone el fascismo.

¿Existen bases de posible acuerdo? Creemos que sí.

Primera base de acuerdo: Los obreros y los campesinos, los que lo son —no los que lo han sido y han dejado de serlo—, si en parte aún tienen alguna fe en la eficacia de sus diputados y ministros, no quieren ni aspiran ellos mismos a ser diputados o ministros. Comprenden con sana intuición que su puesto está en los lugares de trabajo y que es desde allí desde donde deben pesar sobre los destinos sociales. En cambio, todos, blancos y negros, cenetistas y ugetistas, para

referirnos a un país determinado, consideran que son despojados del fruto de su sudor, y que no habrá ningún régimen de justicia mientras ese despojo subsista. La primera base de acuerdo podría lograrse en la defensa del derecho al producto integral del trabajo, del que hoy saca su tajada el capitalismo y su parte del león el Estado. Ahora bien, un sistema de convivencia social que dé a los productores el fruto de su esfuerzo no puede conciliarse con el salariado, que es una forma de esclavitud y de dependencia. ¿No podemos encontrar en la *abolición del salariado* un primer punto de convergencia en el campo de las fuerzas socialistas?

Segunda base de acuerdo: Al suprimir el salariado se suprime el capitalismo, una forma económica que entraña una parte de la sociedad que produce y otra que vive del esfuerzo ajeno. ¿Es mucho pedir cuando pedimos a los trabajadores que se llaman socialistas la liquidación del capitalismo y la instauración de una economía social sin propiedad privada, en la que las tierras, las fábricas, los medios de transporte, las minas, los servicios de sanidad, las escuelas serán socializados, es decir, pasarán a ser propiedad de todos y funciones de utilidad pública? También sobre la supresión del capitalismo y la socialización de la riqueza social es posible el acuerdo de todos los sectores socialistas.

Tercera base de acuerdo: No es ningún mérito concertarnos en lo que proclamamos como doctrina común; lo importante es encontrar una fórmula para hacer posible la coincidencia de acción aun allí donde no pensamos lo mismo. Si la fe en el Estado fuese cuestión de razonamiento y no de creencia, como lo es la fe en la providencia divina, acumularíamos todos los razonamientos imaginables para demostrar que el socialismo y el Estado son términos antagónicos y que un socialismo estatista es forzosamente una negación del socialismo. Pero más que en esos razonamientos confiamos en la vida real y por eso no vacilaríamos en recomendar la acción conjunta revolucionaria entre el socialismo que afirma el Estado y el socialismo que lo niega. ¿A base de una concesión? De ninguna manera. Si por nuestra parte hemos de sucumbir ante el autoritarismo, arriar la bandera ante un nuevo Estado, que será necesariamente dictatorial, enemigo de la libertad, intolerante y aplastador de toda iniciativa individual y de toda dignidad humana, nos importa poco que esa anulación sea hecha en nombre del fascismo o en nombre del socialismo. En un caso y en otro habríamos de defendernos y defender nuestra posición con todas las armas.

Se puede, sin embargo, encontrar en la *libre experimentación social* una tercera base de coincidencia. Eso importa, por parte de todos, la renuncia al totalitarismo, a la fórmula

única, a la hegemonía de una tendencia sobre la otra. Es de esa libre experimentación de la que puede surgir un socialismo práctico, único en su espíritu, aunque sea múltiple en sus expresiones. Ya hemos dicho algo en otras oportunidades sobre la libre experimentación social, la tolerancia de las diversas interpretaciones socialistas y su actuación autónoma, mediante el respeto y hasta con el apoyo y la solidaridad del conjunto. A nosotros no nos puede hacer daño una localidad que ensaya una interpretación propia del socialismo, siempre que esa localidad no sea agresiva ante las que se inspiran de diverso modo y no quiera imponer a las demás, a sangre y fuego, sus propias experiencias o concepciones.

Indudablemente, como el espíritu autoritario no ha desaparecido de la ideología socialista, y a veces hasta lo encontramos en los propios ambientes que han hecho de la libertad su bandera suprema, será difícil hacerse a la idea de la tolerancia, renunciar al absolutismo, a la experiencia totalitaria. Rusia nos da un magnífico ejemplo. Sin embargo, no descubrimos otro camino inmediato, so pena que enarbolemos la simpleza de pretender que los socialistas autoritarios se sumen de repente a nuestras filas, o bien lo contrario, que nosotros vayamos a aumentar las filas del socialismo autoritario. Entender la unidad, el frente único de esa manera, es tanto como rehusarse categóricamente a toda tentativa de acuerdo y de mancomunidad de fuerzas. Nosotros no dejaremos de ser anarquistas, y los socialistas autoritarios no deben tampoco dejar de serlo, hasta que la experiencia nos demuestre a nosotros o a ellos cuál es la mejor solución y la más factible y humana.

Para los que sueñan con decretar desde una sede central cualquiera la felicidad universal, ha de serles seguramente costoso el sacrificio de su ambición totalitaria en favor de la libre experimentación, del derecho de cada tendencia a organizarse y a vivir conforme quiera, lo que no impide todos los acuerdos de intercambio, de ayuda mutua, de relaciones en el orden económico y cultural. Sin embargo, tenemos por delante esa perspectiva, y la otra: la del triunfo del fascismo y la pérdida de todas las posibilidades progresivas por un período histórico de cuya duración nada podríamos hoy adelantar.

En resumen: a) Supresión del salariado; b) Abolición del sistema capitalista; c) Libre experimentación social.

Tales nos parecen las bases fundamentales sobre las cuales es posible de inmediato la salvación.

Un peligro para el socialismo anarquista

Aparte del peligro común que significa el encumbramiento en el poder de las hordas del fascismo, hay en la negativa a la libre experimentación social un peligro mortal para el socialismo anarquista. Supongamos que mañana, ante un golpe de Estado de la reacción, el proletariado responde, como ha de responder, sin duda, con la huelga general y la insurrección, y así como en enero de 1933 el movimiento quedó circunscrito a Cataluña sobre todo, en diciembre del mismo año a Aragón y Rioja, en octubre de 1934 a Asturias, esta vez, generalizado, derriba al fin el aparato de dominación de la burguesía y los trabajadores quedan dueños de la situación. ¿Qué hacer entonces? Frente al totalitarismo del socialismo autoritario, los anarquistas responderán con la resistencia armada y se entablará la guerra civil. En algunas regiones podríamos conservar la hegemonía y, queramos o no, habremos de replicar entonces al absolutismo ajeno con el propio absolutismo, y entonces dejaríamos de ser anarquistas. Esa evolución sería incontenible; en cambio, si desde ahora se conviene por ambas partes en un mutuo respeto, en arreglos pacíficos y en la tolerancia de las diversas expresiones socialistas, sin que ninguna se sienta agresiva ante los demás, nos ahorraríamos una guerra civil que pondría en peligro la revolución y el socialismo.

De los males, el menor. Y el menor es el acuerdo sobre la libre experimentación social postrevolucionaria.

4.m) Mirando al porvenir: libre experimentación social. Mancomunidad proletaria y revolucionaria. La liberación del estatismo *

El anarquismo español fija posiciones colectivas

Creíamos significar una voz aislada, sostener una posición propia, estar solos en la exposición de ciertos puntos de vista que nos parecían fundamentales en esta hora trágica del mundo. Sin embargo, hemos de constatar que aquellas opiniones, orientaciones, directivas que sosteníamos individualmente, por un imperativo de conciencia, eran opiniones, orientaciones, directivas de la inmensa mayoría de los anar-

* *Tiempos Nuevos*, III, núm. 3, 1-III-1936, págs. 114-116.

quistas españoles y no podemos menos de exteriorizar nuestra íntima satisfacción y de congratularnos por la coincidencia. Hay un aspecto de nuestra prédica que aún no se refleja en la opinión colectiva: la cuestión del Estado y la conformación de la táctica revolucionaria y de la dirección de la propaganda a la lucha contra él. Confiamos que también en ese terreno se abrirá paso una concepción más acertada y que no ha de tardar mucho tiempo sin que se ponga el dedo en la llaga.

En el mes de enero se celebraron diversos plenos y conferencias sindicales y de grupos anarquistas que han fijado posiciones sólidas de propaganda y de acción. Vale la pena transcribir los acuerdos principales, pues tienen una trascendencia histórica que todavía no todos alcanzan a comprender. Sin embargo, tanto en el orden interno, nacional o ibérico, como en el orden internacional, esos acuerdos a que aludimos tendrán una repercusión duradera.

En los días 19 y 20 de enero se celebró un pleno de grupos anarquistas de Cataluña en donde se tomó una resolución constatando que «todas las experiencias democráticas fracasaron y que sólo la intervención directa de los trabajadores en los problemas que el régimen capitalista les plantea tiene valor de ofensiva y de defensiva contra la reacción».

Se sostiene allí, también, que «la revolución ha de poner al proletariado en posesión de la riqueza social y natural, respetando el derecho del libre ensayo de las concepciones sociales que inspiran a las diversas corrientes existentes en el mundo del trabajo...»

A fines del mismo mes se celebró, en Barcelona, una conferencia regional de sindicatos de la C. N. T., en donde se aprobó una ponencia referente a un pacto revolucionario con la U. G. T. sobre las siguientes bases fundamentales:

«1.º Reconocimiento por la U. G. T. de que solamente por la acción revolucionaria es posible la emancipación de los trabajadores. Sobreentendiéndose que al aceptar este pacto tiene que romper toda colaboración política y parlamentaria con el régimen burgués.

2.º Para que sea efectiva la revolución social hay que destruir completamente el régimen actual que regula la vida económica y política de España.

3.º El nuevo régimen de convivencia nacido del triunfo de la revolución será regulado por la voluntad expresa de los trabajadores reunidos públicamente en completa y absoluta libertad de expresión por parte de todos.

4.º Para la defensa del nuevo régimen social es imprescindible la unidad de todos los esfuerzos, prescindiendo del interés particular de cada tendencia.»

El 31 de enero y el 1 de febrero se celebró, en Madrid, un pleno de Federaciones regionales de la Federación Anarquista Ibérica en el que, respecto del peligro del fascismo y de la unidad de acción de los trabajadores, fue aprobada una ponencia en donde se dice que el acuerdo de los productores es posible en estas condiciones:

«1.º Exclusión de los lugares de trabajo de los elementos afiliados a organismos fascistas mediante la acción mancomunada de las centrales sindicales anticapitalistas.

2.º Empleo del método insurreccional para la conquista de la riqueza social usurpada por minorías privilegiadas y su administración por los trabajadores mismos.

3.º Implantación de un régimen de vida, de trabajo y de consumo que responda a las necesidades comunes de la población y no consienta, bajo ninguna forma, la explotación y la dominación del hombre por el hombre.

4.º La defensa de ese nuevo régimen no se encomendará a ejércitos profesionales ni a cuerpos policíacos, sino que ha de estar en manos de todos los trabajadores, sin que éstos pierdan el contacto con sus lugares de trabajo.

5.º El respeto y la tolerancia de las diversas concepciones proletarias y revolucionarias y sus garantías de libre ensayo.

6.º La lucha contra el fascismo, fenómeno internacional, debe llevarse a cabo internacionalmente por los organismos obreros y revolucionarios, con exclusión de toda idea y de todo sentimiento nacionalistas.»

En esos acuerdos, que queremos registrar como una adquisición definitiva de la mentalidad libertaria, se afirma el libre ensayo, la libre experimentación social de las concepciones socialistas proletarias y revolucionarias, y además se sostiene que la revolución social no es cosa de partido o de organización, sino de las grandes masas productoras, que han de buscar la coincidencia de acción si no quieren sucumbir, como han sucumbido en tanto que corriente, que tendencia, que fuerza revolucionaria, en los países donde se entronizó el fascismo.

En la posición colectiva sobre esos dos puntos tan trascendentales y que se complementan se puede andamiar nuevamente el optimismo y la fe en el porvenir.

Libre experimentación social

Nos hemos referido en otras ocasiones a la esencia de la libre experimentación social y a su contenido, como oposición al totalitarismo liberticida en que han caído los movi-

mientos socialistas de Europa y de América, cuyas consecuencias no han podido ser más fatales para el avance progresivo de la humanidad. Implica la tolerancia de otros ensayos de convivencia económica y social junto al propio, y no sólo la tolerancia, sino el mutuo acuerdo para las relaciones, el intercambio, la ayuda mutua. La afirmación de la experiencia única, del monopolio de la revolución por un partido o por una organización choca con el sentimiento de la libertad y, sobre todo, hace que las fuerzas obreras se resten unas de otras en lugar de sumarse para la conquista de las aspiraciones comunes, y para la defensa inmediata ante los comunes peligros.

Lo que importa ahora es llevar al seno de las otras corrientes sociales lo que el anarquismo español acaba de afirmar en sus recientes comicios. Porque de poco serviría que esa tolerancia, ese respeto, esa libertad de ensayar las propias concepciones fuesen propios de un solo sector, si por los demás se insiste en el totalitarismo, en la monopolización del futuro orden de cosas, con exclusión de toda variante, de toda secesión.

La experiencia rusa nos advierte que no puede haber una revolución social fecunda, justiciera, donde se excluye la libre iniciativa, la libre experimentación. Con las inmensas posibilidades de Rusia, al transcurrir de los años se llega, no al socialismo, sino al restablecimiento del capitalismo en su forma de capitalismo de Estado, al acuerdo con los países burgueses para fines guerreros, a la recomendación de la democracia burguesa como dique contra el fascismo. No es una revolución que suprime a sangre y fuego todas las tendencias no sumisas ante la hegemonía de un partido, la que puede servirnos de modelo, pues ni nos place la idea de ser exterminados y subyugados ni nos alegra la perspectiva de ser nosotros los exterminadores y los subyugadores.

Por la gran causa que defendemos, por el porvenir en que ciframos tantas esperanzas, no debemos echar conscientemente las bases de una guerra civil entre obreros de diversas tendencias, sino que, cualesquiera que sean los resultados, nuestro deber está en propiciar el acuerdo de los productores privados del producto de su trabajo, sobre la base de la libre experimentación, de la libre elección de la convivencia local que prefieren, del régimen de vida que consideran mejor, pues esa experimentación dirá, con sus consecuencias inmediatas, cuál es la línea más acertada y más conveniente.

El acuerdo de los productores

El reconocimiento de la libre experimentación implica el reconocimiento del derecho a la existencia y a la práctica de sus concepciones en otras tendencias proletarias y revolucionarias. Y si es así, si se conviene en el respeto mutuo y en la coexistencia de las diversas fuerzas sociales socialistas, en la postrevolución, no es buen procedimiento el de la querrela agresiva antes de la revolución, sino el de la mayor armonía posible, incluso la mancomunidad circunstancial para fines de defensa o de ofensa inmediatos, como en caso de huelgas, de ataques del fascismo, de represiones estatales.

La guerra ininterrumpida entre las diversas fracciones del socialismo, desde antes incluso de la separación orgánica, sancionada oficialmente en los congresos internacionales de 1893 en Zurich y de 1896 en Londres, ha abierto abismos entre los productores de que los anarquistas no han sido nunca culpables. El exclusivismo de los aspirantes a ministros del régimen capitalista ha cerrado las puertas a toda cooperación amistosa entre los proletarios de las diversas tendencias. El tiempo ha venido a forzar al socialismo político, al menos parcialmente, a una rectificación táctica. La primera expresión vigorosa de esa rectificación fue la rebelión de los socialistas austriacos, que, aunque ya demasiado tarde, advirtieron que la táctica insurreccional combatida ferozmente durante medio siglo, era la única que correspondía a los intereses y a las aspiraciones de los trabajadores. La bancarrota de la socialdemocracia en Italia, en Alemania y en todas partes donde no quiso defenderse más que en las batallas electorales, ha abierto los ojos, sobre todo, a las juventudes socialistas. El movimiento insurreccional de octubre de 1934 en Asturias ha demostrado que los obreros socialistas no son reacios a la contienda insurreccional. Esos hechos no podían pasar inadvertidos por nosotros. Se trata ahora de saber si el socialismo español quiere seguir la línea de octubre, en cuyo caso la revolución social no podrá ser contenida en España, puesto que el acuerdo de los productores sería así posible, o si ha de dar máquina atrás y persistir en la colaboración política, parlamentaria y ministerial.

Si octubre de 1934 no ha de servir para otra cosa que como bandera demagógica; si los interesados en oponerse, en nombre del socialismo, a la conquista por los productores de la riqueza social, hacen valer su criterio, nos queda

aún la consulta directa a los obreros auténticos, socialistas, comunistas, sin partido, para exhortarles a estrechar los lazos de la solidaridad y del acuerdo mutuo y a no consentir el suicidio a que se encaminan con el abandono de la táctica insurreccional.

Nos importa hacer constar que no podemos pasar los anarquistas, a los ojos de los obreros y campesinos engañados por demagogos poco respetuosos de la verdad, por enemigos de la acción conjunta de los trabajadores, siendo en verdad los únicos que la hemos propiciado siempre, y no con fines inconfesables o inconfesados.

La liberación del estatismo

Aun falta algo para que nuestro esfuerzo sea más eficaz en lo sucesivo y para que las fuerzas de la revolución se vean acrecentadas por sectores económicos y sociales que se imaginan quién sabe qué peligros y quién sabe qué horrores por el triunfo revolucionario. Es una cuestión, por un lado, de propaganda, de persuasión, y por otro de una mejor adaptación táctica a la lucha.

Nos referimos al aparato estatal, que no sólo aplasta a los productores, sino que absorbe y pretende, cada vez más, someter a su control absolutista y monopolista toda la vida social en lo económico, en lo político, en lo moral, en lo intelectual. La fórmula mussoliniana: «Todo por el Estado, todo para el Estado, nada contra o al margen del Estado», no sólo amenaza a los productores, sino a la humanidad entera, a todos los hombres que se interesan por afianzar su personalidad y por desarrollarla y que se resisten contra esa caída vertical en la castradora esclavitud, más funesta que las viejas formas de esclavitud, porque ésta es más acabada y no deja a la individualidad humana manera alguna de manifestarse.

En alguna ocasión lo hemos dicho a base de cifras y hemos constatado que nuestro antiestatismo teórico no tiene una táctica correspondiente en los hechos cotidianos. No es que lamentemos los esfuerzos que se han hecho y que se hacen para restringir las usurpaciones del capitalismo; pero es preciso convenir que esos esfuerzos no están en relación con la obra antiestatista práctica ni con la magnitud del enemigo. Si, por ejemplo, la expoliación del capitalismo equivale en líneas generales a un 10 por 100 de la renta nacional de un pueblo, la expoliación por el Estado significa un 40 a un 50 por 100 de esa misma renta nacional. Y si es justa la resistencia contra el capital que reclama dere-

chos que no le pertenecen, ¿qué hacemos para oponernos a las reclamaciones cuatro o cinco veces mayores del aparato estatal moderno?

Hemos señalado en ese aspecto algunas contradicciones y creemos que nadie, como los anarquistas, puede iniciar una vasta acción de defensa y de ofensa contra las exacciones del estatismo, de que no somos las únicas víctimas. Esa campaña, llevada a cabo con la documentación y la argumentación necesarias, haría comprender a núcleos importantes de la población, hoy vacilantes y más bien inclinados a los llamados «partidos del orden» y a las soluciones de Estado, que no tienen nada que temer de la revolución, que también para ellos la revolución social es una salvación y un inmenso beneficio material y moral.

Reflexiónese un poco sobre los presupuestos del Estado español:

Años	Recaudación en millones de pesetas	Pagos
1900	966	875
1910	1.126	1.128
1915	1.295	1.616
1921-1922	2.331	3.434
1932	3.886	4.290
1933	3.951	4.422
1934	3.882	4.477
1935	4.455	4.555

El peso del Estado es insoportable; y sigue aumentando aunque simultáneamente aumenta la desocupación, disminuye el comercio internacional, decrece el consumo interno, se hunden en la depauperación millones y millones de seres humanos.

Frente a esa explotación creciente por el Estado, frente a esas sumas astronómicas que se extraen del trabajo productivo, la explotación por el capitalismo apenas representa algo, y en cambio, si nos defendemos contra el capitalismo, arrancándole mayores salarios, mejores condiciones de trabajo, etc., contra el Estado no emprendemos una acción correlativa.

Si un día llegase al orden colectivo ese reconocimiento y el empleo de una táctica de lucha más adecuada al peligro que el Estado representa y al robo permanente que encarna, daríamos por bien empleados todos los esfuerzos y consideraríamos ganada una gran batalla.

4.n) El Estado y sus cargas *

Antiestatismo teórico y conformismo práctico

Habremos de continuar insistiendo sobre la crítica al estatismo y sobre la ausencia de una táctica y de una acción práctica eficaz para restringir sus expropiaciones, obstruir su crecimiento, debilitar su despotismo. Ya hemos recogido en un librito, *Las cargas tributarias*, una cantidad de datos, de estadísticas, de constataciones que no pueden dejar dudas sobre la tendencia universal de los Estados a crecer sin cesar, a absorber cada día más el jugo vital de los pueblos, hasta el punto que la vida de los Estados pone en peligro la vida de los pueblos, que los alimentan y los sostienen, con dinero, con soldados, con obreros y funcionarios. Sin embargo, por nuestra posición irreductiblemente antiestatista, habríamos de significarnos los anarquistas por una táctica adecuada de lucha contra ese cáncer mortífero, pero en la realidad hacemos aproximadamente como todo el mundo: pagamos los impuestos, directos o indirectos, servimos en el ejército o la marina, damos nuestra contribución de obreros o de empleados en trabajos antisociales necesarios para el Estado, como son las fábricas de armas y municiones, la construcción de cuarteles, cárceles, edificios públicos, proveemos de víveres a los cuerpos policíacos y represivos. En una palabra, prácticamente, no se nos puede distinguir, como corriente antiestatista, de los que soportan el Estado por rutina o de los que le ayudan con interés personal de miedo o por convicción interna.

Ahora bien, si el antiestatismo no ha de manifestarse más que en posiciones teóricas, en acuerdos formales, su valor es muy relativo y es difícil que seamos capaces, por virtud de una revolución popular triunfante, de romper para siempre ese aparato centralista de mando, si no nos hemos ejercitado antes en la iniciativa libre al margen o aun en contra del Estado, en la lucha cotidiana para privarle, desde ahora mismo, del máximo posible de los recursos con que ha de contar para desenvolverse y crecer.

Ahí está el espectáculo de todas las horas y de todos los minutos: un pueblo entero ha de sufrir privaciones, vegetar literalmente en el hambre para sostener el aparato creciente del Estado, inútil en más del 80 por 100 de sus funciones,

antisocial en la mayor parte de sus obras. Daremos algunas cifras, para quienes tengan la paciencia de examinarlas, y a quienes la cuestión les parezca de interés y quieran tener una idea de las fuerzas estatales contemporáneas y de las sumas astronómicas que intervienen en ese cuadro, pueden consultar el ensayo mencionado. No es posible que, a la altura en que estamos, nuestro antiestatismo siga siendo únicamente una posición doctrinaria, confiando toda labor práctica a la postrevolución. La postrevolución puede darnos también la sorpresa del Estado bajo otras formas y tras otros nombres.

Aumento de los gastos fiscales en España

Al comenzar el siglo, en 1900, España tenía un presupuesto nacional que no alcanzaba a mil millones de pesetas. Actualmente llega a cinco mil millones. Casi se ha sextuplicado. En ese lapso de tiempo la partida de los presupuestos destinada a burocracia pasó de 164 a 1.350 millones, sin contar jubilaciones y pensiones a ese personal, que pasaron de 70 millones a 315.

En 1900 cada español pagaba al Estado 47 pesetas por año; en 1934 pagaba ya 208; es decir, cinco veces más. El ex ministro de Hacienda, Chapaprieta, en un discurso en la Unión Mercantil de Madrid, analizando los vicios del presupuesto, decía que «si relacionamos la cifra a que alcanzan los gastos con el total de la producción del suelo español, se descubre que al pueblo español se le exige justamente la mitad de esa producción».

Y no son solamente los gastos del Estado nacional los que han de tenerse en cuenta; existen los de las Diputaciones provinciales (la de Madrid requiere veinte millones de pesetas por año) y los de los municipios, que insumen aproximadamente mil millones de pesetas.

La liquidación de los presupuestos municipales de las provincias de régimen común da para el año 1932 la cantidad de 789 millones de pesetas.

El presupuesto municipal de Barcelona, aprobado en el pleno consistorial del 19 de noviembre de 1935, da este resultado: Gastos del presupuesto de Interior: 132.048.090 pesetas. Gastos del presupuesto de Ensanche: 26.048.090 pesetas. Total: 158.216.156 pesetas.

Recordemos, para comparar, las siguientes cifras: en 1914 el presupuesto de Interior y Ensanche de Barcelona sumaba 39 millones de pesetas. En 1923 llega ya a 92 millones; en

* *Tiempos Nuevos*, III, núm. 4, 1-IV-1936, págs. 161-165.

1927 a 126 millones; en 1928 a 132 millones; en 1929 a 148 millones.

La deuda municipal de Barcelona era en 1900 de 69 millones de pesetas; en 1935 había alcanzado a 863 millones, correspondiendo en 1900 unas 133 pesetas por habitante, para llegar en 1935 a 843 pesetas.

En el presupuesto municipal para 1936 figuran: 4.504.006 pesetas para vigilancia y seguridad; 6.362.287 pesetas para policía urbana y rural; 11.376.382 pesetas para personal y material de oficinas; 5.350.805 pesetas para recaudación, etcétera.

Cualquier municipio de España que se examine nos hará ver los aumentos de las cargas tributarias. Por ejemplo, Torrelavega, provincia de Santander, con un total de 17.000 habitantes, gastaba en 1930 la cantidad de 698.433 pesetas; en 1931 pasaba a 706.595; en 1932 a 774.125; en 1933 a 860.277; en 1934 a 894.665. En un quinquenio los gastos de ese Ayuntamiento aumentaron en casi doscientas mil pesetas.

El mismo o parecido resultado obtendríamos de cualquier otro ayuntamiento español, grande o pequeño.

Y lo mismo diríamos de las Diputaciones provinciales. Por ninguna parte se advertirá un estancamiento de los gastos; de año en año se comprobarán mayores exigencias.

Los déficits del presupuesto nacional han tenido estos años las siguientes proporciones: 1931, 198 millones; 1932, 405 millones; 1933, 481 millones; 1934, 592 millones (cálculo provisional). Para enjugarlos, para nivelar los pagos con los ingresos, queda un recurso muy cómodo: el de la emisión de capital, con toda suerte de incentivos, exención de impuestos, alto interés, etc.

El Estado español ha emitido así: 1929, 2.497.491.625 pesetas; 1930, 908.038.625; 1931, 797.984.400; 1932, 1.024.779.870; 1933, 997.054.900; 1934, 1.159.083.089.

Eso va en aumento de la deuda pública, cuyo solo servicio insume cantidades fabulosas. Si la deuda española era en 1913 de 9.300 millones de pesetas, en 1933 alcanzaba a 19.000 y actualmente pasa de 22.000 millones. El servicio de intereses y amortizaciones exige, por sí solo, mil millones de pesetas anuales.

Es interesante seguir la evolución de un impuesto cualquiera, el del timbre, invención, según parece, típicamente española, pero copiada en seguida en todos los países. En tiempos de Felipe V se recaudaron por ese concepto dos millones escasos de pesetas. En tiempos de Fernando VII se aproximaron esas recaudaciones a cinco millones. La refor-

ma de Bravo Murillo la hizo ascender a veinte millones. En 1920 se recaudaban por ese concepto más de sesenta millones. En 1934, según la liquidación provisional, asciende a 376 millones. Y en el presupuesto proyectado para 1936 se calculaba su aporte en 437 millones.

Aproximadamente ocurre lo mismo en los demás impuestos y tributos de que se nutren las cajas sin fondo del tesoro estatal.

Las simas de los gastos públicos

Las grandes partidas que absorben en los presupuestos de todos los Estados el 80 ó 90 por 100 de los ingresos fiscales son:

1) La deuda pública. En Inglaterra, después de la guerra, hemos visto que el servicio de la deuda equivalía en total al presupuesto ordinario de gastos.

2) La burocracia. En España se gastan para ella más de 1.300 millones de pesetas. Y hay empleados que figuran con cinco o seis mil pesetas anuales y perciben por sobresueldos y gratificaciones hasta sesenta mil.

3) El militarismo. Alemania ocupa hoy más de cien mil obreros en las fábricas de armas y municiones, astilleros, fábricas de aviones militares y de motores.

4) Los cuerpos policíacos.

En esos cuatro renglones es absorbido el presupuesto nacional, quedando apenas algunas migajas para obras sociales y culturales, de utilidad indudable, aun cuando mermadas en su eficiencia por la gestión estatal.

La deuda pública se debe, casi siempre, a presupuestos extraordinarios o empréstitos para fines militares, de guerras pasadas o de guerras en preparación, y en realidad se habría de adscribir a los gastos del militarismo.

Gastos del militarismo

Si las guerras continúan, han escrito H. C. Engelbrecht y F. C. Hanighen, la consecuencia fatal será vivir en un mundo dominado política y económicamente por la industria de los armamentos. Al contemplar el panorama mundial, al examinar los gastos de los Estados modernos, se recibe la impresión de que el mundo existe sola y exclusivamente para dar soldados a los ejércitos y marinos a las flotas y para preparar nuevas guerras. Las dos grandes preocupaciones de los hombres de Estado son, por un lado, el aseguramiento del orden público, es decir, el aplastamiento de toda volun-

tad de protesta y de resistencia al trágico destino que se anuncia, y por otro, la preparación, adiestramiento y equipo de ejércitos y armadas. A esos propósitos se sacrifica todo, incluso la economía del país, sin la cual todo amenaza ruina.

Tomemos un país cualquiera y veamos la evolución de los gastos militares en él. Por ejemplo, Inglaterra: 1863-64, 25.796.000 libras; 1879-80, 25.662.094; 1889-90, 31.021.300; 1890-1900, 47.212.000; 1912-13, 71.945.000; 1913-14, 73 millones; 1935, 115 millones.

Pero desde 1935 a la fecha la situación está muy lejos de haberse estabilizado. Con el banderín del peligro alemán, de la guerra italo-etíope, de la intervención del Japón en China, etcétera, se han votado aumentos considerables para los armamentos militares, navales y aéreos. El importe total del plan de rearme elaborado por el subcomité ministerial de la defensa nacional, estudiado por el Consejo de ministros en febrero del año corriente, se eleva a 250 millones de libras esterlinas. Se establecen nuevas fábricas militares, se modernizan los efectivos del ejército, se construyen nuevos barcos de guerra, acorazados y submarinos; se quiere poner la aviación en uno de los primeros puestos.

No se puede calcular la cantidad de energía que concentra Gran Bretaña en finalidades guerreras. Pero los millones que gasta pueden dar una idea aproximada. Con los obreros, los técnicos, los sabios, los soldados, marinos y aviadores que Gran Bretaña tiene al servicio de la guerra, ¿qué no sería capaz de hacer en la dirección de la paz, del trabajo productivo, de la creación de riqueza social?

Pero no vaya a imaginarse que ese espectáculo se refiere sólo a Inglaterra.

Tenemos el caso de Estados Unidos. Sus presupuestos de Guerra y Marina han seguido esta curva ascendente: 1791-1800, 2.614.000 dólares; 1851-60, 27.780.000; 1871-75, 63.514.000; 1880, 51.654.000; 1890, 66.589.000; 1900, 190.728.000; 1910, 312.997.000; 1914, 348.032.000; 1923, 678.256.000; 1927, 684.608.000; 1929, 792.037.000; 1931, 838.547.144. Para equipar los cinco primeros millones de hombres del ejército norteamericano que intervino en la guerra de 1914-18, se gastaron entre 12.000 y 13.000 millones de dólares, equivalentes a la mitad de los presupuestos sancionados por el Congreso norteamericano desde la declaración de independencia hasta 1914.

El presupuesto federal para 1936-37, es decir, de junio de 1936 a fines de mayo de 1937, se eleva a 7.000 millones. En él pasan de mil millones los gastos del ejército, la marina y la aviación.

Desde 1914 a 1935, el presupuesto general del Japón aumentó un 186 por 100, mientras la renta nacional no ha crecido más que un 80 por 100. Se debe ese crecimiento a los gastos militares, que en 1914 significaban un 33 por 100 del presupuesto total y hoy alcanzan a un 49 por 100. En 1935 el presupuesto de Marina era de 551 millones de yens, el del ejército de 508 millones.

Pasamos por alto los gastos de Italia y Alemania, esencialmente militares, el coste de la guerra italo-etíope, de la acción del Japón en China, etc.

Un solo torpedo cuesta 30.000 pesetas. Con las municiones que se gastan en un encuentro guerrero de dos ejércitos, en un solo día, habría bastado para suprimir la miseria por un año de los desocupados de un país como España.

Y pensar que se pueden reducir los gastos militares mientras se mantengan los ejércitos y se prepare internacionalmente la guerra, es una ilusión. Cada innovación en el aparato bélico de un país arrastra innovaciones obligadas en los países rivales.

El cañón alemán de 77 milímetros alcanzaba 5.500 metros al comienzo de la guerra de 1914. En el curso de esa campaña, diversos perfeccionamientos le habían permitido alcanzar distancias de 10.700 metros. Supera actualmente los 14.000 metros.

Se comprende que una innovación que permite alcanzar un objetivo a 500 metros más de distancia significa una emulación inmediata en los países rivales para alcanzar, si no para superar esa cantidad, lo que implica a menudo una renovación total de todo el material bélico. Hay fabricaciones militares que envejecen y son superadas ya antes de salir de la fábrica o de los astilleros.

El cañón alemán de 10 centímetros, que data de 1904, se inicia con un alcance de 11.200 metros, y llega en 1929 a 17.500. Y esos progresos en el arte de la destrucción no se interrumpen y prosiguen febrilmente en todos los aspectos de la guerra, en artillería, en fusilería, en química, en bacteriología. No pasa un mes sin que se haga eco la prensa de algún nuevo invento sensacional para destruir más vidas y cosas con menos esfuerzo. De ahí que el instrumental de guerra haya de ser renovado incesantemente, y sólo mediante la renuncia efectiva a la guerra, ofensiva y defensiva, se podría esperar lógicamente una disminución de los gastos militares aplastantes. Renuncia que no se puede esperar del capitalismo ni del Estado, y que únicamente vendrá de la acción y de la presión de los pueblos.

Lo que habría de hacerse

Se constata un crecimiento de los presupuestos de los Estados modernos, totalmente desproporcionado en comparación con el crecimiento de la riqueza nacional.

Del 80 al 90 por 100 de esos presupuestos se gastan en finalidades improductivas, en funciones negativas, sin utilidad social, como la burocracia, los aparatos policiales y judiciales, el militarismo.

En los países en donde el militarismo ha tomado la supremacía, casi el 50 por 100 de los gastos enumerados en los presupuestos se destinan a la preparación de la guerra, sin contar la parte predominante que tienen esos gastos en la deuda pública, es decir, el rastro de las guerras pasadas y la preparación de las venideras.

Aun cuando los impuestos y tributos sean generalmente indirectos, en última instancia inciden sólo sobre los productores, obreros industriales y campesinos, que son una minoría social.

La defensa, pues, contra el despojo de que son víctimas los trabajadores por el Estado, cuatro o cinco veces más opresivo que aquel de que son víctimas por el capital privado, es una de las tareas de urgencia, por dos razones básicas:

1) Por lo que significa como expropiación y como confiscación de la mejor parte del producto del trabajo humano.

2) Por lo que significa como peligro para la paz, para el verdadero orden social, para la justicia, para la cultura.

Es preciso, desde ahora, dirigir todos los esfuerzos revolucionarios a privar al Estado de sus recursos financieros, sin los cuales no puede existir, porque no puede tener servidores dóciles a su despotismo más que en tanto que puede pagarles. La guerra al Estado ha de llevarse, no sólo como hasta aquí, en el terreno de la crítica, sino en el campo práctico de la vida económica, por ejemplo, sobre las bases siguientes:

- a) Negativa a pagar los impuestos directos.
- b) Huelga de contribuyentes.
- c) Apoyo a toda tentativa de resistencia contra la elevación de impuestos y tributos, de cualquier clase que sean, aunque se pretenda, como ingenuamente hacen creer los parlamentarios socialistas, que han de pagarlos los ricos solamente, pues los impuestos no los pagan en verdad más que los trabajadores que realizan en las fábricas o en la tierra o en los transportes labores socialmente útiles.

d) Resistencia activa y propaganda contra la votación de créditos militares y policiales.

Más de un 50 por 100 de la renta nacional es consumido en España por el Estado y los municipios. Todos los ministros de Hacienda han constatado que la capacidad tributaria del contribuyente español ha sido agotada; sin embargo, todos descubren la posibilidad de aumentar los tributos y decretan nuevas cargas. Con el dinero que el pueblo paga en silencio, el Estado aumenta sus policías de toda clase. Es decir, remacha las cadenas de la esclavitud popular. Un Estado que encarece en un Estado que se vuelve absolutista en proporción a ese encarecimiento. Cuanto más caro, el Estado es más malo, porque se inmiscuye más en la vida privada, porque extiende cada vez más sus dominios.

Hemos repetido muchas veces que los trabajadores y los campesinos tienen todo el derecho a protestar y a defenderse contra el capital parasitario que les roba una parte del fruto de su trabajo; pero esa parte apenas llega en general a un 10 por 100 del producto total; en cambio, si el Estado lleva un 50 por 100, y lo emplea, no en disfrutes y derechos inofensivos, sino en fortificar su posición contra los embates de la justicia social, es también lógico que se le oponga alguna defensa y alguna resistencia. Y esa defensa y esa resistencia ha de comenzar por privarle de las exacciones legales, de los impuestos que decreta sin previa consulta a la opinión de quienes han de pagarlos.

Todo cuanto se haga en el sentido de la disminución de los impuestos va contra el aparato del Estado; todo servicio que se le rehúse, como soldados, o como obreros, es una obra meritoria y práctica contra el estatismo.

Es hora de darse cuenta de que el Estado existe porque somos aún, pese a las declaraciones doctrinarias en contra, esclavos voluntarios y le servimos: a) como contribuyentes; b) como soldados y marinos; c) como obreros.

Hay que rehuir todo servicio al Estado y fomentar toda resistencia posible a sus reclamaciones. Hay que ser, prácticamente, antiestatistas.

4.o) Comunalismo y comunismo *

En los tiempos lejanos en que el hombre no necesitaba grandes esfuerzos para alimentarse, vestirse y guarecerse contra la intemperie, porque encontraba casi al alcance de la mano frutas y caza y hallaba cavernas abundantes que le

* *Tiempos Nuevos*, III, núm. 6, 1-VI-1936.

servían de vivienda; cuando sus necesidades estaban en consonancia con la posibilidad de satisfacerlas y eran exiguas en todos los aspectos, el trabajo propiamente no era una base de convivencia social, ni un factor esencial de vida. Pero cuando se pobló el mundo de millones y millones de seres humanos, cuando se multiplicaron las necesidades por efecto del desarrollo cultural, cuando la naturaleza no ofrecía ya espontáneamente lo necesario para el sustento cotidiano, el trabajo se convirtió en fuente humana de vida. Si no habitamos ya las cavernas, ni nos cubrimos de pieles de animales sacrificados con hachas de piedra, si vivimos en las condiciones en que vivimos, deslumbrados por la propia obra de nuestras manos y de nuestro cerebro, hay que agradecerlo al trabajo. Y si combatimos la estructura económica y social capitalista es porque en ella el trabajo, basamento de todo cuanto existe para hacer posible la existencia del hombre, no recibe el premio a que tiene derecho. ¿Qué pedimos como reivindicación fundamental de justicia? La igualdad económica y social, a fin de que todos contribuyan con sus fuerzas a la producción y todos tengan igual derecho al consumo. Queremos una sociedad de productores, en la que no haya sobre ellos ningún poder, ninguna abstracción, religiosa o política, a la que sea preciso pagar, con nuevos nombres y nuevos ropajes, diezmos y tributos. Los trabajadores, habiéndose dado cuenta de que el ser todos hijos de Dios, o el ser todos ciudadanos iguales ante la ley no impide la desigualdad, la injusticia, la existencia de castas y clases parasitarias, quieren que el trabajo sea el fundamento de la nueva sociedad; quieren que todos, salvo los ancianos, los niños y los enfermos, den su aporte al proceso de la producción, como obreros, como empleados, como campesinos, como técnicos, según la capacidad y las posibilidades de cada uno.

No se ha descubierto otra fuente de riqueza que el trabajo; todo lo que nos maravilla, todo lo que constituye nuestra civilización, sale del esfuerzo humano, manual, intelectual y técnico. Nada se tiene por arte de magia, nada se produce por los milagros clásicos de la Biblia. Nada se hace por decretos del Estado o de municipio. Por consiguiente, la nueva sociedad propiciada por los trabajadores, defendida por revolucionarios, alentada por los anarquistas, no puede ser más que una revolución justiciera, una sociedad de productores y consumidores libres, en la que ningún ser apto eluda su contribución de esfuerzo al bienestar común.

La ponencia nombrada en el Congreso extraordinario de la C. N. T., en el que se tomaron acuerdos tan trascenden-

tales, para concretar nuestra visión del comunismo libertario, no parece haberlo entendido así, o al menos no supo expresarlo. Nos habla de todo, y en parte con exceso de detalles, menos de la organización del trabajo. Hay en el dictamen emitido exceso de declamaciones y un cúmulo de contradicciones y de oscuridades que no esperábamos. Debiendo haber significado la parte mejor y la más práctica del Congreso, ha resultado la concepción más pobre e insostenible. Se habla de la familia, de la delincuencia, de los celos, del desnudismo y de otras muchas cosas, pero apenas se descubren algunas palabras sobre el trabajo, sobre los lugares de trabajo, sobre la organización de la producción. Y sin embargo es indudable que sobre lo que tiene la Confederación Nacional del Trabajo autoridad indiscutible para hablar es sobre eso, sobre el trabajo, del cual ha de nacer el mundo nuevo, la nueva moral, la nueva cultura.

El comunismo libertario

Se pretendía dar una definición del comunismo libertario, y comenzó ya por ahí el error, porque el comunismo libertario se había definido del modo más perfecto desde mucho antes que hubiesen nacido casi todos los delegados al gran Congreso de la C. N. T. Millares de folletos y de libros y periódicos lo han expuesto desde hace más de medio siglo. Fue sostenido brillantemente por J. Dejacque y otros a mediados del siglo pasado. Un monje español, Alonso del Castillo, lo ha expuesto en un librito aparecido en Burgos en 1525; William Godwin lo definió en su obra sobre la justicia política en 1793, en ocasión de la revolución francesa. Y el comunismo libertario moderno ha tenido su origen en dos fuentes independientes: una la de los refugiados franceses en Suiza, hacia 1876, y otra la Internacional italiana, en el mismo año. La significación de un Reclus, de un Kropotkin, de un Malatesta, etc., dieron a esa corriente la supremacía de casi todos los países, habiendo sido España la que quedó más tiempo fiel al bakuninismo con sus interpretaciones colectivistas, que no excluían ni el comunismo ni el individualismo.

Se ha considerado el triunfo absoluto del comunismo como un progreso evidente, y no hace mucho un viejo camarada repetía esa manera de ver; pero al respecto podemos tener opiniones diversas, y sostener con toda razón las objeciones hechas por Max Nettlau y Rudolf Rocker a esa creencia, al menos en el sentido de duda sobre el pretendido progreso, más allá del cual no habría nada valedero.

El propio Malatesta, que pertenece a los expositores más claros y persuasivos del comunismo libertario, ha sostenido la posibilidad de prácticas múltiples, comunistas, colectivistas, individualistas, sin abandonar por eso sus preferencias por el comunismo.

En una palabra, no hay que ignorar que el comunismo libertario es una vieja doctrina que tiene su definición históricamente fijada, como la tiene el colectivismo, como la tiene el mutualismo, como la tiene el individualismo. Si nos apartásemos de ella, quitándole o poniéndole, ya no sería el comunismo libertario; sería una nueva doctrina, una nueva tesis, superior o inferior, no nos interesa la cuestión, pero no sería el comunismo libertario.

Lo que hacía falta, pues, no era una definición del comunismo libertario, que apenas merece unas líneas, por lo demás, en el dictamen de la ponencia a que nos referimos; lo que hacía falta era exponer las posibilidades que se ofrecen en el momento actual de España, con sus hombres, sus recursos, su naturaleza, tales como son y no como quisiéramos que fueran, para llevar a cabo una reordenación social y económica en el sentido de la finalidad proclamada por la Confederación.

Comunismo y comunalismo

A causa de la afinidad de los términos parece que se confunde a menudo el comunismo con el comunalismo, sin advertir que lo uno puede existir perfectamente sin el otro. Se puede ser comunalistas sin ser comunistas y aun siendo anticomunistas. Pero, es verdad, se puede ser comunistas y comunalistas simultáneamente. Sólo que el comunismo es un concepto económico y el comunalismo una concepción política.

La ponencia aludida parece subordinarlo todo a lo político, pues aunque en uno de sus pasajes nos habla de los fundamentos: *individuo, sindicato*, a las pocas líneas se olvida de lo que ha dicho y echa estas bases: *individuo, comuna, federación*. No hemos podido descifrar si sostiene la coexistencia de una organización económica y de una organización política. Nos inclinamos a creer que propicia sobre todo esta última, porque propone: «La creación de la comuna como entidad política y administrativa» y dice: «La administración será de manera absoluta de carácter comunal». Nuestros esfuerzos fallaron al ligar esas conclusiones con éstas: «Socializada la riqueza, las organizaciones

de los productores, devenidas libres, se encargarán de la administración directa de la producción y del consumo». ¿En qué quedamos? ¿Han de ser las organizaciones de los productores o han de ser las comunas quienes administrarán la riqueza social? Caben las dos posibilidades, pero el dictamen no nos dice nada concreto. ¿Se deberá el confusio-nismo al hecho de creer que comunalismo y comunismo son la misma cosa? El camarada Besnard sostiene que la producción debe estar en manos de los sindicatos, de las organizaciones de productores, y la administración en manos de las comunas. Nosotros disintimos de su punto de vista, pero no podemos negarle claridad en su exposición. En cambio, esa claridad falta en cada línea del dictamen sobre el comunismo libertario.

Nos ha chocado vivamente la opinión de esos camaradas de que ha de dotarse «a cada comuna, con el tiempo, de todos los elementos agrícolas e industriales precisos a su autonomía, de acuerdo con el principio biológico que afirma: que es más libre el hombre que menos necesita de los demás». ¿De dónde han sacado esos camaradas semejante principio biológico? Algo parecido es la interpretación burguesa de la lucha por la existencia de Darwin, a la que se han apegado excesivamente los redactores del dictamen, porque afirman también que «la revolución no puede cimentarse ni sobre el apoyo mutuo ni sobre la solidaridad».

Como se ve, habría tela suficiente para cortar si quisiéramos entretenernos en detalles. Pero creíamos superado en nuestros medios aquel individualismo del doctor Stokmann, que decía que el hombre más fuerte es el que está más solo. Nosotros opinamos lo contrario y sostenemos que nuestra libertad no halla un límite en la libertad de los demás, sino una confirmación y un apoyo, y pensamos con Proudhon que «el hombre más libre es aquel que tiene las mayores relaciones con sus semejantes». Y parafraseando esto diríamos que el núcleo de convivencia más feliz y más libre es aquel que tiene más relaciones con los otros núcleos de convivencia y de esfuerzo. Al revés justamente de lo que se afirma en el dictamen.

Esta tesis de la conveniencia de la autarquía económica de las comunas es indicio de desconocimiento lastimoso de las exigencias que corresponden al grado de cultura y de civilización a que hemos llegado. Al sostener que la comuna más libre es la que está más sola, la que se basta a sí misma, se entra en el terreno de la poesía y de la literatura, y en ese terreno puede decirse cuanto se quiera.

El lugar de residencia

La comuna era una comunidad cuando era una familia o estaba ligada por parentesco de sangre. Lo fue aún a través de los siglos cuando, por encima del parentesco de sangre, los intereses comunes primaron sobre los particulares, y las necesidades de la defensa impusieron la solidaridad frente a peligros externos. Pero vinieron las grandes ciudades, y el sentido de la comunidad se esfumó en ellas, descomponiéndolas en múltiples asociaciones. Hoy el lugar de residencia, a causa de los medios de comunicación, no implica necesariamente comunidad vecinal. Se vive aquí o allá por motivos diversos, por la calidad de las viviendas, por la proximidad de montañas o de ríos o de bosques, de fábricas o de escuelas. El centro obligado de convergencia del hombre es su lugar de trabajo. En algunos países una distancia de cincuenta o más kilómetros del lugar de trabajo o de estudio no es ninguna rareza. Y los que entendemos que habrían de descongestionarse las grandes ciudades, y pensamos que muchos de los que hoy se aglomeran en ellas, fijarán con gusto su residencia en poblaciones menores en un radio de muchos kilómetros alrededor de los focos de trabajo, con lo que ganarían en salud y podrían combinar su participación en la industria con tareas agrícolas si tal es su deseo, sin excluir las relaciones de vecindad posibles, no podemos tomar esas relaciones eventuales como base de la nueva estructuración económica y social. El hecho de habitar en una aldea cualquiera, con carácter estable o no, como trabajador de aquella localidad o como productor en una fábrica situada en la ciudad próxima, no obliga a aislarse ni a pretender que en aquella aldea se disponga de todo lo preciso para su independencia económica, ni obliga tampoco a tener con los demás vecinos otras relaciones que las de la mutua cortesía y el mutuo respeto. Se puede habitar en Moncada, en la falda de sus montañas, y trabajar en Barcelona, sin que por eso el afectado haya de eludir sus tareas y su control por el respectivo organismo de producción a que pertenece. Su calidad de obrero, empleado o técnico importa más para nuestra organización social y económica que su calidad de vecino.

El lugar de residencia lo era antes todo, era el mundo entero del hombre primitivo. Hoy, su significación es muy escasa. Cuando se vivía en los bosques vírgenes, el territorio de la dimensión de una gran ciudad era todo el mundo conocido; cuando se comenzó a emplear el postillón de

correos, la visión se ensanchó a los límites de una pequeña provincia. El ferrocarril primitivo aumentó el territorio que entraba en la comprensión de la generalidad de los hombres a todo un país; el perfeccionamiento mismo del ferrocarril (desde París a Strasburgo se iba en 1834 en cuarenta y siete horas; actualmente apenas se tarda siete horas) habría debido borrar las fronteras en continentes enteros. Y con la aviación el mundo es pequeño para las relaciones, el intercambio, la ciudadanía moral.

Una de las grandes causas de la tragedia moderna es querer contener el progreso técnico realizado en los estrechos límites de los nacionalismos. ¿Y es permitido que aún quieran ir nuestros camaradas más allá de ese retroceso y nos vuelvan a las concepciones territoriales de los habitantes de los bosques vírgenes? El comunismo tiene esas reminiscencias.

Aun cuando nos sea posible en los ensueños románticos suspirar por el anarquismo pastoral de Sylvain Marechal, la vida ha andado su trecho y hay que buscar la felicidad y la libertad, no en el encerramiento, no en la vuelta al localismo superado, sino en el aprovechamiento de todos los recursos de la naturaleza, de la ciencia y de la técnica para aumentar el confort, la producción, el saber. La industria no es un producto de la fantasía, sino una realidad. Lo deplorable es que haya sido monopolizada en interés de castas privilegiadas, y la máquina, en lugar de ser un alivio del hombre, se haya convertido en su desgracia. Pero eso no quiere decir que hemos de poner, en lugar de la industria, que implica estrecha coordinación nacional y mundial de todas las fuerzas y riquezas, el regreso a las comunas pastorales, a las visiones virgilianas; lo que nos corresponde es liberar la industria de manos del capitalismo y del Estado para que dé el rendimiento que puede dar en beneficio común.

La revolución que queremos no es para retroceder al paisaje poético de los artesanos y a la vida de los pastores pintados en medio de sus rebaños con la ocarina en los labios, sino para avanzar; no es disminuir nuestras exigencias, sino para acrecentarlas y satisfacerlas. Para ello habrá que multiplicar las fábricas, los ferrocarriles, los medios de transporte y comunicaciones, las carreteras; habrá que multiplicar el aprovechamiento de las fuerzas naturales. Y todo ello se hará en el sentido del desenvolvimiento industrial, que llevaremos en pocos años a un nivel de que no son capaces ni el capitalismo ni el Estado.

El lugar de residencia es sobre todo cuestión de gusto y

de inclinación individual, de apego natural al terruño, pero no es base de una organización social productiva. Además, lo que se haga localmente, en tanto que vecinos, es cuestión que incumbe a los vecinos mismos. ¿Para qué entretenernos en legislar o dictaminar al respecto? Lo que importaba era saber cómo hemos de organizar la producción y la distribución, que no es del dominio de cada localidad, sino del país entero, y garantizar esa producción y esa distribución contra toda forma de parasitismo. Esto no sé nos ha explicado.

La comuna en economía

La comuna ha tenido dos poderosas razones de existencia, después que dejó de ser una comuna-familia, una de naturaleza económica y otra de naturaleza política.

Se producía en ella casi todo lo que la población necesitaba para su alimento y su vestido. El intercambio era rarísimo, podía prescindirse de él. La comuna era económicamente independiente. Y si se busca en España, se encontrarán ejemplos múltiples de esa independencia y de esa autonomía económica. Pero la distancia recorrida en el sentido progresivo y cultural debe medirse por el grado en que las comunas han dejado de ser independientes en economía. Si en lugar de conocer esas comunas prácticamente, con sus miserias, con sus privaciones, con su suciedad, con su falta de higiene, con sus pobrísimos horizontes mentales, las vemos a través de la literatura, sentiremos envidia hacia sus habitantes felices, pintados por quienes los han visto a distancia, o en los días de fiesta.

No, no es esa independencia económica y espiritual la que hemos de respetar, la que la revolución puede favorecer; es preciso que pasen por todas las comunas carreteras o ferrocarriles, que se enseñe a los campesinos a trabajar con más rendimiento y menos sacrificio utilizando las adquisiciones de la agricultura y de la ganadería modernas, es preciso que cada uno de sus habitantes se ligue por mil vínculos a los habitantes de otras comunas, de otras provincias, del país entero; así aumentará la cultura, así se estimulará el progreso, así despertarán energías insospechadas. De nuestras aldeas no habría de quedar siquiera el nombre; habrían de ser reconstruidas con habitaciones confortables, sanas, higiénicas, provistas de todos los adelantos posibles; es decir, habría que llevar la ciudad a la aldea, no pensar en lo contrario. Ahora bien, esa obra no es realizable más que con el moderno desarrollo industrial.

Y la gran industria destruye las églogas campestres. ¿Hay que deplorarlo? De cualquier forma, es en ese sentido en el que hay que avanzar.

La comuna frente al Estado

En España tenemos una gran tradición comunal, desde mucho antes de haber hecho su aparición el federalismo proudhoniano, divulgado a su manera por Pi y Margall con vistas a su República federal basada en las autonomías municipales. Hemos tenido las orgullosas comunas de la Edad Media, que trataban de igual a igual con reyes y nobles, a quienes habían arrancado fueros, regalías, pactos de mutua conveniencia. Los heroicos movimientos de los comuneros de Castilla, para no nombrar sino los más conocidos, son en el fondo una rebelión de las comunas contra el Estado nacional que acaba de aparecer. Su derrota significó la pérdida de las libertades conquistadas y el triunfo del absolutismo. Un lejano eco de aquellas rebeliones contra Carlos V fueron los movimientos cantonalistas del último tercio del siglo pasado. ¿Qué querían los cantonalistas sino oponer la comuna al Estado, descentralizar el poder, en el sentido piymargalliano?

Nosotros hemos visto siempre con buenos ojos toda tentativa, aun en el régimen económico y político vigente, para afianzar la autonomía municipal en detrimento del poder central del Estado. Aun al precio de hacer de cada comuna un pequeño Estado, como preveía Eliseo Reclus al considerar críticamente los esfuerzos para oponer la federación comunal al Estado centralizador.

Pero si propiciamos la desaparición del Estado, si queremos suprimir el organismo político en general, la comuna, que tenía una significación cuando existía el localismo económico, que tiene un valor de refugio contra el despotismo centralista, ¿qué misión ha de cumplir cuando haya desaparecido el Estado?

¿Quién ha de formar las comunas? Puede acudir el pueblo entero a un pequeño consejo, pero no en las ciudades. Se han de nombrar delegados de la población. ¿Se hará por el régimen del sufragio universal? ¿Creemos que el sufragio universal será en nuestras manos más eficaz que en las de nuestros adversarios para conocer el estado de la opinión pública? En la previsión de Besnard se atribuye a las comunas la tarea de la distribución. ¿Es que hay una función comunal que no sea hecha por obreros, empleados o técnicos? ¿Es que esos obreros, empleados o técnicos no estarán en sus sindicatos correspondientes? Y si están en

ellos, ¿a quién habrían de tener en cuenta, a los sindicatos o a la comuna? Si la comuna es formada por agrupaciones productivas —democracia funcional, la única que aceptamos—, ¿qué papel tendrían las federaciones locales de sindicatos productores y distribuidores? Si la comuna es el nuevo nombre de la federación local de sindicatos, puede aceptarse, pero entonces la conservación del nombre supone un injerto innecesario de fraseología política. Si se parte del lugar de trabajo, están de más las comunas autónomas, porque lo que surge espontáneamente es la asociación local, regional, nacional e internacional de esfuerzos afines, las industrias o funciones socialmente necesarias. En economía hay que desterrar la ilusión del localismo.

Y si aparte del trabajo organizado se forman núcleos de relaciones sociales, se hará libremente, según los gustos, las aspiraciones, las aficiones comunes, y en ese dominio no necesitamos entrar, porque no podríamos definir de antemano cómo y cuáles serán esas asociaciones. No será una sola, serán tantas como ideales a realizar, científicos, artísticos, deportivos, etc., haya en los hombres.

En resumen, si en el dictamen sobre el comunismo libertario se dan detalles excesivos sobre los enfermos de amor, el lector queda en ayunas cuando quiere saber cómo ha de organizar la Confederación la producción y la distribución, un asunto algo más interesante para todos que aquél. No se saca nada en claro sobre la misión de los sindicatos, de los organismos productivos, pues si en un pasaje se les reconoce, en el otro se les niega y se les suplanta por las comunas. «La comuna hará eso, la comuna hará aquello, la comuna hará lo de más allá», nos dicen en el dictamen; como nos dicen todos los días los cultores del estatismo: el Estado hará esto, el Estado hará aquello, el Estado hará lo otro...

5. ANTE LAS ELECCIONES DEL FRENTE POPULAR

5.a) Los anarquistas y la situación económica española *

Se presiente la convocatoria a elecciones, para dar un corte a la situación insostenible por el contraste demasiado evidente entre la posesión del poder por parte de las derechas y un sentimiento hostil muy generalizado en las grandes masas populares contra el Gobierno.

El triunfo de Gil Robles fue demasiado temprano y tenía que tropezar con las dificultades con que ha tropezado. España, en su gran mayoría, mira aún al porvenir y tiene fe en la justicia social, en el progreso. Lo lamentable es que, por rutina, por educación, por hábito adquirido, identifique aún el progreso y el avance hacia la justicia social, con un triunfo político de las llamadas izquierdas.

Se irá a las elecciones, se votará por Ticio o por Cayo; es posible que las izquierdas, desplazadas en noviembre de 1933, vuelvan al poder, si es que, por las artes del viejo caciquismo, no se produce un equilibrio de fuerzas. ¿Y luego?

Luego, el pueblo advertirá, una vez más, que el cambio de los personajes del retablo gubernativo no aumenta su ración escasa, que la miseria no disminuye, que la opresión no decrece, que las cargas de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre permanecen idénticas o son cada vez más pesadas. Y comprenderá que no valía la pena haber derrochado energías, ilusiones y tiempo en favorecer la reconquista del poder por quienes no han hecho otra cosa desde las alturas políticas que reprimir a sangre y fuego, como sus sucesores y sus antecesores, el derecho a la vida y a la libertad que los españoles habían creído obtener con el triunfo de la República.

* *Tierra y Libertad*, Barcelona, núm. 1, 7-I-1936. Sin firma.

La desocupación

Pasa de un millón y medio la cifra de los desocupados en España. ¿Se supone que el gobierno en manos de Azaña o Martínez Barrio tendrá en sus manos alguna varita mágica para dar trabajo, en los cuadros de la economía capitalista, a esa enorme cantidad de hombres sin empleo? ¿No es de presumir, más bien, que la cifra de los desocupados aumentará, por la resistencia que las izquierdas encontrarán forzosamente en las esferas financieras y de la alta industria, que, no obstante los oropeles democráticos, son las que detentan el verdadero poder? Las derechas disfrutaban de la confianza y del apoyo de los financistas, de los grandes industriales, en una palabra, de los hombres que tienen el monopolio del oro. Sin embargo, han fracasado. Y el paro forzoso va convirtiendo una buena parte del pueblo español en una caravana que se encamina lentamente a su propio entierro.

¿Qué pueden las izquierdas en esta emergencia? No seamos ilusos, no nos engañemos a nosotros mismos. Estamos lejos de suponer que todos los partidos y todos los individuos que cifran en las próximas elecciones tantas esperanzas, son meros especuladores. Al contrario, queremos suponer que se trata de hombres honestos, que quieren sinceramente mejorar la situación angustiosa del pueblo español. ¿Pero qué han de conseguir ellos, que no han demostrado jamás la menor comprensión de las cuestiones económicas, que no disponen de los recursos y de las posibilidades de un Roosevelt, de un Hitler para afrontar el problema del paro? Lo que no han conseguido los ensayos múltiples y continuos de todos los gobiernos, las recetas de los economistas, las iniciativas del propio capitalismo en todos los países, ¿han de conseguirlo los gobernantes izquierdistas eventuales de España?

Ni siquiera nos han dicho hasta aquí, y no nos dirán en lo sucesivo tampoco, en qué se diferenciará su política futura de la política de las derechas respecto del paro obrero. ¿O es que se imaginan que, una vez en el poder, los hombres tienen más inteligencia, mejor visión, más capacidad, más voluntad que desde el llano?

Los desocupados, con las derechas o con las izquierdas en el poder, seguirán desocupados, sufriendo calamidades y privaciones, extenuándose en la miseria persistente, hasta que un día ni siquiera les quedará energía para extender la mano y pedir limosna. Y ésta no es una profecía capri-

chosa. Pronto veremos su realidad, si es que la contienda electoral da el poder a las izquierdas. Mal, muy mal, están hoy los trabajadores y los campesinos sin empleo. ¿Pero es que se confía en que mañana estarán mejor por el hecho de que el timón gubernativo esté en otras manos?

Crisis del capitalismo

La raíz de la situación actual no está en la política derechista o izquierdista desde el Gobierno. Es, ante todo y sobre todo, una cuestión de resurgimiento económico sobre bases no capitalistas. El sistema del capitalismo, de producción para los mercados, de rentabilidad, de ganancia, ha quebrado y es preciso sanear esa base elemental de convivencia humana. Sin trabajo, sin pan, sin techo y abrigo para todos, no es posible pensar en ulteriores perfeccionamientos. Ahora bien, tenemos técnicos abundantes sin empleo, tenemos minerales, un instrumental industrial que no trabaja sino en una proporción insignificante de sus posibilidades, tenemos brazos humanos de sobra. Con todo eso hay que hacer una España que pueda comer todos los días y desarrollarse progresivamente. ¿Es que las izquierdas lograrán dar siquiera el primer paso en esa dirección?

Todas las declaraciones insisten en mantener el *statu quo* político y económico. La plataforma de unión política de las izquierdas es la conservación de la República y de sus instituciones económicas: la propiedad privada del capitalismo. Con esa plataforma tendremos, sin duda, ministros de gobernación que se liarán la manta a la cabeza para imponer el orden público a fuerza de guardias, pero la crisis económica quedará en pie, los desocupados se eliminarán por la muerte prematura, los descontentos tendrán campos de concentración y cárceles...

Si nosotros nos declaramos revolucionarios, enemigos irreductibles del régimen actual, de derechas o de izquierdas en poder, es porque hemos llegado a la convicción de que no hay otra salida que la implantación de un nuevo sistema económico y de una nueva moral social. Pero si un Gobierno, en España o en la Cochinchina, nos demostrase que a fuerza de decretos y de guardias se puede llegar al ideal de justicia y de bienestar que está en el deseo de todos, cambiaríamos de opinión, y de adversarios del aparato político de Estado, nos convertiríamos en sus más apasionados defensores.

Pero esa experiencia no se ha hecho ni se hará, y mantendremos nuestra posición ideológica y práctica: la sal-

vacación no está en el Estado, sino en su abolición; la salida no está en fiar a algunas personas los más altos intereses de un pueblo, sino en que cada miembro de ese pueblo tome en sus manos los propios destinos. La salvación no está en Azaña ni está en Gil Robles; está en cada uno de nosotros. Y eso es lo que diremos a los que creen que todo consiste en meter en la urna un pedazo de papel.

Las cargas tributarias

Atribuimos muy escasa importancia, no sólo al cambio de unos ministros por otros, de unos partidos por otros en la jefatura del poder de Estado, sino incluso a las modificaciones del régimen político. ¿República? ¿Monarquía? Son palabras, intereses de casta, de partido, tal vez encontrados, pero formas siempre opresivas y represivas de la acción y de la iniciativa del pueblo. Todo gobierno es incompatible con la libertad social. Y si una diferencia hay, si puede hablarse de gobiernos malos y de gobiernos peores, no es en razón de la ideología política de los gobernantes, sino en razón de las cargas tributarias que su sostenimiento implica.

Tenía España, al entrar en el siglo actual, un presupuesto nacional de gastos de unos mil millones de pesetas; la dictadura de Primo de Rivera dejó los presupuestos en cerca de cuatro mil millones; la República los aproximó a los cinco mil millones. Y la tendencia es a crecer, a imponer más tributos y contribuciones; no se advierte inclinación en ese aspecto a decrecer, sino a aumentar, lo mismo si están en el poder las derechas que si vuelven las izquierdas. Ahora bien; entre el Estado y los municipios se llevan más del 50 por 100 de la renta nacional, es decir, de los sueldos y salarios. En una crónica de Inglaterra hemos leído recientemente que el fisco se apropiaba del 80 por 100 de las ganancias del hombre en vida, y allí, del 50 por 100 de la fortuna después de muerto.

El verdadero enemigo de toda resurrección es el Estado mismo. Si en tiempos relativamente normales se calcula que el 10 por 100 de la renta nacional es absorbida por las ganancias capitalistas, ¿qué diremos del Estado, que nos lleva el 50 por 100?

Vayan las derechas o vayan las izquierdas al poder, hemos de trabajar los que trabajamos para sostener el Estado con sus instituciones en el 90 por 100 parasitarias y nocivas. ¿Qué puede interesarnos el cambio de los personajes del timón? Lo que importa es la supresión de este cáncer social

que ha crecido más allá de los límites soportables, que los financistas calculaban en un 15 por 100 de la renta nacional.

Todas las funciones del Estado puede llevarlas a cabo, mejor, más económicamente, la sociedad misma. Que vuelvan, pues, a la sociedad, las funciones usurpadas por el aparato estatal, y notaremos de inmediato un alivio efectivo. De lo contrario, seguiremos aplastados por las cargas tributarias como hasta aquí, o si se produce un cambio, será en el sentido del empeoramiento.

Nuestro abstencionismo político

No nos abstenemos en las luchas electorales, no nos negamos a enviar representantes al Parlamento, creyendo que por esa abstención damos solución a los problemas económicos y sociales existentes. El no votar simplemente, es tan estéril como el acudir a las urnas. Ni de una manera ni de otra nos aproximamos a un mundo mejor. Pero nuestra abstención no es puramente negativa, puesto que, si por un lado testimoniamos nuestra hostilidad a la perpetuación de un engaño, por otro sostenemos nuestro programa de acción, nuestra solución, nuestra ruta. No nos interesa el que vota ni nos interesa el que no vota, cuando por ese único gesto creen haber cumplido con su deber. Eso no es de ningún modo importante; lo importante es la concentración de fuerzas, de voluntades en la verdadera solución, que haga de cada individuo un factor determinante de su propio destino.

Lo que hay que hacer

España necesita repoblar urgentemente sus bosques, establecer canales de riego para sus tierras sedientas, construir usinas eléctricas, fabricar máquinas, montar industrias, abonar las tierras, ensanchar el horizonte cultural del pueblo, crear establecimientos de instrucción primaria, secundaria y superior. Todo eso es condición ineludible de su prosperidad material y de su bienestar moral. Pero eso no lo puede hacer el régimen capitalista, aunque sobran hombres, materias primas, dinero, técnicos; no lo puede hacer el Estado, ni siquiera en la forma novísima de capitalismo estatal, porque sólo en gastos improductivos de su sostenimiento consume la mitad del producto del trabajo humano. Eso puede hacerlo el pueblo mismo, por medio de sus organizaciones laboriosas del campo y de la industria, y no en un futuro lejano, sino desde ahora mismo.

Sólo en un régimen de propiedad socializada habrá en España trabajo y pan para todos, sin excepción, obreros del músculo o de la inteligencia, trabajadores industriales y campesinos, hombres y mujeres. Y en lugar de concentrar todas las energías en esa dirección, ¿se quiere que nos entretengamos en facilitar la conquista del poder por Cayo en lugar de Ticio? No, es en el seno del mundo del trabajo, y sólo por el trabajo, donde brotará la nueva vida que todos deseamos para España y para todos los pueblos de la tierra. Y los que, al acudir a las urnas, lo hacen en la creencia de cumplir una labor provechosa y útil, harían bien en meditar sobre nuestra posición, pues no es por indiferencia política por lo que no vamos a las urnas ni al Parlamento, sino porque la historia y la lógica nos han enseñado que ese camino sólo puede llevar de una dictadura a otra, pero no a la emancipación de los trabajadores y al bienestar para todos.

**5.b) Por encima de las elecciones eventuales.
Los trabajadores deben prepararse por sus
medios propios para salvar a España de un
porvenir ruinoso y trágico ***

Uncidos al yugo

Lo mismo que la sucesión de gobiernos y de gobernantes no ha modificado una línea en la vida cotidiana de los trabajadores y de los campesinos, si no es en sentido de empeoramiento, durante estos últimos dos años, tampoco se ha visto diferencia esencial entre los métodos de gobierno del primer bienio republicano-socialista y los del segundo, radical-cedista, si no es porque las leyes represivas que antes se empleaban contra nosotros, últimamente fueron aplicadas también a nuestros perseguidores y torturadores, los fabricantes de esas mismas leyes. La diferencia, pues, es sólo de grado, pero no de esencia. Si nosotros, desde octubre, hubiésemos cantado loas a Gil Robles o a Lerroux, como en el primer bienio un sector importante del proletariado las cantaba a los gobernantes entonces en el timón, sometándose supinamente a todos sus caprichos y a sus desafueros, tampoco habríamos sufrido en primera línea las tropelías gubernamentales. ¡Triste concepción proletaria y revolucionaria la que entiende que los trabajadores sólo

* *Tierra y Libertad*, 24-I-1936. Sin firma.

tienen por misión adaptarse a la política de Estado de tales o cuales partidos!

Nosotros no lo entendemos así. El Estado es el enemigo peor de los trabajadores, porque es el que más consume los frutos del trabajo ajeno sin producir otros frutos que los habituales: plomo para los que piden pan, prisiones y campos de concentración para los insumisos, iniquidades permanentes bajo el manto de la justicia.

El proletariado de las ciudades y de los campos ha sido uncido al yugo de la explotación capitalista y estatal en virtud de falsas concepciones de la vida social y de una anti-quísima servidumbre voluntaria, cuando no por la simple violencia bruta. Lo primero que corresponde es cortar en ligaduras, reivindicar la mayoría de edad, romper un tutelaje funesto y ruinoso y entrar en posesión de la riqueza social que pertenece a los que la han producido. Los trabajadores son mayores de edad y quieren regirse a sí mismos. Y con el cambio de los personajes de la feria política y parlamentaria no se emancipan del yugo de oprobio, puesto que subsiste, con todos sus anillos, la cadena de la esclavitud económica, política y social.

Dos peligros: el de la izquierda y el de la derecha

Estamos ante dos peligros inminentes, que se resumen en uno solo. Si los resultados de la consulta electoral dieran una mayoría aplastante a las izquierdas, por el solo hecho de no ser sus hombres los mismos que han gobernado estos años, como reacción contra los recuerdos demasiado recientes de la barbarie gubernamental, tendríamos una dictadura izquierdista que se traduciría, como todas las dictaduras, y según el ejemplo de los años de república, que fueron todo lo opuesto a una plácida y tranquila democracia, por nuevos aumentos de guardias, de policías, de burócratas, por nuevas leyes de represión, de mordaza al pensamiento libre, de aplastamiento de toda crítica y de toda oposición. Los trabajadores y los campesinos, únicos contribuyentes efectivos, habrían de apretarse más el cinto y entregar más aún al Estado en concepto de tributos, de impuestos, de tarifas. Y no sólo habrían de sacrificar el pan de cada día ante los altares de la dictadura *democrática*, sino también el propio espíritu, pues se haría todo lo que hacen los dictadores en todas partes para que el país entero tome el Estado, no como el cáncer que es realmente, sino como una legítima expresión de la existencia social. Las izquierdas harían del Estado algo propio, de partido, y luego impondrían a toda la

población ese criterio. Y sustituirían la Providencia de Gil Robles o de Hitler por el ídolo estatal, por el fantasma de la democracia, encarnada en los partidos de gobierno y, por consiguiente, en los gobernantes de esos partidos.

Los que de antemano nos declaramos adversarios del poder de las izquierdas, sufriremos las mismas persecuciones, los mismos martirios, las mismas injurias que hoy si queremos seguir reivindicando el derecho de los trabajadores al fruto de su trabajo.

Si triunfan las derechas, no hace falta prever los resultados inmediatos. Lo proclaman a los cuatro vientos sus portavoces. Aunque izquierdas y derechas son hoy un verdadero frente antirrevolucionario, un dique de contención contra las reivindicaciones legítimas de los que trabajan y se ven despojados del fruto de su esfuerzo, las derechas se confiesan abiertamente antirrevolucionarias, se han quitado la máscara que aún llevaban los viejos partidos liberales e incluso conservadores. Las izquierdas, enemigas acérrimas, tanto como las derechas, de la revolución del pueblo —la única verdadera—, aseguran en los mítines electorales que harán la revolución desde arriba, por decreto, como la quería hacer Antonio Maura, el famoso político conservador. Las derechas no quieren mentir, y hacen bien: quieren el poder para hacer obra contrarrevolucionaria, para librar a España de lo que tiene de digna y de noble: el ansia de un mundo nuevo de justicia, de bienestar y de libertad.

¿Es que los trabajadores lo han olvidado todo y no advierten que su destino será el mismo, si las condiciones sociales y económicas no cambian, y que la solución ha de buscarse por otros caminos?

El golpe de Estado fascista

Se agita además, sobre las elecciones parlamentarias y las creencias en la virtud milagrosa de las urnas, la idea del golpe de Estado de tales o cuales sectores vaticanistas, militaristas, reaccionarios. No es un fantasma de noche de verano. Ese golpe de Estado puede ser una realidad en cualquier instante. Por eso tenemos intención de hablar en dirección a los que suponen que han hecho cuanto está a su alcance con poner en las urnas tal o cual pedazo de papel. Y si no dejaremos de incitar a los propios compañeros, a los trabajadores y a los campesinos que se han apartado de la política a prepararse para responder al fascismo con los medios únicos a que obliga la violencia bestial del adversario, tampoco nos cansaremos de llamar a capítulo a los trabajadores de todas las tendencias para que no fien nada

a la papeleta del sufragio y se dispongan a la lucha efectiva contra la reacción y por un mundo nuevo en donde no se vean despojados de lo que les pertenece: su pan y su personalidad.

Al fascismo no se le contiene por decreto, como no se hace tampoco por decreto la revolución. Tampoco hemos visto que un gobierno haya contenido el triunfo del fascismo allí donde los trabajadores y los campesinos no han obrado por cuenta propia. Los socialistas alemanes, mientras el hitlerismo se armaba hasta los dientes y preparaba sus fuerzas de asalto, engañaban a los trabajadores y les exhortaban a ganar la batalla en las urnas. Cuando llegó la hora decisiva, el papel de los sufragios se lo llevó el viento y los trabajadores quedaron frente a los cuerpos armados de la nueva tiranía, indefensos, traicionados, burlados. Tenían los socialistas milicias numerosas, tenían los comunistas casi cuerpos de ejército. Pero en lugar de recurrir al terreno de la lucha, aunque fuese a palos, se hizo hasta el último instante todo para que la solución saliese únicamente de la contienda electoral. ¡Y de la contienda electoral salió el fascismo!

¿Por qué no escarmentar en cabeza ajena?

Si los trabajadores quieren, pueden salvarse

¿Para qué proclamar una vez más la experiencia nacional e internacional sobre la ineficacia de la papeleta del voto? Nosotros no tenemos absolutamente ninguna fe en ese medio. ¿Que todavía existen obreros y campesinos que no son de nuestra opinión? Que vayan a votar por los candidatos predilectos. Pero eso no basta; que, además, se preparen como trabajadores, de acuerdo con los demás trabajadores, para responder al fascismo con los medios de la huelga general e insurreccional que son propias del proletariado. Si quieren salvarse, los trabajadores que van a las urnas y los que no van, sólo tienen un medio: la propia acción directa, coordinada en los lugares de trabajo, por encima de todas las jefaturas, para la liquidación social de un régimen que no puede dar más frutos que los que ha dado siempre: frutos de desigualdad económica, de despotismo político, de iniquidad social.

No fiéis todas las cartas, trabajadores hermanos, a los resultados de las próximas elecciones eventuales (en las que nosotros no tenemos ninguna fe); fiad en vosotros mismos, en vuestra fuerza de productores, en vuestra decisión de amantes de la justicia, en vuestra energía de militantes de la verdadera emancipación.

Ni Gil Robles ni Azaña llevarán a vuestra mesa más pan y a vuestra existencia más seguridad. La salvación está en vosotros mismos, trabajadores todos. ¡Nada más que en vosotros mismos!

5.c) La verdadera solución no está en la democracia ni está en la dictadura *

Los trabajadores que se apartan de su camino

Si la figura retórica pudiese transformarse en realidad, se vería que hablamos con el corazón en la mano, y que no abrigamos absolutamente ningún rencor contra los trabajadores que, movidos aún por sus creencias, van a misa todos los domingos o concurren a las urnas cuando se trata de elegir diputados, concejales o presidentes de la República. Los creemos equivocados, pero son, sin embargo, nuestros hermanos, y nuestra misión consiste en persuadirles de la esterilidad y de la nocividad de sus creencias; para ello no es el mejor argumento el del lenguaje hostil y el de la actitud insolidaria.

El hecho de no poder ir a misa, porque nos repugna, ni acudir a las urnas, porque lo estimamos perfectamente inútil, no debe romper los lazos de la solidaridad proletaria, del respeto y de la ayuda mutuos. Antes y después de ir a misa, ante y después de ir a votar, los esclavos del capitalismo y del estatismo siguen siendo esclavos y víctimas, y nuestro puesto está a su lado, para la ayuda fraterna en todas sus reivindicaciones justicieras. Que no se diga nunca que los anarquistas consideran a los trabajadores de tendencias moderadas, e incluso reacios por ceguera mental, como adversarios y enemigos, sino como hermanos y amigos que han extraviado el camino y que buscan su bienestar y su libertad por senderos que la historia ha evidenciado erróneos. Hay que emplear todos los medios de la persuasión, del razonamiento, de la camaradería, desde los lugares de trabajo, para que los que nos temen o no nos comprenden o nos odian incitados por sus malos pastores, sepan que pueden contar en todo instante con nosotros para afirmar su derecho a vivir y para mejorar su situación. Y para que sepan también que por encima de las creencias, de las rutinas del espíritu, debe flotar el hábito de la solidaridad de los oprimidos y explotados contra los dominadores y los opresores.

* *Tierra y Libertad*, 31-I-1936. Sin firma.

Algunas palabras sobre la evolución política

Desde que el hombre existe, existen las dos tendencias a través de las cuales puede interpretarse la historia humana: la de la libertad y la de la autoridad. Es la lucha entre ambos extremos lo que ha movido al mundo. Los privilegiados, los sacerdotes, los guerreros, han pugnado siempre por la autoridad, por la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Las víctimas de esa condición han querido, por la palabra o por la acción, al menos de las minorías rebeldes, disidentes, opositoras, de todos los tiempos, la justicia, el bienestar de todos, la libertad. Esa contienda ha durado muchos siglos y está en pie todavía, y de ella representamos los anarquistas, y con los anarquistas el proletariado revolucionario, en esta hora, uno de los sectores beligerantes. El hecho de haber triunfado los amos, que han tenido de su parte las creencias generalizadas en Dios, fuerzas militares y policiales mejor organizadas, la inteligencia superior de sabios, técnicos, etc., no quiere decir que tengan más razón, sino que han sabido defenderse y atacar con más habilidad que sus adversarios.

Los oprimidos, las víctimas del privilegio y de la tiranía, sumidos sistemáticamente en la ignorancia, han buscado vanamente su bienestar y su libertad por caminos erróneos, y ahí están las luchas de siglos y siglos tras el estandarte de las religiones; ahí están las experiencias de las heroicas contiendas tras la bandera de los partidos políticos, con denominaciones distintas, pero idénticos todos en los medios y en los procedimientos. Se ha avanzado un poco en el camino del progreso social y cultural, y el contraste entre el gran desarrollo técnico y el escaso desarrollo social y de la cultura de las grandes masas no es uno de los menores factores de esta crisis mundial en que vivimos desde hace tres largos lustros.

Lo mismo que antes, cuando los pueblos se enrolaban de grado o por fuerza en los ejércitos de los reyes o de los Estados político-religiosos, pues ha sido muy común en la antigüedad la confusión en una misma persona de la dominación política y religiosa; lo mismo que antes los pueblos se degollaban recíprocamente por la fe de Cristo o por la fe de Mahoma, por las doctrinas de Lutero o por las del catolicismo, así más tarde se han derramado ríos de sangre en torno a tiros y troyanos, a conservadores y a progresistas, a monárquicos absolutistas y a monárquicos constitucionales, a monárquicos o a republicanos, etc., etc.

¿Qué resultado se ha obtenido? No podemos constatar ningún otro que el del remachamiento cada día más insoportable de las cadenas de la dominación estatal, en cuyos altares va dejando la humanidad jirones de su libertad y de su dignidad hasta el sacrificio absoluto con el fascismo moderno.

Democracia y dictadura

Se plantea una vez más, como un dilema, la elección entre democracia y dictadura. Y lo mismo que se ha hecho creer un día que la República era la encarnación de la justicia social, así se hace creer hoy al pueblo laborioso, que no puede advertir siempre dónde está la verdad y dónde la mistificación, que la democracia y la dictadura son términos antitéticos, diametralmente opuestos. ¡Ojalá fuese así! Aun cuando nosotros desearíamos el triunfo de nuestras ideas, no nos repugnaría que en nombre de cualquier otra doctrina, de cualquier otro movimiento, se opusiesen trabas al desarrollo de la política dictatorial del Estado moderno y se obtuvieran conquistas efectivas de liberación y de justicia para las grandes masas. Pero democracia y dictadura no son términos opuestos, sino idénticos. El hecho de la conservación o no conservación del parlamento no significa sino un matiz ínfimo en la forma de la dictadura. Tanto la democracia como la dictadura del fascismo significan la negación del hombre, su humillación forzosa ante una divinidad superior, que es el Estado, como antes había de humillarse y desaparecer ante un ídolo declarado nacional o local. Existió en el siglo XIX una corriente liberal, que tuvo en España misma, pero sobre todo en Inglaterra, en Estados Unidos y en algunos otros países, hermosa manifestación. Esa corriente liberal de que Spencer, por ejemplo, ha sido un definidor, reconocía un Estado-mínimo como necesario, y propiciaba un cercenamiento de las atribuciones gubernamentales y un mayor respeto a la personalidad humana. En verdad, esa corriente era contradictoria y ha resultado en la práctica totalmente infecunda. No ha impedido que el Estado creciese en todos sus ramales hasta ser lo que es hoy, hasta absorber la parte mejor del fruto del trabajo ajeno. Pero por lo menos, en teoría siquiera, reconocía que el Estado era un mal, un mal necesario.

La democracia, en cambio, ha propiciado desde su nacimiento el estatismo, la anulación del individuo ante una nueva abstracción: la colectividad, el Estado democrático. Por encima del hombre y de sus derechos está el Estado, como antes estaba Dios. Y así como en las épocas de pro-

minio religioso Dios lo era todo y el hombre nada, con la democracia o con el fascismo el Estado lo es todo y el hombre nada.

¡Allá con sus ilusiones los que creen que la anulación es preferible ante el ídolo democrático que ante el ídolo fascista! Tal vez cabe la elección, como cuando en Estonia la ley ofrece al condenado a muerte el cadalso o el veneno. Pero indudablemente, en un caso y en otro, el resultado es el mismo.

La solución está en los trabajadores

No es fuera del mundo del trabajo, ni en las altas esferas de la dirección teológica ni en las de la dirección política estatal donde está la solución a los problemas vitales de la hora presente, sino en él mismo. Si los trabajadores quieren ser libres, conocer la justicia social, disfrutar del producto de su trabajo, han de resolverse a reivindicar por sí mismos y para sí mismos lo que, en nombre de diversas ficciones, se les usurpa por clases parasitarias diversas.

¡Que los trabajadores se entiendan en sus lugares de trabajo, que tomen la producción en sus manos y no consientan que en nombre de Dios, o en nombre del diablo, en nombre de la monarquía o en nombre de la república, en nombre de la democracia o en nombre del fascismo se les arranque lo que les pertenece! Todo lo demás es cuestión de arreglo, de tolerancia, de seguir cada cual sus predilecciones. Lo que importa es que los productores tengan derecho al producto íntegro de su trabajo y luego ya se verá el resto cómo se arregla.

¡Hermanos explotados!, es en vosotros mismos donde está la solución. Reflexionad un momento y poneos de acuerdo, en tanto que productores, sobre lo que os conviene. No sacrificéis jamás vuestra personalidad y no dejéis en manos ajenas lo que sólo en las vuestras está seguro. Lo habéis creado todo, con vuestros músculos o con vuestra inteligencia; ¿no es hora ya de que reclaméis el patrimonio que os corresponde como legítimos dueños de él que sois?

Los anarquistas, que no quieren mandar y no quieren tampoco obedecer, que no aspiran a ser vuestros amos ni vuestros tiranos, estarán a vuestro lado, ayudándoos como hermanos a hermanos, como iguales a iguales.

No sois nada, pero podéis serlo todo. ¡Decidíos!

5.d) Unas elecciones más, ¿y ahora qué? *

Se han celebrado las elecciones. El pueblo soberano ha acudido a las urnas, menos los que no acudimos por no queremos hacer cómplices de la propia esclavitud y los que no han ido por mera indiferencia política o por pereza. Pero el pueblo soberano ha dado su voto. ¿Y ahora qué?

No nos interesa el triunfo de uno de los grandes sectores ni el triunfo del otro; derechas, izquierdas, centro, tienen el mismo programa, las mismas posibilidades, los mismos métodos. Han de gobernar con el aparato estatal, en buenas relaciones con los magnates de las finanzas, siempre contra las justas reivindicaciones de los expoliados, de los desheredados, de los oprimidos. Un gobierno que no lo hiciera así, dejaría a las pocas horas de ser gobierno. Para existir necesita cobrar impuestos, contribuciones, gabelas y para obligar a pagar todo eso, necesita guardias, guardias, más guardias, sin contar el aparato mismo encargado de esas percepciones, que llena los millares de covachuelas ministeriales; necesita sostener cuerpos de ejército, para defender la patria contra el enemigo, como en octubre en Asturias.

Derechas, centro e izquierdas han de gobernar sujetándose a las instituciones existentes:

Han de respetar la propiedad privada de los usurpadores;

Han de mantener las cárceles, los presidios y los campos de concentración para los disidentes;

Han de pagar mil millones de pesetas a la burocracia administrativa del Estado;

Han de pagar mil millones de pesetas para el ejército y la marina;

Han de pagar mil millones de pesetas para la policía de todos los colores y de todos los uniformes.

Más del 80 por 100 de los ingresos del Estado se destinarán siempre a fines improductivos, a instituciones parasitarias.

La gran mayoría de las leyes represivas que esgrimieron las derechas en el Poder fueron obra de las izquierdas.

Las izquierdas políticas no quieren la revolución social, única solución positiva a los males de España. No quieren la disolución del ejército y la entrega de las armas al pueblo, para que defienda su territorio como lo defendió en 1810 contra Napoleón y contra el propio soberano; no quieren ni pueden consentir que los productores organicen la producción y la distribución de la riqueza social; no pueden ni

quieren suprimir los cuerpos antipopulares de los «cien negros» españoles; no pueden ni quieren licenciar cien mil burocratas inútiles; no quieren ni pueden suicidarse como gobernantes.

Y si las izquierdas no quieren ni pueden nada de eso, con menos razón hay que esperar el suicidio de parte de las derechas y del centro.

Por consiguiente, se han verificado las elecciones. ¿Y ahora, qué?

Ahora, los esclavos del salario volverán a sus lugares de trabajo, siempre bajo la presión del capitalismo, a sudar la gota gorda para que engorden los que no trabajan. Los desocupados volverán a su miseria, a su inacción, a pudrirse de asco, a morir en el quicio de alguna puerta. Salgan o no salgan los presos de octubre, los de diciembre y los de enero de 1933, las cárceles no quedarán vacías por mucho tiempo. Se agregarán nuevas leyes represivas a las ya existentes, aumentarán los funcionarios del Estado, se votarán nuevas partidas para la Guardia civil, la de Asalto, etc., etc. Se aborarán gastos ingentes para renovar la escuadra, útil ya solamente para bombardear poblaciones obreras; se encontrará dinero para comprar armamento para el ejército. Y media España seguirá sin saber lo que es comer todos los días.

¿Para ese resultado se quería nuestro apoyo? Pronto veréis, trabajadores industriales y obreros del campo, técnicos sin empleo, profesionales, hombres y mujeres; pronto veréis cómo no os hemos dicho más que la verdad. Vuestra situación será la misma hoy que ayer, y si experimentáis alguna variación, será en el sentido del empeoramiento.

No puede ser de otro modo. Los problemas de España son problemas de trabajo, de sudor, de esfuerzo fecundo, pero también de libertad y de justicia. Y ni izquierdas, ni derechas, ni centro, pueden resolverlos, porque han de mantener obligadamente el parasitismo, la desocupación, la iniquidad y la esclavitud.

El camino lo hemos señalado: está en el acuerdo de los productores para liquidar un régimen monstruoso que no permite el libre acceso al trabajo y hace posible una desocupación obrera, campesina y técnica sin precedentes cuando abunda la tierra, abundan los recursos posibles y media España sucumbe lentamente de hambre y de privaciones.

La salvación está en el trabajo. Y vendrá el día que los trabajadores la deseen. Por ese día luchamos los anarquistas, la única corriente social de ideas que no pretende vivir a costa del esfuerzo de los demás; pero eso no va al Parlamento, por eso no quiere engañar a nadie.

* *Tierra y Libertad*, año VII, núm. 7, 21-II-1936. Sin firma.

5.e) Serenamente *

El triunfo de las izquierdas

Estamos otra vez como después del 14 de abril de 1931; sólo que esta vez las grandes masas populares no mantienen, como entonces, la borrachera republicana y la confianza alborozada en el nuevo régimen político; y por otra parte, si hace cinco años los elementos conservadores y reaccionarios se encontraban atemorizados y desorganizados, hoy mantienen una envidiable cohesión, dan cara al peligro y se disponen a volver por cualquier camino, a recuperar el timón del Estado y el absolutismo en la vida económica. Si el nuevo gobierno, por las artes demagógicas que están siempre al alcance de los gobiernos, lograra interpretar el sentimiento popular antifascista, antimonárquico, antirreaccionario, como supo hacerlo desde la oposición con la bandera de la amnistía, aun le cabría la posibilidad de vestirse con ajeno plumaje o de aparecer con la aureola del progreso y del liberalismo. Pero las necesidades de la política práctica harán pronto que la indiferencia popular de hoy, en los primeros momentos de su actuación, se trueque en un mañana muy próximo en hostilidad invencible. Y entonces se tocarán los extremos, Gil Robles y Azaña, porque ambos extremos están igualmente interesados en poner vallas al avance hacia metas superiores de libertad y de justicia.

Nosotros estamos satisfechos del triunfo de las izquierdas; pero nuestra satisfacción es muy distinta a la que proclaman entusiasmados comunistas y socialistas. Estamos satisfechos por esto: desde la oposición, esas gentes habrían conseguido polarizar ilusiones múltiples, echando toda la culpa de la situación a las derechas; el pueblo es siempre lo suficiente ingenuo para prestarse a esos espejismos y a esas engañosas. No esperábamos ningún gesto subversivo de las izquierdas políticas por virtud de su fracaso electoral eventual; al contrario, ese fracaso hubiese sido su mejor caudal político. En cambio, el triunfo de las elecciones les dio el poder de inmediato, con la insuperable tarea de solucionar el malestar creciente del pueblo español. Su triunfo ha acelerado su derrota final. Lo único que deploramos es que los socialistas y comunistas no tengan también participación ministerial en el Gobierno, aunque ya tienen bastante responsabilidad con

su intervención en el Parlamento. ¿Se quiere una demostración más de la ineficacia de la conquista del poder para decretar desde allí la felicidad universal? Después del 14 de abril de 1931, tenemos el 16 de febrero de 1936. El pueblo no espera de las derechas más que lo que han dado siempre por intermedio de los guardias civiles y los guardias de asalto; no es que hoy las esperanzas en la acción de las izquierdas sea como hace cinco años; pero si esas izquierdas quedaban derrotadas, el camino de la revolución habría sido mucho más obstruido.

Los trabajadores frente a las derechas en la oposición y frente a las izquierdas en el poder

Ahora quedamos libres de la atracción del izquierdismo demagógico en la oposición. En la oposición y al acecho de su hora tenemos el fascismo; de manera que las masas productoras, que son enemigas del fascismo, se encontrarán también frente al gobierno de las izquierdas, porque no podrá disminuir los impuestos y contribuciones, porque habrá de confiar su permanencia en el poder a la acción de los cuerpos policiales represivos; porque habrá de defender los intereses del capitalismo contra las reclamaciones de los desheredados. En estas circunstancias, si las derechas no se deciden a dar su golpe de Estado, y prefieren ir al poder «legalmente», apoyando mientras tanto en los trances difíciles al gobierno, el pueblo español que trabaja y que piensa tiene que comprender su dilema insuperable: o se resigna a la miseria *in crescendo*, a la opresión estatal y a la explotación económica, a la desocupación, a la muerte prematura por el hambre, o se decide a conquistar por la propia acción directa el derecho a vivir, a trabajar, a crear riqueza sin más límite que la saturación de las necesidades existentes y las posibles.

Preparación revolucionaria

Para cuando llegue ese estado de ánimo, que no puede tardar, y dado que el proceso de radicalización del movimiento obrero es indudable en toda España, los anarquistas habríamos de estar en condiciones de eficiencia combativa. Cada minuto que hoy derrochamos nos parece un crimen contra la revolución y contra la humanidad. Somos en número suficiente para que sobre nosotros caiga la responsabilidad histórica del porvenir. Es preciso prepararnos, serenamente, reflexivamente, inteligentemente. Si es verdad que a

* *Tierra y Libertad*, 13-III-1936. Sin firma.

una revolución no se va como a un golpe de Estado, si es verdad que requiere circunstancias psicológicas y sociales favorables, esas circunstancias no faltarán, y en cambio, si no aprovechamos el tiempo, puede faltar nuestra preparación para cumplir nuestro papel de minoría de vanguardia, capaz de orientar a las muchedumbres y de llevarlas al triunfo por nuestra preparación previa, material, intelectual y moral.

La revolución es una ciencia

La revolución no es juego de niños; es una ciencia. Puede ser rebelde cualquiera; pero revolucionarios no es más que el que sobre esa rebeldía ha edificado un mundo de conocimientos, tanto de carácter económico y social, como de carácter estratégico, de lucha, de ataque. ¿No veis al mundo capitalista concentrar lo mejor de su técnica, de su inteligencia, de sus recursos, en la ciencia de la guerra, que se dirige tanto al exterior como al «enemigo interior»? Frente a ello no podemos contentarnos con oponer el dique de la rebeldía y del heroísmo individual, que cuentan poco en las luchas armadas modernas.

¿Qué palabras encontraríamos para hacer penetrar en la cabeza de cada compañero, de cada militante, que las horas que vivimos son graves y que es preciso aprovechar todo minuto en una preparación inteligente y adecuada para las eventualidades que no tardarán en presentarse?

**6. SOBRE EL CONGRESO
DE ZARAGOZA**

6.a) Ante el Congreso de la C. N. T. *

Importantes han sido los congresos de 1919 y de 1931, realizados en Madrid, en momentos de gran esperanza social; pero el que ha de tener lugar ahora, por su significado, por el grado de descomposición política y de empeoramiento económico a que hemos llegado, por los temas a debatir y a resolver, por la urgencia generalmente sentida de un alivio en las condiciones de vida a que nos ha conducido la economía capitalista y la opresión estatal, es realmente extraordinario.

Nosotros ponemos en ese congreso la máxima esperanza. No sólo ha de salir de él una fortificación interna de los cuadros de la Confederación, por la superación de las divergencias entre hermanos que habían dañado más o menos sensiblemente, sino por la claridad de su posición revolucionaria y constructiva.

España entera ha de ver en la C. N. T., no el espantajo de las clases privilegiadas, sino una garantía de solvencia, de responsabilidad, de capacidad en la reconstrucción del mundo, de la nueva morada humana en que todos serán llamados y todos elegidos. El capitalismo ha hecho bancarrota, y su último refugio y fusión en el Estado mantiene todas las fallas de la economía privada, agregándole todos los defectos de una mayor tiranía, de una mayor anulación de la personalidad humana, que es el primero de los valores que han de ser afianzados.

Se discutirá sobre lo que ha de ponerse en lugar del capitalismo y del Estado, es decir, la concepción económica y social de la C. N. T., no en sus lineamientos ideales para un lejano futuro, sino como realidad inmediata, a poner en

* *Tierra y Libertad*, Barcelona, núm. 17, 1-V-1936. Sin firma.

práctica desde ahora mismo. Y del acierto con que esa cuestión esencial se resuelva dependerán la simpatía popular y la confianza del país entero, que se pueden conquistar o perder según la actitud que prevalezca.

Se discutirá en torno a la cooperación en la obra revolucionaria constructiva de otros sectores obreros y revolucionarios, y la C. N. T., por el espíritu que le informa, no puede sostener la tesis totalitaria, el rechazo de las fuerzas obreras y sociales que no se encuadren previamente en la propia organización. La revolución debe ser el fruto de una gran confluencia de esfuerzos, de aspiraciones, de procedimientos. Por eso será *social*, a diferencia de la revolución rusa que ha sido monopolizada y dominada por una sola corriente, la que se adueñó del Estado, fundiendo en una alianza monstruosa los intereses del Estado y los de la sociedad, los intereses del gobierno y los de los productores.

España es eminentemente agraria aún, y el problema campesino no puede quedar sin soluciones adecuadas. Tanto los jornaleros del campo como los yunteros, medieros, rabassaires, pequeños propietarios y propietarios medianos deben ver en la C. N. T. una solución y no un peligro, una mano amiga que redime y no una nueva confiscación del fruto de su trabajo. La ayuda desde ya a los campesinos en su resistencia al pago de los impuestos y tributos de Estado, el intercambio directo de productos entre sindicatos obreros y comunidades campesinas, podrían ser instrumentos de solidaridad, de mutuo acuerdo y de mutuo apoyo entre la ciudad y el campo.

Urge igualmente la movilización contra la guerra, contra la que se prepara febrilmente, contra los créditos militares, contra las levas de soldados, como contra la que está ya en marcha: la invasión de Abisinia por Italia, la acción del Japón en China, etc. El boicot cerrado a los países beligerantes es factible y sería una contribución valiosa y eficaz por nuestra parte a la obra de paz. Italia no debe contar con España, ni como mercado para sus producciones, ni como país proveedor de materias primas mientras dure la guerra. En este orden de ideas, la desmilitarización de Marruecos debe ser una medida que la C. N. T. ha de propiciar con todo el calor posible.

Sobre todo es preciso que la C. N. T., considerándose como factor primordial de la revolución inminente e inaplazable, disponga todas sus fuerzas en el orden requerido para la batalla contra el viejo mundo y adapte sus esfuerzos a su función de alentadora, en general, de todo progreso y, en

particular, de preparadora consciente y serena de la transformación económica y social.

En muchos aspectos esperamos del Congreso una labor proficua. Que todos y cada uno de sus concurrentes obren con la conciencia de la gran misión que están llamados a cumplir y sepan de antemano que millones y millones de seres en todos los países esperan con impaciencia y con fe el resultado de sus deliberaciones.

6.b) Dictamen presentado por la ponencia del Sindicato de las Artes Gráficas de Barcelona, sobre el octavo punto del orden del día del Congreso Nacional de la C. N. T. para ser discutido en asamblea general *

Fundamentos de la nueva estructuración económica y social

Reafirmación del pacto de Saint-Imier

Considerando que el desenvolvimiento histórico ha justificado plenamente las líneas generales de la posición anticapitalista y antiautoritaria para la implantación de la justicia social, la C. N. T. reafirma su posición histórica y ratifica una vez más el pacto del Congreso de Saint-Imier (septiembre de 1872), a cuya elaboración han contribuido sus precursores de la vieja Internacional, declarando:

- 1.º Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.
- 2.º Que toda organización de un poder político llamado provisorio y revolucionario, para llegar a esa destrucción no puede ser sino una mistificación más, y que sería tan peligrosa para el proletariado como todos los gobiernos existentes hoy.
- 3.º Que rechazando todo compromiso para llegar al cumplimiento de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.

* *Solidaridad Obrera*, 24-IV-1936.

Aspiraciones básicas del comunismo libertario

La Confederación Nacional del Trabajo fija en los puntos siguientes sus aspiraciones básicas como condición del logro de la emancipación proletaria y de la solidaridad humana:

- 1.º Socialización de la riqueza social —tierra, materias primas, herramientas y máquinas, medios de transporte, instituciones de enseñanza y de sanidad— para que nadie pueda vivir del trabajo ajeno ni disfrutar a costa de la comunidad, de privilegios particulares.
- 2.º Supresión de todo poder político que haga la ley para todos y la imponga por medios coercitivos.
- 3.º Reorganización de la vida económica y social sobre la base del trabajo en su vasto significado de trabajo manual, administrativo y técnico.
- 4.º Aseguramiento de los medios de vida a los que —niños, ancianos y enfermos— no pueden contribuir ya o todavía al proceso de la producción.
- 5.º Supresión de toda institución eclesiástica, instrumento de opresión espiritual, aun respetando las creencias religiosas, filosóficas, sociales y políticas de cada individuo.
- 6.º Abolición de las fronteras nacionales y desenmascaramiento de la mentira del nacionalismo, propiciando la entente, la solidaridad y el apoyo mutuo de todos los pueblos y de todas las razas.
- 7.º Reconstrucción de la familia por el amor libre al margen de toda coacción religiosa, política o económica.

Una sociedad de productores y de consumidores libres

Todas las formas sociales conocidas, de origen religioso o de base política, se asientan en el reconocimiento de clases y de privilegios, imponiendo a una parte de la población, obligada a vender su fuerza de trabajo como una mercancía, la tarea de sostener en el ocio y el disfrute a la otra parte.

La Confederación Nacional del Trabajo quiere reorganizar la convivencia social sobre el trabajo para todos y el reparto equitativo de los productos entre todos los miembros de la sociedad.

Solamente el trabajo socialmente útil y socialmente reconocido puede garantizar el consumo de los frutos del esfuerzo humano.

Si en los regímenes económicos conocidos la producción ha sido escindida del consumo, de la satisfacción de las necesidades humanas, a causa de la primacía que en ellos han tenido los privilegios y monopolios particulares, en la nueva convivencia el trabajo tiene una sola misión y una sola razón de ser: la satisfacción de las necesidades, tanto materiales como de orden cultural, del hombre.

Para la estructuración de esas formas de vida, en las que el trabajo será fundamento común y base ineludible de disfrute para todos, la Confederación Nacional del Trabajo toma como punto de partida la célula productiva, el lugar de trabajo, independientemente de la fe religiosa, de la creencia política, de la orientación espiritual y de la residencia de sus miembros.

Si en una organización de tipo político cabe la ordenación de la población en base al lugar de residencia, al culto religioso, a la predilección política, en una sociedad de productores y de comunidades libres, el lugar de trabajo y sus vinculaciones por afinidades funcionales debe sustituir a los órganos resultantes de la institución y de la ordenación estatal: Parlamentos, Municipios, etc.

Sin desconocer la posibilidad de ententes sociales múltiples basadas en afinidades personales, en intereses comunes, en la vecindad, en gustos especiales, su regulación social es innecesaria, pero en cambio es necesaria la regulación económica, que afecta a todos por igual y obedece a una necesidad ineludible. Por eso importa a la C. N. T., en primer lugar, la regulación de la vida económica del nuevo régimen.

Para llegar a ese estado de cosas, aspiración suprema de los desheredados de la riqueza social, hace falta proceder en dos direcciones paralelas y solidarias:

a) La preparación insurreccional, es decir, la organización de la lucha violenta contra los privilegios y monopolios imperantes mediante la huelga general, la ocupación de fábricas, tierras y medios de transporte y comunicaciones, la negativa a producir el capitalismo y a obedecer al Estado y la defensa con todos los medios de las posiciones conquistadas y la ayuda a las regiones en donde las fuerzas del trabajo no hayan conseguido el triunfo.

b) La preparación económica para la suplantación de la dirección financiera de la vida productiva, en interés de minorías privilegiadas, por la dirección de los productores y distribuidores mismos, en interés de toda la colectividad laboriosa.

Plan de reorganización económica

La dirección y el control de la producción en manos de los productores mismos

El lugar de trabajo.—La primera célula productiva, la primera expresión de la economía socializada está en el lugar de trabajo: fábrica, granja, mina, nave, escuela, etc.

El personal todo, manual, administrativo y técnico de cada lugar de trabajo constituye por delegación de sus Secciones un Comité de fábrica, de granja, de mina, etc.

Estos Comités, responsables de sus funciones y gestiones ante el personal que los nombra, y revocables en todo instante, organizan el trabajo en el lugar de su incumbencia.

Los lugares de trabajo se relacionan entre sí por afinidades funcionales en el orden local y crean Secciones o Sindicatos, y esas Secciones o Sindicatos de una industria determinada constituyen una Federación o Consejo de ramo industrial.

Federaciones o Consejos de ramo industrial.—Así, de abajo a arriba, del lugar de trabajo a la vinculación industrial, entendiendo por industria el conjunto de labores que tienden a la satisfacción de una necesidad humana, se constituyen tantas Federaciones o Consejos de ramo como funciones industriales haya en cada localidad. Por ejemplo, Ramo de la Alimentación, Ramo del Tejido y del Vestido, Ramo de la Vivienda, Ramo de la Producción Agraria, Ramo de la Producción Ganadera, Ramo de la Producción Minera, Ramo de la Producción Forestal, Ramo de la Pesca, Ramo del Transporte, Ramo de las Comunicaciones, Ramo de la Fuerza Motriz, la Luz y el Agua, Ramo de la Prensa y el Libro, Ramo de la Industria Química, Ramo de la Industria Metalúrgica, Ramo de la Sanidad, Ramo de la Cultura, Ramo del Intercambio...

Vinculación local.—Las Federaciones o Consejos de ramo industrial se asocian en una Federación Local de organismos de ramo industrial o Consejo local de la economía, en el que se equilibran los intereses particulares de los diversos gremios, se coordina la producción y la distribución, se establece la regulación común y se estudian las excepciones permitidas a esa regulación en el orden local, se centraliza la información estadística y demográfica.

Entrelazamiento nacional.—Del lugar de trabajo parten dos líneas de vinculación permanente hasta llegar a la asociación de todas las fuerzas productivas del país:

a) Una llega por el Sindicato o la Federación o Consejo

de ramo industrial a la Federación Local de Consejos o Federaciones de Industria, de allí a la Federación Regional o Consejo Económico Regional, y de éste a un Consejo Federal de Economía.

b) Otra lleva del lugar de trabajo al Sindicato o Sección, de allí al Consejo de ramo o Federación industrial de la localidad, de ésta a la Federación Regional de la industria en cuestión y de allí a la vinculación nacional de la industria.

Como en la estructuración estatal figura cada habitante de un país en los Registros civiles o en los Archivos militares o en los Catastros de la Hacienda, en la nueva economía serán registrados igualmente, pero no en tanto que ciudadanos, o futuros soldados, o contribuyentes, sino en tanto que productores y consumidores.

El juego espontáneo y natural de esas fuerzas de producción excluye las entidades parasitarias cuya función no aporta ningún beneficio al trabajo útil. Desaparecen así magistraturas, carceleros, policías, ejércitos profesionales, funcionarios del Estado, aparato financiero, rentistas y especuladores, clero.

Regulación del consumo

Productor-consumidor.—Si hasta aquí, entre el productor y el consumidor se han interpuesto factores diversos que absorbieron una parte esencial del producto del trabajo —intermediarios improductivos, valoraciones pecuniarias, resultado de la conservación del salariado, tributos de Estado—, en la nueva ordenación social, así como el productor no es privado de los instrumentos de trabajo, tampoco se escinde del consumidor y constituye una unidad indisoluble con él.

La calidad de productor implica la de consumidor, estando el nivel del consumo condicionado únicamente por las existencias y las posibilidades sociales productivas.

La moneda capitalista es suplantada por el carnet de productor-consumidor, en el cual pueden incluirse, cuando los interesados así lo deseen, los familiares a su cargo —niños, ancianos y enfermos— con igual derecho al consumo que los productores activos.

Mecanismo de la opinión pública

Como contrapeso al organismo económico de la nueva convivencia social, existirá en todo su valor la opinión pública que puede expresarse en estas formas:

1) En el lugar de trabajo, luego en la Sección o Sindicato,

en el Consejo de ramo industrial, en la Federación o Centro local de la economía, y así sucesivamente.

Se entiende que en las asambleas generales de Sección o de Federación industrial o Consejo de ramo tendrán igualmente voz y voto los que están en el proceso productivo y los que, por enfermedad, invalidez, ancianidad, han dejado de estarlo.

2) En las vinculaciones sociales por aficiones comunes, intereses, vecindad, etc. Se emplearán las asambleas públicas, la Prensa, etc., para hacer conocer iniciativas, para recabar decisiones de los organismos productivos.

Cuestión religiosa

Las instituciones eclesiásticas serán suprimidas, y sus bienes socializados, pero se respetarán en los individuos las creencias religiosas y filosóficas que no signifiquen una agresión activa contra las bases fundamentales de la nueva sociedad de productores-consumidores.

La delincuencia

Siendo la delincuencia sobre todo un fruto del orden social que divide a la población en privilegiados y desposeídos, desaparecerá casi por entero con el régimen que la engendra.

Pero considerando que el ser humano entra en la nueva sociedad con vicios de educación y taras morbosas que impiden una perfecta adaptación, en los casos eventuales se procurará vencer las dificultades por la educación intensa para la convivencia igualitaria y por el tratamiento sanitario adecuado en los casos especiales de refractarios a las normas de esa convivencia.

Pero habiéndose evidenciado estériles y nocivos en todos los aspectos los establecimientos penitenciarios, serán radicalmente suprimidos desde el primer instante.

Defensa de la revolución

El aparato armado del capitalismo y del Estado es radicalmente suprimido, y en lugar de los ejércitos profesionales y de los cuerpos policíacos se tendrá un pueblo en armas. Mientras las contingencias eventuales de la contrarrevolución o de la invasión exterior aconsejen el mantenimiento de las armas; mientras no podamos estar todos desarmados, hemos de estar todos armados y tener igual derecho al armamento.

El reconocimiento de las armas implica: el mantenimiento de las fábricas que las producen y de todos los establecimientos que elaboran materias susceptibles de utilización bélica; el adiestramiento en su manejo y su manipulación de quienes deseen asegurar así el triunfo revolucionario.

Sin necesidad de desligarse del proceso productivo, se crearán cuerpos de voluntarios para el adiestramiento y el manejo de las armas; esos cuerpos se vincularán local, regional y nacionalmente, en forma parecida a como hoy se hacen los equipos de jugadores de fútbol, las instituciones de la Cruz Roja, etc.

Pero al mismo tiempo que ha de estarse prevenidos para esa defensa armada de la revolución, ha de tenerse presente que la posesión del aparato económico ha de estar en condiciones de contribuir a esa defensa como tal, negando los medios de comunicación y de transporte, el avituallamiento de víveres y municiones, rehusando todo concurso a la contrarrevolución interna o a la invasión extranjera.

La defensa de la revolución es un derecho y un deber de toda la población, pero la defensa armada será encomendada a cuerpos voluntarios, impidiendo así las creaciones militares, y no eximiendo ese voluntariado, salvo en las campañas imprescindibles y de duración, de prestar su contribución cotidiana a los lugares de producción.

El peligro para la revolución puede ser diverso:

- a) Contrarrevolución interior de los intereses lesionados por la economía comunista.
- b) Invasión exterior de potencias enemigas.
- c) Bloqueo comercial.

En esas emergencias, la contrarrevolución interior ha de ser suprimida por todos los medios y sin ninguna consideración para los contrarrevolucionarios.

En caso de guerra exterior, la revolución apelará a la solidaridad del proletariado de los países invasores, estimulando la rebelión de las víctimas de la tiranía capitalista y estatal en todas partes, en metrópolis y colonias, y defenderá el territorio revolucionario invadido con todos los medios de la resistencia popular y de la acción armada.

En caso de bloqueo se reducirán ciertos consumos mientras el aparato industrial y técnico no consiga sucedáneos de aquellos artículos, materias primas o máquinas que hagan falta.

Nombramiento de una Ponencia de redacción

Considerando que la discusión en detalle de las sugerencias hechas por los Sindicatos para el octavo punto del orden del día podrían absorber todas las sesiones del Congreso, y

que la importancia de este asunto requiere una elaboración esmerada, el Sindicato de Artes Gráficas de Barcelona propone el nombramiento de una Ponencia de redacción que reciba las sugerencias orales y escritas y dé forma a un trabajo expositivo lo más completo posible, en un plazo que no podrá exceder de un mes a partir de la terminación del Congreso.

Por la Ponencia:

A. Martínez, Germinal Suárez, B. Castillo y D. A. de Santillán.

6.c) El Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo *

La primera quincena de mayo fue dominada casi enteramente en España y especialmente en los ambientes obreros y campesinos por el gran congreso de la Confederación Nacional del Trabajo. Tenía lugar al mismo tiempo el nombramiento del nuevo presidente de la República, y ha sido necesario todo el boato oficial obligatorio para dar a ese acto un poco de lustre. De lo contrario hubiera pasado totalmente desapercibido. Y es que el buen sentido del pueblo ha comprendido que los acuerdos del Congreso obrero tenían infinitamente más trascendencia que el cambio de las altas magistraturas del Estado. El comicio de Zaragoza y la concentración del 10 de mayo no han necesitado ningún aguijón oficial, ninguna pompa externa, ningún reclame para atraer la mirada anhelante de millones de proletarios y para que fueran saludados como heraldos de una nueva era.

Un millar de sindicatos estuvieron representados por cerca de 700 delegados, representando unos 600.000 adherentes. La distancia, la crisis económica, otras causas diversas, han impedido que la representación fuera más nutrida. Pero las listas de los sindicatos representados y las de los no representados, pero adheridos, dicen bien elocuentemente que la Confederación Nacional del Trabajo, a quien han querido suprimir por todos los medios de la violencia, del terror, de las persecuciones, blancos y negros, izquierdistas y derechistas, goza de muy excelente salud. Nosotros lo sabíamos, pero hacía falta una demostración pública que patentizara ese hecho ante el gran mundo, y esa demostración la hemos tenido con el congreso y con el mitin del 10 de mayo en Zaragoza.

* *Tierra y Libertad*, núm. 20, 22-V-1936. Sin firma.

Quisiéramos que amigos y adversarios se dieran cuenta de todo el valor y del significado de la C. N. T. y adquirieran unos mayor conciencia de la gran responsabilidad que nos incumbe y advirtieran otros la esterilidad de la política de represión para sofocar un movimiento de justicia como el nuestro.

El pleito de los sindicatos de oposición

Mencionaremos los acuerdos más importantes y de mayor trascendencia.

En primer lugar, la liquidación de un pleito interno que no debió haberse producido y que había abierto deplorables abismos entre las fuerzas organizadas de la C. N. T. En lo sucesivo no habrá sindicatos de oposición, sino una sola C. N. T., integrada por todos los que aman la revolución proletaria y comprenden que no puede ser obra de partidos políticos, sino de los trabajadores en tanto que tales. Del sentimiento que primaba respecto de este problema, da una idea la unanimidad casi absoluta y el clamor de entusiasmo con que fue saludado el acuerdo del reingreso de los sindicatos escindidos en la Confederación.

Por nuestra parte solamente cabe expresar la íntima satisfacción con que hemos recibido esa decisión. No es tanto el refuerzo de esos 50 ó 60 mil agremiados en los sindicatos de oposición lo que nos alegra, como la significación moral de la superación de ese pleito interno.

Alianza revolucionaria

Los acontecimientos de Asturias no han pasado en vano, como no lo fueron las experiencias de Italia, de Alemania, de Austria. Se ha planteado con una claridad cada día más deslumbradora que la democracia ha fracasado en todas partes, sin excluir a España; que sin un profundo cambio económico y social, media humanidad está destinada a la muerte prematura en las filas interminables de la desocupación o en guerras insensatas y criminales; que la democracia no sólo es impotente para garantizar a los pueblos condiciones viables de existencia, sino que es además incapaz de sostener las posiciones conquistadas y debe arriar banderas en favor de los llamados gobiernos fuertes, de las dictaduras fascistas.

Ven hasta los más miopes que España no tiene otras perspectivas que éstas: o avanza hacia una nueva ordenación económica y social en el sentido de la justicia, o ha

de dejar plaza al advenimiento del fascismo o de corrientes fascizantes.

Frente a ese dilema, por parte de los trabajadores no cabe elección. Y por encima de las diferencias que les separan, por sobre las concepciones que les inspiran, han visto que es posible una defensa común frente al peligro común, y si intereses extraños a los auténticamente obreros no intervienen, el acuerdo se hará. ¿Que el acuerdo revolucionario de los trabajadores implica la lesión de arraigados sentimientos de poder de partidos que cifran todas sus esperanzas en hacer servir a sus fines particulares la fuerza de las organizaciones del trabajo? Los tiempos que corren no son para nadar entre dos aguas ni para contentarse con las medias tintas. ¿No se hablaba por ahí tanto de «frente único», ponderando las excelencias del buen acuerdo de los explotados, de las víctimas del capitalismo? Pues ahora la C. N. T., olvidando muchas cosas, haciendo tabla rasa de un pasado poco favorable a la fraternización, propone la forma más viable de entente y de acción conjunta de todos los trabajadores. Si los intereses privados de los dirigentes de los partidos políticos que tienen ascendiente en una parte de los organismos obreros malogran la realización de ese acuerdo de los productores, allá con su responsabilidad ante la historia y ante su conciencia. Pero por parte nuestra es preciso no abandonar la plataforma de lucha revolucionaria aprobada en el congreso reciente; tarde o temprano, y ojalá que aún sea temprano, las masas laboriosas encontrarán el camino del acuerdo, pasando por sobre sus jefes y rompiendo con sus prejuicios y con los odios artificialmente amamantados.

Si la C. N. T. y la U. G. T. llegasen a concertar el pacto de acción revolucionaria conjunta, ¿qué podría ya el fascismo en España, y qué podría resistir ya el cadáver de la democracia? El acuerdo es la revolución social; el desacuerdo es el triunfo del fascismo. ¿Ha de sacrificarse la revolución al fascismo por el interés particular de unos cuantos diputados o por la ambición funesta de unos cuantos aspirantes a ministros de la burguesía?

Pronto sabremos a qué atenernos.

Interpretación confederal del comunismo libertario

Hemos de advertir una cosa importante: el punto a debatir estaba mal enunciado. No es una definición del comunismo libertario lo que debía dar el congreso de la C. N. T., porque esa definición se ha dado por lo menos desde el

año 1876, es decir desde hace sesenta años, con una claridad insuperable. Lo que importaba era una aplicación al momento actual de España para demostrar su viabilidad.

No hemos de ocultar que, a pesar de la extensión del dictamen de la ponencia nombrada, es la parte que menos nos ha satisfecho del magno congreso. Hay mucha oscuridad, no pocas contradicciones, afirmaciones que denotan más que nada prisa excesiva, comprensión insuficiente de los problemas de la nueva estructuración. La intención ha sido magnífica, y nosotros estamos seguros que lo que no se supo realizar literariamente se sabrá *hacer* si llega la hora propicia. Estamos seguros de que nuestro movimiento será siempre más capaz de operar en el terreno de los hechos que en el sentido de la exposición y definición de ideas. El comunismo libertario es sentido profundamente como una suprema esperanza, y ya con ese sentimiento se puede edificar en firme.

Tendremos ocasión de detallar nuestras objeciones a ese acuerdo, que felizmente parece que no es firme, pues ha de ser nuevamente redactado por una ponencia especial. El congreso dio el primer paso práctico; ahora corresponde a los compañeros todos meditar un poco más serenamente y aportar los argumentos necesarios para que esos lineamientos generales puedan ser de eficacia propagandista y reflejen una verdadera comprensión de los problemas revolucionarios.

Pero esto no resta al congreso confederal de Zaragoza su alto valor y su gran significación. Ha sido oportuno y ha servido para medir la propia fuerza y recoger las experiencias de los últimos años y despertar a nueva vida muchas esperanzas en las grandes masas explotadas y oprimidas.

Lo hemos dicho en octubre y lo volvemos a repetir ahora: sin la C. N. T. es un absurdo la revolución en España, y contra la C. N. T. una locura.

La desocupación

Como paliativo inmediato, no como solución del problema de la desocupación, que no es posible en el régimen capitalista, el congreso ha decidido abogar por:

1.º Semana de treinta y seis horas, sin disminución de sueldos y aumento de la ocupación de brazos en proporción a esa disminución.

2.º No consentir el cierre de industrias, incautándose los sindicatos de las que se cierran para explotarlas en común.

3.º Abolición de la duplicidad de empleos o profesiones fijas y eventuales.

4.º Abolición del trabajo a destajo, primas y horas extraordinarias.

5.º Constitución de Bolsas de trabajo dentro de los sindicatos.

6.º Reclamar del Estado, municipios y diputaciones la intensificación de obras de carácter nacional, municipal o provincias, como puentes, puertos, canales, repoblación de montes, urbanización de las ciudades, higienización de las viviendas y de todas aquellas obras productivas, con salarios de tipo sindical a cargo de los presupuestos ordinarios y extraordinarios de estas instituciones.

7.º Retiro obligatorio a los 60 años para los hombres, y a los 40 para las mujeres, con el 75 por 100 del sueldo.

6.d) Mirando al porvenir: organización comunal y organización del trabajo *

Comunalismo y comunismo

Para muchos, la confusión entre comunismo y comunalismo es evidente. Sin embargo, son conceptos diversos e independientes. El comunismo es una doctrina económica que quiere poner la riqueza social en común para su distribución y su disfrute equitativo por todos. El comunalismo es un tipo de organización política que hace de la comuna, del municipio, un centro predominante o, por lo menos, de mayor predicamento que en las condiciones actuales. Por un lado, se toma el lugar de trabajo; por otro, el lugar de residencia; por un lado, se reconoce al productor; por otro, al ciudadano.

Se puede ser comunalista sin ser de ninguna manera comunista, como se puede ser comunista sin ser comunalista, aun cuando también las dos formas pueden coexistir. Llevados por la confusión a que nos referimos, se ha sostenido la comunalización de la propiedad por anarquistas que no ven claramente la diferencia que existe entre comunismo y comunalismo, entre socialización de la riqueza y su propiedad monopolista —individual, comunal o de Estado.

El parecido de las palabras ha favorecido a menudo confusiones de esa especie a que es preciso poner término.

No es una organización de tipo político, sobre la base de

la ciudadanía, la que queremos poner en lugar de la organización política vigente: queremos que la sociedad se rija en sus relaciones permanentes y en sus acuerdos estables por el conocimiento de un hecho innegable: el trabajo como fuente de producción y de disfrute. Las otras relaciones espontáneas de la convivencia social deben quedar a merced de los interesados, que formarán tantas asociaciones como propósitos persigan y en tantas direcciones como quieran. No se constituirá, en lo social, una sola organización, parlamento, municipio, sino una multiformidad de organizaciones y asociaciones. Aun cuando, por temperamento, se puede ser misántropo y rehuir con los semejantes las relaciones sociales, de amistad y de cooperación voluntaria. Lo que no podemos eludir, aun siendo misántropos, es el esfuerzo productivo, la contribución personal a la riqueza social de que hemos de ser consumidores y usufructuarios.

El desarrollo cultural a que hemos llegado impone la necesidad de un nivel y de una técnica de producción y de distribución determinados. Sin esas condiciones hay que renunciar a mil necesidades, hoy tan importantes, como el pan de cada día. Por consiguiente, hemos de contribuir todos a esa labor socialmente necesaria, dar nuestro tributo, no al parasitismo estatal o capitalista, sino a los lugares de producción. Después de haber cumplido en ese terreno nuestro deber y nuestro derecho, haremos de nuestros ocios y de nuestra personalidad lo que nos dé la gana, aislada o colectivamente.

Comunalismo libertario

A partir sobre todo de la Comuna de París, de aquel gesto grandioso que ha pasado a la historia, más que por lo que pudo significar, por la represión despiadada de que fue objeto y por el asesinato brutal de 30.000 comunalistas, los anarquistas hicieron una vasta propaganda de exaltación de la Comuna. Y la idea de las comunas libres, como respuesta al Estado centralizador, se afirmó de un modo casi general en nuestros ambientes. Se aceptó como algo definitivo que la comuna libre sería nuestra respuesta al estatismo, aun cuando alguno de los nuestros ha advertido que con el sistema del 18 de marzo de 1871 se habrían tenido en Francia, en lugar de un Estado, 36.000 Estados, opresores y tiránicos también. Pero el fin trágico de aquella insurrección ha puesto freno a la crítica, y aún falta una verdadera historia que ilumine el significado y delimite el valor político, económico y social de la Comuna de París.

* *Tierra y Libertad*, año VII, núm. 18, 8-V-1936.

Tenemos en España la tradición de las comunas y de la propiedad comunal, con sus fueros locales; tenemos el recuerdo de los municipios que trataban de igual a igual con el monarca y se avenían a la prestación de tales o cuales servicios a cambio de regalías, cartaspuebla, privilegios. Y antes de la Comuna de París hemos tenido las luchas valerosas de los comuneros de Castilla, las germanías de Valencia, etc. ¿Quién que ame la libertad no se siente conmovido por el fin que tuvieron aquellos esfuerzos para defender la vida local contra el Estado nacional unitario que acababa de aparecer?

Frente al aparato estatal absorbente caben todos los recursos posibles de resistencia, y el más eficaz puede ser la comuna, el municipio, la independencia de la vida local.

Si hubiéramos de hacer una autocrítica, refiriéndonos al anarquismo español, como también al anarquismo mundial, haríamos ésta: la de no haber sabido continuar y afirmar la oposición al estatismo centralista, por medio de las comunas, de la resistencia local, de la creación de focos de vida independiente y adversos a la nivelación y castración por el Estado. España habría ofrecido un terreno abonado para esa obra porque la favorecían sus tradiciones. Pero no se hizo nada, y hemos quedado con los brazos cruzados viendo como nuestro enemigo fundamental, el Estado, acrecentaba y fortificaba su aparato de opresión, consintiendo pasivamente el ensanchamiento incesante de su esfera de atribuciones. Ahí tenemos ahora las consecuencias.

Nuestra beligerancia activa en las comunas habría evitado esa floración bastarda del nacionalismo regional, reaccionario y tiránico como todo nacionalismo. Y lo que se hubiese conseguido en el sentido de restar funciones, atribuciones y derechos al Estado central habría redundado en beneficio de la lucha por la libertad y por el progreso social.

Somos, pues, entusiastas de todo localismo, de toda oposición comunal o municipal al centralismo de Estado. Y consideramos como precursores de nuestro esfuerzo los movimientos de rebelión de las comunas en los siglos pasados contra las invasiones crecientes del estatismo y del unitarismo político.

Además la comuna era fortalecida en su significado de refugio posible y de baluarte contra el centralismo estatal, por el hecho de ser económicamente autónoma en casi todo. La comuna podía sostenerse en tiempos que ya no volverán como comuna libre, porque se bastaba a sí misma en economía. Pero hoy ni siquiera en Las Hurdes se encuentran

comunas económicamente libres, autárquicas. Se conservan sólo como órganos administrativos dependientes del aparato del Estado. Ni siquiera las federaciones regionales de comunas tendrían valor económico de autonomía.

Se puede sostener la superioridad de la administración local autónoma, del máximo de independencia comunal en cuanto a convivencia política frente al Estado, pero desde el punto de vista económico nadie sostendrá que la comuna es aconsejable y viable. Se pone en tela de juicio que sea viable todo un país, sin el concurso inmediato y permanente de todos los países con los cuales ha de establecer intercambios de productos y manufacturas.

En resumen, si económicamente la comuna no tiene existencia real, y si políticamente sólo es deseable como oposición al centralismo del Estado, en una estructuración social que supere el organismo estatal, ¿qué misión y qué función básica podemos atribuir al lugar de residencia como para cimentar en él los planes de la nueva vida? En el régimen presente habría que reivindicar el máximo de autonomía municipal, como luego habríamos de luchar, frente al municipio, por la significación de las asociaciones de barrio, vecinales, para oponerse al absolutismo municipal. Pero superado el Estado, destruido ya económicamente por el desarrollo de la vida moderna, no tiene más significación que la que pueda tener el hecho de habitar diez, veinte o cincuenta familias en la misma casa, como ocurre hoy en todas las ciudades.

El lugar de residencia no implica una relación social y personal de vecino a vecino. ¿Quién de nosotros no ha vivido años enteros en una casa sin ver la cara ni saber el nombre del habitante del departamento que da frente al nuestro o está al lado? La comuna, una vez desaparecido el Estado, puede ser eso: lo que es una casa de inquilinos en las grandes ciudades. Los habitantes buscarán sus relaciones de una manera multiforme, por afinidades, por temperamento, por gustos especiales, sin medir la distancia, y en lo económico se concentrarán, por oficios o labores, en los lugares de trabajo.

Las arcadias pastorales son del dominio de la poesía. Aquella felicidad de las comunas no ha existido más que en la fantasía de los que no conocieron sus miserias y privaciones. El bienestar y la holgura han de buscarse por el camino del aumento de la productividad y de su distribución equitativa, en la estrecha coordinación de todos los recursos humanos y técnicos para que rindan el máximo de utilidad.

El lugar de trabajo

Nos oponemos al capitalismo, que es la organización de la economía en beneficio de capas privilegiadas, monopolistas, propietarias.

Nos oponemos al estatismo, que es una resultante, primero, de la defensa de los privilegios de los propietarios, y, luego, un privilegio en sí, a cuyo sostén se sacrifica la parte mayor del producto del trabajo humano.

Queremos una sociedad en donde el trabajo, socialmente necesario, sea un derecho y sea un deber, y en la que el derecho no exista sin el deber. No excluimos de ese deber más que a los enfermos, a los inválidos, los ancianos y los niños; pero las categorías sociales, políticas y económicas improductivas no están en el mismo caso, y se les puede rehusar el derecho al consumo, al uso de la riqueza social si no cumplen el deber de contribuir a su elaboración.

En lugar del ciudadano, tomamos al productor como base de la nueva sociedad. Un productor que es consumidor simultáneamente. Entre el productor y el consumidor hay, en el régimen capitalista, una larga distancia de intermediarios improductivos, y del producto del trabajo no llega por causa de ese largo trayecto al productor más que algún escaso resto de la mesa de los privilegiados.

En lugar del municipio o del parlamento, vestigios frosos de la democracia, que se ha evidenciado inepta para reflejar las necesidades, sentimientos e ideas de la población, tenemos el lugar de trabajo, la fábrica, el taller, la mina, la escuela, etc.

Pretendemos la organización del esfuerzo socialmente necesario, la organización funcional, que puede reflejar fielmente los acuerdos de los núcleos productivos. En lugar del Estado, del municipio, que es su equivalente, no necesitamos poner nada más que la libertad completa de asociación y de relaciones.

Sobre esa conquista de los lugares de trabajo podrían ponerse de acuerdo todas las fracciones del socialismo y restablecer la unidad rota por la funesta desviación hacia la política de Estado. En política podemos tener opiniones distintas, como en religión, como en filosofía; pero en economía todo el socialismo conviene en la necesidad de la expropiación de los expropiadores, en la conquista de la riqueza social para la administración y consumo o usufructo por los que la producen. Tomemos lo que nos une y comencemos la obra; ya veremos luego lo que nos separa.

6.e) La defensa contra el fascismo no puede ser obra del Gobierno, sino de la acción proletaria y revolucionaria *

Política de avestruces

No están muy lejanos los tiempos en que, aun en nuestros medios, se quería dudar de la existencia del fascismo en España como fuerza digna de tenerse en cuenta. Se solía salir del paso diciendo que España es así o así y que semejante mentalidad no cuajaba, ni podía cuajar, en ella. Se argumentaba que se miraban las cosas a través de cristales de aumento, que el peligro era un simple fruto de la imaginación. El que más y el que menos escondía la cabeza bajo las alas y se rehusaba a ver la realidad y a afrontarla debidamente. Nos cabe la triste satisfacción de no haber compartido esos criterios y de haber afirmado siempre que el fascismo es posible en España como en la Cochinchina, que no es cuestión de raza ni de clima, que se trata de una última tentativa desesperada del capitalismo para afianzar sus posiciones insostenibles, que la política del avestruz ante el peligro podía sernos nefasta y que era conveniente abrir los ojos y obrar serena y reflexivamente para que esas formas de reacción no se adueñasen de la vida política y de los instrumentos del mando.

Desde que nosotros hablábamos así, exhortando a seguir con atención el desarrollo de los gérmenes entonces apenas ofensivos del fascismo, han pasado más de dos años y ya no es un secreto para nadie que el fascismo existe, que ha comenzado su ofensiva, que tiene arraigo en todo el señoritismo ocioso de ciudades y aldeas, en los cuerpos policíacos, en el ejército y hasta en algunos trabajadores extraviados.

Es necesario presentar las cosas como son y no velarlas ni con optimismos ingenuos ni con colores de tragedia irremediable.

Para vencer un mal, lo primero que hace falta es conocerlo. Y el fascismo, que es uno de los peores males que puede caer sobre una colectividad, está ahí, en lucha abierta, afrontando las persecuciones del momento, dando la cara, llenando las cárceles, preparándose en todos los terrenos.

* *Tierra y Libertad*, núm. 19, 15-V-1936. Sin firma.

Grandes recursos financieros

Tiene el fascismo en España de su parte factores que no han tenido, ni podían tener nunca, las fuerzas sociales revolucionarias de los trabajadores: grandes recursos financieros, el apoyo y la dirección de técnicos políticos y militares, el respaldo del clero todavía poderoso y agresivo en España, una influencia innegable en todas las esferas de la administración del Estado, en la alta industria. Compárese el material bélico con que hemos querido afrontar en enero y diciembre de 1933 la lucha contra el poder del Estado, con el que tienen a su disposición los fascistas o con el que pueden tener. Los que conocen algo de este aspecto del material de la preparación insurreccional saben los milagros que puede hacer el dinero, y además la eficacia de una buena dirección técnica de los elementos de lucha. Para el clero, las altas finanzas, los latifundistas, los grandes empresarios, nada significa la dedicación de unos cuantos millones de pesetas a armar las huestes que han de fortalecer sus privilegios y defender sus posiciones contra el avance de la revolución. Se hacen la cuenta de que es preferible desprenderse de algo ahora que no tener que perderlo todo mañana.

Tanto en el Gobierno central como en el de Cataluña hay hombres que han conspirado en tiempos de la monarquía o que han estado cerca de la conspiración, y no ignoran muchas cosas. No ignoran que la cuestión de disponer en España, como en cualquier parte, de un buen armamento, tan bueno como pueda ser el del propio Estado, sólo depende del dinero. Y el fascismo tiene dinero, todo lo necesario. Y las cartas que hay en juego son demasiado importantes como para restar importancia a lo que puede significar para los privilegios económicos, políticos, religiosos y sociales el triunfo del proletariado.

La burguesía, la casta militar, el clero, las instituciones policíacas, defenderán sus posiciones, y las defenderán sin reparar en sacrificios materiales. ¡Peor es perderlo todo! —tal es su cálculo.

El antifascismo gubernativo

Momentáneamente hay en el Poder un Gobierno formado por partidos a quienes por razones de competencia política no interesa el advenimiento del fascismo. Y se pone en marcha la máquina policíaca y judicial para oponer trabas

a las organizaciones fascistas, persiguiendo y deteniendo a sus hombres. Pero los gobiernos pasan, y lo que ha de quedar, queda. ¿Cuántos gobiernos no hemos visto pasar nosotros, a pesar de que habían jurado aniquilarnos? A cada paso se nos ha declarado fuera de la ley, caza libre para los lebreles del estatismo; hemos llenado todas las cárceles y presidios. ¿Y qué? Los gobiernos pasan, y lo que ha de quedar, queda. Pasarán los gobiernos de izquierda y quedará el fascismo, si frente a él no se levanta en defensa activa otra fuerza que la fuerza gubernativa.

¿En qué país han impedido los gobiernos, cualquiera que fuese su color, el triunfo fascista, cuando el fascismo adquirió en ellos formas realmente agresivas? Los gobiernos, *volens volens*, han sido todos los incubadores del fascismo, porque una cosa son los ministros eventuales y otra el aparato burocrático, policial y militar. El ministro puede dar las órdenes que quiera, el Parlamento legislar lo que le dé la gana; si la burocracia y la policía se resisten, con esa invencible resistencia pasiva que les es propia, las órdenes quedan incumplidas y las leyes quedan en la *Gaceta*.

Ahora bien, a pesar del aparente cambio del 14 de abril de 1931, la policía, oficialidad militar, burocracia, etc., siguen siendo profundamente monárquicas y afines de cualquier corriente fascista o fascizante. El Gobierno de Azaña ha destituido y castigado a unos cuantos jefes militares, ha ordenado la disponibilidad forzosa de algunos altos mandos de la Guardia civil, etc. ¿Quién espera que con eso ha de poner siquiera una débil piedrecita al paso del carro triunfal de la reacción que tiene sus tentáculos en todos los órganos gubernativos?

La única defensa

Si los trabajadores mismos, todos, sin distinción de orientación política, de organización sindical, no se defienden y no atacan, tendremos fascismo en España. Pero las experiencias internacionales han debido hacer ya su mella en sectores que, sin ellas, no habrían movido un dedo. El socialismo español era la negación del insurreccionalismo, de la lucha armada, de las audacias revolucionarias. Algo ha cambiado, al parecer. ¡Por la cuenta que le tiene! El fascismo no sólo es enemigo nuestro, es enemigo también del socialismo político, es enemigo de las izquierdas liberales. Para triunfar habrá de arrasarlo todo. Y lo arrasará si no se organiza de antemano seriamente, sin precipitación, pero con método y a conciencia, la ofensiva proletaria y revolucionaria.

La socialdemocracia y el partido comunista alemán confiaron a las urnas la acción suprema contra el hitlerismo; los socialistas austríacos recurrieron a las armas cuando era ya demasiado tarde. En España es posible que no se hayan perdido del todo los ejemplos de Italia, de Alemania y de Austria. Pero la participación más o menos influyente de un sector tan importante como la U. G. T. en la vida del Gobierno republicano, a través de sus dirigentes, nos hace temer que se ponga en el Estado una fe suicida y que se pida a la Guardia civil y a la policía que defiendan a España contra el fascismo, hasta que sea demasiado tarde y luego la ofensiva directa sea estéril.

Lo que hay que hacer

No es hora de dudar sobre lo que cabe hacer. Se puede hacer todo, menos cruzarse de brazos. Entendemos que para una acción eficaz contra el fascismo ha de propiciarse la acción conjunta de todo el proletariado. Pero sin perjuicio de lo que se logre en ese terreno, como anarquistas tenemos ya sobrada tarea para no echarnos a dormir en espera de que la policía gubernativa salve a España del peligro fascista. Confiamos en que no hemos de estar solos en la lucha, pero no obstante debemos obrar desde ahora como si lo estuviéramos, como si todo dependiese de nuestra acción, de nuestra ofensiva. ¿Es que se ha estudiado ya la forma de defensa y de ofensa? Pensemos que estamos solos, y que solos hemos de afrontar la contienda. Y no perdamos un minuto inútilmente. Hay posibilidad enorme de actuación eficaz. Lo que importa es que cada cual sepa lo que puede hacer y dónde y que ningún puesto vital quede vacante mientras haya con quien llenarlo. Somos los anarquistas lo suficiente numerosos para confiar también en la propia fuerza como tales. Urge trazar las líneas de la acción antifascista y movilizar todas nuestras posibilidades. La F. A. I. ha de estar en la primera línea desde ahora mismo; su ejemplo servirá a las grandes masas de la Confederación Nacional del Trabajo para fijar a su vez la posición de lucha que corresponde, y a ejemplo de la C. N. T. obrarán, estamos convencidos de ello, todos los trabajadores españoles, cualquiera que sea la organización o tendencia a que pertenezcan. Nosotros anhelamos ese buen acuerdo proletario y revolucionario, pero la fe mayor la tenemos en la propia fuerza anarquista. Es ella la que tiene el deber y la responsabilidad de señalar el camino y de dar los primeros pasos.

6.f) La revolución hace su camino *

Lo que flota en el ambiente y va arraigando de un modo sereno pero firme en todos los espíritus, bien podemos comentarlo a la luz pública.

La revolución hace su camino; y no hace falta para ello esmerarse en fuegos artificiales de retórica o de libelismo incendiario; es un alud que va engrosando su masa a cada pulgada que avanza. Si Andalucía en 1931, si el 8 de enero y el 8 de diciembre de 1933 en diversas regiones de España hicieron posible el planteamiento de octubre de 1934, octubre representa un nuevo jalón, un nuevo punto de partida. Muchos sacrificios, mucha sangre, muchos dolores ha costado aquel movimiento, pero no ha pasado en vano. Ha hecho más octubre por el progreso de la revolución en España de lo que hubiéramos podido hacer todas las fuerzas de la izquierda social con toneladas de papel y millares de mítines monstruos.

En poblaciones hasta ahora inaccesibles para las ideas emancipadoras, feudos del cacique y del cura, se están organizando sindicatos, juventudes libertarias, grupos de la F. A. I., organizaciones socialistas. Y todo se hace como por generación espontánea, por impulso propio de las masas laboriosas que presienten con buen instinto la hora suprema de la justicia.

El Gobierno tiene en jaque todos sus recursos policiales y judiciales para reprimir las huelgas que estallan por todas partes. Pide que se le tenga compasión, que se ponga freno a esos movimientos, que no se le creen dificultades mayores de las que ya tiene. Sin embargo, esas huelgas no son lo más interesante ni lo más esencial de la revolución en marcha. Casi casi nos atreveríamos a decir que más bien estorban a la revolución, aunque aparentemente mantienen la agitación social, la efervescencia de la calle. La revolución avanza en calma, invade los espíritus, domina los corazones, se presenta a todos los que sufren como el reino de la justicia, de la paz, del trabajo y del pan seguros. No necesita gritos, ni demostraciones, ni exhibiciones, ni algarazas. Estas se pueden suprimir, obstaculizar, dificultar por medidas de gobierno, por intervenciones de la policía. Pero a la idea que penetra silenciosamente en los hombres, conmueve sus viejas creencias, derrumba en ellos su fe y su rutina y les hace mirar cara a cara el porvenir, a esa idea

* *Tierra y Libertad*, núm. 22, 5-VI-1936. Sin firma.

no se le echa mano, aunque corran tras ella todos los tercios de la Guardia civil.

En los períodos de propaganda, de proselitismo, para la cohesión, la vigorización, la difusión del movimiento revolucionario hacia falta ruido, frondosidad, mucho papel impreso en tonos de energía arrebatadora, mucha oratoria de fuego. Ahora todo eso parece anacrónico. Ante la revolución que va tomando cuerpo en España de una manera tangible, nuestros recursos parecen insignificantes. No hace falta que incitemos a la rebeldía, que toquemos a rebato las campanas de la revuelta; más bien hace falta ahora que nos compenremos de la gravedad de la hora, adquiriendo plena conciencia de la responsabilidad que nos incumbe, dejando a un lado todo lo que es pequeño, todo lo que es fútil, todo lo que es susceptible de distraernos del gran objetivo y aprestándonos a contribuir a la causa de todos, a la revolución social, que por serlo no es asunto privativo de ningún partido, de ninguna organización, sino del pueblo, de los trabajadores, de los amantes de la justicia.

La revolución ha salido ya de los cauces de los partidos y de las organizaciones revolucionarias. A eso hemos aspirado siempre; ahora está en el pueblo, se comunica de uno a otro, a hombres y a mujeres, a niños y a ancianos. ¡Está en buenas manos! Cuando es propaganda, cuando es agitación, cuando es puramente doctrina, pertenece a los partidos, a los movimientos, a las organizaciones; cuando es sentimiento, cuando ha de ser acción colectiva pertenece a las grandes masas, al pueblo entero. Y si ha de ser fecunda, si ha de dar los frutos anhelados, debe seguir siendo del pueblo, y no reducirse en sus posibilidades al dejarse monopolizar por un partido. Equivaldría a su muerte, como en Rusia.

Los anarquistas tenemos en esta hora un papel importantísimo que desempeñar. No necesitamos ya oficiar de atizadores de la rebelión, como otras veces. La rebelión no la contiene ya nadie, a no ser la traición y el engaño de los mismos que se dicen revolucionarios. Lo que hace falta es velar porque la revolución social, de todos, no se convierta en revolución de algunos y para algunos. **ES PRECISO QUE LO QUE ES DEL PUEBLO QUEDE EN MANOS DEL PUEBLO, Y QUE SEA EL MISMO QUIEN OBRE, QUIEN DETERMINE, QUIEN RESUELVA. QUE SUS ACIERTOS O DESACIERTOS SEAN SUYOS, QUE SUS RECTIFICACIONES O RATIFICACIONES SEAN SUYAS, QUE LA REVOLUCION SEA SUYA.**

Además, frente a las minorías defensoras de los privilegios, cabe la lucha de minorías enemigas de esos privilegios.

El pueblo va por lo que le pertenece, está en el ánimo de todos, flota en el ambiente. Seámosle útil en ese justísimo empeño, preparándonos sin perder un instante para secundar sus propósitos, para estar a su lado en el peligro, para defenderle y protegerle con nuestros cuerpos, con nuestra audacia, con el mejor conocimiento posible de los puntos vulnerables de la vieja organización social y política.

El adversario no abandonará el terreno sin combatir. Es verdad que ante un movimiento del pueblo se quebrantan infinidad de recursos, se rompen los resortes de multitud de funciones estatales. No obstante habrá lucha, habrá defensa encarnizada de los privilegios. Pues bien, en esa lucha nosotros hemos de ocupar el primer puesto, aunque no sea más que para conservar el suficiente ascendiente y la suficiente fuerza para impedir que al pueblo, bajo ningún pretexto, se le prive de lo suyo.

Desde que llegó la República, no creemos que se haya vivido tan intensamente como ahora en España en la atmósfera revolucionaria. Y no por esas oleadas de huelga que estallan en los centros obreros más importantes, sino por esa otra obra silenciosa que se va abriendo camino y va poniendo del lado de la justicia a centenares de millares y a millones que hasta ahora, por ignorancia, soportaban la esclavitud y la tiranía.

Somos optimistas, a pesar de ser los primeros en valorar lo que la corriente fascista significa en España. Y somos optimistas porque esta vez la revolución no es cosa de partido, de organización, de clase (en el sentido de categoría social restringida), sino cosa del pueblo, de las grandes masas. Por causas que no hemos de detallar aquí, la revolución en España había sido hasta aquí cosa nuestra, de los anarquistas. Ahora es de todos, es la causa de la España del progreso contra la España del oscurantismo, de la mentira, de la miseria. ¿No hemos de sentirnos satisfechos?

**7. EL ANARQUISMO, LA GUERRA
Y LA REVOLUCION**

7.a) ¿Anarquistas en el Gobierno o anarquismo gubernativo? *

La experiencia española

Todavía es prematura la consideración sobre el porvenir de nuestro movimiento después del triunfo. La rigidez dogmática —que hemos combatido tan acremente con todos los medios a nuestro alcance— era algo artificioso, un cuerpo extraño en nuestro bello ideal y en la flexibilidad que requiere todo pensamiento vital para expandirse y afirmarse en los hechos de cada día. Por eso justamente hemos visto desaparecer, en la Revolución española, en muy pocos días, todo aire de hieratismo, y afrontar una realidad nueva con un criterio ajeno a todo concepto. ¡Ya llegará el momento oportuno para que, los que puedan, extraigan las lecciones y las conclusiones que emanarán de nuestra actitud a partir del 19 de julio! ¿Una revisión de nuestros principios y tácticas? En nuestro fuero interno no hemos sentido un rompimiento con nuestro pasado. Seguimos siendo los mismos y creyendo, como antes, que la liberación económica, política y espiritual es la meta suprema hacia la cual debe encauzarse el desarrollo de la Humanidad. Tenemos la suficiente honestidad interior para confesar los propios errores y deficiencias, y si tuviésemos algo fundamental de que arrepentirnos, alguna rectificación básica que proponer, no callaríamos seguramente.

Para quienes habían superado viejos dogmas aferrándose a dogmas nuevos; para quienes abatieron viejos ídolos y se vieron en seguida prosternados ante nuevos altares, el cambio puede haber sido brusco y anómalo. Los que soñaban con transformaciones palingénicas, con milagros revolu-

* *Tiempos Nuevos*, año IV, núms. 5-6, mayo-junio 1937.

cionarios no habrán estado, ciertamente, contentos de nosotros. Pero para los que habíamos vencido la etapa de las creencias dogmáticas, para los que sabíamos que el progreso social puede tener convulsiones y agitaciones, pero que es lento, gradual y no siempre uniforme en toda la línea; para los que no ignorábamos que la Revolución va más allá del cambio de nombre de las calles y de la práctica de una vindicta más o menos justificada en los primeros momentos, pero nociva cuando se sistematiza y prolonga, los acontecimientos de la Revolución y de la guerra en España y la actitud de los anarquistas en ellas, no han provocado sacudidas ni estremecimientos espirituales profundos, fuera de la emoción natural ante los hechos grandiosos.

Hemos colaborado lealmente con múltiples tendencias, partidos y organizaciones antifascistas, pero la propia experiencia nos hace distinguir entre la participación de los anarquistas en el Gobierno y el anarquismo «gubernamental». No hemos tenido vacilaciones en aceptar lo primero; pero esto último no podemos tolerarlo.

Teoría y táctica

No obstante la correlación y la dependencia; no obstante la armonía que debe reinar siempre entre lo que se dice y lo que se hace, entre las ideas y los hechos que suscitan, entre las doctrinas y la conducta práctica de quienes las sustentan, no siempre van a la par, confundidos, los principios generales, que son la esencia, con los medios tácticos, que dependen de las circunstancias y son influidos por ellas.

Los principios, el ideal, son como la brújula que guía los pasos hacia la meta. Son la línea recta trazada en nuestras abstracciones. La táctica es la aplicación de estos principios, de esa trayectoria, a las contingencias, sinuosidades, escollos del camino. Ocurra a menudo que no es la línea recta la que llega más prontamente y con más seguridad al objetivo; a veces se llega primero haciendo zigzags. Incluso acontece que se adelanta más y se llega primero desandando lo andado.

En todo ello lo que importa no es perder la vista, ni aun cuando se retrocede, el ideal, el norte señalado por la brújula de nuestra razón de ser. Pero a Roma se va por mil caminos y la elección del más adecuado depende de multiplicitud de circunstancias y de factores del momento preciso de la elección.

Conviene una breve ojeada retrospectiva al pasado próximo.

Frente a las elecciones del 16 de febrero de 1936 nos hemos encontrado en España ante uno de los momentos más graves de nuestra existencia como movimiento. Teníamos la llave del porvenir en la mano. Pero la propaganda antielectoral se había convertido en una rutina difícilmente suceptible. Se barajaban caprichosamente principios y tácticas. Y había quedado en el recuerdo de todos la campaña antielectoral de noviembre de 1933, la más intensa que se ha visto. Se pedía con insistencia una repetición, casi un calco. Y, sin embargo, la situación estaba clara: Si determinábamos una abstención electoral, como habíamos hecho siempre, el triunfo de las derechas habría sido inevitable. El triunfo de las derechas era el fascismo con sanción legal y popular.

Eran muchos los militantes que no querían entender esto y clamaban a todos los vientos contra nuestra actitud. Hubo semanas de nerviosismo. Si la responsabilidad no hubiese sido tan grande, habríamos dejado el campo libre a los demagogos que se erigían de repente en cancerberos de los principios y pretendían darnos lecciones de Revolución y de Anarquía. Resistimos. Bajo ningún pretexto podíamos dar el poder con nuestra abstención, a las derechas, a las fuerzas de Gil Robles. Pero tampoco era posible, porque la incompreensión era excesiva aún, sostener abiertamente la participación electoral. Se hubiera interpretado como una dejación de principios. Felizmente vino en nuestra ayuda el buen instinto de las grandes masas. Se esgrimió la liberación de nuestros presos y, desde nuestra Prensa, ahí están las colecciones, se hizo una propaganda razonada que evitó la abstención de 1933 y dio, por consiguiente, el triunfo de las izquierdas republicanas.

Han pasado ya muchos meses. Salieron en libertad 30.000 hombres de cárceles y presidios y vino luego el 19 de julio.

Después de julio

Llegaron las jornadas de julio. Todas las tendencias progresivas, antifascistas, hicieron lo que les fue posible y más aún por resistir y por vencer a los generales rebeldes. Con nosotros estaba la parte más combativa y más audaz del proletariado. Habíamos tenido dos o tres ensayos de sublevación armada. Se estaba, por consiguiente, en superioridad de condiciones respecto a las otras tendencias; se estaba más fogueados, más aguerridos.

Unos días antes se creó un Comité de enlace confederal con el Gobierno de la Generalidad. ¿Habíamos de aceptar

ese enlace, en tanto que anarquistas, enemigos de todo Gobierno? No tuvimos ninguna vacilación.

Ardía la casa, la casa de todos, el solar de todos. No había que pensar más que en una cosa: en apagar el fuego. Eso hicimos.

Acceptamos el Comité de enlace en tanto que anarquistas hemos procurado que la burguesía liberal y la pequeña burguesía se pusieran del lado del pueblo. ¿Hubiera sido lo mismo obrando cada cual aisladamente, sin previo entendimiento, sin sentirse los unos alentados por la actitud de los otros? Es un interrogante que puede responder cada cual como guste. Nosotros creemos que la labor de aquella Comisión de enlace que, en punto a armamento, sólo ha obtenido algunas docenas de pistolas cuando las tropas faciosas habían salido de los cuarteles, ha contribuido al triunfo del 19 de julio.

Y el Anarquismo no ha sufrido ninguna merma por el trato habido con un Gobierno para colaborar en la lucha antifascista. Y si hubiese sufrido un daño cualquiera, todo se habría dado por bien empleado con tal de abatir al fascismo. La democracia no es el régimen político y social que conviene realmente al progreso y a la justicia; pero el fascismo es la muerte total de todo espíritu progresivo.

El Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, formado a las pocas horas del triunfo en la calle, se convirtió en el verdadero y único poder; en un poder revolucionario absoluto. Si la situación política nacional y mundial no hubiese estado ya clara, el Comité de Milicias habría sido el intérprete legítimo de la Revolución popular. Pero se vio en seguida que entrábamos en una guerra sumamente delicada. No sólo habíamos comenzado una revolución, sino una gran guerra, para la cual había que buscar instrumentos adecuados: un Gobierno regular que calmase un tanto las inquietudes del extranjero, un ejército poderoso y bien organizado.

Habíamos quedado sin ejército y sin cuadros de mando. Nuestras milicias improvisadas se batían heroicamente, pero su heroísmo se estrellaba contra la organización militar y contra los medios poderosos del enemigo. La guerra no era una guerra civil contra unos generales rebeldes, sino una guerra de matiz internacional en la que grandes potencias militares intervenían abiertamente contra nosotros. Podíamos habernos declarado único poder en Cataluña. No habríamos encontrado obstáculos insuperables, fuera, tal vez, del alejamiento y del disgusto de las fuerzas que colaboraban plenamente con nosotros desde la primera hora. Pero el apremio de la guerra, por un lado, y por otro el hecho

indudable que el resto de España no seguía el mismo ritmo, hicieron que nuestros camaradas reflexionasen, que desistiesen de gestos hermosos pero estériles, que se procediese a la formación de un Gobierno capaz de mantener la cohesión social necesaria para hacer la guerra y de servir de garantía ante la opinión mundial, hábil e intensamente trabajada por el enemigo.

Hemos logrado muy poco, es verdad. El mundo capitalista nos ha saboteado igualmente. Pero se detuvo la intervención de las grandes potencias que se disponían a cortar en seco nuestro movimiento revolucionario. ¿Se hizo bien o se hizo mal en disolver el Comité de Milicias y en formar un Gobierno con la participación de los anarquistas? Si se examina la cuestión desde el punto de vista de la Revolución, no; pero sí se tiene en cuenta la guerra y la situación internacional creemos que sí. Si no queremos engañarnos a nosotros mismos, es preciso reconocer que los imperativos de la guerra se sobrepusieron necesariamente a las exigencias de la Revolución.

Los anarquistas en el Gobierno

La responsabilidad de la propia fuerza, la conciencia de la gravedad de la hora y la imposibilidad de crear por improvisación un órgano adecuado y que fuese reconocido por los otros países como responsable de la guerra, hizo que dejásemos a un lado ciertos escrúpulos. Se entró a formar parte del Gobierno de la Generalidad; luego del Gobierno de la República.

Hasta entonces la participación de un anarquista en la vida política significaba su fin como tal; por primera vez en tres cuartos de siglo han entrado los anarquistas en el Gobierno sin considerarse al margen del anarquismo y sin haber hecho dejación de sus principios. Lo más notable del caso es que no hubo discrepancias. Se comprendió por todos que ese era el camino. No se podía prescindir por el momento del aparato gubernamental y no podía dejarse ese aparato en manos de fuerzas minoritarias que podrían, poco a poco desde allí, obstruir la revolución iniciada y poner excesivas trabas al pueblo que había entrado en posesión de sus derechos. Además, la guerra al fascismo era un resultado de nuestra victoria: era una guerra «nuestra» en la cual no podíamos oficiar de espectadores o de refractarios. No era una guerra a la que íbamos arrastrados por la política gubernamental, ofensiva o defensiva. Era una guerra sin cuya liquidación victoriosa no podíamos asegurar la revolución ni garantizar el porvenir. Nosotros, enemigos de la

guerra y del militarismo, nos hemos encontrado repentinamente ante una gran guerra sin cuartel, de la que éramos agentes principales y principales responsables. Algo semejante al aparato gubernativo nos era preciso. Y en los viejos cuadros estatales se infundió nueva vida con nuestra intervención. Enemigos de la guerra, habíamos hecho nuestra una guerra de gran formato; enemigos del Estado, habíamos tenido que participar en él.

El dilema está ahora planteado así: ¿Lograremos hacer del aparato gubernativo un instrumento para la guerra y un mecanismo neutral en el proceso revolucionario, adueñándonos de su dirección, o bien seremos devorados por el Estado, convirtiéndonos en una especie de partido político más y sofocando, sin quererlo, la verdadera revolución?

El contacto con los productores

El hecho de no habernos aislado nunca del mundo del trabajo; el hecho de haber estado en contacto permanente con los trabajadores, nos ha dado una fuerza que no pudieron tener nunca los partidos políticos. Pero ese contacto se rompe indefectiblemente si nuestros militantes se hacen policías, jueces, carceleros, empleados públicos, ministros. Lo que puede ser útil como excepción y en mérito a las circunstancias actuales, puede sernos fatal como norma.

Hemos aceptado con plena conciencia el régimen de colaboración política y lo hemos practicado lealmente: hemos aceptado la participación en el Estado para organizar y ganar la guerra. Pero si esa colaboración y esa participación en el Estado han de estar ligadas a la separación de los mejores militantes de sus lugares de trabajo para convertirlos en policías, alcaldes, funcionarios, ministros, la ganancia será poca. Lo que avancemos en el copo de cargos y funciones del gobierno, lo perderíamos, sin duda, en el terreno revolucionario.

Por eso hemos sostenido, ante el apasionamiento con que se luchaba por la obtención de más carteras, de más amplia intervención en las cosas del Gobierno, que para nosotros no es cuestión de unos ministerios más o menos, de unos puestos públicos más o menos, sino de afianzar los órganos y la estructura de la nueva economía socializada. Porque el poder verdadero está en la economía, en las finanzas. ¡Ayer y hoy! Y la burocracia no fue nunca y nunca será un factor de revolución.

Nos ha parecido extraño el espectáculo de compañeros nuestros agitándose con todas las pasiones de los políticos

de antaño para llegar a las alturas, para tener las inversiones del poder; y nos ha parecido extraño también el apasionamiento con que se discutían y se desmenuzaban, haciendo la exégesis más extrema, las leyes y los decretos. Sostenemos y hemos sostenido siempre que no se aplican realmente más leyes que las que responden a una práctica popular previa, y que aquellas que no responden a realidades sentidas caen en desuso o no tienen ninguna virtualidad.

Valorizamos el Estado con ese exceso de preocupación por lo que hace o deja de hacer; valorizamos las leyes por la manera incomprensible y la gravedad con que las analizamos y queremos enmendarlas y, en cambio, perdemos terreno porque nos aislamos del verdadero mundo del trabajo y rompemos la ligazón que siempre hemos tenido con la producción en tanto que productores.

Nuestro poder legítimo

Hemos conquistado fácilmente, después del 19 de julio, los puestos más variados y más numerosos en las plantillas burocráticas del Gobierno. Pero no hemos progresado como organización, aunque se haya notado el cambio numéricamente, en las mismas proporciones. La conquista del Estado puede ser nuestro desastre mayor si no consideramos a tiempo la línea divisoria entre lo que es circunstancial, efímero y lo que es permanente, entre lo que es precario y lo que es esencial. *Para nosotros todo lo relativo al Estado, al Gobierno, es precario, y todo lo que se refiere a la organización del trabajo, de la producción y de la distribución, es fundamental.*

Tendremos una fuerza, un poder, todo el poder si somos capaces de estructurar la nueva Economía de manera que se reduzca al mínimo el parasitismo, que sean aprovechados todos los recursos para aumentar el bienestar y la abundancia, que no haya una sola fuerza apta para la producción consumiendo en la inactividad y en el ocio. En una palabra, demostrando en los hechos que nuestra crítica al sistema capitalista era acertada y que, en su lugar, nosotros, los productores mismos, podemos dar infinitamente más rendimiento y más justicia.

Nuestra fuerza legítima está en nuestra calidad de productores, no en nuestra calidad de funcionarios eventuales de un gobierno.

Palabras finales

Insistimos como en algo esencial en lo siguiente: Si la necesidad nos obliga a participar en el Gobierno, no por eso hemos de abrir el camino a un anarquismo gubernamental en los hechos y en las teorías. El Estado no es mejor ni más eficaz por el hecho de tener nosotros las riendas en la mano, como no es mejor la esencia del militarismo ni más humana la guerra en que nosotros participamos.

Si es verdad que una parte de los militantes volverá a su puesto de trabajo mañana, sin pena y sin remordimiento, otra parte es posible que no quiera dejar voluntariamente el relativo confort y el sosiego de la vida burocrática. Y es preciso que el mayor número posible de camaradas, de los que han sido y serán tan útiles y tan eficaces desde las fábricas, desde la organización, vuelvan a ellas. Nuestra representación política no ha de ser el centro de las preocupaciones generales, sino una manifestación accesoria resultante de la guerra.

No veíamos antes ni vemos ahora mejores gérmenes y cimientos de la nueva sociedad de productores libres e iguales que las organizaciones obreras dirigidas con el espíritu de nuestras ideas: un amplio espíritu humano de solidaridad, de trabajo y de libertad para todos.

7.b) Los anarquistas, la revolución y la pequeña burguesía **La sociedad de clases*

Se ha filosofado mucho sobre las clases sociales y su respectivo papel histórico. Se ha forjado toda una mística que no hemos comprendido nunca, pese a la buena voluntad y al hecho de nuestra valoración permanente de las grandes posibilidades revolucionarias que encierra el mundo del trabajo. Podría explicarse, tal vez, esa actitud nuestra, como una resultante de la ascendencia proudhoniana y bakuniana. ¿Tienen las clases una línea divisoria de tipo económico o de tipo cultural y moral? Si es el nivel económico el determinante, en la llamada pequeña burguesía la vida es, a menudo, más precaria y de tipo inferior a la del prole-

* *Tiempos Nuevos*, IV, núms. 7-8, julio-agosto 1937.

tariado. Si la línea divisoria ha de trazarse desde el punto de vista de la cultura y del pensamiento, también nos sería difícil establecer los conglomerados sociales en la forma que suele hacerlo la propaganda rutinaria.

Hay un hecho indudable: los revolucionarios más destacados de todas las épocas y de todos los países raramente proceden de las filas de los más desheredados; por lo general son individuos de la pequeña burguesía e incluso de la alta burguesía y de la aristocracia. Nuestro Kropotkin era un príncipe ruso con más derecho histórico al trono que los Romanoff. Tolstoi era un miembro destacado de la aristocracia. Bakunin era igualmente un noble llamado a una brillante carrera política y social en la corte del Imperio moscovita. Hombres de origen auténticamente proletario como Proudhon, son escasos en la historia de la propaganda y del pensamiento revolucionarios. Los creadores mismos del marxismo, Marx y Engels, no tuvieron su cuna en el proletariado, a cuya emancipación han dedicado tantos años y tantos esfuerzos de su vida. Entre los hombres mismos que se han destacado en la Revolución rusa son pocos los de origen proletario, comenzando por Lenin.

El mito de un proletariado forzosamente revolucionario es una invención de los no proletarios. Nosotros no creemos en instintos infalibles de clase. Encontramos en todas partes, en todas las situaciones económicas y sociales, hombres y mujeres de buena voluntad, capaces de sacrificarlo todo a un ideal de justicia. Y esos hombres y esas mujeres son nuestra clase, la clase de la revolución, la que va a la cabeza de la Humanidad hacia la tierra de promisión del socialismo.

Sobre la idea de clase se cimentan fácilmente los idearios de dictadura; pero cuando se tiene presente la liberación del mundo oprimido y no su sometimiento a nueva tiranía, ni mejor ni más eficaz que las viejas, lo que interesa es la clase de los hombres de buena voluntad, de sano instinto de justicia, susceptibles de comprender los imperativos de la hora en que se vive y de aportar soluciones y remedios a los grandes dolores y a los grandes problemas de la época.

Los anarquistas no hemos sido nunca secuaces del método clasista, aunque nuestro punto de apoyo fundamental han sido siempre los trabajadores, porque no hemos comprendido nunca esa escisión tajante de la Humanidad en clases enemigas. Si el llamado instinto de clase fuese realmente algo substantivo, no habríamos podido comprobar el hecho indudable que las altas potencias financieras de la burguesía, de todos los estados y de todos los tiempos, han tenido

sus mejores puntales en los instrumentos burocráticos, policíacos, etc., surgidos de la entraña viva de los trabajadores y de los campesinos. La llamada pequeña burguesía, lo mismo que la alta burguesía, no han defendido nunca, directamente, sus privilegios; los han hecho defender, siempre, por proletarios asalariados. Y las revoluciones han sido, en todas las épocas, luchas sangrientas entre los esclavos que querían romper sus cadenas y los que eran pagados para remacharlas.

El proletariado y su complemento

El proletariado no es, en manera alguna, una unidad completa en lo económico y en lo espiritual, que pueda existir por sí misma, ni siquiera en el sentido de clase productora. Tiene un complemento obligado en los técnicos, en los administradores, en los hombres de ciencia. Para que el carro de la producción marche, es preciso que lo compongan todos esos factores. El trabajo manual, en las condiciones actuales, con el grado actual de población y el nivel presente de las necesidades humanas, no podría abastecer los medios más esenciales, como cuando se vivía en las etapas primitivas de los pueblos de pastores y de cazadores. Por lo demás, el maquinismo moderno pesa más que el proletariado en la creación de la plusvalía, ese pilar de la ciencia marxista. Cuando el trabajo manual lo era todo, el papel de los trabajadores en la producción era el fundamental y la técnica una *quantité négligeable*. Hoy nos encaminamos al ideal opuesto, logrado en buena parte: a hacer del trabajo manual una *quantité négligeable* en el proceso productivo total.

No prescindiremos nunca, por grandes que sean los progresos mecánicos, del esfuerzo humano productivo; pero la verdad es que lo vamos reduciendo más y más y aumentando simultáneamente la producción. En cambio, el papel del técnico, su función, que es hoy en extremo importante, lo será mucho más en el porvenir. Ahora bien, en el régimen capitalista el técnico no procedía sino muy raramente de las filas del trabajo asalariado; era más bien hijo de la llamada pequeña burguesía, lo mismo que los hombres de ciencia.

El divorcio de esos factores de la producción, el trabajo manual, la técnica y la ciencia, sería una catástrofe. En cambio, la colaboración estrecha en la misma obra y en el mismo objetivo tendría todas las ventajas y todos los beneficios. En la realidad actual tenemos esta estructuración: técnicos, administradores y hombres de ciencia proceden

de la pequeña o de la alta burguesía; los trabajadores manuales constituyen el proletariado. Todo lo que tienda a disociar, a disgregar el uno del otro factor, repercutirá forzosamente en daño de la producción, de la construcción revolucionaria y de la buena armonía social.

La revolución es obra de justicia

Proudhon destaca en todas sus obras el valor sustancial de la justicia. Sobre la actitud de un hombre ante ella vendría medir su capacidad revolucionaria o su adhesión a la revolución. Los revolucionarios mejores de todas las épocas fueron apóstoles de justicia, no pregoneros de vindictas, aunque hayan comprendido y sentido que todas las auroras son rojas. Hay una gran diferencia entre la vindicta, que puede ser a veces sagrada, y tener todas las justificaciones, y la justicia, que es un sentimiento superior, que implica una conciencia esclarecida, una sólida cultura y un carácter generoso. Y la justicia no reconoce clases; es una para todos.

Nosotros somos revolucionarios por eso: porque amamos la justicia y porque nos duele la iniquidad, cualesquiera que sean sus cimientos.

Toda nuestra ilusión es un régimen social en donde los privilegios no existan y en donde, por consiguiente, no tengan razón de ser las supuestas ideologías de clase. Entendemos que el sentido de justicia puede ser despertado en todos, independientemente de la posición económica respectiva. Y si ese sentido es lo suficiente vigoroso, sabrá pasar por sobre todas las barreras de intereses creados. La «ciudad del buen acuerdo» de que nos hablaba Eliseo Reclus tan bellamente, no era una ciudad de clase, sino una asociación generosa de libres y de iguales. Y una sociedad de libres y de iguales es la que deseamos fundar nosotros sobre la aquiescencia de todos aquellos que han llegado a la comprensión de que, lo mismo que no se puede vivir sin pan y sin sol, no se puede vivir tampoco sin libertad y sin justicia. El partido revolucionario de esta hora, después de la victoria del 19 de julio de 1936, debe ser éste: el de los hombres y mujeres de buena voluntad, capaces de sobreponerse a los propios intereses y a las propias pasiones y de edificar un porvenir mejor para nuestros hijos y para los hijos de nuestros hijos.

El deseo de mejorar

La adaptación a condiciones de disgusto, de dolor o de miseria no es un proceso normal; implicaría un estado de desequilibrio o de inseguridad impropio en un organismo sano, en una naturaleza plena de vitalidad y de capacidad para el disfrute y el ejercicio de sus propias energías. No hay absolutamente nada censurable en el deseo de mejorar la propia suerte. Y si ese deseo —realizado en parte por la pequeña burguesía, a costa de no pocos sacrificios de libertad y de personalidad— puede ser un agravio, es preciso decir que también el proletariado, la gran masa obrera y campesina, siente idéntico anhelo.

Se puede decir de la pequeña burguesía que no ha llegado a ser más poderosa y más independiente, ni a tener más fuerza de dominación, porque las circunstancias no le han favorecido; pero se puede decir también del proletariado que no ha llegado a disfrutar de las comodidades y de la posición de la pequeña burguesía porque no logró jamás sus aspiraciones. El espíritu revolucionario no está en contraste con el deseo de mejorar la posición incómoda, moral, intelectual o materialmente hablando. En el mundo capitalista ese deseo de mejoramiento iba ligado al aplastamiento de otros seres humanos a quienes, directa o indirectamente, se les quitaba el pan de la boca. Eso es lo censurable. Pero si el proletariado ha seguido siendo proletariado es porque existía o existe en él un sentido de justicia superior al de las otras llamadas clases, o ¿es que los medios para salir de su situación no han sido tan abundantes o tan eficaces? Nosotros no consideramos a ninguna categoría de la población incapaz de sentir y practicar la justicia. Es verdad que en el proletariado, es decir, en las clases desheredadas, en los esclavos modernos, el interés material por la justicia tenía que ser superior globalmente al de la pequeña o la alta burguesía, porque sus condiciones eran más insoportables; pero los hombres, tomados individualmente, no tienen características diferenciales que hagan de los unos sujetos revolucionarios natos y de los otros enemigos natos de la Revolución. Todo es cuestión de propaganda eficiente y de proselitismo; y si hemos tenido hasta aquí más éxito en las filas obreras ha sido, en buena parte, porque en ellas era más apremiante la necesidad de un cambio social, pero también porque hemos dirigido todo nuestro esfuerzo de captación en esa dirección. Pero ha llegado el momento en que la guerra y la Revolución nos obligan a pensar en el valor de la llamada pequeña burguesía, a la que es preciso hacer

comprender que su puesto, donde verá satisfechas sus mejores aspiraciones, está a nuestro lado.

La pequeña burguesía tenía un triste destino en el régimen capitalista: por un lado, iba hacia la proletarización, pues en el banquete de los privilegiados no había puesto para todos los comensales. Y los que se sentaban en esa mesa, por favores especiales o por claudicaciones sin límite, habían de soportar la más humillante de las esclavitudes. La ínfima diferencia del nivel de vida que separaba la pequeña burguesía del proletariado era pagada con una inseguridad mayor de aquella y con una pérdida infinitamente más grande de libertad y de personalidad.

Los intereses bien entendidos de la pequeña burguesía y del proletariado se complementan, o son los mismos: interesaba a ambos sectores la supresión de la alta burguesía, que se oponía al desenvolvimiento de la iniciativa y de la acción de las grandes masas y a los hombres de valer real, pero de potencialidad financiera inferior. Los intereses de la alta burguesía eran como un grillete a los pies del desarrollo social y de la justicia distributiva y estaban en el más crudo contraste con los intereses de la Humanidad.

La reserva del fascismo

Por haber fraguado caprichosamente la clase llamada pequeña burguesía y por no haber esclarecido sistemática y metódicamente la relación de intereses que la asociaban a los proletarios de la industria y a los trabajadores de la tierra, se ha hecho de esta supuesta clase una reserva permanente del fascismo, cavando abismos de desconfianza y de rencor que un examen imparcial tenía forzosamente que borrar. La propaganda del socialismo habría debido ser de unificación, de colaboración y de coordinación de todas las buenas voluntades, en lugar de ahondar las diferencias, las discordancias y las escisiones. Entre un proletariado y otro, entre un obrero de oficio y un peón, entre un gremio y otro suelen existir diferencias considerables de salario y un sentimiento de superioridad o de inferioridad, según los casos. Y lo mismo que no nos hemos detenido en estos detalles de posición económica para ahondar la desunión entre los trabajadores, tampoco habríamos de haber apartado del camino del socialismo a la pequeña burguesía, de la cual salen factores importantísimos de la producción, como son los técnicos, los obreros de la inteligencia, los administradores, etc. El primitivo socialismo, el bautizado posteriormente con tono despectivo «socialismo utópico», era un movimiento

que tomaba al hombre en primer término y no a la clase. Y los anarquistas hemos quedado siempre ligados, ideológicamente, a ese auténtico socialismo.

Estaba claro que la pequeña burguesía podía ser dos cosas: primero, una reserva insuperable de la reacción, y en segundo lugar, un motor de toda revolución progresiva. Era cuestión de impulsarla en uno u otro sentido. Los anarquistas, que no creemos en los mitos de clase, estamos en mejores condiciones que nadie para unir a todas las clases sociales que quieran vivir de su trabajo, y vivir cada vez mejor, bajo la insignia de una estructuración social y justiciera.

Además, hay un interés inmediato en que la fuerza de la pequeña burguesía contribuya al ideal a que todos aspiramos: a la creación de una sociedad en que todas las fuerzas y todas las capacidades puedan expansionarse para hacer de este valle de lágrimas, a que nos ha conducido la economía capitalista, un foco de felicidad, de trabajo alegre y de disfrute.

El proletariado no es una mayoría

Se imagina corrientemente al proletariado como una aplastante mayoría social; se han hecho los cánticos más exagerados al poder omnipotente de los trabajadores de la industria. Sin embargo, esos trabajadores son una minoría social, menos importante numéricamente de lo que se cree. Es mejor vivir de realidades que de fantasías. El campesinado, por ejemplo, no es una fuerza social que sienta y actúe unánimemente al lado de los trabajadores de la industria y es, además, más fuerte en número. La llamada pequeña burguesía, en torno a la cual pueden agruparse sectores variados de opinión, es un poder efectivo y abarca un conjunto de población que no es inferior, numéricamente, al proletariado. Por otra parte, no es una clase parasitaria y que esté, como obstáculo, en el camino de un benéfico desenvolvimiento económico, sino, al contrario, un factor favorable de la producción y del progreso. Está en nosotros, en nuestro provecho y en el de la causa que deseamos ver triunfante, el reconocer a tiempo que nos necesitamos los unos a los otros.

Captar la pequeña burguesía para nuestra obra de construcción social es asegurar la Revolución contra todos los peligros. Las dificultades para encauzar una propaganda convincente y persuasiva en esta dirección no son pequeñas. No la hemos hecho nunca y es para todos más fácil la repetición rutinaria de los viejos tópicos propagandistas. Pero es

preciso que lo que puede ser la mayor reserva para el fascismo se convierta, al contrario, en un sostén de nuestra Revolución, que ha de ser obra de justicia, creadora de felicidad y no de miseria y esclavitud nuevas.

El proletariado es una minoría social y económica, y es un factor de producción que ha de completarse con los buenos técnicos y los buenos administradores, que no se improvisan. La pequeña burguesía puede darnos ese complemento.

La revolución no tiene límites

El simplismo de la rutina ha hecho surgir la ilusión de las revoluciones milagrosas, totalitarias. Se han inventado credos inmutables, se han forjado dogmas intangibles, alentando fantasías pueriles. La Revolución es como un organismo natural que se desarrolla de gérmenes primarios. No da más frutos que los contenidos en la semilla. La convulsión de la calle es como el parto que alumbró el nuevo ser y le pone en condiciones de proseguir su desarrollo en otros ambientes y en otras circunstancias. El contenido de una revolución no está en los credos políticos y sociales en boga, sino en lo que la Humanidad doliente ha hecho germinar en su espíritu de acuerdo con su nivel de cultura y sus necesidades. Una revolución no nos dará más grado de libertad que aquella a que seamos acreedores, ni nos hará avanzar más allá de donde seamos capaces de ir. La verdadera Revolución es la que llevamos dentro cada uno. Cada época y cada generación impulsan la marcha de la Humanidad más o menos, según las reservas de energías y la capacidad creadora de que disponen. Hoy podemos conseguir una importante etapa, un objetivo fundamental: el desplazamiento de la dirección económica que detentaba la alta burguesía parasitaria, y la regulación de la vida social por los obreros manuales, los campesinos y los técnicos.

Sería preciso concretar esa posibilidad del momento, dejando para las generaciones futuras la prosecución de una obra que no tiene meta. En lo que nos corresponde a esta generación, la pequeña burguesía puede y debe cooperar, por su bien y por el nuestro.

Aseguremos la vida de todos

Lo sosteníamos antes del 19 de julio y podemos repetirlo ahora, después de las experiencias hechas: para los productores sería más económico y más provechoso asegurar a la antigua pequeña burguesía la vida, que no tener esa fuerza

como obstáculo permanente en el camino de una Revolución. Las culpas de un régimen no deben pagarlas particularmente los individuos. Lo que nos importa es suprimir las instituciones parasitarias, substituyéndolas por otras útiles. Esta es una obra lenta de transformación, un esfuerzo gradual en que se demuestra la capacidad constructiva de los pueblos. Los educados en el viejo régimen llevarán a lo largo de su existencia las taras de la organización social en que han crecido. No se les puede suprimir por decreto ni se les debe exterminar por el terror.

Según el grado de adhesión o de tolerancia a que logremos en esos sectores de opinión y de población, así nos veremos libres de dificultades, de marchas atrás forzadas y de conspiraciones contrarrevolucionarias. Desde el primer día de una revolución popular triunfante, la vida y las costumbres de las clases acomodadas deberían quedar automáticamente aseguradas. Son las nuevas generaciones las que podrán entrar plenamente en el proceso general de la producción.

Nosotros queríamos otra cosa: que se nos dejase poner de manifiesto nuestra superioridad en relación al capitalismo. Esto lo hemos logrado con el triunfo del 19 de julio. Ahora es preciso que no nos precipitemos y no malogremos la victoria obtenida al querer avanzar más rápidamente y más allá de lo que nuestras fuerzas y el estado social en que vivimos nos permiten.

Una de las maneras de asegurar nuestra Revolución y de garantizar el porvenir está en esa conducta nuestra frente a las clases acomodadas de la burguesía, grande y pequeña. Les hemos privado de sus instrumentos esenciales de dominio, les hemos quitado la posibilidad de obstaculizar la obra del progreso humano; pero no hemos de quitarles ese mínimo de comodidad y de seguridad de vida a que estaban habituadas, porque el malestar siguiente tendría poco a poco repercusiones funestas.

Persiste la guerra, y para ganar en esta contienda sangrienta se impone la cooperación y el apoyo mutuo de todos los amantes de la justicia; y la justicia puede ser sentida, practicada y querida por los individuos de todas las clases.

Convirtamos éstos en legión, sin importarnos el precio, y así tendremos seguro el triunfo en la guerra y libre la senda del desenvolvimiento revolucionario. El pan y el techo no deben faltar a aquellos a quienes hemos desposeído porque la propiedad era antisocial en sus manos.

7.c) En torno a nuestros objetivos libertarios *

Rememoraciones oficiales

No somos partidarios de ninguna especie de culto y, por tanto, no somos partidarios de que se haga del 19 de julio una nueva fecha solemne del calendario oficial, porque no podríamos coincidir con los Demóstenes de las glorias pasadas ni en la estimación objetiva ni en la estimación subjetiva de aquellos acontecimientos. Y para que se desnaturalice la epopeya popular de julio de 1936, preferiríamos que nadie se acordase de ella, por lo menos que no se acordasen de ella los que no tienen más mérito que el de usurpadores y beneficiarios de aquel sacrificio.

Digno de recordación era también el primero de mayo, pero la distancia moral entre la huelga general de Chicago de 1886 y las festividades de Estado o de partido con que se recordaba esa efemérides arrancaba lágrimas a los que sentíamos en carne propia la injuria anual a la memoria de nuestros cinco camaradas, víctimas de la plutocracia norteamericana.

¿Se quiere estatuir un nuevo motivo para discursos y banquetes y fiestas con la recordación de julio? ¿Se quiere que los cultores de la exhibición política oficien en el recuerdo vivo de aquellas históricas jornadas para que todo se mistifique y pervierta y degenera? Tendríamos razones para sentirnos doloridos, por lo que a nosotros nos afecta y por lo que eso significaría como agravio a nuestros hermanos caídos.

En julio habló con su elocuencia incomparable un pueblo entero, resuelto al sacrificio supremo por su libertad y por su dignidad. ¿Quién ha de hablar en los aniversarios de esa fecha oficializada? No será el pueblo, seguramente; aun cuando se trata de una victoria eminentemente popular. Si el pueblo hablase, si el pueblo manifestase en su lenguaje peculiar de hechos decisivos sus sentimientos, otro sería el tono, otro el contenido de ese aniversario.

Pero el pueblo, que ha amasado con su sangre y su sacrificio la victoria sobre los traidores, calla, y no por propia voluntad de mutismo. En esas condiciones no se puede, no se debe recordar aquella gesta más que en el sagrario más íntimo de la conciencia de cada uno.

* *Timón*, Barcelona, núm. 2, agosto 1938, págs. 3-16.

Bien sabemos que es ineficaz, estéril y que se tratará de inoportuna nuestra protesta por la profanación del 19 de julio con aspiraciones que nada tienen de común con lo que el pueblo español supo afirmar en aquellas jornadas y por quienes no tienen ninguna calidad para levantar la voz. Partidos y organizaciones, sin excluir las nuestras, parecen haber renunciado al propio rumbo, unciéndose al carro del primer dignatario que llega y convirtiéndose en comparsa secundona en lugar de atenerse cada cual a la propia misión específica.

¡Ah, pero hay que ver también si los anarquistas podemos rememorar dignamente la epopeya de que, apenas hace dos años, fuimos actores principales y decisivos, junto al pueblo, a la cabeza de las masas populares! Pues no por el simple hecho de haber sido los actores principales entonces, basta para rendir homenaje a la significación de aquellas jornadas.

Se pueden recordar las jornadas de julio de dos maneras:

a) Con orgullo, por haber tomado parte en ellas y por seguir la misma línea directriz.

b) Con vergüenza si no somos ya los mismos de ayer, si hemos cambiado de bandera, si no somos los auténticos hermanos y testamentarios de los caídos en la lucha contra la rebelión militar.

Que cada cual responda por sí, y que el que disienta tenga el valor moral para decir su opinión, cualquiera que sea.

Por nuestra parte, como individuos, nos confesamos que no tenemos nada que rectificar en lo que pensábamos antes del 19 de julio ni en nuestra conducta revolucionaria; que disponemos hoy de dos años más de experiencia intensa, pero que no tenemos ni la sombra de un motivo para abandonar nuestra ruta, para hacer dejación de nuestros principios, para desechar nuestros métodos y amenguar nuestra crítica a las instituciones parasitarias de la dominación del hombre por el hombre.

Con la cabeza bien alta reafirmamos dos años después de las jornadas de julio lo que éramos ayer, lo que queríamos entonces. El que no pueda decir otro tanto, más agravia que honra la memoria de aquella gesta.

Despersonalización del movimiento libertario

Como individuos seguimos siendo anarquistas y revolucionarios la gran mayoría de los que tal nos decíamos y considerábamos antes de julio (salvo las excepciones, naturales en una convulsión como la que estamos viviendo). Y conste que pertenecemos a los que no han tenido nunca la preocu-

pación de simular sus verdaderos sentimientos y sus íntimas aspiraciones. Si los dos años que llevamos de guerra y de revolución nos hubiesen dado motivos plausibles para cambiar de opinión, lo diríamos con la misma franqueza que decimos lo contrario.

Como movimiento, sin embargo, quizá no estemos situados lo mismo que lo estamos en tanto que individuos. La mayoría de los compañeros, la espina dorsal de nuestro movimiento, tiene las mismas inquietudes y las mismas aspiraciones que ayer. Pero nuestra personalidad colectiva no se mantiene con la misma pujanza y la misma altivez que antes.

En holocausto a una unidad falsamente interpretada y falsamente ejecutada, hemos sacrificado nuestra personalidad revolucionaria y libertaria colectiva. No aparecemos orgánicamente como somos los individuos en gran mayoría. Las líneas de diferenciación se han descolorido, se han vuelto tan borrosas que no sabemos dónde comienza nuestro movimiento, nuestro ideario y dónde comienzan los partidos y organizaciones cuyos objetivos finales y cuyos métodos nunca hemos querido compartir, y nunca podremos compartir, porque equivaldría a sellar nuestra propia anulación.

Entendíamos el buen acuerdo de todas las fuerzas que se llaman antifascistas, y de cuya esencia y variedad no queremos hablar ahora, como una reunión que respetaba la plena personalidad de cada una, no en base a la supresión de la personalidad política, moral, intelectual y social de nadie. Pero, de un tiempo a esta parte, ¿aportamos más que nuestro número al conglomerado político-social antifascista? ¿Aportamos nuestra razón de ser o acudimos sin ella, para sumar a objetivos ajenos, no proletarios ni revolucionarios, nuestra fuerza numérica de primera categoría?

Tenemos la impresión, que puede ser confirmada fácilmente, si es que no se ha confirmado ya por mil detalles, que nos hemos desdibujado colectivamente, que no llevamos nuestra bandera en alto más que en las solemnidades, e incluso esto es dudoso, y que en la práctica cotidiana nuestra posición deja cada vez más que desear. En esas condiciones, ¿podemos conmemorar con orgullo una fecha que se caracteriza sobre todo como rotunda afirmación proletaria, anarquista, revolucionaria, si no pensamos orgánicamente en el proletariado más que para que engrose las filas del ejército o para que cotice los sellos sindicales; si no pensamos en la anarquía más que como en un ropaje de día de fiesta que a nada compromete; si no pensamos en la revolución más que como en un tema de novelas y de discursos?

Un viejo procedimiento para justificar deserciones

Se conoce un procedimiento muy antiguo en el movimiento revolucionario para justificar deserciones o para combatir las ideas de un movimiento adverso.

Se hace de las ideas en cuestión una caricatura, se las viste con el ropaje más ridículo, se le ponen cascabeles, se las desnaturaliza, se las enloda, y luego se muestra a los incautos el engendro: «¡He ahí el programa de tal partido o movimiento! ¿No os parece imbécil tomarlo en serio? ¿No estimáis que es un signo de cordura apartarse de él? ¿No es más práctico obrar de tal manera?»

Ninguna idea ha sido tan desfigurada por propios y por extraños como la idea anarquista, por unos para saltar hacia otro bando menos escabroso, por otros para oponerse a su difusión en el seno de las grandes masas. ¿Se ha combatido jamás en la historia moderna un movimiento de ideas con el encarnizamiento con que se nos ha combatido a nosotros por quienes han tenido la pretensión dominante de vivir del trabajo ajeno?

Pero hay que reconocer que ninguna ridiculización, ninguna crítica, ninguna mala jugada, ninguna deshonestidad política de los adversarios nos han producido jamás tanto daño, ni han suscitado en nosotros tanta indignación como las ridiculizaciones y críticas de los propios, de los que, habiéndose levantado gracias a nuestro movimiento a un determinado pedestal de popularidad, han querido utilizar luego ese pedestal para dar el salto a otro campo en que fuesen más accesibles los frutos inmediatos y menos punzantes las espinas.

Para decir que no tienen pasta revolucionaria, que no tienen fe en el pueblo, que están cansados de «sacrificios» no hace falta manchar de lodo una idea que está por encima de todas esas minucias y que no impone a nadie contribuciones forzosas.

Nuestra anarquía no tiene más defensores que los defensores voluntarios que la comprenden y la sienten. No se impone a nadie ni exige de nadie sacrificio alguno por ella. Pocos o muchos, los anarquistas se bastan y se sobran para hacer honor a sus ideas, en cualquiera que sea el terreno de su actuación. No obligamos a nadie a ser anarquista y a dar su vida o su esfuerzo por la anarquía, pero no admitimos tampoco en silencio que se ensombrezca un ideal sublime

por la malevolencia de adversarios sin escrúpulos o por el cansancio de los amigos sin fe.

Las puertas están abiertas para llegar a nuestro lado, y están abiertas para volverse a marchar. Para lo que no están abiertas es para hacer de la anarquía, doctrina perfectamente clara, definida, con cortonos precisos, un engendro risible para tapar deserciones. Y no están abiertas tampoco para convertir las ideas anarquistas fundamentales en soportes supinos de los principios diametralmente opuestos. ¿Nos atreveríamos a sostener que no es esa la función actual de nuestro movimiento?

Los que en las experiencias de los últimos dos años han aprendido que hay que cambiar de rumbo, ¡que cambien en buena hora!, pero que dejen intacta nuestra bandera, que no la arrastren por el cieno, que no la desfiguren para continuar usurpando sus beneficios; que empuñen la bandera del partido o de la organización que más les agrade; o que inventen una doctrina, un partido nuevos. No tendremos para ellos palabras de reconvención. Pero sí la tendremos si pretenden que la anarquía vale tanto para un fregado como para un barrido; que la revolución se reduce a escalar, a través de la sangre de los mártires y de los héroes, altos puestos del privilegio político y económico. Contra ellos la resistencia y la crítica es un derecho y es un deber de todo anarquista que tenga amor a la anarquía.

Nuestro ideal y nuestra metodología

Dejemos a un lado las caricaturas, tomemos las ideas en sus expresiones más reconocidas, en su autenticidad histórica. ¿Queréis que examinemos el programa de la Alianza de la democracia socialista, el primer aglutinante del anarquismo en España y en el mundo? El primer nombre de la F. A. I. fue el de Alianza de la democracia socialista. Cambió el nombre a causa de la existencia tormentosa que ha llevado el movimiento desde 1869, pero no el programa. En líneas generales, no tenemos nada que rectificar en la doctrina libertaria tal como la definió Bakunin, y en detalle muy poco, nada fundamental. Los anarquistas de 1938, más ricos en experiencia que los encontrados por Fanelli en Barcelona y en Madrid en los tiempos de la primera república, no tenemos nada que nos haga mirar despectivamente a los precursores, a los maestros, a los apóstoles de antaño. Pensamos como ellos, sentimos como ellos, queremos exactamente lo mismo que ellos han querido.

He aquí el programa de la Alianza, es decir, de la F. A. I. de 1869:

«1. La Alianza se declara atea; quiere la abolición de los cultos, la sustitución de la fe por la ciencia y de la justicia divina por la justicia humana.

2. Quiere, ante todo, la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad política, económica y social de los individuos de ambos sexos, y, para llegar a este fin, pide ante todo la abolición del derecho de herencia, a fin de que, en el porvenir, el disfrute sea igual a la producción de cada uno, y que, conforme a la decisión tomada por el último Congreso de los obreros en Bruselas, la tierra, los instrumentos de trabajo, como todo otro capital, convirtiéndose en la propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

3. Quiere para todos los niños de ambos sexos, desde su nacimiento a la vida, la igualdad de los medios de desarrollo, es decir, de sostén, de educación y de instrucción en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, convencida de que esa igualdad, primero solamente económica y social, tendría por resultado producir cada vez más una gran igualdad natural de los individuos, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización social tan falsa como inicu.

4. Enemiga de todo despotismo, sin reconocer otra forma política que la forma republicana, y rechazando absolutamente toda alianza reaccionaria, rechaza también toda acción política que no tenga por objetivo inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital.

5. Reconoce que todos los Estados políticos y autoridades actualmente existentes, reduciéndose cada vez más a las simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus planes respectivos, deberán desaparecer en la unión universal de las libres asociaciones tanto agrícolas como industriales.

6. No pudiendo hallar la cuestión social su solución definitiva y real más que sobre la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, la Alianza rechaza toda política fundada sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones.

7. Quiere la asociación universal de todas las asociaciones locales por la libertad.»

Naturalmente, algunas observaciones podrían introducirse en los enunciados del programa, pero observaciones de forma, de detalle, ninguna de fondo, esencial. Seguimos siendo los mismos, pensando como pensábamos ayer, con la sola diferencia de una experiencia más vasta y más intensa.

Después del Congreso de La Haya de 1872, se reunieron los internacionalistas españoles, belgas, italianos, suizos, en Saint-Imier y acordaron por unanimidad esta declaración:

«El Congreso, reunido en Saint-Imier, declara:

1. Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.

2. Que toda organización de un poder político llamado provisorio y revolucionario para alcanzar tal destrucción no puede ser más que un engaño más y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos hoy existentes.

3. Que, rechazando todo compromiso para llegar a la ejecución de la revolución social, los proletarios de todos los países deben establecer, al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria.»

Y como nos hemos permitido transcribir los puntos del programa de la Alianza de la democracia socialista y el hermoso acuerdo de la Internacional antiautoritaria en Saint-Imier, queremos recordar otra formulación, la que dio Malatesta en 1899 en *La Questione Sociale* de Paterson, aprobada por los anarquistas italianos en su Congreso de Bolonia de 1920 como programa colectivo:

«1. Abolición de la propiedad privada de la tierra, de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, para que nadie tenga el medio de vivir explotando el trabajo ajeno, y todos, teniendo garantizados los medios para producir y vivir, sean verdaderamente independientes y puedan asociarse a los otros libremente: por el interés común y conforme a las propias simpatías.

2. Abolición del gobierno y de todo poder que haga la ley y la imponga a los otros; por tanto, abolición de monarquías, de repúblicas, de parlamentos, de ejércitos, de policías, de magistratura y de cualquiera que sea la institución dotada de medios coercitivos.

3. Organización de la vida social por otra de libres asociaciones y federaciones de productores y de consumidores, hechas y modificadas según la voluntad de los componentes, guiados por la ciencia y por la experiencia y libres de toda imposición que no se derive de las necesidades naturales, a las que todos, vencidos por el sentimiento mismo de la necesidad ineludible, se someterían voluntariamente.

4. Garantía de los medios de vida, de desarrollo, de bienestar a los niños y a todos los que son impotentes para proveer a las propias necesidades.

5. Guerra a las religiones y a todas las mentiras, aun cuando se oculten bajo el manto de la ciencia. Instrucción científica para todos y hasta sus grados más elevados.

6. Guerra a las rivalidades y a los prejuicios patrióticos. Abolición de las fronteras; fraternidad entre todos los pueblos.

7. Reconstrucción de la familia, en la forma que resulte de la práctica del amor, libre de todo vínculo legal, de toda opresión económica o física, de todo prejuicio religioso.»

El que tenga objeciones fundamentales a nuestro ideario, tiene el derecho a hacerlas. Incluso le dejaremos espacio en estas columnas para que las haga, reservándonos la respuesta inmediata. Nosotros declaramos que, fuera de las adquisiciones de la evolución histórica, que afirman y no niegan los principios fundamentales de la anarquía, nada tenemos que quitar a nuestro ideario. Somos lo que eran nuestros antepasados.

En cuanto a la metodología, a los procedimientos para llevar al terreno de los hechos nuestras aspiraciones, podríamos discutir largamente. La táctica es circunstancial, depende del ambiente, de las posibilidades, de la región en que se habita, del momento en que se vive. No se ha de proceder

lo mismo en la industria que en el campesinado, en un país que reúne determinadas condiciones que en otro que dispone de condiciones diversas. Nosotros hemos facilitado el triunfo electoral de las izquierdas republicanas en febrero de 1936, para evitar que el fascismo fuese legalmente al poder. Entonces hemos polemizado ampliamente sobre principios y táctica, destacando lo que aquéllos tienen de básico y lo que ésta tiene de contingente. Podemos volver a polemizar ahora sobre lo mismo. Pero la conclusión será siempre que hemos de coincidir en que ciertos métodos nos alejan en lugar de acercarnos a nuestros objetivos.

La participación en el poder político, por ejemplo, que circunstancialmente nos había parecido aconsejable en vista de la guerra, nos pondrá en evidencia una vez más lo que había dicho Kropotkin de los socialistas parlamentarios: «Creéis conquistar el Estado, pero el Estado acabará conquistándoos a vosotros.»

La gran mayoría de los que han ocupado altos cargos, a cualquier partido u organización que pertenezcan, se resisten a mancillar su personilla volviendo a su puesto de trabajo. Por ese simple hecho de haber ocupado altos cargos públicos, vulgar y que no revela mérito personal alguno, se crea ya una categoría especial de gentes: los ministerialistas, llamados a todo menos a ganarse el pan con el sudor de su rostro.

Uno de los últimos artículos de Isaac Puente, junio de 1936, tiene por título: «La política emancipa del trabajo, pero no al trabajador». ¿Escribía ese noble mártir de nuestro ideal con los ojos puestos en el futuro inmediato que íbamos a ver con los ojos y a tocar con las manos?

El nivel del progreso social no está en el individuo, sino en las grandes masas

Al revés de lo que ha ocurrido en todos los movimientos socialistas y revolucionarios de la historia, en España hemos comprobado un fenómeno de difícil entendimiento. Las minorías de vanguardia, mejor preparadas, de más prestigio, de inteligencia más despierta, no son las que han ido a la cabeza de la transformación económica y social, sino que más bien fueron la rémora, el freno, el obstáculo a esa transformación.

Las grandes masas iniciaron, sin esperar órdenes de nadie, la plasmación de lo que llevaban dentro, y dentro llevaban la intuición y la pasión de un nuevo orden de cosas, de un nuevo régimen de relaciones económicas y sociales.

Con todos los defectos de las creaciones espontáneas, improvisadas, el pueblo español marcó desde julio de 1936 el rumbo a seguir. Y cualquiera que sea el desenlace de la guerra, lo hecho por ese pueblo no puede borrarse de la memoria y quedará en el recuerdo de las nuevas generaciones como palanca poderosa de acción y como timón seguro.

Las minorías de vanguardia, en el transcurso de los dos agitados y azarosos años que llevamos de guerra al fascismo, dan la impresión de haber tenido miedo a la propia audacia y han retrocedido con gusto a viejas posiciones que grandes masas habían superado a través de sus creaciones revolucionarias. ¿Miedo a la libertad? ¿Temor a lo desconocido? ¿Ignorancia? ¿Conformidad con los caminos trillados, aunque sean los más antirrevolucionarios y antiproletarios? Que los historiadores futuros desentrañen ese misterio, que en todo caso puede tener estas explicaciones:

1. Las minorías de vanguardia no estaban a la altura de su misión ni llevaban en su pensamiento y en sus pasiones lo que proclamaban sus palabras.

2. Las grandes masas estaban más preparadas que sus supuestos mentores y guías para la construcción revolucionaria.

De otra manera, cuesta trabajo entender la facilidad con que los que parecían marchar delante se acomodaron a lo que combatían la víspera como si fuese el Enemigo público número 1.

En todas las revoluciones, las minorías avanzadas procuran llegar lo más allá posible en el terreno de las realizaciones, de la destrucción del viejo régimen, de la construcción de las nuevas formas de vida. En la Revolución española esas minorías han hecho posible no el avance social, sino el retroceso. Porque hay un largo trecho de camino desandado desde los primeros meses de las jornadas de julio. Y ese camino desandado no se hizo por iniciativa del pueblo, sino de las minorías revolucionarias que parecían más avanzadas. ¡O esas minorías no eran revolucionarias más que por fuera, *pour la galerie*, o el pueblo era más revolucionario que esas minorías!

Nos había enseñado la historia que en el conglomerado social hay una gran masa inerte, sin voluntad propia, que se ve arrastrada tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, según predominan las fuerzas minoritarias de progreso o las de reacción. Los acontecimientos españoles nos hacen rectificar esa vieja concepción; en España había una gran masa que quería la revolución, y unas minorías llamadas dirigentes, entre las cuales está también la nuestra, que no sólo no han estimulado, articulado, hecho posible la mate-

rialización de ese objetivo, sino que le han cortado las alas por todos los medios. El hecho revolucionario español no ha sido cosa de organización o de partido, ha sido algo eminentemente popular, del gran número. El retroceso ha sido cosa de las minorías sociales llamadas progresivas.

¿Cuánto tendrá que aprender el mundo de nuestra trágica experiencia! Y quizá en el juicio de la historia no salgamos del todo bien parados y se nos coloque al nivel de los que, después de la Gran Guerra de 1914-18, pusieron su prestigio, su ascendiente sobre las grandes masas para que éstas soportaran resignadas el yugo de su esclavitud y el peso de su miseria.

¿La dictadura anarquista?

Solemos oír comentarios que reflejan descontento entre las condiciones actuales, pero que revelan un desconocimiento completo de nuestras ideas y nuestros métodos. Se dice demasiado ligeramente: ¡Dictadura por dictadura, hubiese sido preferible la nuestra!

Hubiese sido preferible para los que ejerciesen la función de dictadores, pero no para las masas productoras, para el pueblo, para la comunidad. Para el pueblo no es preferible ninguna dictadura, todas son igualmente repudiadas.

El método de la dictadura, sus procedimientos, sus exigencias son idénticos, lo mismo si la detentan personas que se proclaman fascistas que si la detentan quienes se confiesan comunistas, republicanos, demócratas o anarquistas.

La dictadura es la restauración de las más bestiales tiranías, de los absolutismos que habían tenido que retroceder por obra del progreso social revolucionario. Se nos presenta ahora con nuevo ropaje, fascista o comunista, pero el régimen totalitario que ha de imponer y utilizar como instrumento *sine qua non*, no puede menos de llegar a los mismos fines, cualquiera que sea el ropaje, la denominación, la bandera.

Una dictadura anarquista sería tan nefasta para España como una dictadura fascista o comunista. Sin contar que al practicarla nosotros nos convertiríamos en la negación de lo que somos y de lo que representamos. No es cuestión de hombres, sino de sistemas, de procedimientos. Como simples gobernantes no valemos más ni menos que los demás y ya hemos comprobado que nuestra intervención gubernamental no sirve para otra cosa que para reforzar el gubernamentalismo, de ningún modo para sostener los derechos del trabajo contra sus enemigos parasitarios de la economía y de la política.

Como dictadores, como tiranos no tendremos nosotros, ni tiene nadie, pasta distinta a la de todos los dictadores y tiranos. Por otra parte, para hacer el mal, la iniquidad, para forjar las cadenas de la esclavitud humana no hace falta nuestro concurso voluntario. Todo eso se viene haciendo desde hace muchos siglos sin echarnos de menos. Basta con nuestra pasividad o nuestra tolerancia cuando nos sentimos con ganas de abandonar la ruta de la libertad y de la justicia para todos; ahorremos al menos la complicidad activa.

Ya hemos apuntado el contraste saliente de nuestra revolución. Las minorías que parecían ir a la cabeza fueron los frenos mayores a la acción constructiva y revolucionaria del pueblo. ¿Habrían de ser esas minorías, menos audaces que las grandes masas, las llamadas a encarnar la dictadura anarquista?

Ni siquiera al oído, en voz baja, debe consentirse entre los camaradas el absurdo de la lamentación por no haber impuesto, cuando nos habría sido tan fácil, *nuestra dictadura*. Aquello de «ir por el todo», es una manifestación larvada del ansia dictatorial que ha hecho muy bien en frustrar el buen sentido del movimiento libertario.

Ya que no hemos podido afirmar la revolución iniciada por el pueblo laborioso, que no se nos pueda acusar de sepultureros de esa revolución o de cómplices de la sofocación, del aplastamiento del movimiento revolucionario. Y nuestra dictadura habría sofocado y sepultado la revolución como cualquiera otra.

¡La cabeza en todas partes, el centro en ninguna! Lo hemos repetido millares de veces. Lo seguimos repitiendo. Desde el punto de vista orgánico, nuestro, como desde el punto de vista político-nacional.

Indudablemente hemos cometido errores, hemos tenido deficiencias; pero no ha sido error ni deficiencia el rechazo de la propia dictadura, pues nuestra significación social consiste precisamente en ser los opositores sistemáticos de toda dictadura, porque es siempre antirrevolucionaria y antihumana.

El Estado contra la cultura y contra la vida

Las razones de nuestra oposición irreconciliable al estatismo son de orden económico y de naturaleza moral, intelectual. La experiencia cotidiana y las enseñanzas históricas hablan en nuestro favor un lenguaje incontrovertido. El Estado subsiste, no porque tenga razón para existir, no porque haya persuadido a sus víctimas a que lo toleren y lo sosten-

gan, sino porque tiene la fuerza, y mientras tenga más fuerza que su adversarios, seguirá primando en la vida social y realizando su obra aplastadora de la cultura y su sofocamiento de la vida individual y social.

Resumamos las razones económicas de nuestro antiestatismo:

1) El Estado es un organismo parasitario demasiado caro. No realiza ningún servicio que no pudiera realizarse directamente por los interesados con infinitamente menos desgaste y sobre todo con mucha más eficacia. Doce mil millones de dólares se gastan en los Estados Unidos anualmente para la persecución del delito. Había en España antes de la guerra 55.000 hombres restados al trabajo productivo y consagrados a la función denominada de orden público. Y en Estados Unidos no se impiden por eso las manifestaciones habituales de la llamada delincuencia ni en España las potencias del orden público han podido jamás garantizar ese supuesto orden.

2) De órgano de defensa de las posiciones de las clases ricas que era, el Estado moderno se ha convertido en fin de sí mismo, en amo supremo de vidas y haciendas, en el centro de todo. Así ha crecido su burocracia, su policía, su militarismo. Todo ello cuesta cada día más, y la humanidad sucumbe en las privaciones y en las penurias para mantener al Estado. La tajada más sabrosa y mejor del banquete de la vida se la devora el estatismo, los privilegiados económicos consumen el resto. Para la sociedad laboriosa no quedan más que las migajas. Y todo para dejar en pie un organismo innecesario, cuyas funciones puede desempeñar la sociedad directamente, por sus órganos propios, directos, sin recargos sensibles sobre los productores. El Estado es demasiado caro y profundamente estéril y esterilizador. No llena ningún cometido social indispensable. Su esencia es burocrática, militar y policial. Lo demás, aunque el Estado haya puesto la mano sobre ello, no es fundamental en el estatismo. Por ejemplo, los ferrocarriles, correos y telégrafos, instrucción pública, etc. ¿Es que el Estado hace alguna falta para que marchen los trenes, para que sea distribuida la correspondencia, para que existan las escuelas, para que crezca la semilla de trigo en los campos?

3) Al absorber el organismo cada día más grande del Estado la parte mayor y mejor del producto del trabajo socialmente útil, su existencia es un atentado permanente a la vida humana, una limitación del derecho a vivir y a desarrollarse inherente en todos los seres humanos.

Pero en el orden cultural el Estado es el caballo de Atila;

lo deseca todo a su paso. Su centralismo es incompatible con el pensamiento, porque lo quiere ver todo sometido a sus cánones, a sus directivas, a sus intereses, y el pensamiento, si no es libre, no es nada o es una caricatura de pensamiento. La obra creadora de la inteligencia requiere libertad, y esa libertad muere en el estatismo.

La historia mundial nos revela, como han demostrado tantas veces Kropotkin y Rocker, Proudhon y Pi y Margall, que los períodos de mayor centralización política han sido los períodos más infecundos en verdaderos valores morales e intelectuales.

Allí donde hubo vida local independiente, donde la personalidad individual y colectiva pudo desplegar sus alas con relativa holgura, en libertad y en solidaridad, ha surgido una cultura superior, han florecido las artes y las ciencias, ha prosperado la industria y la agricultura. Donde el Estado central, en cambio, ha ejercido férreamente su imperio, ha podido ser transitoriamente una gran potencia militar, conquistadora, agresiva hacia el interior y el exterior, pero ha sofocado las fuentes más fecundas de la vida del espíritu.

Tanto si queremos vivir del producto de nuestro trabajo, como si queremos contribuir con nuestro óbolo al caudal cultural de la humanidad, hemos de hacerlo sólo a condición de apartarnos del Estado y de evitar que el Estado ponga su garra devastadora sobre nuestra obra.

Por todo ello tenemos el derecho innegable a exhortar a todos los que quieren vivir de su trabajo, a todos los que quieren profundizar los arcanos de la ciencia y resolver los problemas de la técnica; a todos los que, con el esfuerzo muscular o con la dedicación mental quieren ser útiles a la sociedad en que viven y desarrollar todas sus posibilidades de ser, a unir su esfuerzo a nuestro esfuerzo para crear las condiciones económicas y sociales de un nuevo Renacimiento. En nombre del derecho a la vida y en nombre de la cultura, pisoteados por el carro del estatismo centralista, dominador, sofocador.

No es en nombre de nuestras doctrinas de progreso infinito, no es desde el cerco estrecho de un partido, de un movimiento como invitamos a los que trabajan y a los que piensan a secundarnos en la obra salvadora de la extirpación del cáncer del estatismo; aun cuando tuviésemos ese derecho, por la superioridad de nuestra causa, no pedimos ayuda en nombre de nuestra bandera de progreso, sino en nombre de la humanidad, del derecho a la vida y a la cultura para todos, en nombre de la reconquista de condiciones previas para un futuro desenvolvimiento.

En esa dirección, la defensa encarnizada de las nuevas creaciones económicas y sociales del pueblo español es un primer jalón en la ruta de salvación.

Conclusión

Lo mismo que ayer y que hoy, mañana, siempre, tendremos equivocaciones, cometeremos errores, daremos pasos en falso. Nuestra condición de humanos y nuestra condición de activos, de dinámicos, dispuestos en todo momento al ensayo, nos tendrán también al borde del error. Pero el ensayo y el error son la piedra angular de todo progreso, en la ciencia y en el terreno político y social. Hemos de ensayar y de equivocarnos para ir arrancando partículas de verdad a lo desconocido.

No es al error a lo que tenemos miedo. Entre el error, por un lado, y la pasividad, la indiferencia, la frialdad de muerte ante los problemas múltiples de la vida, por otro, preferimos equivocarnos, tantear en las tinieblas, tropezar. Si caemos en el trayecto, lo hacemos en nuestra ley, buscando la luz, el camino mejor para la humanidad. Más funesto que el error es la persistencia en el error, la incapacidad para rectificar las equivocaciones.

Pero lo que nos importa decir como conclusión es que si no hay un criterio infalible de verdad, hay un medio para estar siempre de cara a la verdad: el pueblo. Si estamos con él en las buenas y en las malas, en los aciertos y en los desaciertos, quizá no siempre nos halleemos satisfechos, pero jamás nos sentiremos fuera de nuestro camino. Con el pueblo, junto al pueblo, intérpretes de sus dolores y de sus aspiraciones, ejecutores de sus mandatos. Esa ha de ser nuestra posición invariable, la única segura, la única siempre digna.

Pero a dos años no se puede servir al mismo tiempo. Si estamos con el pueblo no podemos estar con el Estado, que es su enemigo. Y por ahora estamos con el Estado, que equivale a tanto como a estar contra el pueblo. Por primera vez en la historia en nombre del anarquismo nos apegamos más a los intereses del gubernamentalismo que a los del pueblo. Y el pueblo, que tiene un instinto sano, que tiene la intuición de la verdad, comienza a ver claro, a sentirse desalentado y sin esperanza, cuando nos ve a nosotros, que habíamos ofrecido siempre nuestra vida en defensa de su causa, olvidarnos de él por un plato de lentejas ministeriales.

Casi todos vosotros, queridos camaradas, os habréis sentido atravesados por alguna exclamación popular espontánea,

cuya veracidad no podéis poner en duda: « ¡Cuando llegamos arriba todos son iguales! »

Nosotros somos iguales a los que nos habían precedido en la ocupación de altos cargos públicos de gobierno. El pueblo nos lo echa en cara. Y tiene razón el pueblo. Por conservar esos puestos, desde los cuales no se pueden sembrar más que decretos, impuestos nuevos, obligaciones nuevas, nuevas cargas, tenemos que oponernos a las reivindicaciones populares. Y si mañana el pueblo, cansado de sufrir, saliese a la calle como ha salido tantas veces cuando nosotros estábamos junto a él, en medio de él, habremos de ser sus masacradores. Y para no vernos ante esa magnífica perspectiva, es preciso que pongamos todos los resortes orgánicos en juego para que todos soporten en silencio, supinamente, la injusticia, el hambre, el atropello.

¿Hasta cuándo, camaradas? El sacrificio que hacemos de nuestra personalidad revolucionaria, ¿puede tener otro resultado que el de matar en el pueblo, con razón sobrada, la confianza que había puesto en nosotros? ¡En el gobierno somos todos iguales! Y no podemos servir a dos amos. De ahí nuestra insistencia en pedir una decisión. ¡Con el pueblo o con el Estado! Hemos llegado a la conclusión de que al ponernos del lado del Estado, por consiguiente contra el pueblo, hacemos una traición irreparable a la revolución, lo que se entiende, pero también traicionamos a la guerra, porque le privamos del aporte activo del pueblo, única fuerza invencible si se le sabe poner en juego con todos sus recursos infinitos.

¡Por el porvenir de la revolución y por los destinos de la guerra, camaradas, todavía puede ser hora, con el pueblo siempre!